

Keyifli Okumalar Dileriz

Binlerce kategoride milyonlarca PDF e-kitap, ders kitapları, dergiler ve romanlara platformumuz üzerinden ücretsiz ulaşabilirsiniz.

RESMİ WEB SİTEMİZ

<https://rantey.org>

Yedek ve Duyuru Kanallarımız

Sitemize erişim engeli gelmesi veya adres değişikliği durumunda aşağıdaki kanallardan güncel giriş adresine erişebilirsiniz:

- Telegram: <https://t.me/birkitapbir>
- WhatsApp Kanalımız : <https://whatsapp.com/channel/0029VbDHv8uE50Us4lvMoc0Y>



ENRIQUE BRAHM G.

HITLER

y la Segunda Guerra Mundial



EDITORIAL
UNIVERSITARIA



Sobre Hitler y la Segunda Guerra Mundial se ha escrito y se sigue escribiendo muchísimo: desde monografías históricas de alto nivel técnico, pero extensas y de difícil comprensión para el lector no especializado; hasta trabajos de divulgación más bien sensacionalistas y ligeros, deformadores de la realidad histórica. Frente a ambos extremos la pretensión de este libro es proporcionar al público general interesado en estos temas un resumen serio y fundamentado, que recoja los aportes más recientes de la investigación sobre el tema y que se lea con facilidad.

Esta segunda edición corregida y aumentada se justifica, no sólo porque la primera está agotada desde hace ya muchos años, sino también porque la historiografía relativa al Tercer Reich ha hecho avances muy importantes en el último tiempo, sobre todo a partir de la apertura de los archivos de los países de Europa Oriental, luego de la caída del Muro de Berlín y del derrumbe del Imperio Soviético, que era necesario considerar.

Enrique Brahm García se desempeña actualmente como Director del Instituto de Historia de la Universidad de los Andes (Chile). Es Abogado, Licenciado en Derecho y en Historia por la P. Universidad Católica de Chile y Doctor en Derecho por la Universidad de Frankfurt/M. Miembro de número de la Academia Chilena de la Historia.

Es autor, entre otros, de los siguientes libros: *Eigentum und Enteignung im Dritten Reich*, Steinbach/Tannus, 1985; *Preparados para la guerra. Pensamiento militar chileno bajo influencia alemana 1885-1930*, Santiago, 2003; *Mariano Egaña. Derecho y política en la fundación de la república conservadora*, Santiago, 2007; y *Cartas desde Stalingrado. Alemania y Rusia frente a frente: 1914-1943. Epistolario del general Max Pfeffer*, Santiago, 2010.



EDITORIAL UNIVERSITARIA

www.universitaria.cl

Ücretsiz PDF Kitap Arsivi - <https://rantey.org>

HITLER Y LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

TESTIMONIOS

Enrique Brahm García

*Hitler
y la Segunda Guerra Mundial*

Segunda edición corregida y aumentada



EDITORIAL UNIVERSITARIA

943.086

B813h Brahm García, Enrique.

Hitler y la Segunda Guerra Mundial / Enrique García

Brahm. – 2ª corr. y aum. – Santiago de Chile:

Universitaria, 2012.

224 p.: il.; 15,5 x 23 cm. – (Testimonios)

Incluye notas bibliográficas.

ISBN: 978-956-11-2392-2

1. Hitler, Adolf, 1889-1945.

2. Guerra Mundial II, 1939-1945 – Alemania.

3. Alemania – Política y gobierno – 1933-1945.

I. t

© ENRIQUE BRAHM GARCÍA.

Inscripción N° 107.984, Santiago de Chile.

Derechos de edición reservados para todos los países por

© Editorial Universitaria, S.A.

Avda. Bernardo O'Higgins 1050, Santiago de Chile.

Ninguna parte de este libro, incluido el diseño de la portada,
puede ser reproducida, transmitida o almacenada, sea por
procedimientos mecánicos, ópticos, químicos o
electrónicos, incluidas las fotocopias,
sin permiso escrito del editor.

Texto compuesto en tipografía *Palatino 11/14*

Se terminó de imprimir esta
SEGUNDA EDICIÓN
en los talleres de Alfabeta Artes Gráficas,
Carmen 1985, Santiago de Chile,
en febrero de 2013.

DISEÑO DE PORTADA Y DIAGRAMACIÓN

Yenny Isla Rodríguez

visite nuestro catálogo en
www.universitaria.cl

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

Índice

Prólogo	9
1. Locos, demonios y piratas	11
2. ¿Necesidad histórica? Las raíces europeas y alemanas del nacionalsocialismo	17
3. El pequeño burgués austriaco. Los años de formación	25
4. Los bebedores de cerveza: nace el político	35
5. De tamborilero a canciller	45
6. ¿Cómo pudo ser?	61
7. La <i>Gleichschaltung</i>	63
8. <i>Lebensraum</i> : una doctrina agresiva	77
9. ¿Quién fue el culpable del desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial?	86
10. La época del revisionismo agresivo	95
11. <i>Blitzkrieg</i>	123
12. El choque de los totalitarismos. Una guerra de dimensiones monstruosas	140
13. La “solución final” del problema judío	155
14. La intervención norteamericana: el comienzo del fin	174

15. ¿Quién ganó la guerra? Hacia la formación de un nuevo orden mundial	191
Epílogo	217
Nota bibliográfica	219

Prólogo

¡Otro libro más sobre Hitler y la Segunda Guerra Mundial! Parece excesivo si se piensa que son éstos los temas históricos sobre los cuales existe una bibliografía más abundante, inabarcable hoy en día hasta para los más renombrados especialistas. De ahí que, con esta obra, no pretendemos aportar cosas nuevas ni menos ser originales. Nuestro objetivo es muy distinto. Dentro de la inconmensurable literatura que circula sobre temas relativos al *Tercer Reich* y a la Segunda Guerra Mundial predominan dos formas extremas de publicaciones: obras divulgatorias de carácter sensacionalista, poco serias y que, muchas veces sólo contribuyen a falsear o deformar los hechos históricos a los que se refieren y, en el polo opuesto, investigaciones de nivel universitario, escritas por renombrados especialistas y apoyadas en un estudio acucioso de las fuentes, las que resultan, en general, muy extensas y de difícil comprensión para el lector no especializado.

Frente a ambos extremos nuestra pretensión es proporcionar al público general interesado en estos temas un resumen serio y fundamentado, que recoja los aportes más recientes de la investigación sobre el tema y que se lea con facilidad.

Estas palabras que corresponden al prólogo de la primera edición de esta obra siguen siendo plenamente válidas. La bibliografía relativa a la figura de Hitler, el *holocausto* y la Segunda Guerra Mundial ha seguido aumentando. Por otra parte, las monografías sobre cada uno de esos temas se encuentran en volúmenes que por su extensión atemorizan hasta a los lectores más aplicados. Por ejemplo, la última gran biografía de Adolfo Hitler, escrita por el historiador británico Ian Kershaw, se compone de dos tomos de más de 1.000 páginas cada uno. Su coterráneo Richard Evans acaba de concluir una historia del Tercer Reich, en tres tomos que suman casi 3.000 páginas. Respecto al Holocausto ocurre algo similar. El año 2005 se tradujo al castellano el clásico de Raúl Hilberg, *La destrucción de los judíos europeos*, obra que tiene 1.455 páginas. *El Tercer Reich y los judíos* de Saul Friedländer tiene más de 1.700 páginas y la reciente biografía de Heinrich Himmler, máximo dirigente de las S.S., de Peter Longerich, publicada en castellano el 2009, se acerca a las 1.000. En cuanto a la Segunda Guerra Mundial, baste con señalar, que

ha llegado a su culminación el trabajo elaborado por el órgano especializado de historia militar del Ejército alemán *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, constituido por 10 volúmenes de más de 1.000 páginas cada uno.

Los avances de la investigación en todas estas materias en los últimos 10 años, impulsados, entre otras razones, por la apertura de los archivos de los países de Europa oriental luego de la caída del Muro de Berlín y del derrumbe del Imperio Soviético, hacen también necesario introducir algunas correcciones en el texto y matizar ciertas afirmaciones.

Esta segunda edición se justifica también por el hecho de que la primera de 1999 se encuentra agotada hace ya muchos años y la demanda por leerla, en colegios, universidades y entre el público en general, ha seguido creciendo.

Debemos insistir en el hecho de que, como ocurre normalmente con las obras históricas, y más todavía con aquellas que adoptan la forma ensayística de la nuestra, su contenido corresponde a una visión personal de los acontecimientos narrados, que es el resultado de estudios sobre el tema que se iniciaron cuando el autor trabajó en la elaboración de su tesis doctoral en la Universidad de Frankfurt/M., en los que ha profundizado revisando la más reciente bibliografía y sobre los cuales ha impartido numerosos cursos y conferencias ante públicos muy diversos: alumnos del colegio Tabancura, profesionales de diversas áreas en múltiples seminarios y en cursos en la Academia de Guerra del Ejército, y estudiantes universitarios de Derecho, Periodismo e Historia en la Universidad de los Andes.

Esa experiencia y el estilo de alguna manera coloquial de esos cursos y conferencias es el que hemos querido preservar, hasta donde ello ha resultado posible, en el trabajo que hoy reeditamos de forma corregida y aumentada.

1. Locos, demonios y piratas

Muchos recordarán las tradicionales películas de piratas que eran tan comunes hace algunas décadas. Sus características esenciales se repetían siempre: un ágil e intrépido navegante –casi siempre de nacionalidad inglesa– que aprovechando su habilidad y destreza tanto en el arte de navegar como en la esgrima, sin olvidar por supuesto sus dotes de don Juan, sale a la caza de un pesado galeón español, cuyo capitán es la antítesis del héroe; de tal manera que el previsible final era siempre el despojo de tan insulso personaje, el que perdía el oro, la plata y hasta el amor de la belleza andaluza que lo acompañaba.

Tan simplista manera de presentar las cosas se explicaba, naturalmente, porque dichos films eran producidos en general en países anglosajones, los que a través de un medio tan influyente contribuían a deformar la verdad histórica en su beneficio. Pero una exageración tal terminaba por hacer la historia de la conquista de América totalmente incomprensible. ¿Cómo se podía explicar que un pueblo de tan limitadas cualidades como el español retratado por los cineastas norteamericanos, hubiera llegado a conquistar y mantener durante más de tres siglos un imperio de las dimensiones de aquel unido bajo la corona castellana?

Una situación similar, quizá todavía más evidente y conocida, es la que se ha dado con películas y series televisivas relativas a la Segunda Guerra Mundial. En efecto, lo común es que en ellas los alemanes y, en particular, los nazis, sean representados como seres crueles y limitados intelectualmente, presa fácil para los héroes ingleses o americanos.

Este menosprecio del antiguo rival alcanza quizá su cota máxima cuando los cineastas han centrado su atención en la figura de Adolfo Hitler. Desde el clásico *El Gran Dictador* de Charles Chaplin se ha tendido a imponer por los medios de comunicación social una imagen ridícula del *Führer* del *Tercer Reich*, que lo representa como una figura de opereta que sólo puede ser objeto de burla. Se resaltan aquellos rasgos del personaje que más chocantes resultan desde nuestra actual perspectiva –el histrionismo de su forma de ser, manifestado, por ejemplo, en los momentos más álgidos de sus discursos, en los cuales la gesticulación y el volumen y timbre de la voz alcanzan cotas extremas, o su pequeño bigote y esa chasquilla que cruzaba su frente en diagonal y

que lo hace hasta hoy reconocible por cualquiera –hasta que termina por desaparecer en él cualquier elemento de “normalidad”. Hitler acaba siendo para muchos una figura de chiste.

Y otra vez así, como en el caso de los piratas y corsarios, se termina sin entender nada. ¿Cómo un personaje tan limitado y ridículo pudo llegar al poder en uno de los países más cultos del mundo, conquistar un inmenso imperio, pudiendo ser reducido sólo a través de una guerra de dimensiones gigantescas por la intervención de las más grandes potencias mundiales actuando en forma coligada?

La verdad es que ya en su época, uno de los mayores errores que se cometió con respecto a Hitler fue el menospreciarlo, mirarlo en menos. En una sociedad como la alemana, en que las estructuras aristocráticas seguían muy vivas, resultaba chocante una figura proveniente de un submundo cultural y dotada de unas formas y maneras histriónicas, hasta el momento ajenas a la tradición de las formas políticas vigentes.

También en su tiempo muchos no le creyeron ni lo tomaron en serio... No le creyeron los “barones” y políticos conservadores, acompañado de los cuales llegó al poder en 1933, que quisieron servirse de él y de las huestes nazis para conservar su posición; ni menos sus rivales comunistas que no le obstaculizaron su llegada a la cancillería con la certeza de que, una vez en el poder, el nacionalsocialismo se desinflaría con la rapidez de un globo que se pincha. No le creyeron los primeros, y la marioneta que se suponía era Hitler los desplazó casi de inmediato para asir de forma férrea la totalidad del poder en lo que se daría en llamar la *Gleichschaltung*; ni menos los segundos, discípulos de Marx y Lenin, que, antes de que pudieran reaccionar, ya estaban proscritos, fuera de la ley, en campos de concentración o en el exilio. Por ejemplo, el jefe de la facción parlamentaria socialdemócrata en el *Reichstag*, Rudolf Breitscheid, quien terminaría en el campo de concentración de Buchenwald, aplaudía entusiasmado el día 30 de enero de 1933, cuando se conoció la noticia de que Hitler había sido nombrado Canciller; por fin, afirmaba, ya no sería necesario luchar contra un fantasma lleno de promesas vacías; dentro de un par de meses demostraría su incompetencia y tendría que renunciar.

Hitler resultaría ser una figura más hábil, fuerte y despiadada de lo que muchos habían imaginado. Y sin su personalidad el nacionalsocialismo resulta incomprensible. Como señaló alguna vez el historiador

británico Hugh R. Trevor-Roper: “Emigrados, teóricos marxistas y reaccionarios desesperados, supusieron o se engañaron a sí mismos pensando que Hitler habría sido sólo una pieza de ajedrez dentro de un juego que él no jugaba, sino algunos políticos o ciertas fuerzas cósmicas. Éste es un error fundamental. Sean cuales fueren las fuerzas independientes que él utilizó o los apoyos casuales que haya conseguido, Hitler fue hasta el final el único señor y maestro del movimiento que él mismo había fundado y al cual terminaría por aniquilar. Ni el Ejército ni los Junker, ni la alta finanza ni los grandes industriales pudieron tener nunca en su poder a ese genio demoníaco y devastador, aunque en ciertos momentos le hayan servido de apoyo”.

No le creyeron ni lo tomaron en serio sus rivales en el ámbito de la política exterior cuando empieza a desafiarlos y provocarlos en los años que siguen a la toma del poder. No le creyeron y luego o sucumbieron o tuvieron que enfrentarlo en una dura guerra para poder subsistir. Negociaron con Hitler como si fuera un político “normal”, y no tomaron en serio su doctrina racista y expansiva, pese a que estaba clara y públicamente documentada en *Mi Lucha* y otros textos que estaban al alcance de cualquiera que quisiera leerlos. Se tendió a pensar que el nacional-socialismo buscaba tan sólo devolver a Alemania el *status* de que había disfrutado hasta antes de su derrota en la Primera Guerra Mundial, bajo un régimen autoritario y algo violento, que no se aceptaba como el ideal para las grandes democracias de occidente, pero que parecía un sistema adecuado para los más brutos alemanes.

Hitler ha resultado ser, desde siempre, y pese a su popularidad –en el sentido de que hasta el más ignorante tiene en la cabeza una imagen del mismo– un personaje al que ni sus mismos contemporáneos lograron captar en toda su malignidad. Después de tener una audiencia con Hitler en febrero del año 1936, el gran filósofo de la historia británico Arnold Toynbee, mente brillante y en esos momentos parte del gobierno inglés en su calidad de Director del Instituto Real de Asuntos Extranjeros, escribía con un convencimiento pleno: “Relacioné de inmediato la persona de Hitler con la de Gandhi porque ambos me parecieron, en su vida privada, ejemplares indistinguibles del mismo tipo de extranjeros: no fumadores, contrarios al alcohol, vegetarianos, no andaban a caballo y eran opuestos a la caza”. ¡Quien empujaría al mundo a la Segunda Guerra Mundial, en medio de la cual tendría lugar el *holocausto* de los

judíos europeos, y el gran político pacifista de la India, eran puestos en el mismo saco por un muy agudo observador!

Nadie le creyó, todos se burlaron de él y terminó burlándose de todos.

Resulta de toda evidencia que la caricatura del personaje que se ha impuesto sólo se queda en la superficie y hace la historia ininteligible.

Pero tampoco se puede entender la historia del siglo XX si se concibe a Adolfo Hitler como alguna forma de demonio, casi sin parentesco ni relación con los humanos; algo así como un extraterrestre que se precipita sorpresivamente sobre Alemania y Europa en un cierto momento histórico, apareciendo como una especie de paréntesis dentro de la evolución de Occidente. Muchos se esfuerzan por hacer creer que Hitler no era un hombre “normal”. Si no era un extraterrestre o un demonio, por lo menos debió haber estado afectado de una enfermedad mental grave: ¡estaba loco! Lo que ocurre en el fondo es que se tiende a negar que el líder nazi haya podido ser un hombre común y corriente como cualquiera de nosotros: ¡la naturaleza humana no puede generar criminales de esa envergadura! Pero la verdad es que con la supuesta locura o enfermedad mental no se explica nada. Si bien es cierto que Hitler y muchos miembros de su camarilla más cercana como Röhm, Himmler o Goering, por señalar algunos de los principales, parecen casos dignos del siquiatra, cooperaron con ellos, voluntariamente y con entusiasmo, millones de alemanes, muchos de ellos de altísima categoría intelectual, que anhelaban un *Führer*, una personalidad fuerte que los librara de las miserias de la República de Weimar y devolviera a Alemania su dignidad y grandeza.

Haciendo de Hitler un monstruo se hace imposible comprender los motivos y razones que lo llevaron a conquistar aquellas gigantescas mayorías que gritaban jubilosas y enfervorizadas, con el brazo levantado y los rostros radiantes de alegría ¡*Sieg Heil!*, y que ponían en su persona todas sus esperanzas.

Y, frente a las jóvenes generaciones que no vivieron ese periodo una tal interpretación parece dejarlas enfrentadas a sólo dos posibles salidas igualmente improductivas y peligrosas: la simple condena moral de esa generación, o si no, a partir del hecho de comprobar que en Hitler no todo fue terrible y demoníaco, concluir inmediatamente que todo fue una mentira, incluyendo Auschwitz.

Es evidente también que, si se miran las cosas con perspectiva histórica, Hitler y el nacionalsocialismo no aparecen como un acontecimiento excepcional y único, sin parangón en la historia universal. Se le pueden encontrar paralelos. Piénsese, por ejemplo, en los millones de muertos de la Rusia comunista bajo Lenin y Stalin. Las técnicas genocidas no eran un original invento hitleriano.

Todo esto nos lleva a concluir que Adolfo Hitler y el Tercer Reich pueden explicarse históricamente, y eso es lo que trataremos de hacer en este trabajo.

Conviene también, antes de entrar en materia y para comprender en su real dimensión el fenómeno nazi, sobre todo en su génesis, hacer otra consideración: hasta 1939 Hitler todavía no era lo que sería después y que nosotros conocemos. Los grandes genocidios contra la población judía, polacos, rusos, y otros grupos humanos, que hoy se relacionan inmediatamente con el nazismo, sólo tendrían lugar en el curso de la guerra, por lo que evidentemente no era algo que pudieran tener presente las masas que votaron por Hitler en los años veinte y treinta, durante el periodo de crecimiento del partido y de la conquista del poder. Desde 1933 y hasta 1939 el régimen había eliminado a algunos centenares de enemigos políticos y llevado a algunos miles a campos de concentración, pero estaba lejos de los extremos a los que se llegaría después de esa fecha y muy por debajo de lo que desde 1917 se estilaba en la Rusia soviética. Dicho de otra manera, los nazis no llegaron al poder con la promesa de eliminar a la población judía de Europa y de desencadenar la Segunda Guerra Mundial. Al contrario, elementos tan centrales de su ideología como la búsqueda de *Lebensraum* en el este y el antisemitismo no jugaron un rol importante en los años –comienzos de la década de 1930– en que se produjo la gran afluencia de electores al partido nazi.

En su momento prácticamente nadie, ni en Alemania ni fuera de ella, tuvo plena conciencia de lo que se avecinaba cuando Hitler fue nombrado Canciller en enero de 1933. Los nazis siempre habían amenazado con la violencia y recurrido a importantes dosis de violencia desde sus orígenes münichenses y la creación de las S.A., pero ese tipo de violencia no era algo tan extraño en esa época en ningún lugar del mundo. Algún miedo y recelo se les tenía, pero nadie era capaz de imaginarse los extremos a los que se llegaría sólo en el lapso de unos pocos

años. Quienes votaron a los nacionalsocialistas entre los años 1930 y 1933 no soñaban con espectaculares conquistas territoriales por parte de Alemania, las que se extenderían hasta los Urales, ni con una especie de neo-feudalismo que los haría señores de inmensas posesiones en Ucrania o en el Cáucaso, sometiendo y poniendo a su servicio a la población esclava, luego de la eliminación de sus capas dirigentes. Lo que los atraía y la esperanza que los animaba era que los nazis y su *Führer* pudieran liberarlos de la crisis constante en la que habían vivido desde el fin de la Gran Guerra: terminar con la cesantía, restablecer el principio de autoridad que parecía haber desaparecido en los años de Weimar, recuperar el prestigio de Alemania a nivel mundial, conseguir mayores grados de justicia social sin caer en la revolución comunista. En el fondo, se confiaba en que Hitler quizá podía conseguir el cambio que venían esperando los alemanes desde 1919 y que los políticos democráticos de Weimar no habían sido capaces de concretar.

2. ¿Necesidad histórica? Las raíces europeas y alemanas del nacionalsocialismo

Hay quienes quieren ver un desarrollo necesario e inevitable que lleva desde Lutero a través de Bismarck hasta Hitler. Alemania seguiría, en esa interpretación, un camino histórico propio y especial que debía fatalmente desembocar en el Nacionalsocialismo. Creemos, en cambio, que la historia es el ámbito de la libertad y, por tanto, no caben en ella los fatalismos. Pero tampoco las cosas se dan por casualidad ni brotan de la nada.

Hemos dicho, y lo repetimos, que a Adolfo Hitler y al Nacionalsocialismo sólo se los puede entender desde una perspectiva histórica. Sólo un análisis propiamente histórico, cuyos hitos decisivos son la Primera Guerra Mundial y el Tratado de Versalles, la Revolución Rusa, la crisis inflacionaria alemana de 1923 y la Gran Depresión de 1929, ligadas íntimamente a la biografía de Hitler, permite recién llegar a una explicación satisfactoria. Esto sobre el fondo constituido por algunas especiales características del desarrollo histórico europeo y particularmente alemán, del periodo inmediatamente anterior.

La Europa de entreguerras estuvo caracterizada por el predominio que alcanzaron desde los Balcanes a la península ibérica –y con manifestaciones aun en las más sólidas democracias del viejo continente como Gran Bretaña y Francia– los movimientos de estilo fascista.

Esto se explica por la presencia de una serie de problemas, comunes a casi todos los países europeos y que son consecuencia de un similar desarrollo histórico. Similitud que no es identidad. De ahí que, naturalmente, algunas de las características generales del desarrollo europeo que pasaremos a reseñar se dan en Alemania de una manera más acentuada o con rasgos peculiares. Valga esto de advertencia en el sentido de que si bien hubo movimientos de estilo fascista en toda Europa, y el nacionalsocialismo es uno de ellos, éste tuvo caracteres absolutamente excepcionales y distintivos que lo hacen pertenecer a una categoría diferente. Fue, por lejos, el más extremo de todos ellos y el más radicalmente revolucionario. Con la comparación no se lo quiere relativizar sino sólo entender mejor.

Como siempre termina por ocurrir cuando se quiere explicar alguna cuestión de historia contemporánea, hay que remontarse por lo menos hasta la Ilustración y la Revolución Francesa. En ese periodo se incubaba una nueva visión de la sociedad y del Estado que resultará determinante tanto para el desarrollo de la democracia como de los contramovimientos que se le enfrentarán en los siglos XIX y XX. En forma esquemática, y sin entrar en profundidades, podemos reconocer entre sus elementos distintivos y más significativos los siguientes: la politización de todos los ciudadanos; el predominio de las mayorías y la movilización de la población a través de elecciones y de propaganda ideológica; el reforzamiento de la conciencia estatal a través del nuevo principio del nacionalismo militante y excluyente; la militarización de la vida con la difusión del servicio militar obligatorio y el armamento del pueblo a través de los ejércitos de masas; y derivado de todo ello y como culminación, las ambiciones imperialistas que brotan sobre todo en el paso del siglo XIX al siglo XX –consecuencia de un sentimiento de misión que surge entre los europeos de la época, la “misión civilizadora del hombre blanco”– tal cual se entroniza en la mayor parte de los países europeos.

Los movimientos de estilo fascista, puede decirse, extremando algo las cosas, son hijos de la época democrática; o, por lo menos, son inconcebibles sin ella.

Pero esto es sólo parte de la verdad. Entramos así a la primera de una serie de antinomias que son de la esencia –y que constituyeron en buena medida el gran atractivo– de los movimientos de estilo fascista y, muy en particular, del nacionalsocialismo. Porque, al mismo tiempo, estos movimientos se presentan a sí mismos como los grandes enemigos de la Revolución Francesa y de todas sus derivaciones: archienemigos del liberalismo y de la democracia, de la civilización occidental y del socialismo internacional. Se acercan así a corrientes conservadoras reaccionarias en cuanto coinciden en su enemistad hacia el liberalismo individualista. El 1 de abril de 1933 decía, por ejemplo, el Ministro de Propaganda del gobierno de Hitler, Joseph Goebbels, en un discurso radial, que con la toma del poder por el nacionalsocialismo “el año 1789 ha sido borrado de la historia”. Pero, al mismo tiempo, es evidente, como más adelante tendremos oportunidad de ver, que Hitler se ubica en la tradición de la Revolución Francesa como iniciadora que

ella fue de la modernidad, de la destrucción de ataduras tradicionales y religiosas.

Así se explica por qué los fundamentos últimos de los movimientos de estilo fascista están determinados tanto por elementos revolucionarios como reaccionarios, lo que constituye una de las claves para explicar el inmenso atractivo que ejercieron sobre las masas.

Dentro de los elementos reaccionarios destacan la forma extrema e imperialista que adquiere el nacionalismo; el endiosamiento del todopoderoso Estado, con una especial forma de socialismo de base nacionalista y estatista en que se unían ciertas visiones políticas románticas y el socialismo de estado; y, finalmente, frente a los igualmente destructivos extremos del individualismo y de la lucha de clases, una ideología comunitaria –*Gemeinschaftsideologie* fundada en elementos populares– *völkisch*– y racistas que alcanzaría su forma extrema con el antisemitismo radical de base biológica, núcleo de la cosmovisión nacionalsocialista.

Frente a la lucha de clases marxista se plantea como alternativa la idea de un socialismo nacional. Frente a la revolución internacional –el “proletarios del mundo, uníos”, del comunismo– toma forma la idea nacional-revolucionaria de una comunidad popular –*Volksgemeinschaft*– omnicomprendiva. No lucha de clases sino unidad interior debe ser el ideal del Estado, base de la fuerza que posibilitará la movilización hacia el exterior que reemplazará al internacionalismo.

El moderno antisemitismo también aparece en este contexto. Casi en toda Europa el racismo fue parte del nacionalismo. Decisivo en este sentido fue el cambio que se produjo en la segunda mitad del siglo XIX cuando el tradicional odio de base religiosa al judío se transformó en uno político-social y sobre todo biológico.

Es la época del “darwinismo social”, caracterizado por la aplicación de categorías biológicas al ámbito de las ciencias humanas. También las relaciones entre los hombres y entre las naciones estarían determinadas por conceptos como el de “lucha por la existencia”, “sobrevivencia de los más fuertes”, y otros similares, que terminaban por transformar al hombre en objeto casi de la zoología o la veterinaria una vez que las ideas racistas se vulgarizan. Si hoy día el mero uso del término raza resulta chocante, ello se debe sólo a que ya se conoce en detalle a lo que condujo el racismo extremo de los nazis. Pero, en su momento, en el

paso del siglo XIX al siglo XX y cuando las grandes potencias europeas habían dado forma a gigantescos imperios coloniales, manteniendo bajo su dominio a millones de hombres de color, culturalmente inferiores, las cuestiones de higiene racial y eugenesia, las políticas dirigidas a conseguir el mejoramiento de la raza y, en general, el lenguaje biologicista usado para referirse a los seres humanos, estaba de moda no sólo en Alemania sino en todo el mundo. Por ejemplo, dando inicio al Segundo Congreso Internacional de Eugenesia en el año 1921, señalaba el representante del Museo Norteamericano de Historia Natural: “Dudo que en algún momento de la historia del mundo haya tenido mayor importancia que hoy la realización de una conferencia internacional sobre el carácter racial y la mejora de la raza. Tras el sacrificio patriótico de ambos bandos en la guerra mundial, Europa ha perdido mucho de su centenaria herencia de civilización y nunca la recuperará. En ciertas regiones de Europa han ascendido los peores elementos de la sociedad y amenazan con exterminar a los mejores”.

El mismo colonialismo había contribuido a popularizar el racismo científico y las ideas de superioridad y jerarquía racial. El año 1908 un experto colonial británico defendía la nueva ciencia de la antropología con el argumento de que ella ayudaría a las autoridades imperiales a decidir qué razas debían conservarse, cuáles estaban destinadas a desaparecer y aquellas que debían mezclarse. En Europa y Estados Unidos se temía, por otra parte, el peligro que representaban los enfermos mentales. Incluso hubo algunos estados norteamericanos y países europeos –Dinamarca, Suecia, Noruega, Finlandia, entre otros– que autorizaron la esterilización de ciertas categorías de enfermos.

Basta recordar, por ejemplo, cómo estas ideas incluso llegan con fuerza a Chile. En efecto, dentro de la literatura crítica que surge en nuestro país en torno a la época del centenario de la independencia, una de las obras más importantes fue *Raza Chilena*, de Nicolás Palacios. Palacios, médico en la zona de las salitreras, sufre con el maltrato que se da al obrero del salitre. A él llegan los trabajadores con el cuerpo destruido por lo duro y violento de las faenas, todo para conseguir un sueldo miserable que ni siquiera se les paga en dinero. Y Palacios, persona muy sensible, decide salir en defensa de este “roto chileno” tan maltratado, recurriendo para ello a las teorías racistas en boga. El “roto” –sostiene– sería el resultado de la mezcla de dos “razas superiores” o “pa-

triarcales”: la del araucano con los “godos” que habrían emigrado de la península. El español llegado a Chile o América no sería cualquiera sino el heredero directo de los visigodos invasores de la península ibérica a partir del siglo V, y que habrían subsistido luego de la derrota ante los musulmanes en el año 711. Esta raza superior habría sido la que mejor respondió al desafío de la conquista. Pedro de Valdivia y compañía habrían sido rubios y de ojos azules. Todo fundamentado con la cita de autores que también se pueden rastrear en el itinerario ideológico de un Hitler y otros racistas europeos: Ammon, Vacher de Lapouge, Madison Grant, Glumplowics, etc.

Con la mejor de las intenciones –defensa del obrero chileno que sufriría los rigores característicos de los inicios de la industrialización– y sin proponer soluciones extremas, sino sólo el que se prohibiera la entrada al país de “razas inferiores” como españoles, italianos o árabes –Palacios, y algunos que en parte lo siguieron, como el mismo Francisco Antonio Encina en el primer tomo de su *Historia de Chile*– ejemplifica de manera muy clara la mentalidad dominante en amplios sectores del mundo a comienzos de siglo. El racismo no era una curiosidad alemana.

Por lo demás, y pese a los crímenes horrendos con que culminó el racismo, hoy en día, con los desarrollos de la ingeniería genética y la legalización masiva del aborto y de la eutanasia en muchos países, no se está tampoco muy lejos de esas formas de pensar dominantes a comienzos del siglo XIX. Por poner un solo ejemplo, el año 2002 un tribunal alemán, en un fallo como ya se ha dado más de alguna vez, dio lugar a la demanda de una pareja que se querelló contra el médico que no diagnosticó a tiempo que su hijo venía con malformaciones. De haberlo hecho, reclamaban los progenitores, se hubiera podido abortar la criatura aunque la madre se encontrara en el último mes de embarazo. La ginecóloga fue condenada a responder por los “daños” ocasionados con el nacimiento del niño y a pagar 20.000 marcos a su paciente como indemnización por el daño moral sufrido: la depresión causada por tener que recibir un hijo enfermo.

Pero hay también algunos antecedentes de la historia alemana que ayudan a explicar el por qué precisamente en ese país llegó a tomar forma un tipo de fascismo tan extremo. Los que señalaremos son sólo particularidades del desarrollo de los países de habla alemana, que en

parte distinguen a éstos del resto de los países de Europa occidental, pero que no necesariamente debían terminar en un Hitler: siempre y hasta el final fue posible otra salida.

Solemos olvidar que Alemania es un país muy joven. Mientras España, Francia o Inglaterra se habían constituido como Estados nacionales desde los comienzos de la época moderna, de Alemania sólo se podía hablar en plural. En efecto, y sin remontarnos más en el tiempo, la *Paz de Westfalia* de 1648 consagraba la existencia de 350 estados alemanes que recién tras el *Congreso de Viena* de 1815 quedarían reducidos a 39: todavía muy lejos de la unidad.

Frente a la Revolución Francesa de cuño racionalista, en los Estados de habla alemana toma particular fuerza el “romanticismo político”, lo que se traducirá en la formación de una conciencia colectiva que se identifica con la idea de que a Alemania correspondería una misión distinta a la del occidente liberal y racionalista. Alemania tendría un camino propio. Proyectado en el tiempo, esto se traduciría en el particular desarrollo que tendría la filosofía alemana, la que deriva hacia formas de irracionalismo que son menos comunes en el resto de Europa, hasta confluir en la corriente de la llamada “Revolución conservadora”, que forma de alguna manera el ambiente dentro del cual, aunque de manera pervertida, se desarrollarán las ideas hitlerianas.

En este resumido itinerario histórico que estamos trazando, corresponde dar una particular importancia al fracaso liberal de 1848. Ese año, y dentro de la oleada revolucionaria que afectó a la mayor parte de los estados europeos, el liberalismo alemán pretendió alcanzar la tan anhelada unidad bajo sus principios, fracasando estrepitosamente en el intento. Por el contrario, el año 1871, la *Realpolitik* bismarckiana, apoyada en la monarquía tradicional y en el Ejército, terminaba por dar forma al Imperio alemán. El poder y la fuerza se imponían por sobre el derecho y la libertad. El resultado es que el liberalismo quede muy debilitado en el nuevo Estado –de hecho muchos liberales se identifican y adhieren absolutamente a la obra de Bismarck–, y, en cambio, alcanzan un máximo de prestigio el Ejército y las soluciones autoritarias.

De alguna forma se introduce en la sociedad alemana un cierto culto al poder y lo que algunos han llamado espíritu de sumisión. Según el

escritor Thomas Mann, el ideal del burgués alemán pasaría a ser el *General Dr. von Staat*.

A partir de este momento el desarrollo político de Alemania no guardó relación con el del resto de Europa. Alemania pasó a ser una nación políticamente atrasada, una *Verspätete Nation*. La estructura social fue sometida a un proceso de cambios acelerado por la pujanza que alcanzó la Revolución Industrial desde mediados de siglo, lo que no fue acompañado por un consecuente avance en el campo político.

Por otra parte, luego de la caída del canciller Otto von Bismarck, el que tras la unificación había desarrollado una política exterior conservadora, Alemania, encabezada por su nuevo monarca Guillermo II, se lanza a recuperar el atraso que la afectaría en materia de política colonial. Un Estado como el nuevo y pujante Imperio alemán debía alcanzar rápidamente una proyección imperial como la que poseían Inglaterra, Francia y las demás potencias europeas desde hacía muchos años. Alemania reclama, en el periodo que antecede a la Primera Guerra Mundial, tener “un lugar bajo el sol”, comenzando a desarrollar una política exterior agresiva, con roces constantes con sus rivales europeos, sirviendo de alimento al desarrollo de un nacionalismo de carácter pangermánico. Alemania debía pasar a ser, según la mentalidad dominante en la época guillermina, una potencia mundial con base en centro-europa y proyección al mundo.

Finalmente, y ya coincidiendo con la aparición histórica de Adolfo Hitler, el carácter excepcional de la historia de Alemania alcanza su clímax con la –para los alemanes– inesperada derrota en la Primera Guerra Mundial. Este fracaso provocó una inmensa desilusión, explicable fácilmente sobre el trasfondo del nacionalismo exacerbado y optimista que se vivía en los inicios del conflicto. Y el golpe de gracia sería el Tratado de Versalles. Las duras condiciones que se impusieron por los vencedores a la Alemania derrotada y que incluían pérdidas territoriales, la exigencia de pago de cuantiosas indemnizaciones de guerra y la casi desaparición de sus fuerzas armadas, justificadas en la cláusula sobre culpabilidad de guerra, nunca fueron aceptadas por la población y originaron un resentimiento gigantesco. El tratado nunca sería aceptado por los alemanes, siendo un caldo de cultivo para el nacionalismo extremo.

Hitler iniciaría su carrera política presentándose como el máximo exponente del movimiento anti-Versalles, aprovechando para ello también el hecho de que la República naciente, tremendamente débil y poco querida, viviría en una perpetua crisis económica, política y social, campo muy adecuado para el crecimiento de sus enemigos totalitarios.

No debe olvidarse que, tras la Revolución Bolchevique de 1917, el comunismo era una amenaza real, viendo sus líderes en Alemania el país más maduro para la extensión de la revolución, lo que generaba en la burguesía alemana los temores consiguientes. El resultado sería que ésta se hiciera más susceptible para escuchar discursos extremos como el que le plantearía el nacionalsocialismo.

Como ha señalado Ian Kershaw, “la Primera Guerra Mundial es lo que hizo recién posible a Hitler. Sin la experiencia de la guerra, la humillación de la derrota y el desorden de la revolución, no habría podido el artista fracasado dar el paso que lo llevó a la arena política descubriendo en sí mismo al gran agitador y demagogo. Y sin el trauma de la guerra, de la derrota y de la revolución, sin la radicalización de la sociedad alemana no habría podido el demagogo transmitir su mensaje lleno de odio. La guerra perdida hizo que se cruzaran los destinos de Hitler y de Alemania. Sin la guerra resulta imposible pensar a Hitler sentado en el sillón que un día ocupó Bismarck”.

Si bien en el esquema histórico que hemos tratado de mostrar la línea fundamental ha sido la de la historia prusiana, no debe olvidarse que el nacionalsocialismo no se explica sin la concepción *völkisch* austriaca. Precisamente es la unión de las dos tradiciones, la del Estado prusiano conformada en torno a lo militar y el populismo austriaco, lo que termina por dar su impronta característica al nacionalsocialismo. No es casualidad que los antecedentes más directos de esta ideología se encuentren hacia comienzos de siglo en Austria y Bohemia, donde un nacionalismo *völkisch* antieslavo y antisemita era particularmente fuerte, y que de esos territorios fuera originario Adolfo Hitler.

3.- El pequeño burgués austriaco. Los años de formación

En definitiva, y más allá de lo que hemos señalado en las páginas anteriores, el surgimiento del nacionalsocialismo no se explica para nada sin la figura de Adolfo Hitler. Su biografía prácticamente se corresponde con la historia de la Alemania de entreguerras. Esto es, a los factores objetivos que hemos venido describiendo para tratar de explicar la aparición del nacionalsocialismo debe agregarse la difícilmente comprensible correspondencia que se dio entre Hitler y su época. Volviendo a lo que señalábamos en el capítulo inicial, su ascenso no se explica por sus supuestas dotes demoníacas y sobrehumanas, sino por su extrema “normalidad”. Hitler es el más arquetípico representante de la época en que le tocó vivir.

Adolfo Hitler nació en Braunau am Inn, una pequeña ciudad de la Austria alemana, el día 20 de abril de 1889. Era éste un momento muy particular de la historia del multinacional Imperio Austro-Húngaro, pues se encontraban en plena ebullición las fuerzas centrífugas que terminarían por disolverlo. Quizá si la consecuencia más característica de esa situación, y la más significativa en orden a los temas que nos interesan, es el temor que asaltaba a la minoría alemana que temía verse absorbida por el resto de las nacionalidades austriacas no germanas. Se desarrolló así en estas zonas limítrofes entre el mundo germano y el eslavo un complejo defensivo pangermano y antieslavo, que se exteriorizaba en forma cada vez más aguda en el antisemitismo. Ése fue el ambiente en el cual Hitler vivió los primeros años de su vida. Ya en la adolescencia, sus años escolares los pasaría en Linz. En la *Realschule* a la que asistía la atmósfera era muy movida. Se enfrentaban allí, por una parte, “clericales” fieles a los Habsburgo con los librepensadores alemanes nacionales; por la otra, germanos contra eslavos. De inmediato Hitler se identificará con los nacionalistas alemanes que quieren la integración de Austria a Alemania, saludan con el *Heil* y cantan el *Deutschland über alles*.

El año 1907 trajo un vuelco muy importante en la vida del joven Hitler. Dejó la provincia y se trasladó a Viena, la capital del Imperio. Ha decidido

ser artista y para eso debe rendir un examen de admisión en la Academia de Pintura vienesa. El resultado no pudo ser más negativo: reprueba en los dos intentos que hace. Los venerables profesores que lo examinaron no se imaginaban los efectos que tendría la decisión que estaban tomando. El artista frustrado terminaría por encontrar su cauce en la política y en una de proporciones monstruosas. ¡Más les valdría haberlo aceptado como alumno! El mundo habría tenido uno más entre muchos artistas mediocres, pero se habría ahorrado la Guerra Mundial y el Holocausto, como también éste y otros muchos libros. Hitler ha pasado a ser un fracasado; se queda sin objetivo de vida y va a vivir en el submundo vienés. Su hogar sería un asilo para hombres y su hábitat un ambiente en el cual dominaba un pánico tremendamente sentido ante la posibilidad de la proletarización; a ser desplazado, por el fracaso profesional y económico consiguiente –de hecho vivirá primero a costa de una pensión que le envía su madre y luego vendiendo postales pintadas por él y que algunos de sus amigos pondrán en el mercado–, a una clase inferior, la de los obreros. Ahí también se encuentra la raíz de su oposición al marxismo, la que sería luego una de las ideas fuerza del nacionalsocialismo.

El ambiente multinacional y cosmopolita de la capital imperial, visto desde el subsuelo en que Hitler se encontraba, fue fundamental en la evolución patológica de su ideología. Viena era en esa época el centro de lo que se ha llamado *jüdische Moderne*, atacada por los nacionalistas por su carácter inmoral e internacional. De hecho, los judíos tenían una participación sobreproporcional en la cultura y ciencia vienesas de fin de siglo. El judaísmo se identificaba en esa época no sólo con una religión sino con una visión del mundo liberal extrema e internacional que rompía completamente con la tradición y cualquier tabú. Estas ideas eran propagadas por los grandes periódicos de Viena, con lo cual resultó fortalecido el prejuicio antisemita de la prensa nacionalista que se le enfrentaba. Mucho del lenguaje y del vocabulario que más adelante utilizaría el líder nazi lo asimilaría de aquí, de estas disputas.

En Viena era además donde más se notaba el carácter multinacional de la dinastía danubiana, porque allí confluían representantes de todo el Imperio. Bastaba asistir a los debates del Parlamento para darse cuenta de lo que eso podía significar: los partidos no sólo representaban distintas tendencias políticas sino también a las distintas minorías nacionales, cuyos representantes hablaban cada uno en su propio idioma. La obser-

vacación de estos debates llevaría al joven Hitler no sólo a robustecer sus tendencias pangermánicas sino a renegar de toda forma de gobierno parlamentario.

Los años de Viena serían sus años de formación. Esto no significa que se haya dedicado a estudiar en forma profunda y sistemática a los autores con los cuales se pretenderá luego relacionar su pensamiento, un Nietzsche, un Schopenhauer y algún otro. Lo normal será que se acerque a las doctrinas que servirían de fuente a su pensamiento a través de un mercado secundario, el de pasquines y folletos de divulgación de mínima categoría intelectual, donde escriben no los grandes autores sino una serie de divulgadores, pseudo científicos o filósofos, de carácter estrambótico, que eran muy populares en los círculos nacionalistas extremos de la Viena de comienzos de siglo.

Es el caso, por ejemplo, de la revista racista editada por un ex monje que había dejado el claustro y que se hacía llamar Jörg Lanz von Liebenfels, en cuya portada se decía: “¿Es usted rubio? Entonces es usted un creador y un conservador de la cultura. ¿Es usted rubio? Entonces le amenazan peligros. Lea los libros de los rubios y de sus derechos humanos”.

Otro caso típico es el de Guido von List, quien dividía a la humanidad en dos grupos: los señores arios, destinados al dominio mundial, y los siervos o esclavos. Según él, la tarea del momento era recuperar esa raza aria de señores, terminando con las mezclas, por lo que planteaba la necesidad de prohibir los matrimonios mixtos. En su opinión, los grandes enemigos de la raza aria serían los “internacionales”: la Iglesia católica, los judíos y los masones, los que estarían llevando adelante una guerra de exterminio contra la raza aria. List profetizaba el estallido de una guerra mundial que devolvería a la raza ario-germana su predominio. Toda esta lucha adquiriría en List dimensiones cuasi religiosas, cuyo símbolo era la suástica que empezó a hacerse popular en círculos nacionalistas en torno a 1900.

El futuro *Führer* aprendió de manera no sistemática, sin guía ni profesores, lleno de odio hacia escuelas y universidades a las que no se integró. Dedicaba a la lectura todo el tiempo que le sobraba... que era mucho. Leía de libros que pedía prestados, de folletos baratos que editaban los partidos y grupos políticos, pero sobre todo de periódicos. Tomaba de ahí lo que le interesaba y lo registraba en su memoria en el

lugar que a él le parecía, siempre que lo leído confirmara sus opiniones. Luego hablaba repetidamente de ello en las tertulias del submundo donde se desenvolvía y de esa forma lo iba asimilando. Siendo en general muy desordenado, su prodigiosa memoria la mantenía en completo orden: era un verdadero armario de recuerdos. En sus discursos como político se reconocen muy fácilmente sus lecturas vienesas, sobre todo aquellas tomadas de la prensa representativa del nacionalismo pangermánico más radical. Su imagen del mundo fue así el resultado de una cultura pervertida y contrapuesta a la burguesa. Ella proporcionaría una justificación ideológica a su resentimiento.

¿Qué elementos componían en ese momento su cosmovisión o *Weltanschauung*?

De partida, y como una impronta que lo había marcado desde sus orígenes y que sólo se acentuaría en sus años de Viena, los temores de la acosada minoría nacional alemana ante el avance de los otros pueblos que integraban el multinacional imperio austriaco, los que se hacían más evidentes en la cosmopolita capital imperial.

La enemistad hacia los socialistas, visiblemente presentes en Viena a través de marchas y manifestaciones callejeras, las que impresionaron profundamente al joven Hitler. No es casualidad que más tarde haya elegido el color rojo para los emblemas del partido nazi. Pero la impresión fue sobre todo negativa: el miedo del pequeño burgués decadente ante el avance de las masas proletarias; esto es, Hitler vivió en forma muy personal ese miedo general de su clase a la proletarización.

Pero, al mismo tiempo, la experiencia inmediata de la agitación de inspiración marxista que se disputaba las calles de Viena con fuerzas nacionalistas-populistas, dirigidas ambas por líderes populares de gran carisma como Georg Schönerer y Karl Lueger –alcalde de Viena y modelo de tribuno que apelaba a los instintos y sentimientos de sus oyentes más que a la razón–, son las bases sobre las cuales desarrollará luego su idea de un socialismo nacional y las fórmulas de agitación de la democracia de masas.

Más todavía, según él mismo afirma, en estas circunstancias pudo captar la central significación de la “cuestión social”. Y si no se identificó con la socialdemocracia y el marxismo que parecían enfrentarla, fue porque en ellos veía meros instrumentos del judaísmo. El judaísmo habría utilizado los problemas sociales y económicos de las masas para

sus propios fines. De ahí la responsabilidad de la burguesía tradicional alemana que, al negar condiciones adecuadas de trabajo a los obreros los habría empujado en manos del marxismo.

Así, el antisemitismo hitleriano, con su componente antimarxista, tiene también sus raíces en los años de Viena. Dice por ejemplo en *Mi Lucha*: “Desde que empecé a preocuparme por este problema, cuando los judíos me llamaron la atención, Viena se me apareció bajo una luz distinta a la que conocía. Adonde yo fuese sólo veía judíos, y cuantos más veía tanto más se diferenciaban ante mis ojos de las otras personas. Especialmente en el centro de la ciudad y en los distritos del norte del canal del Danubio, pululaba un pueblo que ya exteriormente no poseía ninguna semejanza con los alemanes... Todo ello no podía ser agradable; uno debía sentirse repelido cuando descubría, además de la suciedad corporal, las manchas morales que repentinamente se advertían en el pueblo elegido. ¿Existía alguna inmundicia, alguna desvergüenza en cualquiera de sus formas sobre todo en la vida cultural, en la que por lo menos no hubiese participado un judío? Conforme iba cortando y penetrando, con precaución, en uno de esos muros, encontraba a un pueblo judío como si fuera un gusano en el cuerpo que se pudre, a veces segado por la repentina luz... Empecé, paulatinamente, a odiarlos”.

La radicalidad de este antisemitismo hace pensar que haya sido también una forma condensada del odio generalizado, hacia todo y hacia todos, que lo acompañó durante sus años de Viena y que en el judío alcanzó su objeto deseado. Se aplicaría a él mismo ese principio al que tanta importancia atribuye en *Mi Lucha*, de que a la masa debe mostrársele un solo enemigo, porque el conocimiento de varios sólo despierta la duda.

Su ideología se va a llenar en Viena también de lucubraciones “socialdarwinistas”, tan de moda en torno al cambio de siglo. La idea de la lucha eterna es quizá si el elemento central y más importante de la construcción ideológica hitleriana. “Yo veo en la lucha –decía en una oportunidad– el destino de todos los seres. Nadie puede evadir la lucha si no quiere desaparecer”. Ése será el marco de su racismo radical, que lo llevaba a distinguir entre pueblos fuertes y débiles, a considerar la limpieza de la sangre como un valor y las mezclas como símbolo de debilidad. Así debía cuidarse lo propio, lo *völkisch* y cerrarse el paso a la penetración de cualquier elemento extranjero. Esta lucha debía darse en dos frentes. Por una parte contra las otras nacionalidades de la mo-

narquía de los Habsburgo; por la otra, desde el punto de vista interno, a través de programas de higiene racial, la prohibición de tener relaciones con pueblos extraños, velar por tener hijos sanos y para ello impulsar el desarrollo de los deportes y la gimnasia. Lo que se buscaba era fortalecer al propio pueblo para que pudiera enfrentar con éxito la lucha contra las demás razas. La rica convivencia de múltiples pueblos y naciones, que había sido de las improntas más características de la milenaria historia del imperio de los Austria, se consideraba ahora como algo criticable: era una amenaza para la supervivencia de lo germano.

Debe recordarse que en torno al cambio de siglo las teorías raciales eran muy populares. En esos años fue traducida al alemán la obra del francés Gobineau, fundador del racismo, quien se encargaba de afirmar la supremacía de la raza blanca. En Viena escribía el inglés, criado en Alemania, Houston Stewart Chamberlain, gran propagador del antisemitismo racial. En fin, por poner un último ejemplo, la obra de divulgación de Fritsch, *Manual de la cuestión judía*, se editó 25 veces entre los años 1887 y 1894. Las teorías racistas, en forma vulgarizada, se podían encontrar en todos los periódicos nacionalistas de Viena, lo mismo que la distinción entre los superhombres y los pueblos esclavos, la lucha por el dominio mundial, el combate contra la democracia y el parlamentarismo, y el anhelo por la aparición de un fuerte *Führer* germano.

En fin, según él mismo diría, de Viena saldría convertido en “antisemita absoluto, enemigo mortal de la totalidad de la ideología marxista y totalmente pangermano”. El joven veinteañero, solitario y pesimista, sigue siendo plenamente apolítico, pero ha sentado en Viena lo que serán las bases más importantes y permanentes de su ideología.

En el mes de mayo del año 1913 Adolfo Hitler dejó el cosmopolitismo vienes para dirigirse a Munich en la patria alemana. El futuro *Führer* seguía siendo una figura marginal y desconocida que ni siquiera había intentado iniciar una carrera política. Pero su cabeza estaba llena de una pseudociencia que lo acompañaría hasta el final de sus días. De hecho, su salida de Viena era una huida: no quería hacer el servicio militar obligatorio. No por una resistencia u oposición a lo militar en sí, ni por una “objeción de conciencia”, como se diría hoy día, sino, probablemente, como parte de su actitud de repulsa a toda normalidad y deberes. También puede haber influido el hecho de que si en Austria en algún lugar se

reflejaba el cosmopolitismo, era en el ejército. Por ejemplo, los carteles de movilización para la guerra de 1914 se redactaron en 15 idiomas distintos.

En todo caso, de ninguna manera debe pensarse en el miedo a lo militar o a la guerra, como una explicación. De hecho, estando en Munich, recibió con manifiesto júbilo la noticia del estallido de lo que llegaría a llamarse la Primera Guerra Mundial. Prueba de ello es una foto tomada a la multitud que escuchaba la lectura de la declaración de guerra y en medio de la cual, confundido en el gentío y como el ser anónimo que en esos momentos era, aparece Hitler con el rostro desencajado por el entusiasmo y con el brazo levantado en señal clara de estar celebrando este acontecimiento.



Hitler celebra la declaración de guerra al año 1914.

La guerra tuvo para Hitler una significación muy importante: al cesante y fracasado le resolvió el problema de no saber qué hacer. De inmediato se enroló en el ejército alemán. La actuación de Hitler durante la contienda es bastante paradójal. Sirvió siempre de enlace entre el estado mayor de su regimiento y las posiciones avanzadas. Para quien conoce algo de las

características de la guerra de trincheras es evidente la constatación de que ésta era una función de alto riesgo. No puede así caber duda de que Hitler fue un soldado valiente. Lo que se comprueba también por el hecho de que ya en el mes de diciembre del año 1914 fuera condecorado con la Cruz de Hierro de segunda clase y, poco antes del término de la guerra, el 4 de agosto de 1918 recibía la de primera clase. Esto es particularmente significativo, pues esta distinción, por regla general, se reservaba sólo para la oficialidad, no concediéndose a la tropa.

Pero, por otra parte, en sus cuatro años como combatiente en lo más álgido de los distintos frentes, nunca ascendió más allá del grado de cabo. Algo verdaderamente paradójal, si se considera que este “cabo austriaco” –de acuerdo con la despreciativa expresión que utilizaría constantemente para referirse a él el presidente Paul von Hindenburg– llegaría a ser pocos años después el gran generalísimo de las fuerzas armadas alemanas, poniendo en jaque a una coalición de potencias de dimensiones mundiales. La verdad es que, durante esos años de guerra, particularmente favorables para avanzar en forma rápida en la carrera militar, los testimonios de sus compañeros retratan siempre a Hitler como un personaje solitario y sin iniciativa.

Pese a lo anterior, los años de guerra también tendrían importancia en la formación del joven Hitler. De partida, y como lo señala él mismo en el capítulo correspondiente de *Mi Lucha*, tomaría durante ella conciencia de lo decisiva que podía resultar una campaña propagandística bien llevada, como aquella que habían desarrollado las fuerzas de la *Entente* para minar la moral combativa de las tropas y de la población alemana.

Pero mucho más significativo todavía es el traumático efecto que sobre él, como sobre una gran mayoría de los alemanes, provocó la inesperada derrota. Habían vivido convencidos por la propaganda del gobierno de que la guerra terminaría necesariamente con la victoria. Todavía en marzo de 1918, al iniciarse la última gran ofensiva, en la que el general Ludendorff buscaba jugarse el todo o nada, los ejércitos alemanes lograban poner en jaque a la capital francesa. Y casi de inmediato vendría el colapso: Alemania, exhausta, agotadas sus fuerzas, sin más recursos humanos ni materiales que oponer a una coalición enemiga que ha recibido la savia fresca de la primera potencia industrial del mundo, Estados Unidos de Norteamérica, se vio obligada a firmar el armisticio. En el preciso momento en que, para el alemán común, el

éxito parecía más cercano, se veía enfrentado a la derrota definitiva. De ahí que la evidencia de la verdad fuera tanto más dolorosa.

*Hitler como soldado en la
Primera Guerra Mundial. 1915.*



A Hitler, que por fin en la guerra parecía haber encontrado un fin para su vida, la derrota lo afecta con fuerza; le deja un gran vacío, una profunda desilusión. Cuando a las 11 de la mañana del día once del undécimo mes del año 1918 la guerra termina, yace postrado en un hospital recuperándose de los efectos de los gases lanzados por los ingleses que lo han alcanzado en el frente de Ypres.

Así como resultó decisivo en la carrera de Hitler el hecho de que, en su momento, viera frustrado su sueño de ser pintor, ahora lo sería el que en vez de ser licenciado del ejército como la inmensa mayoría de sus compañeros de armas –no en vano un ejército profesional de 100.000 hombres debía ocupar el lugar del antiguo ejército imperial, al que pertenecían todavía a fines del año 1918 varios millones de soldados–, se lo mantuviera todavía un par de años en las filas. La razón es que un oficial –tan poco

clarividente como los venerables profesores de la academia vienesa de pintura– creyó que podía ser útil para adoctrinar a las tropas, en un momento en el que se difundían ideologías disolventes de la nacionalidad, como el marxismo. Por primera vez Hitler tendría un público cautivo al que dirigirse; y lo haría con éxito: debía llegar a los soldados y ganárselos, y lo conseguiría. El personaje desconocido y marginal, siempre fracasado, que nunca había trabajado en algo productivo y que parecía no tener ningún talento especial, descubriría que sí tenía uno: sabía hablar.

4. Los bebedores de cerveza: nace el político

En Alemania el fin de la guerra coincide con la revolución política. Una revolución que, además, tiene un doble carácter. Republicana contra el imperio, por una parte; marxista –roja– contra el capitalismo, por la otra. La primera fue la que se impuso. Guillermo II debió abdicar y el poder quedó en manos de políticos liberales, los que ya en 1919 dieron forma a la *República de Weimar*, llamada así por el lugar en el que se aprobó el nuevo texto constitucional. La segunda sería, en medio del periodo de crisis que ahora se iniciaba, un permanente desafío. Los levantamientos “rojos” en la flota de guerra, en Berlín y en Munich, la capital bávara, como también en la cuenca del Ruhr y en Renania, lograron ser controlados, pero se mantuvieron vivos, como una real amenaza, en la conciencia de la burguesía alemana.

El nuevo estado nació sobre mal pie. Parte importante de la opinión pública lo asociaba con la humillación y la derrota. El armisticio no fue firmado ni por el *Kaiser* ni por Ludendorff, sino por los representantes de la naciente República. Y ella debió cargar con el peso de esta dolorosa responsabilidad. Los que declararon la guerra y la impulsaron hasta el extremo se bajaron en el último momento y pasaron este fardo a sus sucesores

Más todavía, la impresión con la que se quedaron muchos alemanes, sobre todo aquellos que habían vivido la guerra en el frente hasta el último momento, era que la actividad revolucionaria en el interior, tanto republicana como marxista, habría sido la causante y gran culpable del derrumbe. Debe recordarse que una tal visión de los hechos resultaba creíble desde el momento que, cuando la guerra termina, todavía las fuerzas alemanas se encontraban dentro de territorio enemigo en el frente occidental, y en el este controlaban gigantescos territorios, desde los países bálticos al Don. Es decir, ésa era la conclusión que estos sectores sacaban, Alemania no había sido derrotada en el frente de batalla sino “apuñalada por la espalda”; y eran los traidores los que ahora presidían el gobierno.

El resentimiento asociado a la derrota y a la forma en que ésta se produjo no hizo sino redoblarlo cuando se conocieron las cláusulas del tratado de paz de Versalles. Como bien se sabe, éste contenía sanciones

particularmente duras para los vencidos: pérdidas territoriales importantes; se dividía a Alemania en dos a través del “corredor polaco”; se reducía al mínimo su fuerza militar; se la obligaba al pago de siderales indemnizaciones de guerra. Pero sus efectos psicológicos fueron mucho más importantes que los simplemente materiales. La difusión de su contenido dio lugar a un sentimiento de humillación inolvidable.

Lo que los alemanes no podían aceptar ni reconocer era el contenido del artículo 231 del tratado: la cláusula de culpabilidad de guerra. Según allí se determinaba, el único culpable del estallido de la Primera Guerra Mundial había sido el Imperio Alemán. Saltaban excesivamente a la vista las contradicciones y la falta de sinceridad en los 440 artículos que contenía el tratado, en el que los vencedores exponían sus legítimos derechos erigiéndose en jueces del mundo y obligaban al reconocimiento de unos pecados cuando en realidad sólo estaban en juego unos intereses. La verdad es que en el estallido de la guerra les había cabido, en mayor o menor medida, un grado de responsabilidad a todas las grandes potencias participantes, y resultaba injusto que Estados Unidos y la *Entente*, los “buenos”, se lavaran las manos, para endosar toda la responsabilidad a las potencias centrales, los “malos”.

El tratado incrementó el resentimiento contra la República porque ésta demostró –a los ojos de parte importante de la población, incluyendo al mismo Hitler– su incapacidad para evitar al país la dureza y el deshonor de aquella imposición ignominiosa.

Al terminar la guerra Hitler volvió a Munich, el Munich “rojo”, que era uno de los centros de la revolución comunista que amenazaba al Estado naciente. El ambiente era depresivo. Proliferaban círculos de bebedores de cerveza conformados por soldados licenciados y desilusionados, cesantes (como ya se ha dicho, el Ejército alemán debió reducirse de los varios millones de soldados, conscriptos en su mayoría, que todavía lo componían al momento de finalizar la guerra, a apenas 100.000 profesionales) y pequeños burgueses en proceso de proletarización, unidos por un sentimiento arrollador de temor y un pesimismo de fondo.

Ante todo, el temor a la revolución roja, comunista. La Revolución Bolchevique de 1917 tuvo más repercusión en Alemania que en cualquier otro país del mundo. En efecto, no sólo era la potencia más cercana al lugar de los hechos, sino también la cuna del pensamiento marxista

y, en opinión de todos los líderes revolucionarios, la que se encontraba más madura para seguir los pasos de Rusia. Por ejemplo, en una carta dirigida por Stalin al líder comunista alemán August Thalheimer en 1923, se decía: “La próxima revolución en Alemania es el más importante acontecimiento universal de nuestros días. El triunfo de la revolución en Alemania tendrá para el proletariado de Europa y América mayor significado que el triunfo de la revolución rusa hace 6 años. El triunfo del proletariado alemán trasladará el centro de la revolución mundial de Moscú a Berlín”.

Y esta presión que provenía de la Rusia bolchevique se hacía sentir con particular fuerza en los años de la inmediata posguerra. Cuando el burgués alemán leía que los bolcheviques pretendían “eliminar a la burguesía como clase” y que, de hecho, estaban llevando a la práctica este objetivo, es comprensible temieran que ése pudiera ser también su destino una vez que, como parecía posible, el comunismo se instalara en Alemania.

Basta observar la prensa de la época para constatar lo presente que estaba la amenaza “roja” en los ambientes en los que Hitler se movía. Por ejemplo, en algún diario muniqués se reproducía un discurso de Sinowjev –destacado miembro del *Politbüro*– en que éste afirmaba: “De los 100 millones de habitantes de la Rusia Soviética tenemos que ganar 90 para nosotros. Con el resto no tenemos nada que hacer. Tenemos que exterminarlos”. Y eran constantes las referencias a las más horripilantes torturas que la *Cheka* aplicaba sobre grandes sectores de la población.

El temor de la pequeña burguesía alemana y de sujetos como Hitler, que además residían en una ciudad que había vivido la revolución era, por lo menos, explicable y los marcaría profundamente. Munich era uno de los lugares en que la revolución había triunfado y donde había logrado afirmarse en el poder durante un par de semanas, en medio de un clima de terror que terminó con varios cientos de muertos. La huella que dejó la revolución fue indeleble y la propaganda la intensificaría. Según cierta prensa, fuerzas extranjeras, judías y bolcheviques, se habrían apoderado del Estado. Habrían quedado a la vista “los fines y métodos del bolchevismo ruso”, las “prácticas del bolchevismo asiático”. Ese es el ambiente que explica el que se agregara al ideario de Hitler el antibolchevismo.

Pánico luego ante la sociedad competitiva, liberal-capitalista. Alemania era un país que había entrado desde mediados de siglo, violenta-

mente, en la revolución industrial. Todavía en vísperas de la guerra ésta seguía produciendo profundas transformaciones en la sociedad alemana, particularmente en las zonas más atrasadas. El artesano veía con temor el surgimiento de inmensos complejos industriales que terminarían por hacer superfluo su trabajo, mientras para el pequeño comerciante la amenaza provenía de las grandes cadenas de supermercados. Y todo esto se daba en medio de una crisis económica que lo dislocaba todo y que se arrastraría por varios años. De ahí que el miedo a la proletarianización en amplios sectores de la burguesía alemana apareciera como algo muy real.

Más todavía: en el fondo se puede encontrar un temor hacia la civilización moderna, la de las grandes ciudades, del asfalto, de valores nuevos, del cine, del arte abstracto, del nuevo mundo que surgía en torno al cambio de siglo y que parecía trastocarlo todo. La guerra armó este miedo –porque ahora el burgués miedoso era además un soldado desmovilizado– y puso a su cabeza un *Führer*.

Adolfo Hitler tendría el mérito de unir estos sentimientos, de darles dirección y fuerza. Él mismo era producto de todos ellos. Pero, al mismo tiempo, les daría una impronta muy particular: la excentricidad maníaca con que pretendía reunir en un solo motivo básico todos aquellos elementos de temor. En el centro del sistema del miedo se ubicaba la figura del judío. El judío, “tirano de los pueblos, ansioso de sangre y de dinero”, dirigía una conspiración mundial contra Alemania que unía a bolcheviques, capitalistas, masones y jesuitas.

Según Ernst Nolte, en su provocativo libro sobre *La Guerra Civil Europea 1914-1945*, lo que Hitler comprendía bajo la palabra judío era lo que muchos autores del siglo XIX llamaron progreso: ese complejo de dominio y alejamiento de la naturaleza, de industrialización y libertad económica, de emancipación e individualismo, que filósofos como Nietzsche habían destacado como peligrosos para la “Vida”. Precisamente en todas las áreas de la modernidad el judío aparecía sobrerrepresentado: en el cine y en el teatro, en la bolsa y la actividad bancaria, en el gran comercio y en la industria, en el liberalismo y en el bolchevismo.

Finalmente, en ese ambiente decadente, de crisis y temores, aparentemente sin horizontes, en que se movían los alemanes tras la inesperada derrota, la revolución y la paz impuesta, Hitler buscaría, en la expresión de Joachim Fest, el mejor de sus biógrafos, “hechizar el aburrimiento

cotidiano mediante un ritual romántico”, caracterizado por uniformes y marchas, emblemas e himnos.

Una vez en Munich, Hitler se incorporó a uno de esos pequeños y abundantes partidos en que algunos bebedores de cerveza trataban, entre trago y trago, de arreglar el mundo. Era un grupo de pequeño-burgueses, insignificante, a quienes nadie conocía, y que bajo la dirección de Anton Drexler, un cerrajero de la empresa de ferrocarriles muniqueña, conformaban el Partido Alemán de los Trabajadores, marcado por un difuso ideario nacional-socialista.

Para Hitler, quizá si el día más decisivo de su vida sería ese 12 de septiembre de 1919, cuando, fuera de sí porque uno de los miembros del partido ha propuesto luchar por la separación de Baviera del *Reich*, tomó la palabra con la fogosidad que luego sería su característica, para darse cuenta, él y quienes lo escuchaban, que era un gran orador. El artista fracasado, el vago de la cosmopolita Viena, el soldado desmovilizado y cesante, el eterno fracasado, descubría por fin que tenía habilidades políticas y oratorias. A los pocos días se inscribía en ese partido marginal con el número 555.

Rápidamente se puso a la cabeza del pequeño partido y empezó a sacarlo del anonimato a través de un activismo constante: concentraciones y discursos en las grandes cervecerías de Munich en que Hitler desarrollaría todas sus capacidades histriónicas y oratorias. En ese medio de posguerra su retórica lograba convencer de que existía un camino para sacar a Alemania del hoyo en que se encontraba. Hitler demostraría ser un propagandista natural: no contaba tanto lo que decía sino el cómo lo decía. La simplicidad y la repetición fueron elementos centrales de su retórica. El mensaje que transmitía Hitler en sus años de Munich incluía la necesidad de llevar el nacionalismo a las masas, el imperativo de sacar a Alemania del estado de postración en que la había dejado la gran traición de 1918, para lo cual resultaba fundamental destruir a los enemigos internos que tenía Alemania, lo que implicaba la expulsión de los judíos, y debía reconstruirse en lo material y psicológico a la nación y así preparar el terreno para una futura expansión. Insistía en recalcar el contraste evidente que había entre la antigua grandeza y fuerza de Alemania y el estado de postración y de debilidad en que se encontraba: era un estado enfermo que estaría en manos de traidores y cobardes,

como lo serían los miembros de la coalición de Weimar. Por supuesto el Tratado de Versalles se encontraba en el centro de sus diatribas, como instrumento pensado para esclavizar a Alemania y, en fin, no dejaba pasar ninguna oportunidad para criticar al gobierno, al corrupto sistema de partidos que había traído la pobreza y la división social. Sólo cabía –insistía Hitler– aniquilar a los enemigos internos para reconstruir la nacionalidad y a partir de ahí recuperar la grandeza de Alemania. Finalmente, y como en parte ya se ha señalado, las escalofriantes noticias que publicaban los periódicos relativas a la revolución y a la guerra civil que tenía lugar en Rusia, lo llevaron a poner cada vez más en el centro de su doctrina al “judeo bolchevismo”.

Así se fueron integrando a los pequeño-burgueses originarios, los soldados desmovilizados, permitiendo la trabazón de formas ceremoniosas y terroristas que grabó desde un principio los primeros pasos del partido. Surgieron las S.A. con su uniforme pardo y rojos brazales con la suástica en el medio, en negro sobre fondo blanco, como grupos de choque del partido. La política se empezó a militarizar, nota característica del periodo y, sobre todo, de los movimientos de estilo fascista.

Era también una particularidad del partido de Hitler el que se presentara como un partido nacional que no exigía ninguna exclusividad social. Siendo nacional y al mismo tiempo plebeyo, brusco y dispuesto a pegar, llevó la idea nacional a la calle.

En lo táctico político –y Hitler, contra los que lo consideran y consideraron siempre un payaso, fue un hábil político– se empezó a acercar a la derecha extrema de Baviera, cuya figura emblemática era el general Erich Ludendorff.

El hito decisivo en el primer despegue del partido nazi lo constituiría la gran crisis inflacionaria que empezó a manifestarse en Alemania hacia 1920 y que llegaría a su culminación en 1923. En el mes de enero del año 1921 el país debía pagar, como reparaciones de guerra, estipuladas en el Tratado de Versalles, 226 billones de marcos. Para presionar por el pago los franceses ocuparon en noviembre del año 1923 la cuenca del Ruhr –otro duro golpe para el nacionalismo alemán–, esto mientras se disparaba la inflación hasta niveles extremos. Por poner un solo ejemplo, en septiembre de 1923 un kilo de mantequilla se transaba en 168.000.000 de marcos.

Fue ésta una inflación con tasas que superaron todo lo imaginable, incluso para los hispanoamericanos que por largos años casi nos habíamos acostumbrado a procesos inflacionarios desatados. El marco llegó a no valer nada. Quienes vivían de un sueldo debían consumirlo de inmediato a riesgo de que éste perdiera todo poder adquisitivo. Sólo quienes tenían activos fijos podrían capear de alguna manera el temporal. El resultado sería el que las masas se empobrecieran y los especuladores se hicieran más ricos. El resentimiento anticapitalista se hizo particularmente intenso.

El mundo de todos quienes vivían de un sueldo se derrumbaba. El estado parecía haberlos traicionado y el gobierno no les daba una respuesta. La República –por lo menos eso es lo que parecía a los ojos del ciudadano común– no hacía nada, mientras que Hitler sí supo captar las aspiraciones de la masa. Y supo llegar a ella con los métodos circenses de sus presentaciones de una manera nunca antes vista. La mejor demostración de ella son las cifras de afiliados al partido. Mientras en enero de 1922 eran sólo 6.000, en noviembre de 1923 se empujaban hasta los 55.000.

En ese ambiente de crisis otra vez cobraba fuerza y realidad la amenaza comunista –la carta de Stalin antes citada corresponde justo a este momento– y, por si fuera poco, los franceses humillaban nuevamente el nacionalismo alemán al hacer entrar sus tropas a territorio germano. Todas las condiciones estaban dadas, y Hitler aprovecha el momento para ponerse a la cabeza de los movimientos de extrema derecha bávaros, dejando claro al mismo tiempo y sin ocultar, el carácter revolucionario de su partido. La salvación de Alemania “no llegaría a través del parlamento, sino a través de la revolución”.

Estos grupos políticos iniciaron un movimiento de acercamiento a las autoridades de Baviera que en esos momentos se encontraban en conflicto con Berlín. Baviera tenía a la sazón un gobierno semidictatorial, cuyos componentes, bajo el *Generalstaatskomissar* Gustav Ritter von Kahr, soñaban con establecer una dictadura de derechas en Alemania o, por lo menos, con separar a Baviera del Reich. La idea era ganárselos para sí para luego desafiar al gobierno central en Berlín. En el fondo, y según el modelo recién implantado por Benito Mussolini con su “marcha sobre Roma”, se trataba de hacer una revolución “con el permiso del señor Presidente”.

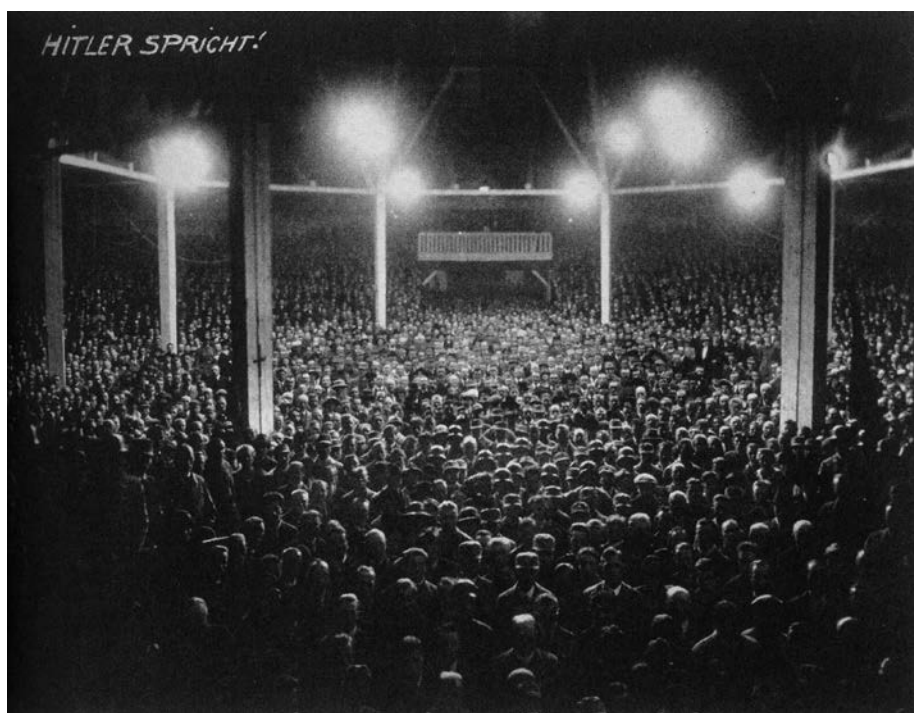
El 8 de noviembre, y pese a la oposición de Ludendorff, Hitler forzó las cosas en una concentración de sus fuerzas en la *Bürgerbräukeller* para el día siguiente, en lo que se conoce en la historia como el *Putsch* de la cervecería, marchar desde la misma hacia los edificios de gobierno. Con Hitler y Ludendorff a la cabeza se inició la caminata, en la esperanza, que se creía cierta, de que el gobierno cedería sin oponer resistencia. Pero a diferencia de lo ocurrido en Roma en 1922, aquí la policía disparó. Cayeron muertos varios de los primeros militantes del partido –los primeros “mártires”–; los demás huyeron, incluido Hitler. Sólo el emblemático general siguió marchando impertérrito

Todo ha terminado en un fracaso y el mismo Hitler fue llevado a prisión. El 24 de febrero Hitler debió comparecer ante los tribunales acusado de alta traición y su talento político encontraría aquí un nuevo escenario para mostrarse en plenitud. En vez de tomar una actitud defensiva, reconocerse culpable y pedir disculpas y clemencia, se lanzó a una violenta ofensiva para tratar de demostrar que lo que él había hecho era lo que en el fondo todos los presentes, incluyendo los jueces que lo juzgaban, querían hacer; que ha luchado y está luchando por Alemania y su engrandecimiento, por salvarla del humillante estado en el que se encontraba sumida.

“Yo no puedo declararme culpable –diría ante los jueces –. Yo reconozco, indiscutiblemente, lo que he hecho, pero no me siento culpable de alta traición. No existe alta traición en una acción que pretende enfrentarse con la traición a la patria en el año 1918. Por lo demás una alta traición no puede existir por los aislados hechos del 8 y 9 de noviembre sino, en todo caso, por las relaciones y acciones de las semanas y meses anteriores. Si nosotros realmente hemos cometido dicha alta traición, me sorprende que aquellos que entonces poseían las mismas intenciones que nosotros no estén ahora sentados a mi lado. Yo debo rechazar, en todo caso, esta acusación, mientras no me acompañen aquí aquellos señores que, como nosotros, habían querido la misma acción, la habían discutido y la habían proyectado hasta en sus más mínimos detalles. Yo no me siento traidor de lesa patria, sino un alemán que desea lo mejor para su pueblo”.

Su defensa resultó tan efectiva, que apenas si se le impone un par de años de prisión y con la promesa de que pronto podría acortársele la condena. “Hitler es alemán-austriaco, dirían los jueces. Él se considera

alemán. A un hombre como Hitler que piensa y siente como alemán, que voluntariamente prestó durante cuatro años y medio servicios en el ejército, que demostró gran valentía ante el enemigo, como para recibir las más altas condecoraciones de guerra, que además fue herido en combate, no se le puede aplicar el artículo II del parágrafo 9 de la Ley de Protección de la República". Si consideramos que como ciudadano austriaco lo menos que podía esperarse es que se lo expulsara del país, más todavía cuando el *Putsch* había tenido un saldo de varios muertos, no cabe sino concluir que el discurso de tonos nacionalistas de Hitler había dado en el clavo.



Concentración nazi en el circo Krone, año 1923.

El fracaso del *Putsch* sería una experiencia central en la evolución de Hitler como político. En efecto, a partir de ese momento nunca más intentaría alcanzar el poder por medio del uso de la fuerza. Amenazaría con su uso. Trataría siempre de asustar e infundir temor a la República y a sus

rivales con sus cientos de miles y después millones de camisas pardas de las S.A.; pero no pasaría de la amenaza o de la violencia callejera. Nunca más pretendería enfrentarse por la violencia a las fuerzas del Estado: ejército y policía.



Hitler en la prisión de Landsberg el año 1924.

Hitler acuñó así su concepto de ‘revolución legal’. Y esto fue una idea genial: plantear una revolución disciplinada, ordenada, legal. Dicho concepto se correspondía exactamente con los anhelos de continuidad y cambio –de una revolución que se confundiera con la tradición de orden alemán– que embargaba a amplios sectores de la población. Con esta idea Hitler se transformó verdaderamente en político.

5. De tamborilero a canciller

En lo inmediato, la consecuencia del fracaso y de la prisión fue el derrumbe del partido nazi. Prisión, en Landsberg, en la cual se le daría a Hitler el máximo de facilidades, pudiendo incluso disponer de un secretario, Rudolph Hess, más tarde lugarteniente del *Führer* y conocidísimo por su huida a Inglaterra durante la guerra y por terminar siendo el único prisionero en la prisión de Spandau ya avanzada la posguerra. Esta situación la aprovechó Hitler para escribir *Mi Lucha*, *Mein Kampf*, obra difícil de leer y fiel reflejo de la poca formación de su autor, en la cual se contiene –en forma descarnada y abierta– el programa que iba a pretender llevar a la práctica una vez que conquistara el poder. Por ejemplo, allí se introduce por primera vez un elemento clave de la ideología nacionalsocialista: la idea del *Lebensraum*, el que Alemania debía buscar “espacio vital” en el este de Europa, a costa de Rusia.

Los años que siguieron al *Putsch*, al juicio y la prisión, fueron de vacas flacas. La *República de Weimar* alcanzó su momento de mayor estabilidad bajo el gobierno de Gustav Stresemann, con lo cual dejó de darse el ambiente adecuado para el desarrollo de movimientos radicales como el nazi. Las posibilidades de llegar a las masas eran mínimas. Incluso Hitler no podría hacer uso de su mejor arma, pues se le había impuesto la prohibición de hablar en público, limitación que sólo sería alzada en 1927.



Hitler en pose de orador en agosto de 1927.

Pero el líder nacionalsocialista no perdió el tiempo y sacó a relucir su talento político de una manera distinta: en la lucha interna dentro del partido. De hecho, la misma ausencia de Hitler debido a la prisión permitiría el surgimiento de algunos líderes nuevos dentro del nazismo, los que empezaron a actuar con cierto grado de independencia y autonomía, incluso en lo doctrinario. Es el caso, por ejemplo, de los hermanos Gregor y Otto Strasser, que, en el norte de Alemania, habían dado una interpretación más de izquierda a la doctrina partidaria.

Hitler no se dejó asustar, reaccionó con habilidad y fuerza al mismo tiempo, para terminar por doblegar a sus rivales, incluso ganándose algunos para sí –como fue el caso de Joseph Goebbels, su futuro ministro de propaganda, que en los años veinte trabajaba con los Strasser–, y terminar constituyéndose en el *Führer* y líder indiscutido del partido, al que dotaría luego de una completa organización, transformándolo en un verdadero “estado a la sombra”.

Fue en esas maniobras y luchas internas cuando el talento táctico de Hitler, su conocimiento del alma humana, difícilmente descifrable *a posteriori*, y su magnetismo, quedaron demostrados, como poquísimas veces, de manera tan clara.



Hitler en uniforme de las SA el año 1929.

Mientras tanto, hacia el exterior, los nazis parecían haber tocado fondo. En las elecciones para el *Reichstag* celebradas el 20 de mayo de 1928 el partido nacionalsocialista, *NSDAP*, obtenía apenas un 2,6% de los votos, pasando a ocupar el noveno lugar entre los partidos alemanes.

El año 1929 señala, en cambio, el comienzo del contraataque hitleriano. El partido ya estaba consolidado y seguía férreamente unido a su jefe y los camisas pardas de las S.A. tenían la fuerza suficiente como para copar las calles en lucha despiadada con las fuerzas comunistas.

Pero no todo era fuerza. Hitler, insistamos en ello, también sabía negociar. Aprovechando la oposición que generaban en amplios sectores de la población las conversaciones encaminadas a aprobar un nuevo plan por el que se regularían las indemnizaciones de guerra –el *Plan Young*– Hitler llegó a acuerdos con los partidos de derecha extrema. Esto le permitiría por primera vez tener acceso a los más importantes medios de comunicación alemanes que ellos controlaban a través de su líder Alfred Hugenberg, dándole la posibilidad de desplegar todo su genial aparato propagandístico.

En opinión de Joachim Fest, “la alianza fue el primer éxito en una notable cadena de triunfos tácticos que contribuyeron valiosamente a que Hitler siguiese su camino hacia adelante, y conducirlo, por último, a la ansiada meta. La indescriptible capacidad de Hitler en reconocer las situaciones, adivinar los intereses creados, descubrir las debilidades y conducir coaliciones momentáneas; su sentido táctico, mucho más eficaz a causa de su talento para convencer, fueron la base de su encumbramiento, así como la fuerza de su retórica, y le proporcionaron ayudas indispensables por parte de la *Reichswehr*, de la industria y de la justicia, o bien del terror de las camisas pardas. La ilusión unilateral sobre los elementos mágicos, conspiradores o brutales en la historia del encumbramiento de Hitler, no sólo delata una incompleta comprensión de los acontecimientos sino que, a pesar de todas las refutaciones, permanece inamovible en la imagen, de fatales consecuencias, del *Führer* del *NSDAP* convertido en un instrumento o un modesto tamborilero, ignorando por completo que Hitler también demostró su capacidad en el campo de la política”.

En su ayuda vendría de inmediato el hito fundamental: la gran depresión del año 1929. En efecto, el *crash* de la bolsa de Nueva York y el subsiguiente hundimiento de la economía norteamericana repercutió

inmediatamente en Europa y en todo el mundo. Explicándolo en términos muy simples, debe recordarse que tras la Primera Guerra Mundial Alemania, Inglaterra, Francia y Estados Unidos quedaron unidos en un sistema triangular. Alemania debía pagar indemnizaciones de guerra a Inglaterra y Francia; con ese dinero estos mismos países pagaban a Estados Unidos los ingentes préstamos que habían obtenido de la primera potencia industrial del mundo para financiar la guerra; y Estados Unidos prestaba dinero a Alemania para que los alemanes pudieran, a su vez, pagar las indemnizaciones de guerra. Por tanto, cuando la economía norteamericana se hundió en la deflación, el circuito de inmediato se cortó y las economías europeas entraron también en crisis.

En la maltrecha y debilitada Alemania de entreguerras ésta alcanzó ribetes catastróficos: reducción al mínimo de la actividad económica, quiebras por doquier y una inmensa masa de cesantes. La producción bajó en un 42%; el índice accionario llegó a 1/3 de su valor original; se doblaron los remates de predios agrícolas y la cesantía alcanzó cotas extremas. En diciembre de 1932 había 5.772.984 alemanes sin trabajo y en el mes de enero del año siguiente éstos superaban los 6 millones. Pero si se considera también la cesantía disfrazada, se calcula que en el mes de octubre de 1932 los cesantes se empinaban casi a los 9 millones, esto es, prácticamente la mitad de la fuerza de trabajo de Alemania.

Más todavía, como ha sostenido con acierto un autor, “la característica más sobresaliente de la crisis en Alemania la constituía su totalidad. Si bien los aspectos económicos y sociales que la acompañaban, como, por ejemplo, en Inglaterra y, de forma especial, en Estados Unidos, no eran menos desastrosos, en estos países no desembocaban en esa crisis consciente que lo abarcaba todo y deshacía y anonadaba todas las medidas políticas, morales e intelectuales, y que, por encima de sus propios motivos, se convirtió en una crisis de la confianza que se había depositado en la ordenación actual del mundo. Los cambios que produjo en Alemania no pueden comprenderse a cabalidad según unas condiciones objetivas económicas; la crisis, en realidad, fue algo más grande; fue, sobre todo, un fenómeno sicológico. La gente, cansada de las eternas miserias, y que, anímicamente, en su capacidad de resistencia, había sido destrozada por la guerra, la derrota y la inflación, harta de hermosas palabras democráticas con sus constantes llamamientos a la razón y a la objetividad, se entregó plenamente a sus pasiones y afectos”.

La coalición gobernante, presidida por el canciller Hermann Müller, sin saber cómo enfrentar la crisis, se derrumbó. Y empezó a hacerse presente una característica de los partidos alemanes que facilitaría en buena medida la acción agresiva de los nazis: su tendencia de huir a la oposición.

Lo contrario de Hitler, quien supo captar de inmediato el estado anímico de la población. Su superioridad se basaba en su comprensión de que los motivos que impulsaban a las personas no eran sólo económicos. En sus discursos del periodo no se dedicaba a tratar de encontrar soluciones técnicas para los problemas materiales existentes, los que evidentemente eran difíciles de resolver, sino que proporcionaba a las masas desilusionadas y frustradas motivos y temas superiores, que iban más allá de lo personal. Frases llenas de retórica relativas al honor nacional y la grandeza de Alemania, el cómo había que estar dispuestos al sacrificio y a la entrega sin exigir recompensas, etc.

De inmediato la crisis empezó a traer beneficios para el partido nazi. Las masas se dejaron ganar por la retórica nacionalsocialista y afluyeron en grandes cantidades: la atribulada clase media que había vivido en una perpetua crisis desde el fin de la guerra y que ahora pensaba que su mundo se estaba hundiendo definitivamente; los proletarios que no tenían trabajo; la juventud atraída por la novedad, el sentido de camaradería y de aventura que prometía el movimiento hitleriano. Mientras que, por el otro lado, la democracia weimeriana, cansada de sí misma, llamaba a nuevas elecciones.

Hitler y los nazis aprovecharon la oportunidad que se les ofrecía y desarrollaron una incansable y arrolladora actividad, con innumerables reuniones políticas, discursos, desfiles y actos de violencia. Cuando el 14 de septiembre de 1930 se dieron a conocer los resultados, el crecimiento del nacionalsocialismo aparecía como algo impresionante e inesperado: obtuvieron 6,4 millones de votos, el 18% del electorado, subieron de 12 a 107 escaños su representación parlamentaria y se transformaron en el segundo partido de Alemania tras los socialdemócratas. Hitler pasaba a ser una figura clave en la política alemana. Lo impresionante y sorprendente de este crecimiento se demuestra en el hecho de que los mismos nacionalsocialistas no tenían candidatos para ocupar todos los puestos que ganaron.

El otro partido que reportaba beneficios de la crisis era el comunista. Elevó a 77 sus representantes en el *Reichstag* y se transformó en el partido más fuerte en Berlín.

En todo caso resultaba paradójal que el mismo sistema democrático diera todas las facilidades posibles a sus enemigos declarados, los que explícitamente y en forma abierta postulaban su destrucción. “¡Venimos como enemigos! Lo mismo que el lobo irrumpe en la manada de cordeles así venimos nosotros”, señalaba Hitler en forma amenazante.

Todavía en forma más cruda y cínica se había expresado su futuro ministro de propaganda, Joseph Goebbels en 1928: “Nosotros ingresamos al parlamento para, en el arsenal de la democracia, abastecernos con sus propias armas. Nosotros seremos diputados para destruir la República de Weimar con el apoyo que ella misma nos da. Si la democracia es tan tonta como para darnos sueldos e inmunidades es cosa de ella. Nosotros venimos como enemigos”. Y luego de la toma del poder afirmaba: “La estupidez de la democracia. El mejor chiste de la democracia será siempre que ella misma proporcionó a sus enemigos mortales los medios con que fue destruida”.

La República, que a lo más había sido tolerada y nunca logrado entusiasmar, estaba siendo barrida por el ímpetu de lo joven y moderno. Hasta uno de los hijos del *Kaiser* se inscribió en el partido. Desde todos los estratos sociales las masas afluían hacia él.

A partir de ese momento y conscientes de su fuerza, los nazis se hicieron omnipresentes en las calles de Alemania y las batallas campales contra los comunistas pasarían a ser cosa de todos los días. Combates en que las simpatías de las autoridades establecidas seguían estando con los nazis. Los comunistas continuaban despertando un mayor temor entre los sectores liberales mientras, por el contrario, no se calibraba en su verdadera magnitud el peligro que representaba el nacionalsocialismo. Incluso los mismos comunistas, pese a la violencia con que se enfrentaban con sus rivales totalitarios, seguían considerando como sus verdaderos enemigos a los socialdemócratas (a los que calificaban de “socialfascistas”).

Los titulares de los periódicos rojos y nazis son un claro indicador de lo cruenta que estaba resultando esta lucha. En la *Rote Fahne*, el órgano comunista, se destacaba, por ejemplo: “Asesinos de la suástica”; “Nazis y policías disparan contra la casa Liebnecht”; “Hordas

nazis atacan a estudiantes rojos”; “Guerra civil de los S.A. contra barrio obrero de Berlín”; “Hoy todavía industria Siemens. En el futuro industria Marx”.

Mientras en el *Voelkische Beobachter*, el diario nazi, los titulares eran de un tenor muy similar: “Comunistas disparan sobre nacionalsocialistas”; “Los rojos quieren la guerra civil”; “Bestiales crueldades de los animales rojos”; “El baño de sangre del marxismo: 8.359 nacionalsocialistas muertos o heridos graves”.

Hay que considerar que ya a fines de 1932 las fuerzas paramilitares del partido, los camisas pardas de las S.A., llegaban a 500.000 hombres (mientras el Ejército alemán seguía reducido por las cláusulas del tratado de Versalles a sólo 100.000). Éstas eran las fuerzas que se enseñoreaban de las calles alemanas, tanto a través de la violencia como de ordenados desfiles; mezcla que es una clave característica para entender la atracción que ejercían los nazis, una de sus típicas ambivalencias, pues así mostraban hacia afuera una imagen de amenaza y de orden al mismo tiempo.

Frente a la frialdad y a la falta de convicción en lo que hacían que caracterizaba a los sectores republicanos, los nacionalsocialistas llevaban adelante una guerra política con una pasión sin igual. La disposición a una entrega total en favor de la causa que representaban se hace plenamente evidente en una carta que un S.A. *Standartenführer*, de treinta y cuatro años de edad, dirigía a Gregor Strasser, uno de los líderes del partido: “Más de treinta veces, durante mi trabajo realizado para el NSDAP, he tenido que comparecer ante un juzgado y he sido castigado ocho veces por agresiones corporales, ofrecer resistencia y otros delitos semejantes, todos ellos muy lógicos en un nazi. Todavía hoy estoy pagando, a plazos, las sanciones pecuniarias que me fueron impuestas y aún tengo en curso otros procesos. Además, como mínimo, he sido herido unas veinte veces, de mayor o menor gravedad. Llevo cicatrices de heridas de cuchillo en la parte posterior de la cabeza, en el hombro izquierdo, en el lado inferior y en el brazo superior derecho. Jamás he solicitado ni un sólo *pfenning* del dinero del Partido, ni tampoco lo he recibido, pero he sacrificado mi tiempo por el bien del Partido y a costa del buen negocio que mi padre me había dejado en herencia. En estos momentos estoy arruinado...”.

El ímpetu y la mística que reflejan estas palabras parecía irresistible. Como se ve, incluso en lo económico, el Partido se nutría sobre todo

con el aporte de sus partidarios. Son falsas y engañosas las afirmaciones que insisten en mostrar a los nazis como simples títeres en manos de los capitalistas que los harían bailar al son del dinero que les habrían aportado.

Frente a ello, el desbande de los partidos tradicionales, el intento de escabullirse de las responsabilidades de gobierno eran, a esas alturas, algo evidente. Por ejemplo, desde 1930, el partido Socialdemócrata alemán, *SPD*, que seguía siendo el partido con mayor representación parlamentaria, no integraba ninguna de las coaliciones de gobierno. Esto obligaba al Presidente de la República, el anciano general y héroe de la Primera Guerra Mundial, mariscal von Hindenburg, a gobernar sin el Parlamento, haciendo uso de las facultades extraordinarias que le concedía el artículo 48 de la Constitución de Weimar.

Ello significa que, de hecho, desde 1930 el régimen parlamentario no funcionaba. Se gobernaba por decreto. Los cancilleres no se apoyaban en el Parlamento ni necesitaban contar con el apoyo de la mayoría de éste porque gobernaban con las facultades que les proporcionaba el Presidente de la República en virtud de lo dispuesto en el artículo recién citado. De hecho, el *Reichstag* casi no funcionaba. El año 1930 se reunió 94 días, el año 1931, 42 y en 1932 sólo 13. Más todavía, el 20 de julio de 1932 el Canciller del *Reich* Franz von Papen, haciendo también uso de las facultades extraordinarias de que dotaba al gobierno el artículo 48 de la Constitución, había tomado el control de Prusia, por lejos el más importante de los estados que componían la República alemana. En el fondo se trataba de un golpe de Estado que ponía fin a la democracia prusiana.

Ante esta situación, círculos de gobierno, sobre todo a partir del accionar del general Kurt von Schleicher, empezaron a intrigar para ganarse el apoyo de las masas de que el nacionalsocialismo disponía y de las que carecía el gobierno. Hitler, por su parte, era consciente de ser incapaz de vencer el sistema a través solamente de las luchas electorales. También a él le interesaba ganarse al presidente Hindenburg y así acceder al gobierno y al uso del artículo 48 de la constitución. Cuando por primera vez fue recibido en los círculos de gobierno, Hitler exclamó regocijado: “¡Ahora ya los tengo en el bolsillo. Me han reconocido como a uno de sus iguales para que discuta con ellos!”.

Esto marcaría el tono del camino que todavía quedaba para llegar al año 1933. Hastío ante un estado de partidos que se fue incrementando

por la visible falta de éxitos del gobierno. La historia del encumbraimiento del partido nazi constituye al mismo tiempo la historia de la ruina de la República. Para poder resistir no sólo le faltaba la fuerza sino también una imagen sugestiva del futuro, como la proyectaba Hitler en su retórica.

“¡Pobre sistema!”, anotaba Goebbels en su diario.

Las campañas electorales que jalonan los meses que anteceden a la conquista del poder por Adolfo Hitler y durante las cuales llegaron a su máximo desarrollo y despliegue la capacidad y el arte propagandístico del partido, sólo son telón de fondo de este desarrollo.

El periodo eleccionario se inició con la campaña presidencial de 1932 y en la cual Hitler se presenta como candidato frente a Hindenburg. El noble mariscal, representante de la aristocracia prusiana y monárquico de corazón, sería el candidato de los partidos republicanos que, hasta en esta circunstancia, mostraban su íntima debilidad.

Entre el primero y el once de marzo Hitler –amante de la velocidad– recorrió en automóvil toda Alemania pronunciando discurso tras discurso, para hacer efectiva sus dotes oratorias y magnético atractivo hasta en el último de los alemanes. El partido recurrió en su propaganda a todos los medios más modernos que la técnica ponía a su disposición: se editó un disco gramofónico con discursos y propaganda en 50.000 unidades, se rodaron films sonoros que los S.A., por medio de la fuerza, obligaban a que se dieran en los cines antes de los largometrajes programados, se editaron revistas electorales ilustradas. Todo ello además del despliegue tradicional de carteles y banderas que llenaron el paisaje alemán.

Cuando las elecciones terminaron y se conocieron los resultados, Hitler había obtenido un 30% de la votación, contra un 49,6% del Presidente en ejercicio. Pero éste no alcanzó la mayoría absoluta por lo que se hizo necesaria una segunda vuelta.

La campaña sería ahora frenética; de una intensidad nunca antes conocida. “¡Hitler sobre Alemania!” era el lema, pues éste ahora recorrió en avión el país, de ciudad en ciudad. El esfuerzo propagandístico llevó ahora al partido nazi a alcanzar un 37% de los votos. Hindenburg fue reelecto Presidente con un 53%, pero quedaba demostrado que el nacionalsocialismo seguía creciendo.

Los discursos de Hitler durante los años de la gran afluencia de masas sólo contienen, y a escala reducida, muy pocas declaraciones concretas de objetivos, descuidando incluso sus puntos fijos ideológicos: el antisemitismo y la idea del espacio vital. Es evidente que Hitler no llegó al poder con la promesa de matar seis millones de judíos y la de desencadenar la guerra más grande y terrible de la historia.

Su característica principal fue la temática más bien vaga y generalizada, así como el frecuente recurso a metáforas ideológicas que a nada comprometían, lejos de la franqueza de *Mi Lucha*. Todo esto con la particularidad de que su partido era capaz de ganar adherentes en todos los sectores de la sociedad. Por ejemplo, contra lo que ha afirmado la historiografía de izquierda, hacia el año 1933 un 32% de los obreros alemanes votaban por los nazis. Hitler y su movimiento tenían algo distinto que ofrecer a todos, o de cuya propaganda los electores podían hacer las más diversas lecturas. Las clases dirigentes tradicionales querían ver en él un baluarte contra la real amenaza que representaba el comunismo; las clases medias veían en los nazis un partido que representaba la protesta contra el orden social y económico existente y que tanto los perjudicaba; parte de los trabajadores reconocían en él una alternativa nacionalista frente a los dos partidos socialistas; la juventud, un movimiento que les prometía un futuro mejor y, para los sectores *völkisch* y antisemitas aparecía como la punta de lanza de esas tendencias. En la etapa previa a su llegada al poder el nazi podía ser considerado un partido representativo tanto del extremismo de clase media como del radicalismo apolítico proveniente de todos los sectores sociales, partido de protesta y partido que prometía la salvación.

De alguna manera se limitaba a negar lo existente, prometiendo algo nuevo. Como ha señalado alguno de sus biógrafos, “todo el mundo podía aceptar de aquella curiosa colección de consignas, sofismas eclécticos y efectos agudamente fundamentados, aquello que más le conviniese: la burguesía atemorizada escogía las promesas de orden y de rehabilitación social; la juventud revolucionaria, el proyecto de una sociedad nueva y romántica; los trabajadores desmoralizados, la seguridad y el pan; los que pertenecían al ejército de los cien mil hombres, la posibilidad de unas carreras y de uniformes condecorados; y los intelectuales, una respuesta osada y vital a los estados de ánimo puestos de moda por el desprecio a la razón y la idolatría a la vida”.

Ese partido nuevo y distinto y hasta pintoresco despertaba, por eso mismo, variadas y no muy claras esperanzas en sectores amplios de la sociedad alemana, aburrida de la constante crisis en que vivían desde la Primera Guerra Mundial.

Más aún, el éxito de Hitler no se explica sólo por la crisis económica, las debilidades del sistema republicano y la humillación del tratado de Versalles, ni por sus puras dotes demagógicas. Hitler planteaba también un programa revolucionario que resultaba tremendamente atractivo en su época: un programa económico y social que se presentaba como una tercera vía entre el capitalismo y el socialismo, el que se concretaba en lo social, en una mayor movilidad y en lo económico, en una mezcla del mercado y una planificación estatal de carácter nacional.

De alguna manera los planteamientos de Hitler en el ámbito socioeconómico alcanzaban su culminación en la idea de *Volksgemeinschaft*. No era casualidad que en el nombre del partido se unieran los conceptos, aparentemente antagónicos, de nacionalismo y socialismo. La síntesis de estas dos grandes corrientes de pensamiento que habían tomado forma en el siglo XIX, que postulaban los nazis, despertaba la esperanza de que se superaran de una vez para siempre las grandes barreras sociales que todavía existían en Alemania y se llegara a dar forma a una sociedad más justa y solidaria. Se postulaba el surgimiento de una comunidad que superara tanto el individualismo del estado liberal tradicional como la lucha de clases disolvente preconizada por el marxismo.

Según Hitler, las dos clases sociales enfrentadas en Alemania, burguesía y proletariado, carecían de la fuerza necesaria para superarse. Ninguno de los sectores extremos de la sociedad podía llevar adelante la unión del pueblo alemán apoyado sólo en sí mismo y eliminando a su contraparte. Por lo tanto debía encontrarse una nueva plataforma, una tercera vía, que hiciera posible la continuidad del pueblo alemán, antes de que fuera destruido por la lucha de clases. Ésta debía reunir las *Weltanschauung* de las dos clases antagónicas –nacionalismo y socialismo– para hacerlas desaparecer en su forma primitiva. Al ser ambas negadas en su noción burguesa y marxista, se disolverían dando paso a una forma más alta, el nacionalsocialismo. En él se terminaron por identificar esos dos conceptos aparentemente contradictorios. Así el socialismo significaría fundamentalmente sometimiento de los intereses económicos individuales al interés de la colectividad, mientras que el

nacionalismo diría relación con la disposición a someter el propio yo a los intereses de la comunidad.

El atractivo que ejercía esta doctrina sobre amplios sectores de la sociedad alemana se veía reforzado por el despliegue de un aparato propagandístico sin igual en la historia electoral de Alemania: símbolos, banderas, desfiles con uniformes y antorchas, concentraciones masivas con un cuidado ritual y un acabado uso de los medios de comunicación masiva, particularmente de la radio –a la que Joseph Goebbels calificaría como el más moderno instrumento para influir en las masas–, y de la que en 1933 ya había en Alemania 4 millones de aparatos, los que llegarían a 16 millones en 1941.

Debe considerarse, también, que es una impresión falsa la que dejan los fragmentos de discursos de Hitler que todavía hoy se reproducen en películas, discos y documentales. Ellas nos presentan a un hombrecillo gesticulante y vociferante que más que hablar grita como fuera de sí y con aire de loco. La sensación que queda es que así parece imposible ganarse a las masas.

Pero la verdad es muy otra. De hecho, las presentaciones públicas de Hitler, sus grandes discursos, sea en el Palacio de los Deportes de Berlín o en el Día del Partido en Nüremberg, seguían un ritual estudiado hasta el detalle. La imponente escenografía caracterizada por el despliegue de banderas y símbolos, los S.S. con sus uniformes negros en perfecta formación en columnas interminables, frente a un escenario inmenso en el cual el *Führer* aparecía solitario y a una gran altura sobre las masas; masas a las que se hacía esperar hasta que la tensión llegaba al extremo y ante las cuales Hitler empezaba a hablar con voz casi inaudible para exigir la atención y concentración y aumentar todavía más la tensión reinante, para ir luego tomando cada vez más fuerza hasta llegar casi al delirio en los momentos cúlmines del discurso, que son los únicos que normalmente se reproducen. Y, en ese ambiente, el magnetismo personal que Hitler irradiaba se hacía plenamente efectivo: cada uno de los partícipes de estas masivas presentaciones tenía la sensación de que el orador se estaba dirigiendo exclusiva y personalmente a él.

El 31 de julio de 1932 tuvo lugar una nueva confrontación eleccionaria. Ahora se trataba de renovar el *Reichstag*. En medio de una violencia creciente –serían las elecciones más sangrientas que había vivido Ale-

mania en toda su historia—, y de una altísima participación electoral, nuevamente el éxito nacionalsocialista sería arrollador: obtuvieron casi 14 millones de votos y duplicaron la cifra de sus mandatos para alcanzar 230 cupos parlamentarios. Nuevamente el otro partido que crecía era el comunista: obtuvo 89 asientos en la Cámara, superando a los social demócratas (*SPD*) no sólo en Berlín sino también en el Ruhr y otras zonas de Alemania central.

Pero la consecuencia más importante de esta elección sería que, de alguna manera, dejaba definitivamente en evidencia la inviabilidad de la República, desde el momento que los dos partidos totalitarios, antisistema, conformaban una mayoría negativa de un 53%. Pero tampoco estaba claro el camino para Hitler y su partido. No habían superado el porcentaje alcanzado en la elección presidencial ni habían alcanzado una mayoría absoluta que les permitiera reclamar para sí el gobierno. De hecho, intentarían negociar con el presidente Paul von Hindenburg y su camarilla el que se les confiara la conducción del país, pero su reunión con el anciano general —el que calificaría despreciativamente a Hitler cómo el “cabo bohemio”—, el día 13 de agosto, terminó con una humillante negativa.

Este Parlamento alcanzó a reunirse sólo dos veces. En su segunda sesión, presidida por el líder nazi Hermann Goering, se aprobaría por 512 contra 42 un voto de censura contra el ministerio. Como una nueva manifestación del callejón sin salida en que se encontraba, el gobierno, dirigido en esos momentos por el canciller Franz von Papen respondió de inmediato con la presentación de la orden de disolución del Parlamento que Hindenburg le había firmado unos días antes.

Fueron necesarias nuevas elecciones; las cuartas que tenían lugar durante 1932. El clima político estaba cada vez más enrarecido. Se llegaría al extremo de que unos días antes de los comicios estallaría una violenta huelga del transporte público de Berlín, en la que actuarían unidos nazis y comunistas. Estas elecciones del 6 de noviembre encontraron al partido nazi absolutamente exhausto y desgastado, sin medios económicos, y esta debilidad se refleja en los resultados: por primera vez desde que inició su etapa de crecimiento el partido perdió votos —2 millones y 34 mandatos—, mientras los comunistas obtenían más de 100 en perjuicio del *SPD*.

Parecía que los nacionalsocialistas definitivamente se desinflaban y muchos llegaron a pensar que nunca más volverían a ser una amenaza. Harold Laski, por ejemplo, uno de los intelectuales más prominentes de las

izquierdas inglesas, aseguraba: “Ha pasado a la historia el día en que los nacionalsocialistas representaron una amenaza vital... Descartando alguna eventualidad, ya no es hoy del todo imposible que Hitler finalice su carrera política como un anciano en un pueblo bávaro, relatando a sus amigos y conocidos, sentados todos ellos en una cervecería, cómo él, en cierta ocasión, había tenido entre sus manos la posibilidad de derrocar al Reich alemán”.

Pero, en lo inmediato, el régimen seguía sin salida, amenazado por los extremos. El color pardo de los nazis o el rojo de los comunistas asomaban como las únicas alternativas posibles y, a la vista de lo que ocurría en la Rusia bolchevique, estos últimos parecían más temibles a los ojos de la burguesía. El 3 de diciembre Franz von Papen, cada vez más superado por las circunstancias, dejaba su lugar en la Cancillería al intrigante general Kurt von Schleicher. Mientras la fracasada política de Papen había apuntado a dar forma a una coalición en el parlamento que cooperara o, por lo menos, no se enfrentara con el gobierno, Schleicher intentaría algo todavía más complejo y radical: conseguir una mayoría que apoyara al gobierno en base a una unión entre la izquierda del nacionalsocialismo y la derecha de los socialistas. Apuntaba así, nada menos, que a romper los frentes de la guerra civil que se anunciaba y que tenía sumida en el miedo más visceral a la burguesía alemana. Pero pronto se daría cuenta de que ese camino no conducía a ninguna parte, por lo que intentaría convencer al Presidente de la República sobre la necesidad de gobernar por algunos meses sin el parlamento en una especie de estado de excepción sostenido por los poderes presidenciales. Pero Hindenburg no estaba dispuesto a pasar de esa forma por encima de la Constitución. Temía que una medida extrema como ésa fuera la señal para que se levantaran desde nazis a comunistas y estallara de manera abierta la guerra civil latente desde hacía un par de años.

El fracaso de Schleicher empezaría a hacerse evidente a partir de la reunión que tuvo lugar en Colonia en la casa del banquero von Schroeder el 4 de enero de 1933, que se ha solido llamar “la hora de nacimiento del *Tercer Reich*”. En ella se reunieron los más conspicuos representantes de la camarilla que rodeaba y en parte manejaba al octogenario presidente Hindenburg, su hijo Oskar y Franz von Papen, con el líder nazi. El objetivo de éstos era negociar con Hitler un gobierno conjunto en que los nazis aportaran las masas de que el gobierno carecía pero ellos conservaran el control. Se le ofreció a Hitler la vicecancillería en un gobier-

no que presidiría von Papen, pero el líder nazi presionó hasta conseguir que se invirtieran los papeles: él debía quedarse con la cancillería. Y Hitler dio el sí.

Sólo quedaba convencer al Presidente de ser ésta la solución adecuada, tarea no demasiado fácil por el profundo desprecio de clase que el Mariscal sentía por Hitler, propio de un aristócrata prusiano y monárquico frente al estrafalario político de origen austriaco. Hitler no perdió el tiempo y presionó con éxitos electorales regionales. Todo el aparataje del partido se volcó sobre el pequeñísimo estado de Lippe, donde tendrían lugar el día 15 de enero unas elecciones complementarias. Como no podía ser de otra manera, el éxito fue espectacular: el partido se empinó al 39,5% de los sufragios y, lo que es más importante, parecía demostrar que todavía tenía fuerzas como para seguir creciendo.



El Presidente de la República, Paul von Hindenburg.

En fin, en medio de una serie de intrigas y de manejos a veces bastante turbios de la camarilla que se movía en torno al Presidente de la República, éste terminó por ser convencido, y el día 30 de enero de 1933 Adolfo Hitler era nombrado Canciller.

6. ¿Cómo pudo ser?

El nacionalsocialismo no llegó al poder por una vía democrática; Hitler no fue elegido Canciller por la mayoría de los alemanes. El de Weimar era un régimen parlamentario, de tal forma que debía gobernar el líder del partido que acreditara tener tras de sí a la mayoría del *Reichstag*. Éste no era el caso de Hitler, el que ni siquiera con sus aliados alcanzaba la mayoría absoluta, por lo que Hindenburg no tenía obligación de nombrarlo. Pero, dentro de todo, se encontraba a la cabeza del partido más importante de Alemania, por lo que estaba en mejor situación para reclamar ese puesto que cualquiera de sus antecesores. Sea como fuere, el nombramiento de Hitler fue plenamente constitucional. Hasta el final había sido fiel a su consigna de llegar al poder por la vía legal. Los nazis amenazaron muchas veces con el uso de la fuerza, y de hecho la ejercieron, con frecuencia de manera criminal, contra sus rivales políticos, pero nunca llegaron a usarla de manera abierta contra el Estado.

De acuerdo con lo pactado en la casa del banquero von Schroeder, Hitler pasó a encabezar un gobierno de coalición, en el cual los nazis estaban en clara minoría: Franz von Papen quedó como vice-canciller y el gabinete, llamado de los “barones”, por ser los ministros en su mayoría miembros de la nobleza, sería integrado por ocho ministros conservadores y sólo 3 nacionalsocialistas (Wilhelm Frick, Hermann Goering y Joseph Goebbels).

Desde fuera daba la impresión que Hitler iba a ser un títere en manos de los políticos tradicionales. Eso, por supuesto, era lo que pensaban quienes formaban parte del gobierno, para los que era indudable que ellos marcarían la línea política, sirviéndose tan sólo de las mayorías que proporcionaba el partido nazi: habían domesticado la bestia. También era lo que se pensaba en algunos círculos de oposición. Por ejemplo, los comunistas creían que, una vez en el poder el nacionalsocialismo se iba a desinflar con rapidez. Incluso dentro del círculo nazi más íntimo la forma cómo se había llegado al poder se miraba con reserva. Los diarios de Goebbels, de esos días, están llenos de anotaciones pesimistas. Pero, como en muchas otras ocasiones se demostraría, también aquí Hitler había visto mejor y más lejos, y en un plazo sorprendentemente breve iba a tener la totalidad del poder en sus manos.

¿Fue inevitable la llegada de Hitler al poder? Pareciera que no. Hasta el último instante existieron posibilidades para cerrarle el camino, pero se perdieron en las casualidades y en la frivolidad. Por otra parte, es evidente que tendencias muy poderosas, históricas y políticas, apuntaban hacia el 30 de enero, por lo que habría constituido casi un milagro que se hubiera tomado la decisión de oponer resistencia. Baste recordar tan sólo que el Parlamento ya casi no funcionaba desde 1930, que se gobernaba desde esa época por decreto y que lo único que se les había ocurrido a los políticos profesionales en todo ese tiempo era llamar a elecciones tras elecciones. Desde el año 1930 parecía que sólo la figura del anciano Presidente era la valla que quedaba por salvar al nacionalsocialismo, de tal manera que las intrigas de último minuto, de von Papen y su grupo sólo tuvieron una importancia secundaria... Aunque, desde un cierto punto de vista, también fueron indispensables: Hitler estaba muy cerca del poder pero, al mismo tiempo, parecía al final de sus fuerzas.

Debe considerarse también que, antes de la toma del poder, los nazis nunca fueron mayoría; que las fuerzas de sus oponentes, consideradas en conjunto, siempre fueron muy superiores, pero nunca lograron actuar juntas, reconociendo al enemigo común... Enemigo de comunistas, judíos y republicanos, de la ciudadanía en general.

La verdad es que hasta el momento del amargo final ninguno de sus rivales se lo tomó en serio. Hitler era siempre un personaje un poco estrafalario y ridículo como para ver en él una amenaza. Como dice uno de sus biógrafos, el desconocido secretario de la Policía criminal bávara que había informado a su departamento, durante el verano del año 1921, después de asistir a una manifestación del *NSDAP*, que "Hitler no era más... que el cabecilla de un segundo Ejército Rojo", había captado con mucha más agudeza que los corrompidos políticos de 1933 al auténtico *Führer*.

Hitler demostró además que era un político: supo esperar, supo controlar a sus correligionarios, negociar, ocultar su ansiedad, jugar sus cartas con gran frialdad, hasta encaramarse, aparentemente en forma tambaleante y precaria al poder, para aferrarse a él con una decisión pocas veces vista en la historia.

Pero más allá de las circunstancias, que al final quedan reducidas sólo a una anécdota, deben tomarse en consideración elementos más

profundos. La llegada de Hitler al poder fue recibida por millones de alemanes como una liberación; liberación de la democracia y del parlamentarismo. Sensación de libertad que tiene el pueblo una vez que la historia ha alcanzado su meta. Se unían en la mente y en los sentimientos de los alemanes la esperanza de recuperar la grandeza nacional perdida a la utopía de llegar por fin a estructurar una sociedad mejor y más justa... Aunque suene paradójico, para muchos el fin de la democracia debía significar el comienzo del gobierno real del pueblo. De ahí que Hitler no se cansara de afirmar en los próximos años que frente a la democracia capitalista la dictadura del *Führer* representaba una forma más alta y verdadera de democracia.

7. La *Gleichschaltung*

Contra todos los pronósticos, tanto de sus aliados en la toma del poder, como de sus enemigos e incluso las dudas que manifestaban aun sus mismos partidarios, Hitler se movió muy rápido para consolidar su posición de poder. La “puesta en línea” –*Gleichschaltung*– o consolidación de un gobierno de características totalitarias, la alcanzó en el lapso de sólo algunos meses. Con sorprendente rapidez Hitler conquistó el poder total. El régimen liberal daría paso a uno totalitario. Como muy pronto podría afirmar Robert Ley, Director del *Deutsche Arbeitsfront*, “en Alemania ya no existen cuestiones privadas. Si tú duermes eso es un asunto privado, pero apenas despiertas debes darte cuenta de que eres un soldado de Adolfo Hitler y que debes vivir y actuar de acuerdo con un reglamento, tanto si eres un empresario, un trabajador, un burgués, un campesino o un funcionario público. Ya no existen personas privadas. Ha pasado el tiempo donde las personas podían hacer lo que querían”.

Esto fue fruto de un proceso en el cual se mezclaron el uso de la fuerza desde arriba con una cierta voluntad de sometimiento desde abajo. Se daría un cierto juego entre violencia y seducción que es esencial para la cabal comprensión del nacionalsocialismo y del proceso de establecimiento y consolidación de la dictadura totalitaria. A partir del mes de enero del año 1933 el gobierno de Hitler recurriría a crecientes dosis de poder y de violencia arbitraria, lo que no debe hacer olvidar que buena parte de la población se sometería voluntariamente y hasta con entusiasmo al nuevo régimen, seducido tanto por los logros objetivos de éste como por el refinado uso que harían de la propaganda y de los medios de comunicación social.

Los nazis coparon los espacios públicos, sobre todo a través de las S.A., que se movían como tropas de ocupación en un país conquistado, amparados por el hecho de que la policía alemana dependía ahora del ministro del interior nazi Wilhelm Frick y que Hermann Goering tenía bajo su mando la prusiana. Más todavía, cerca de 50.000 miembros de las S.A. y de las S.S. fueron contratados como policías auxiliares y a toda la policía se la animó a hacer “un diligente uso de sus armas de fuego”. Se impuso un terrorismo de Estado que iría restringiendo, hasta llegar a eliminar completamente, todo espacio de libertad a quienes no

estuvieran de acuerdo con el nuevo régimen. Antes de que terminara el año 1933 ya habían sido detenidas unas 100.000 personas y había cerca de 600 víctimas mortales. Con rapidez se imponían medidas de fuerza, al margen de toda legalidad, y una normativa de excepción por sobre el sistema jurídico tradicional, el que no fue derogado. Se constituiría así lo que algún autor ha llamado un “doble estado”. Como señalaba Heinrich Himmler en el acto de fundación de la Academia del Derecho Alemán: “Para mí es completamente indiferente el que una norma legal pueda oponerse a nuestras acciones (...) Durante los meses en que era cuestión de vida o muerte para la nación alemana, carecía del todo de importancia que hubiese quien chillase porque se quebrantaba la ley. Los extranjeros (...) hablaban como es natural de actuaciones ilegales de la policía y por tanto del Estado. Decían que era ilegal porque no se atenía a sus concepciones jurídicas. Lo cierto es que con nuestros esfuerzos pusimos los cimientos de un derecho nuevo, el derecho de la nación alemana a vivir”.

Pero todo se aderezaba con el magistral uso que se haría, para mover a las masas, de una serie de elementos estéticos, símbolos y otros medios con los que se buscaba despertar las emociones: reuniones, mítines, desfiles y ritos ceremoniales o cuasi litúrgicos, que apuntaban a “envolver a los participantes en una mística y una comunidad de ritos que apelaba a lo estético y lo espiritual tanto como a lo meramente político”.

Todo ello se veía favorecido por el hecho de que amplios sectores de la población alemana, de la más diversa extracción social y formación cultural –debe recordarse que se pronunciaron por el nuevo régimen algunos de los más eximios representantes de la cultura alemana, como el jurista Carl Schmitt o el físico y premio Nobel Philipp Lenard–, esperaban expectantes que se produjera el gran cambio que anhelaban desde la derrota de 1918, y que la República no había sido capaz de realizar.

El partido que con Hitler había ocupado la Cancillería a fines del mes de enero de 1933 parecía lleno de vitalidad y fuerza; irradiaba el optimismo de la juventud y de lo nuevo y ponía en primer plano los ideales de la grandeza nacional. Además parecía representar una gran fuerza integradora, que potenciaba el sentido de pertenencia y de camaradería, al defender la idea de un socialismo-nacional, equidistante tanto del marxismo como del capitalismo individualista, que superaría tanto la lucha de clases como la despiadada competencia al integrar a

todos los alemanes en una gran comunidad: la *Volksgemeinschaft*. Todo lo contrario de lo que representaban, a esas alturas, la República y los partidos tradicionales, absolutamente desgastados y deprimidos y llenos de un pesimismo de fondo que los incapacitaba para la acción.

Pero, en paralelo, se iría agregando una serie de logros objetivos que contribuirían a consolidar la adhesión al régimen. El mismo Hitler sintetizaba éstos en un discurso que pronunciaba meses antes de que se iniciara la Segunda Guerra Mundial: “Yo he terminado con el caos dominante en Alemania, he restablecido el orden y elevado de forma importante la producción en todas las áreas de la economía. He conseguido colocar otra vez a los 18 millones de cesantes en puestos productivos. No sólo he logrado unir políticamente al pueblo alemán, sino también rearmarlo en el ámbito militar y además he intentado derogar, página, tras página ese tratado que en sus 448 artículos contiene la más ruin violación que haya podido cometerse contra un pueblo. He devuelto al *Reich* las provincias que le fueron robadas el año 1919, he reintegrado a su patria a millones de sufridos alemanes, he restablecido la milenaria unidad histórica del espacio vital alemán, y me he esforzado por lograr todo esto sin derramamiento de sangre y sin llevar los sufrimientos de la guerra a mi pueblo ni a ningún otro. Yo, todavía hace 21 años un desconocido trabajador y soldado de mi pueblo, he logrado todo esto con mis propias fuerzas”. Y casi todo era verdad, salvo que ya la violencia se había desatado contra los opositores al régimen y que ya estaba en funcionamiento una serie de campos de concentración. Más todavía, Hitler estaba a punto de llevar a Alemania y al mundo a la guerra y al *holocausto*.

En todo caso, esto es lo que la población alemana veía o quería ver en el nuevo gobierno, quedando algo más en sordina su cara más oscura. Esa fue la razón de fondo que explica por qué, en lo inmediato, el nuevo régimen, pese a estar todavía en minoría, no debió enfrentarse a una oposición decidida, siendo éste un factor que contribuyó en buena medida a su consolidación.

La ofensiva de Hitler se dirigió, en primer lugar, contra los que consideraba sus rivales más peligrosos: los comunistas. El pretexto para ello lo ofreció el incendio del *Reichstag*. El día 27 de febrero de 1933, sorpresivamente, empezó a arder el edificio del parlamento en Berlín. En su interior se detuvo a Marinus van der Lubbe, un anarquista holandés.

Durante mucho tiempo se discutió entre los historiadores si el incendio había sido fruto de un complot comunista o era un montaje del mismo gobierno nacionalsocialista. Hoy día la opinión dominante considera que fue una acción solitaria de Van der Lubbe, quien habría buscado con esta acción sacar de su pasividad a los obreros.

Sea lo que fuere, lo realmente importante es que Hitler y su gobierno atribuyeron de inmediato el incendio a un complot comunista, para así tener un pretexto para combatirlos hasta alcanzar su total destrucción. Hitler temía al partido comunista más que a cualquier otro partido. Este temor era consecuencia de que lo admiraba. Sólo los comunistas tenían también una cosmovisión –*Weltanschauung*– por la cual estaban dispuestos a luchar en forma fanática. Por otra parte los comunistas eran también los rivales más fáciles de aislar: nadie saldría en su defensa en caso de que se les proscribiera, pues eran los enemigos de todos.

Hitler consiguió así que se aprobara la primera de las normas de excepción en las cuales irá afirmando su poder absoluto, la *Reichstagbrandverordnung* o Decreto del Presidente del *Reich* (fue dictada en virtud de la facultades extraordinarias que a éste concedía el artículo 48 de la Constitución) para la defensa del pueblo y del Estado, de 28 de febrero de 1933. En virtud de ella se suspendía una serie de garantías individuales, se autorizaba la detención de personas por parte de la policía y sin intervención de los tribunales de justicia y, en el fondo, se instauraba un estado de excepción permanente con el que se daba apariencia legal a la violenta represión de la oposición. El terrorismo policial quedaba legalizado. De inmediato el Partido Comunista fue puesto fuera de la ley, fueron detenidos sus principales dirigentes, otros debieron exiliarse y se confiscaron sus bienes y sedes partidarias.

Al mismo tiempo, Hitler había conseguido que sus socios en el gobierno aceptaran disolver el *Reichstag* y llamar a nuevas elecciones parlamentarias. Éstas serían las primeras con los nazis en el poder, pudiendo contar, por lo tanto, con medios ilimitados de propaganda y de presión, incluyendo todo el aparato policíaco. Pese a todo ello, cuando el 5 de marzo se dieron a conocer los resultados, la coalición de gobierno alcanzó apenas la mayoría absoluta y el partido nazi sólo el 43,9% de los sufragios. Esto significaba que no se había alcanzado la mayoría de los 2/3, necesaria para que el *Reichstag* aprobara una delegación de sus poderes en el gobierno y que

el partido nazi, por sí solo, era todavía incapaz de alcanzar la mayoría absoluta de los sufragios en elecciones medianamente libres.

Sin embargo, a esas alturas, la capacidad de resistencia de los partidos burgueses estaba reducida al mínimo, de tal forma que a Hitler le bastó tan sólo ejercer un poco de presión –presencia amenazante de los S.A.– para conseguir que en el mes de marzo el parlamento terminara por aprobar, con los votos en contra sólo del S.P.D., la Ley de plenos poderes –*Ermächtigungsgesetz*–, por la cual el Canciller quedaba facultado para dictar leyes sin intervención del *Reichstag*. El parlamento y los partidos que todavía lo integraban, por temor a morir, se suicidaron. Era otro paso más en el proceso de legalización de la dictadura. Dentro de algunos meses los partidos que no habían sido todavía prohibidos se disolvieron y Alemania pasó a tener un régimen de partido único. En forma paralela los nazis tomaban el control de cada uno de los gobiernos estatales de la federación alemana.

Observadores de la toma del poder, tanto dentro como fuera de Alemania, esperaban que los poderosos sindicatos alemanes se transformaran en un foco de cristalización de la resistencia de los trabajadores contra el nacionalsocialismo. No en vano éstos estaban dominados por los partidos de izquierda –socialdemócratas y comunistas– que habían sido los más encarnizados rivales de los nazis en el camino de éstos hacia el poder.

Pero también los obreros y sus dirigentes, muy debilitados por la crisis económica y sus secuelas, particularmente por la alta tasa de cesantía, habían perdido buena parte de su capacidad de resistencia. Más todavía, también ellos, como la mayoría de los alemanes, abrigaban la íntima esperanza de que la revolución nacionalsocialista les traería algún beneficio, por lo que no estuvieron dispuestos a jugarse por una oposición decidida hacia el nuevo régimen. Muy por el contrario, con la esperanza de que manifestándose políticamente neutrales podrían seguir influyendo en materias económicas y sociales, la confederación de sindicatos dirigida por el socialdemócrata Theodor Leipart mantuvo distancia hacia el S.P.D., e incluso se mostraron dispuestos a cooperar, sea cual fuere la forma del nuevo régimen de gobierno.

Pero el cálculo no les resultó. El día 2 de mayo fuerzas de las S.A. y de las S.S. ocuparon y confiscaron las propiedades y sedes de los sindicatos en todo el *Reich*. Al mismo tiempo, y en una maniobra política

muy típica de Hitler, para demostrar que esa acción no se dirigía contra los trabajadores sino sólo contra los sindicatos, calificados de agentes del marxismo, se estableció como feriado nacional el día primero de mayo. No sería la última vez que el nacionalsocialismo concretara postergadas aspiraciones de las clases obreras.

El día 10 de mayo se establecía el *Deutsche Arbeitsfront* (Frente alemán del trabajo), bajo la dirección de Robert Ley, con lo que el totalitarismo nazi daba un nuevo paso al terminar con la libertad sindical, constituyendo un sindicato único bajo el control del Estado. En el acto fundacional del mismo Hitler señalaba que habiendo trabajado muchos años como obrero no podía haber para él nada más hermoso que ser abogado de quienes no se podían defender por sí mismos. Agregaba luego que el pueblo tenía razón al haber perdido confianza en el Estado, pues la democratización habría llevado a que éste fuera dominado por los empresarios y manipulado por los distintos grupos de presión. El nacionalsocialismo en cambio, concluía, daría forma a una nueva autoridad independiente y capaz de imponer el interés general frente a cualquier forma de presión particular o de círculo.

Pero más allá de la ideología estaban los hechos concretos: el éxito en la lucha contra la cesantía. La gran depresión que había recién hecho posible la transformación del *NSDAP* en partido de masas va a asegurar también al gobierno de Hitler un amplio consenso social. Había prometido pan y trabajo y casi de inmediato cumplía su palabra. En efecto, cuando Hitler llegó al poder cerca de la mitad de la fuerza de trabajo de Alemania, casi 9 millones de alemanes, estaban cesantes y la capacidad de producción se había reducido a la mitad.

Desde el primer momento estas cifras empezaron a variar —en septiembre de 1933 los cesantes ya eran sólo poco más de cinco millones—, para en 1936 alcanzarse la ocupación plena.

La incomparablemente rápida recuperación de la economía alemana fue en parte motivada en el hecho de que la crisis ya había superado su fase más aguda, pero por sobre todo fue consecuencia de la aplicación de una activa política estatal anti-coyuntural, a través de la ampliación del crédito y del déficit, de una manera sin precedentes para la economía de la época.

Frente a las soluciones liberales tradicionales, aplicadas durante la República de Weimar, que inhibían al Estado de toda intervención en el

manejo de la coyuntura económica, los nazis llegaron a aplicar el programa económico que habían ido elaborando desde los años veinte y que podemos caracterizar como nacional-estatista. Él se basaba en dos principios fundamentales: la autarquía de acuerdo con la idea de espacio vital y el dirigismo estatal. Y su método incluía una cierta planificación por parte del Estado, aunque no absoluta, junto a la mantención de la propiedad privada y del incentivo de la utilidad. La aplicación de estas fórmulas económicas debía provocar cierta ineficiencia e incluso pérdidas, pero que se aceptaban en la medida que ni la eficiencia ni la maximización del producto eran los fines fundamentales en la perspectiva nazi, sino la estabilidad y el poderío nacional de la *Volksgemeinschaft*.

Así, a través de esta política de *deficit spending*, materializada en la construcción de las famosas autopistas alemanas y en el inicio del rearme, las consecuencias más visibles de la crisis irían siendo rápidamente superadas. La impresión que quedaba era que Hitler era el primer político, desde el comienzo de la “gran depresión”, que había cumplido sus promesas y tenido éxito en esta lucha.

Mientras de esta forma Hitler lograba ganarse a los trabajadores, se movía también para conquistar a los círculos dirigentes de la economía, los que, todavía al momento de la toma del poder por el nacionalsocialismo, mantenían una actitud escéptica frente a éste. Debe recordarse que desde los años veinte la demagogia anticapitalista y antiliberal había jugado siempre un papel muy importante en la propaganda del partido, que justificaba la desconfianza de la mayoría de los empresarios.

Para enfrentar ésta, el día 20 de febrero se organizó en la casa de Hermann Goering un encuentro entre Adolfo Hitler y los dirigentes de la industria. Dejando de lado la retórica socialista a la que tanto recurría en otros círculos, reconocería ante los empresarios el valor de la propiedad privada como el justo premio para las personalidades creadoras, y les hizo ver a éstos que, en las circunstancias que se vivían, sólo les cabía elegir entre su gobierno y el de los comunistas.

Como resultado de esta reunión los nazis recibieron un aporte de tres millones de marcos para la próxima campaña electoral. Si bien en la mayoría de los empresarios se mantuvo una actitud de duda frente al régimen por los actos de violencia de las S.A., por ejemplo pidiendo

aumentos salariales, ésta se veía en parte contrapesada por el hecho de que el gobierno nacionalsocialista hubiera suprimido los sindicatos y proscrito al partido comunista. Además la presencia de Franz von Papen y de Alfred Hugenberg, políticos de derecha, y este último gran empresario de la prensa, en el gabinete, parecía dar ciertas seguridades de que no se impondrían los sectores extremos.

En fin, ya en el mes de julio se autodisolvían los distintos partidos de centro y de derecha y se proscribía al Social Demócrata, dictándose el día 14 de julio una ley que prohibía la formación de nuevos partidos.

La consolidación de los nazis en el poder aparecía ya como un hecho tan definitivo y evidente que el día 12 de noviembre Hitler se atrevía por primera vez a presentar su política a la prueba de un plebiscito. El motivo de la consulta popular sería el retiro de Alemania de la Liga de Naciones que había tenido lugar en el mes de octubre. Sería ésta una de las primeras manifestaciones de su agresiva política exterior, con la cual obtendría éxitos fundamentales que coadyuvarían de manera muy importante para consolidar su situación de poder en el interior. En efecto, Hitler conseguiría ir eliminando una a una las cláusulas restrictivas que por el Tratado de Versalles se habían impuesto a Alemania; y esto por la vía pacífica. Lo que se había negado a los gobiernos republicanos de Weimar se concedía ahora al dictador nazi. Salía así al encuentro de uno de los anhelos más profundos del pueblo alemán, cosechando el prestigio consiguiente.

El resultado del plebiscito fue un triunfo abrumador para Hitler: con una participación de un 95,2% de los electores, se pronunció en favor de la propuesta del Canciller del *Reich* un 92,2% de los ciudadanos alemanes. El peor resultado, que provino de Hamburgo, fue de un 78,1%. Si bien detrás del plebiscito ya estaba toda la presión de la máquina totalitaria, hay coincidencia en reconocer que no hubo una manipulación sistemática de los resultados y que éste reflejaba el ambiente dominante en esos momentos dentro de Alemania.

Por lo demás, a esas alturas, el partido empezaba a consolidar su control sobre todas las instituciones del país, desde el Estado para abajo. Habría ahora organizaciones nazis de estudiantes, de mujeres, de profesores universitarios, de médicos, de abogados, de funcionarios públicos, etc.,

a través de las cuales se iría tomando el control de toda la población. Al mismo tiempo se comenzaría a ejercitar fuerte presión sobre las iglesias cristianas. El nacionalsocialismo en cuanto ideología secular y totalitaria, aunque revestida de ornamentos cuasi litúrgicos, veía en las iglesias a sus más poderosos concurrentes en su lucha por conquistar la cabeza y los corazones de los alemanes. En todo caso, en este ámbito, Hitler siempre tuvo temor de llegar hasta el final, a un enfrentamiento directo y definitivo con el cristianismo hasta lograr su aniquilación, similar al que tendría lugar muy luego contra los judíos. Éste quedaría reservado para el periodo posterior a la guerra. Por otra parte, los elementos racistas de la ideología nazi, que habían quedado algo en sordina en los años de masiva afluencia de votantes que siguieron a la crisis de 1929, volverían a hacerse presentes con fuerza. El 1 de abril de 1933 tenía lugar un *Judenboykott* contra los negocios judíos; el 1 de marzo de 1934 entraba en vigencia una ley que autorizaba la esterilización obligatoria para los portadores de una serie de enfermedades hereditarias que podían contribuir a dañar la raza aria; el 15 de septiembre de 1935 entraban en vigencia las *Leyes de Nüremberg*, a través de las cuales los judíos empezaban a ser privados de sus derechos. Sin que la inmensa mayoría de la población se diera cuenta, se empezaba a preparar el camino que terminaría en la “solución final del problema judío”. En otro plano, se podría agregar a todo ello la pública quema de libros considerados incompatibles con la *Weltanschauung* nacionalsocialista que tuvo lugar en Berlín y otras ciudades universitarias el 10 de mayo de 1933.

Este expedito avance del proceso de *Gleichschaltung* recién sufrió algunas complicaciones en el curso del año 1934. Dos importantes sectores dentro de la sociedad alemana sentían que no se habían cumplido las expectativas que en su momento pusieron en el nuevo gobierno. Por una parte, en los ambientes conservadores y monárquicos se notaba una gran intranquilidad ante los actos de violencia de las fuerzas paramilitares del partido, los camisas pardas de las S.A., que se iban haciendo cada vez más comunes. Por la otra, curiosamente, eran los mismos activistas de las S.A. los que se sentían desilusionados ante lo que ellos estimaban lenta marcha del proceso de transformaciones que estaba impulsando el nuevo régimen.

Sin duda, el desafío más serio para Hitler lo planteaban Ernst Röhm y los S.A. De los distintos líderes del partido, Röhm era quizá si el único

que mantenía todavía un cierto grado de autonomía respecto del *Führer*; el único que se sentía con derecho a tratarlo de igual a igual. No en vano había sido uno de sus protectores cuando Hitler iniciaba en Munich su carrera política y en 1934 era, sin discusión, el segundo hombre en la jerarquía nacionalsocialista en cuanto encabezaba el aparato militar del partido. De él dependía un ejército de cientos de miles de hombres, la cara más visible del *NSDAP* y responsable de la mayor parte de los actos de violencia revolucionaria atribuibles al nuevo régimen.

Y esta inmensa fuerza estaba presionando en forma cada vez más abierta en pos de dos objetivos fundamentales: tomar el lugar del Ejército profesional alemán, la *Reichswehr*, y concretar el elemento socialista del nazismo para hacer una segunda revolución.

La verdad es que el sector social pequeño-burgués representado en las S.A. había esperado que con la toma del poder recibirían finalmente la recompensa esperada tras años de sacrificio y fanática entrega a la causa del nazismo. Ellos debían detentar efectivamente el poder y gozar –materialmente– de los beneficios del mismo: puestos directivos de dominio y buenos sueldos y otras franquicias. Y se sentían postergados. No sólo eso, sino que protestaban cada vez con más fuerza: querían definitivamente desplazar a los sectores tradicionales, tanto militares como políticos, que seguían apareciendo en el primer plano.

Hitler, en cambio, requería del ejército profesional y del empresariado para llevar adelante su agresivo programa de política exterior, el que vería muy reducidas sus posibilidades de éxito de quedar las fuerzas armadas en manos de diletantes y la economía destruida por la socialización.

Las S.A. constituían así una amenaza evidente tanto para los sectores conservadores como para el mismo Hitler y otros centros de poder de la máquina partidaria, que veían con desconfianza y hasta con envidia el poder de Ernst Röhm. Es el caso de Hermann Goering, de la Gestapo y de las S.S. de Heinrich Himmler, fuerza de elite desgajada de las S.A. como guardia personal de Hitler y que terminaría por ocupar su lugar con sus característicos uniformes negros, hasta convertirse en un verdadero Estado dentro del *Tercer Reich*.

Estos sectores empujaban a Hitler a actuar. Pero el Canciller dudaba. En esas circunstancias, el día 17 de junio, el Vicecanciller Franz von Papen pronunció en Marburgo un discurso preparado por el pro-

fesor Edgar Jung, destacado representante de la corriente “revolucionario-conservadora”, de gran influencia en el periodo de entreguerras en Alemania. En lo medular von Papen reclamaba contra la segunda revolución que parecía amenazar al país, de acuerdo con la desafiante actitud manifestada por las S.A. “¿Hemos vivido una revolución anti-marxista para ejecutar el programa del marxismo?”, era la provocadora y crítica pregunta que se planteaba.

Hitler recogió de inmediato el guante. Para él, las palabras de su Vicecanciller aparecían como una crítica y un desafío, transformándose en el detonante de la explosión que sordamente venía preparándose desde hacía algunos meses. El discurso fue de inmediato prohibido y confiscado. Más todavía, a fines de junio Hitler citó a las cúpulas de las S.A. para participar en una reunión en las afueras de Munich, a la que él mismo anunciaba visita.

A medida que fueran llegando serían detenidos y ejecutados, incluido el mismo Ernst Röhm. Murieron en medio de la sorpresa, sin entender nada de lo que pasaba y jurando fidelidad al *Führer* del *Tercer Reich*. Pues la verdad es que si bien su actitud y pretensiones representaban una amenaza para el partido, de ninguna manera se sentían traidores ni habían pensado en rebelarse contra Hitler. Sólo querían se concretara lo que ellos consideraban la esencia del programa del partido, el que no era sólo nacional sino también socialista.

Además Hitler se aprovechó de la situación para deshacerse de otra serie de enemigos, reales o supuestos, y de todos aquellos que alguna vez se habían interpuesto en su camino al poder, aunque en el momento no tuvieran ninguna participación política importante. Así fueron eliminados Gregor Strasser, el antiguo líder de la izquierda nacionalsocialista y que había sido el principal rival de Hitler en la lucha intrapartidaria en la década de los veinte; el general Kurt von Schleicher y su esposa, el oficial-político que había ejercido la cancillería antes que él y que en su momento pretendió dividir y descabezar a los nazis para utilizarlos en su propio provecho y que también había intentado bloquear las maniobras de von Papen para llevar a Hitler al poder; Gustav Ritter von Kahr, el gobernante de Baviera que con su decidida resistencia hizo fracasar el “*Putsch* de la cervecería” del año 1923; el líder de la Acción Católica de Berlín Erich Klausener; el redactor del discurso de Marburgo, Edgar Jung, etc.

Al final serían cerca de 200 las personas asesinadas de manera totalmente sorpresiva y sin que hubiera para ello la más mínima provocación o justificación. Matanza fría y desmotivada refrendada retroactivamente por una ley de 3 de julio.

Contra lo que podría esperarse desde nuestra actual perspectiva, la reacción ante este hecho inaudito, que debía resultar en principio chocante e inaceptable en cualquier país medianamente civilizado y a través del cual empezaban a manifestarse de manera evidente los rasgos criminales del nuevo régimen, tuvo una recepción más bien positiva en la población de Alemania. El Presidente, mariscal von Hindenburg y el Ministro de Defensa Werner von Blomberg, aliviados por el descabezamiento de sus amenazantes rivales, agradecieron y felicitaron a Hitler por su arrojo. Incluso desde fuera de Alemania el accionar de Hitler encontró algún grado de comprensión. En el *Times* de Londres, por ejemplo, se afirmaba: “Herr Hitler, se piense lo que se piense de sus métodos, intenta sinceramente transformar el fervor revolucionario en esfuerzos moderados y constructivos e imponer unos valores superiores a los funcionarios nacionalsocialistas”. A la distancia, quizá si el más sorprendido y admirado por la frialdad con la que Hitler había exterminado a sus rivales, tanto dentro como fuera del partido, fue el líder soviético José Stalin. La “noche de los cuchillos largos” le serviría de inspiración para las “purgas” que ya se avecinaban.



Hitler junto a Ernst Röhm, líder de las SA.

Finalmente el día 2 de agosto moría el anciano presidente Paul von Hindenburg. Previendo esta situación ya el día anterior, Hitler había dictado una ley por la que se fusionaban en su persona los cargos de Presidente y de Canciller del *Reich*.

Habiéndose ganado al Ejército con su decidido proceder contra las S.A., el mismo día de la muerte de Hindenburg juraban fidelidad al Führer, uniendo fatalmente su destino al de éste.

Hitler había pasado a ser el absoluto dominador de la situación. Era la autoridad indiscutida en Alemania. Con una velocidad pasmosa la *Gleichschaltung* había llegado a ser una realidad. Había llegado el momento de empezar a poner en ejecución el programa nacionalsocialista en materia de política exterior.



Hitler justifica la "noche de los cuchillos largos" frente al Reichstag.

8. *Lebensraum*: una doctrina agresiva

Los elementos de fondo que más contribuyeron a consolidar en el poder a Adolfo Hitler y al régimen nacionalsocialista fueron los éxitos que obtuvo en materia de política exterior. Una a una fueron cayendo en rápida sucesión todas las vallas que en Versalles se habían puesto a Alemania y ante las cuales los democráticos gobiernos de Weimar –al igual que había ocurrido ante los problemas económicos– fallaron en forma lastimosa.

Estos resultados no fueron consecuencia de la casualidad ni de una política meramente oportunista, como algunos afirman, ni menos parte de una supuesta tradición alemana en materia de política exterior. Nosotros somos de los que consideramos evidente que en estas materias el régimen nazi siguió un programa que en sus líneas fundamentales había tomado ya su forma definitiva desde la década de los veinte y que apuntaba a la búsqueda del espacio vital –*Lebensraum*– necesario para el desarrollo del pueblo alemán en el este de Europa y, en última instancia, llegar hasta la dominación mundial.

Nunca fue el objetivo final de Hitler, con el cual hubiera podido conformarse –como ilusamente creyeron muchos de sus rivales en el campo de la política internacional– el liberar a Alemania de las cláusulas restrictivas del tratado de Versalles, y ni siquiera el concretar el ideal pan-germano (unir en un solo Estado a todos los alemanes). Ya en su libro *Mi Lucha* señalaba Hitler con toda claridad: “La pretensión de restablecer las fronteras de 1914 constituye una insensatez política de proporciones y consecuencias tales, que la revelan como un crimen, y esto, aun sin considerar en absoluto el hecho de que entonces las fronteras del *Reich* podían serlo todo menos lógicas. En efecto, no eran ni perfectas en lo tocante a abarcar el conjunto territorial habitado por elementos de nacionalidad alemana, ni menos razonables desde el punto de vista de su conveniencia estratégico-militar. No habían sido, pues, el resultado de una acción de política meditada, sino simplemente fronteras provisionales fijadas en el curso de una evolución totalmente inconclusa o, si se quiere, fronteras resultantes en parte de la pura casualidad”.

En *Mi Lucha* se encontraba esbozada con toda claridad y crudeza la política exterior que Hitler estimaba debía desarrollar Alemania; y a ese plan de los años veinte se aferraría con todas sus fuerzas hasta el final.

Todavía el *post scriptum* de su *Testamento Político*, escrito el 29 de abril de 1945, cuando las tropas rusas ya entraban en Berlín –última expresión de su pensamiento e ideología– terminaba con la siguiente frase: “la búsqueda de espacio para el pueblo alemán en el este debe seguir siendo el fin”.

De particular importancia resulta, así, analizar el ideario de Hitler en materia de política exterior, tal como había quedado delineado en los años que anteceden a la toma del poder.

La raza estaba en el centro de este programa. Sin el racismo es imposible comprender la esencia del nacionalsocialismo. La base del sistema era así biológica, teniendo a Darwin y al “darwinismo social” en el punto de partida. Como ya hemos dicho en otro lugar, las ideas de lucha y de supervivencia de los más fuertes y dotados eran centrales en esta concepción. Se trata de una concepción crudamente materialista, heredera del asombro ante los progresos científicos que venían del siglo XIX, y que no tenía nada de mística o de idealista. Como señaló Hitler en septiembre de 1938, “el nacionalsocialismo es una concepción fría y sumamente razonada de la realidad que se basa en el máximo conocimiento científico y en su expresión espiritual (...) El movimiento nacionalsocialista no es un movimiento de culto; es, por el contrario, una filosofía política y *völkisch* que surgió de consideraciones de carácter exclusivamente racista. Esta filosofía no propugna cultos místicos, sino que lo que se propone es más bien cultivar y dirigir una nación que está determinada por su sangre”.

Las razas eran desiguales y se estructuraban en forma jerárquica. A la cabeza de todas ellas estaba –como especie de superhombre nietzscheano– la de los grandes rubios dolicocefalos: los arios. Éstos habrían sido siempre los núcleos raciales creadores. Desde tiempos inmemoriales pequeñas elites arias habrían sojuzgado las somnolientas masas de pueblos inferiores, para desarrollar, con la ayuda de los sometidos, todas sus geniales capacidades.

Como señalaba Hitler en *Mi Lucha*, “la cultura humana y la civilización están inseparablemente ligadas a la idea de la existencia del hombre ario. Su desaparición o decadencia sumiría de nuevo al globo terráqueo en las tinieblas de una época de barbarie. El socavamiento de la cultura humana por medio del exterminio de sus representantes es para la concepción de la ideología racista el crimen más execrable”.

Lamentablemente, sostenía Hitler, el núcleo racial ario empezó a mezclarse con los sojuzgados, lo que habría sido el inicio de un proceso de descomposición y amenazaba con el hundimiento de toda la cultura. “Yo tiemblo por toda Europa”, exclamaba en un discurso, y veía al viejo continente “que se hundía en un mar de sangre y de dolor”.

Particular peligro representaban para esta concepción el comunismo y el pacifismo y todos los movimientos e instituciones, por ejemplo aquellos imbuidos de una moral compasiva judeo-cristiana, que intentaban convencer al hombre de que el sueño de la paz eterna era alcanzable. Para Hitler, en cambio, como afirma uno de sus biógrafos, “la indudable voluntad de la naturaleza afirma la existencia de pueblos, su evolución guerrera, la separación en señores y esclavos, la brutal conservación de la especie”.

Ese estado de hibridación –y el componente biológico dominante hace que necesariamente el vocabulario se asimile al de los veterinarios– dominante en Europa e incluso en Alemania, país en el que por excelencia se concentraba la raza aria, se veía agudizado al máximo por la cada vez más preponderante presencia de la raza judía. Éstos ocupaban el lugar más bajo dentro de la escala racial, por debajo incluso de los eslavos; más aún, eran el contrapolo del ario y un elemento disolvente por naturaleza. Eran la encarnación de todos los males, vicios y temores de los cuales se encontraba poseído el joven Hitler. Eran los culpables de todo: de la dictadura de la bolsa y del bolchevismo, de las ideologías humanitarias como también de los 30 millones de sacrificados en la Unión Soviética. Eran la proyección de todo lo que odiaba. Veía en la ambición judía por el dominio universal la clave para entender toda la historia.

Llegaba así incluso a negar a los judíos la naturaleza humana. Como decía en un discurso del año 1923: “El judío es raza, indiscutiblemente, pero no es persona. Él no puede ser jamás una persona hecha a semejanza de Dios, del Eterno. El judío es exacta imagen del diablo. El judaísmo significa la tuberculosis racial de los pueblos”.

Ahora bien, desde el momento en que se desconocía la naturaleza humana del judío, era muy fácil pasar a la idea de su exterminio. A finales de febrero de 1942, y en momentos en que ya estaba tomando forma lo que se ha dado en llamar la “solución final” del problema judío, declaraba Hitler en una de sus conversaciones de sobremesa: “El descubrimiento del virus judío ha constituido una de las grandes revo-

luciones que en el mundo se han llevado a cabo. La lucha en la que nos vemos comprometidos es en realidad muy similar a la que sostuvieron durante el siglo pasado Pasteur y Koch. ¡Cuántas enfermedades tienen su origen en el virus judío!... Sólo recuperaremos la salud si aniquilamos a los judíos”.

En un discurso de 20 de enero de 1941, demostrando que no era broma lo que había escrito en *Mi Lucha*, decía: “Si el resto del mundo es empujado a la guerra por los judíos, el judaísmo europeo en su totalidad desaparecerá. Se pueden reír de esta afirmación como antes se burlaron de mis otras profecías. Los meses y años siguientes demostrarán que también yo he visto aquí las cosas en forma correcta”.

El fatalismo y pesimismo propios de los más típicos ideólogos racistas, como el francés Gobineau, que terminaban por aceptar la decadencia y la consecuente disolución, eran reemplazados en Hitler por un optimismo agresivo; por un llamado a la acción; la consigna de pasar al contraataque.

Por lo demás, el judío era el archienemigo que se necesitaba para la propaganda y para movilizar a Alemania. Aunque racialmente fuera muy difícil de definir, pues la base científica de toda esta construcción era absolutamente feble, por no decir inexistente. El de Hitler era un racismo terrible y arbitrario en sus consecuencias, pero también ridículo por su carencia de toda base racional. Como diría Samuel Beckett después de visitar Alemania en los años treinta, el ario puro “debe ser rubio como Hitler, delgado como Goering, hermoso como Goebbels y varonil como Röhm y tiene que llamarse Rosenberg”.

Decía Hitler, por ejemplo, que si el judío no existiese “deberíamos inventarlo. Se necesita un enemigo visible, no sólo uno invisible”. Y el Mariscal Hermann Goering, uno de cuyos principales colaboradores, el Mariscal Milch, debía ser considerado judío *-mischling-* según la legislación nazi, afirmaba: “Quién es judío lo determino yo”.

Pero más allá de estas cuestiones, para Hitler una lucha a vida o muerte entre arios y judíos sobre campo de batalla alemán se ubicaba en el centro de la historia. De esta forma, el concreto punto de partida del programa de política exterior hitleriano era la situación de postración en que se encontraba Alemania tras la Primera Guerra Mundial. Ésta sería consecuencia, más allá de la derrota y de los humillantes términos de los tratados de paz, de la mezcla y descomposición racial. Para

levantar a Alemania era prioritario recomponer biológicamente la raza. No en vano había señalado el líder nazi en alguna oportunidad: “Quien sólo comprenda al nacionalsocialismo como un movimiento político, casi nada sabe de él. Es todavía más que una religión: es la voluntad para la creación de un nuevo tipo de hombre”.

Los métodos propuestos para alcanzar dicho objetivo eran explicitados con radical crudeza en *Mi Lucha*. Según allí se decía con particular brutalidad, el estado racista estaba “obligado a cuidarse de que sólo los individuos sanos tengan descendencia. Debe inculcar que existe un oprobio único: engendrar estando enfermo o siendo defectuoso; pero que frente a esto hay una acción que dignifica: renunciar a la descendencia”. Agregando luego que debían ponerse al servicio de estos objetivos los últimos adelantos de la ciencia. “Todo individuo notoriamente enfermo y atávicamente tarado y, como tal, susceptible de seguir transmitiendo por herencia sus defectos, debe ser declarado inapto para la procreación y sometido al tratamiento práctico”. Y ya en el colmo de la asimilación entre el hombre y los animales, concluía el párrafo que citamos con la siguiente afirmación: “Apoyada en el Estado, la ideología racista logrará, a la postre, el advenimiento de una época mejor, en la cual los hombres no se preocuparán más de la selección de perros, caballos y gatos, sino de levantar el nivel racial del hombre mismo; una época en la cual unos, reconociendo su desgracia, renuncien silenciosamente, en tanto que los otros den gozosos su tributo a la descendencia”.

A la vista estaban los programas de eutanasia, manipulación y experimentación genética y de cruzamientos organizados que se desarrollarían una vez que alcanzara el poder (los S.S. serían la elite racial dotada de particulares derechos en el ámbito de la procreación racialmente regeneradora). En un discurso secreto pronunciado el 25 de enero de 1939 ante un círculo de altos oficiales, habló de un desarrollo que duraría unos 100 años, para que al final pudiese disponer de aquellos rasgos de elite una mayoría con la que podría conquistarse y dominar todo el mundo.

Citas como la anterior sirven para demostrar que el fin último que Hitler procuraba alcanzar era efectivamente la dominación mundial. “Todo ser ambiciona la expansión –había asegurado en 1930, en un discurso ante los profesores y estudiantes en Erlangen–, y todo pueblo ambiciona la dominación mundial”. Ello se explica también, en otra

perspectiva, por el hecho de que Hitler encarnaba el temor de muchos europeos ante la amenaza que significaría para el viejo continente la amenaza modernizadora que venía de fuera, y que estaba representada por Estados Unidos y la Unión Soviética.

En lo inmediato, y como primera prioridad, luego de purificar la raza y de unir toda la sangre aria dispersa hasta ahora en centro Europa en varios estados distintos, había que dotar a ésta de un adecuado espacio vital –*Lebensraum*– para que pudiera desarrollar todas sus potencialidades. Hitler consideraba que los territorios de que disponía Alemania eran absolutamente insuficientes; la raza aria, allí dominante, no podía dentro de esa estrechez alcanzar los objetivos históricos a que estaba destinada. “El *Reich* alemán, decía en *Mi Lucha*, tiene que abarcar a todos los alemanes e imponerse la misión no sólo de cohesionar y de conservar las reservas más preciadas de los elementos raciales originarios de este pueblo, sino también la de conducirlos, lenta y firmemente, a una posición predominante”.

Descartaba explícitamente una serie de alternativas que él mismo se planteaba antes de decidirse por la búsqueda de espacio vital como solución para el problema de sobrepoblamiento de Alemania.

Por ejemplo, se oponía al control de la natalidad. Pero no por razones éticas precisamente. Por el contrario, consideraba que programas de esa naturaleza podrían impedir que llegaran a nacer genios como él mismo. De ahí que fuera partidario de un control *a posteriori*: habría que esperar que nacieran todos los niños posibles, para luego eliminar a aquellos que quedaran por debajo de las exigencias raciales mínimas. ¡Hitler habría gozado con las posibilidades que brinda hoy la ingeniería genética!

También descartaba la “colonización interior”, esto es, el distribuir mejor la población existente dentro de los mismos territorios disponibles. La razón es que una alternativa como ésta tenía límites muy estrechos.

Por último, la política colonial extra europea, en Africa por ejemplo, tal cual se había practicado por las potencias europeas hacia el cambio de siglo, tampoco le parecía adecuada. Según Hitler, las características climáticas de estas zonas del globo no serían las más adecuadas para el desarrollo de la raza aria.

Luego de este descarte sólo quedaba una posibilidad válida: la adquisición territorial en Europa. Y esto era posible sólo en el este, a costa de Rusia. “Nosotros, los nacionalsocialistas, se decía en *Mi Lucha* con

meridiana claridad, para cualquiera que quisiera conocer los objetivos de Hitler, hemos puesto deliberadamente punto final a la orientación de la política exterior alemana de la anteguerra. Comenzaremos ahora allí donde hace seis siglos se había quedado esta política. Detendremos el eterno éxodo germánico hacia el sur y el oeste de Europa y dirigiremos la mirada hacia las tierras del este. Cerraremos al fin la era de la política colonial y comercial de la anteguerra y pasaremos a orientar la política territorial alemana del porvenir”.

Pero los planes de Hitler contemplaban en lo inmediato, y no como objetivo final, la guerra contra Francia, pues los franceses debían oponerse a cualquier intento de crecimiento de Alemania. Más todavía, la experiencia que Hitler tenía, como combatiente que había sido durante la Primera Guerra Mundial, le indicaba que no era aconsejable repetir una guerra en dos frentes. Antes de avanzar hacia el este Alemania debía asegurarse las espaldas.

A los ojos del líder nazi, Francia era, además, el enemigo natural de Alemania, presentándose como una amenaza incluso desde el punto de vista racial. Como señalaba en *Mi Lucha*, “el pueblo francés que cada vez va siendo en mayor escala presa de la bastardización negroide, entraña, debido a su conexión con los fines de la dominación judía en el mundo, una amenaza inminente para la raza blanca en Europa”.

Desde el punto de vista diplomático, la ofensiva contra Francia y luego Rusia debía ser enfrentada por Alemania en alianza con Italia e Inglaterra. La alianza con Italia, para obtener la cual Hitler incluso aceptaba renunciar a los alemanes del Tirol del Sur –lo que por lo demás dejaba en evidencia que el pangermanismo no era lo más importante de su doctrina–, se explica por la admiración que en los años veinte sentía por el modelo italiano. El *Duce* era el primero de los líderes de estilo fascista que había alcanzado el poder en la inmediata posguerra y eso le aseguraba una posición de clara superioridad, la que iría perdiendo apenas sus ejércitos empezaran a sufrir una serie de descalabros militares.

Respecto de Inglaterra, país por el cual Hitler siempre sintió gran admiración, pensaba que asegurándole la primacía en el comercio marítimo y su imperio colonial, permitiría el dominio alemán sobre Europa continental.

El líder nazi pensaba que el gran error de la política alemana de pre guerra había sido el querer expandirse tanto a costa de Inglaterra como

de Rusia. Por ello es que ahora debía irse paso a paso, y el orden natural indicaba que la primacía debía darse a Rusia con su espacio vital. “La política exterior del Estado racista –afirmaba Hitler en el capítulo XIV de *Mi Lucha*, titulado ‘Orientación política hacia el este’–, tiene que asegurar a la raza que abarca ese Estado, los medios de subsistencia sobre este planeta, estableciendo una relación natural, vital y sana, entre la densidad y el aumento de la población, por un lado, y la extensión y la calidad del suelo en que se habita por otro”.

En la mente de Hitler se esbozaba un gran imperio europeo con los señores arios dominando sobre las masas eslavas, como una especie de neo feudalismo de monstruosas dimensiones. Lo cual no quiere decir que detrás de la visión hitleriana hubiera algo de arcaico, un pensar en una sociedad agrícola primitiva. Por el contrario, el espacio que anhelaba –cuestión que tenía siempre muy presente– no era sólo una superficie territorial sino, muy especialmente, la riqueza económica contenida bajo ella. Como decía en alguno de sus monólogos en el cuartel general del *Führer*, “en el este se encuentran a nuestra disposición materias primas en cantidades gigantescas, tanto si se piensa en la agricultura como en la minería. Rusia es sin duda el país más rico del mundo. Basta tan sólo pensar en las minas de hierro en Kertsch, en las reservas de petróleo, en la abundancia de metales, etc. Además Rusia dispone de la principal de las materias primas: el hombre”.

Pero junto a estas motivaciones territoriales y de materias primas no debe olvidarse que jugaban al mismo tiempo en la mente de Hitler sus concepciones racistas. En efecto, la expansión a costa de Rusia se explicaba también porque allí se encarnaba de una manera paradigmática el “judeo bolchevismo”. Su programa de política exterior no se entiende si se lo considera sólo cómo un intento de engrandecimiento de Alemania al estilo tradicional, como una continuación de aquella que había determinado la acción del Imperio Alemán durante la Primera Guerra Mundial. La concepción racista es la que explica que el avance hacia el este –a diferencia de las “normales” campañas militares del frente occidental– se asociara a radicales campañas de exterminio. La guerra contra Rusia y la “solución final” del problema judío deben entenderse como parte de un mismo proceso.

En esta zona de Europa tendría lugar un enfrentamiento ideológico y racial de dimensiones hasta ese momento desconocidas en la historia

de la humanidad. No es un accidente el hecho de que durante la Segunda Guerra Mundial hayan muerto en Rusia, en forma no natural, cerca de 30 millones de personas y que los alemanes hayan perdido aquí, a gran distancia, la mayor parte de sus ejércitos.

Adelantando un poco cuestiones que se tocarán más adelante, debe recordarse que en manos alemanas murieron más de 3 millones de prisioneros de guerra rusos y en manos rusas más de 1 millón de alemanes. Y las diferencias en las cifras sólo se explican, en buena medida, porque los alemanes habían tomado mayor cantidad de prisioneros. Un ejemplo que muestra de manera muy evidente lo que sería la guerra en cada uno de los frentes es el hecho que de los cerca de 250.000 soldados alemanes que cayeron en manos rusas luego de la batalla de Stalingrado sólo sobrevivieron unos 5.000, mientras que de un número similar de miembros del Afrika Korps obligados a rendirse en Túnez, sobrevivieron prácticamente todos.

Desde la perspectiva de Hitler, junto con el exterminio del judaísmo de Europa Oriental debían eliminarse las capas dirigentes de la población eslava –de la Unión Soviética, Polonia, y otros países del área– para poner el resto al servicio de los señores arios.

La conquista de estos inmensos y riquísimos espacios orientales permitiría, en la perspectiva de Hitler, la consolidación de un bloque autárquico y firme en el continente europeo, bajo dominio alemán, base de una posible y futura dominación mundial. En efecto, Rusia era el *Herzland*, el país corazón, y según el padre de la geopolítica –Klaus Haushofer, del cual había sido discípulo Rudolph Hess, el famoso lugarteniente del *Führer*– quien dominara el corazón territorial dominaría el mundo. De ahí que no sea aventurada la suposición de pensar que tras conquistar el territorio soviético los objetivos realmente finales de Hitler serían las potencias anglosajonas y el dominio del mundo.

Este colosal programa era el que se esbozaba en la mente de Hitler ya en la década de 1920 y a él se aferraría hasta el final. Plan, además, que debía ejecutarse con cierta premura, pues como decía con toda humildad a sus generales el 22 de agosto de 1939, “todo depende esencialmente de mí y de mi existencia, debido a mi talento político. Pero en cualquier momento puedo ser eliminado por un criminal o un loco”.

Sin embargo, la ejecución práctica no saldría de acuerdo con lo programado. Quizá si la desviación más importante respecto del plan ori-

ginal es que se vio obligado a ir a la guerra antes de lo previsto (el año 1939 y no entre 1942 y 1945 como pensaba), y dentro de un contexto internacional no querido: guerra contra las potencias anglosajonas y Rusia al mismo tiempo.

9. ¿Quién fue el culpable del desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial?

La pregunta sobre la culpabilidad de la guerra ha sido siempre una de las cuestiones más discutidas en la historiografía sobre la Primera Guerra Mundial. Claramente, en este caso, se pueden determinar responsabilidades compartidas que involucran a todas las grandes potencias europeas del momento, sin desconocer el papel central que le correspondió jugar al Imperio Alemán.

En el caso de la Segunda Guerra Mundial la situación respecto al mismo problema parece ser bastante más clara: el principal responsable o culpable del estallido de la guerra fue Adolfo Hitler. Todo parecía indicar que, de acuerdo con el programa que hemos esbozado, el ascenso del nacionalsocialismo al poder en Alemania estaba haciendo prácticamente inevitable el conflicto. Las ambiciones de Hitler, explícitamente manifestadas en *Mi Lucha*, eran incompatibles con los intereses, más aún, con la supervivencia misma de una serie de Estados que debían necesariamente oponerse a su concreción.

Pero la “culpa” de la Alemania nazi no puede hacernos olvidar la responsabilidad que también les corresponde, aunque en menor medida, por cierto, a las otras potencias europeas y americanas, rivales de Hitler, responsabilidad que se asocia con las expresiones “pacifismo” y *apaciguamiento*.

Una diferencia esencial entre los orígenes de la Primera y los de la Segunda Guerra Mundial es que, mientras el año 1914 los países se encontraban poseídos y dominados por un nacionalismo exacerbado, por pasiones patrióticas de singular radicalidad que hacían esperar a parte importante de la población europea casi con ansia la guerra que necesariamente debía venir, en 1939 nadie quería la guerra. Apenas habían transcurrido veinte años desde el fin de aquel conflicto que había desgarrado y desangrado a Europa. Los recuerdos de ese “holocausto” que fueron las trincheras, donde habían perdido la vida millones, toda una generación de europeos, estaban demasiado frescos. Las huellas de la destrucción saltaban todavía a la vista. En ese ambiente era imposible que se pensara en la guerra como una posibilidad. Nadie la quería. Ni siquiera los alemanes. Cuando Hitler, en medio de la crisis checoslovaca

hizo desfilar sus tropas por el centro de Berlín, la gente se retiró asustada. Nadie celebró el hecho; no hubo ninguna manifestación patriótica. Y esto era general.

Quizá si un ejemplo extremo de este ambiente que dominaba la política mundial se puede encontrar en el *Pacto Kellog-Briand* del año 1928. Según señala un historiador francés, “su inventor fue Salmon Levinson, abogado progresista. Para él, la guerra como la familia, como la esclavitud, es una institución. Ahora bien, toda institución sólo tiene existencia gracias a la ley. Si la legislación actual ha prohibido la esclavitud ¿por qué no abolir de la misma manera la guerra? Una vez abolida la guerra en cada país, mediante leyes internas, cualquier estadista que la desencadenara podría ser castigado por el derecho común. Así la guerra sería puesta fuera de la ley. El sistema se completaría por un tribunal internacional. En oposición a la seguridad colectiva, que se basa en las sanciones militares, en este caso las sanciones sólo serían individuales”. Tres años después Japón, uno de los signatarios del tratado, invadía Manchuria, iniciándose un periodo de guerras locales y amenazas de guerra, característico de los años treinta, que culminaría con la Segunda Guerra Mundial.

Así, frente a la creciente amenaza que empezaban a plantear al sistema internacional una serie de potencias disconformes con su situación –Japón, Rusia, Italia y sobre todo la Alemania de Hitler –los países partidarios y sostenedores del *statu quo*– Inglaterra, Francia y, en parte, Estados Unidos de Norteamérica, reaccionaron con particular debilidad; con un pacifismo y neutralismo extremo que sólo serviría para envalentonar a sus desafiantes adversarios.

En el caso de Estados Unidos, cuando Hitler asume el poder el 30 de enero de 1933, Alemania representaba un papel absolutamente secundario para la política exterior de los norteamericanos. Esta situación había empezado a gestarse recién terminada la Primera Guerra Mundial cuando el Senado norteamericano no aceptó la inclusión de su país en la Liga de Naciones ni ratificó el Tratado de Versalles que imponía los términos de la paz a Alemania. La idea era no mezclarse con la corrupta Europa.

Naturalmente la toma del poder nazi intranquilizó a la opinión pública norteamericana. Dicho régimen parecía negar lo más esencial de sus valores y representaba desde un primer momento una amenaza para la paz mundial. Pero ello no motivó una posible intervención preventiva de Estados Unidos, sino que, por el contrario, robusteció la tendencia

aislacionista dominante. Este aislacionismo de los problemas europeos alcanzó su culminación con las “Leyes de Neutralidad” que aprobó el Congreso entre 1935 y 1937. La más radical de ellas, aprobada el 1 de mayo de 1937, contenía una prohibición absoluta para exportar armas y municiones; prohibía cualquier tipo de préstamos a países que se encontraran en guerra; prohibía a ciudadanos americanos viajar en buques pertenecientes a países en guerra; prohibía a naves de comercio americanas transportar mercaderías de países en guerra, etc. Todo esto era aplicable, en general, a cualquier país y cualquiera fueren sus características ideológicas y los principios de su política exterior. O sea, hasta estaba prohibido ir en auxilio de los mismos aliados de Estados Unidos; ni siquiera se podían saltar estas reglas para defender la democracia amenazada. Las leyes de neutralidad aparecían así para evitar ser atrapados por el engranaje de la guerra. De esta forma, el gobierno norteamericano, frente a la actitud cada vez más amenazante de Alemania, Italia y Japón, sólo podía oponer palabras. Recién, a partir de 1937, el presidente Franklin Delano Roosevelt empezaría a dirigir su país hacia la guerra.



Foto oficial del Duce Benito Mussolini.

Mientras tanto, en el continente europeo, las primeras provocaciones de Hitler en el campo de la política exterior tampoco encontraron los frenos adecuados. Quienes debían haber reaccionado con fuerza y decisión, las otrora grandes potencias, triunfantes en 1918, habían salido muy debilitadas de la Primera Guerra Mundial y no tenían ni la fuerza ni el coraje para enfrentarse a la amenaza totalitaria.

Para los franceses la posguerra fue muy dura; habían visto ocupado parte de su territorio durante 4 años por los alemanes y sufrido pérdidas materiales cuantiosísimas. Más todavía, esta crisis económica trajo como consecuencia la disgregación del poder ejecutivo. La inestabilidad ministerial, unida al exceso de poder del parlamento, tomó un ritmo acelerado a partir de 1930. Los ministerios duraban sólo algunas semanas e incluso algunos días. Se sucedieron así una serie de gobiernos inestables y de una abrumadora ineficacia. Esto se tradujo en una política exterior particularmente débil. Las amenazas y la política de hechos consumados de Hitler sólo se encontrarían en Francia con la esperanza de retrasar una guerra para la que no se estaba preparado.

Pero el país del *apaciguamiento* por excelencia fue Inglaterra. El pacifismo extremo que dominaba en la sociedad británica se evidencia de manera paradigmática en algunos conocidísimos ejemplos. Comenzando el año 1933, una tradicional sociedad inglesa, la *Oxford Union Society* resolvía, por 275 votos contra 153, “que no lucharía por el rey y por la patria bajo ninguna circunstancia”. Poco después el candidato laborista por East Fulham prometía a sus electores “cerrar todas las oficinas de reclutamiento, disolver el ejército y desarmar la fuerza aérea”. Lo más notable es que, con ese discurso, desbancó de ese distrito a los conservadores, tradicionales dominadores del mismo, obteniendo un triunfo arrollador.

En síntesis, podemos decir que la política del *apaciguamiento*, tal cual sería aplicada por el Primer Ministro Neville Chamberlain, consideraba que se debía ceder ante las reivindicaciones del agresor cuando aparecían como justificadas, para ahorrarse una guerra. Ya en los años 1930 parecía a los ojos de algunos que a Alemania se le habían impuesto limitantes demasiado extremas en el Tratado de Versalles, las que debían irse eliminando. Si Alemania quería rearmarse o recuperar territorios perdidos esto se entendía ahora como algo “justo”. Pero, como luego se demostraría y era fácil prever si se hubiera tomado en serio el programa de política exterior hitleriano al que antes hemos hecho referencia, esta doctrina presentaba

un punto débil: partía de la premisa de que el agresor sólo tenía reivindicaciones justas, es decir, limitadas, y de que un día se sentiría satisfecho y no intentaría ir más lejos. Y éste no sería el caso de la Alemania nazi.

Esta política, que luego de la conferencia de Munich, a la que más adelante haremos referencia, quedaría tan desprestigiada, es sin embargo explicable si se analiza la concreta situación que vivía Gran Bretaña en esos años. En efecto, se trataba de la primera e indiscutida potencia mundial del siglo XIX –la gran potencia imperial, comercial y marítima– que trataba de aferrarse a un pasado que ya no era, resistiéndose a reconocer su decadencia y los cambios que había traído consigo la Primera Guerra Mundial.

Con su política de *apaciguamiento* los ingleses buscaban, en los agitados años 1930, lograr la distensión a nivel internacional. Para ello debían conciliarse los intereses de las cuatro grandes potencias europeas, Gran Bretaña, Francia, Alemania e Italia –incluyéndose también a Japón–, en un sistema multipolar en el lejano oriente. Dentro de ese sistema a los norteamericanos correspondería ocupar una posición más fuerte, aunque no dirigente. Mientras que el régimen revolucionario soviético, considerado débil tanto en lo económico como en lo militar, debía quedar fuera del sistema occidental, al que, en cambio, debían seguir perteneciendo tanto la Alemania nazi como la Italia fascista, pese a su antiliberalismo. Todavía en el verano de 1933 el *Economist* tranquilizaba a sus lectores diciendo que “Alemania es un estado capitalista y parece seguirá siéndolo”.

La política de *apaciguamiento* fue una respuesta específicamente británica, de una Gran Bretaña superada, ante la crítica situación económica y de seguridad en que se encontraba. Buscaba la paz para mantenerse como potencia. No se era ciego ante los peligros que aparecían en el horizonte, pero consideraciones económicas hacían creer que se los podía enfrentar sin la guerra. Las dificultades económicas por las que atravesaba Gran Bretaña –en los años 1930, por primera vez después de más de 100 años, había tenido un déficit comercial– eran incompatibles con el rearme y la guerra. Si debía llegarse a ella había primero que solucionar el problema económico, por lo que debía aplazarse lo más posible su estallido.

La verdad es que la década de los años 1930 se presentaba en el plano internacional como particularmente compleja y amenazante. Un contemporáneo de los hechos, el historiador inglés Arnold Toynbee,

calificaría el año 1931 como *annus terribilis*. Coincidían en esa fecha la crisis económica mundial, el fracaso, al año siguiente, de las conferencias de desarme y el inicio de la carrera armamentista, con la invasión japonesa a Manchuria. Mientras Japón comenzaba a desestabilizar el sistema internacional en el lejano oriente, Italia hacía lo propio en el Mediterráneo: dos zonas particularmente sensibles para los intereses británicos. Los japoneses buscaban asegurarse un cierto “espacio vital” que les asegurara la autarquía en lo económico. Por su parte, la Italia de Mussolini quería reconstruir el Imperio romano volviendo a hacer del Mediterráneo un “lago italiano”.

Más amenazantes todavía para la subsistencia del sistema internacional y de Gran Bretaña como potencia mundial –si consideramos que las ambiciones japonesas e italianas eran, dentro de todo, limitadas– aparecían la Alemania nacionalsocialista, la Rusia bolchevique, e incluso, desde cierto punto de vista, Estados Unidos de Norteamérica.

Los planes de Hitler, que tenían como objetivo constituir un nuevo orden mundial bajo la hegemonía de la raza aria, ya los hemos detallado. Respecto a la Unión Soviética, su concepción ideológica apuntaba necesariamente a expandir la revolución a todo el mundo. Si bien las circunstancias la habían obligado, para sobrevivir, a hacer una pausa y acuñar bajo Stalin en los años 1920 el lema de “la revolución en un solo país” y en materia de relaciones internacionales el de la “coexistencia pacífica” –amenazada como estaba por Japón, Alemania y mirada con desconfianza por las democracias occidentales– no había renunciado a sus objetivos de siempre. Ya el año 1925 había sostenido Stalin, ante el Comité Central del Partido Comunista, que debía reforzarse el aparato militar soviético para poder aprovechar cualquier situación que pudiera plantearse en los países limítrofes. Pues, afirmaba, “la guerra puede ser inevitable, naturalmente no mañana ni pasado mañana, pero sí en algunos años... Esto no significa que, en esas circunstancias, nosotros debamos participar activamente contra alguien. De comenzar la guerra, nosotros no permaneceremos inactivos; nosotros tendremos que intervenir, pero intervendremos en el último momento. Y nosotros intervendremos para poner en la balanza el peso decisivo”. Frente al embajador británico afirmaba el primero de julio de 1940 que “el fundamento del pacto de no agresión nazi-soviético era la común pretensión de deshacer el equilibrio de poder existente en Europa, al cual se aferraban Inglaterra y Francia”.

Por último, particularmente desde la perspectiva inglesa, no dejaba de aparecer como amenazante la actitud de Estados Unidos. También los norteamericanos buscaban revolucionar el sistema internacional, aunque con medios distintos quizá a los de Rusia y Alemania. En efecto, la agresiva actitud misional con la que pretendían extender a todo el mundo sus instituciones libertarias y su *way of life*, que se apoyaban en esa especie de religión secular que es el individualismo y el *pursuit of happiness*, debía conducir a un dominio mundial sobre bases liberales. Como decía un Senador norteamericano en forma muy gráfica: *With God's help we will lift Shanghai up and up, ever up, until it is just like Kansas City*. Éste era el movimiento de fondo más allá del aislacionismo dominante.

En definitiva el sistema internacional estaba en pleno movimiento cuando nos acercábamos a la Segunda Guerra Mundial y el principal sostenedor del antiguo orden, Gran Bretaña, ya no tenía fuerzas para enfrentar los amenazantes cambios. Se encontraba superada por los acontecimientos. Esta situación explica en buena medida la débil posición que adoptó frente a los desafíos de Hitler.

Sea como fuere, resulta evidente que la escalada hacia la guerra se vio facilitada por el hecho de que nadie opuso una resistencia decidida al líder nazi cuando éste, desde su muy precaria posición del año 1933 –ejército de sólo 100.000 hombres, sin armas ofensivas– comenzó a ejecutar su programa de política exterior. Se lo dejó crecer y fortalecerse hasta que llegó un momento en que sólo podría ser detenido por medio de la guerra, y una guerra de dimensiones mundiales.

En la exposición anterior hemos recogido la que consideramos la interpretación más acertada para explicar el desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial. Pero, por supuesto, como ocurre en general con todos los hechos históricos, no es la única posible. No todos los historiadores aceptan que la política exterior de Hitler haya tenido desde un comienzo como objetivo la dominación mundial y que para alcanzarla siguiera un programa por etapas elaborado ya desde la década de los años 1920. Es así como algunos, si bien aceptan que la política exterior nazi resultó de la aplicación de un plan previo contenido en lo esencial en *Mi Lucha*, piensan que su objetivo era sólo obtener el control del continente europeo y no aspiraba a la dominación mundial.

Más todavía, es posible encontrar toda una corriente “revisionista” que niega radicalmente todo elemento de planificación en la política hitleriana, calificando al *Führer* como un mero “oportunistista”, un improvisador que estaba abierto a aprovechar cualquier situación y que ni siquiera habría tenido un pleno control de la política exterior del régimen. En efecto, hay toda una corriente historiográfica que sostiene que Hitler sería un “dictador débil”, por cuanto habrían existido al interior del régimen nazi diferentes centros de poder que competirían entre sí y frente a los cuales el líder del partido sería poco más que un árbitro.

Los “revisionistas” consideran también, en general, que la política exterior de Hitler habría estado motivada por su política interior, que habría sido una continuación de ella. Para legitimarse ante la población el nuevo régimen habría tenido que recurrir a un activismo constante, proponiendo siempre nuevos fines a la población para mantener así despiertas sus esperanzas. Ahora, en vez del programa, estaríamos en presencia de la más pura irracionalidad; todo se fundamentaría en una cierta “sensibilidad plebiscitaria”.

La verdad es que, como también suele ocurrir con las interpretaciones históricas, lo aparentemente contradictorio muchas veces es sólo un complemento, un punto de vista distinto. Pues resulta evidente que, en el fondo, si bien Hitler se aferró hasta el final a su programa de fondo, lo aplicó con toda la flexibilidad necesaria de acuerdo con las circunstancias.

Hay también historiadores que explican el estallido de la guerra como un mero “salto hacia adelante” al que se habría visto obligado el régimen nazi. El rearme de Alemania a partir de 1933, sostienen, habría sobrecargado de tal forma la economía, que Hitler habría tenido que lanzarse a la guerra para salvar de una crisis inminente a Alemania a través de una guerra de conquista que le permitiera apropiarse de la riqueza de otros países.

En fin, entre las interpretaciones más extremas y más opuesta a la que nosotros hemos tratado de reseñar se encuentra la del inglés A.J.P. Taylor, para quien Hitler aparece como un mero revisionista, al estilo de prácticamente cualquier político alemán de entreguerras; habría sido sólo un oportunista, que se aprovechó de las fallas de la política de *apaciguamiento* para engrandecer a Alemania. De tal forma que a la Segunda Guerra Mundial se habría llegado no por la ejecución de un

programa de conquistas fríamente planificado por Hitler, sino como consecuencia de una serie de errores diplomáticos, atribuibles a todas las partes involucradas. La guerra habría sido en la práctica el resultado de un “accidente” internacional.

La verdad es que interpretaciones como la recién reseñada o cómo la de aquellos que quieren ver una absoluta continuidad en la política exterior alemana, por lo menos desde la Primera Guerra Mundial en adelante, no consideran para nada el radical contenido ideológico-racial de la cosmovisión hitleriana, que la hace única en comparación a cualquier política meramente imperialista o expansiva al estilo tradicional, aunque puedan tener ciertos elementos externos en común. Por eso, después de esta confrontación de opiniones, debemos insistir: Hitler quiso ejecutar a partir de 1933 el programa de dominación mundial que había ido esbozando desde la década de los años 1920, encontrando una actitud débil de sus oponentes, lo que le permitió hacerse fuerte hasta que sólo se lo pudo detener a través de una guerra de dimensiones mundiales.

10. La época del revisionismo agresivo

El 3 de febrero de 1933, pocos días después de la toma del poder, en una exposición de dos horas y media de duración ante los altos mandos de las fuerzas armadas alemanas, Hitler afirmaba: “¿Cómo se debe utilizar el poder político una vez que éste es conquistado? Por ahora no podemos decir nada. Quizá búsqueda de nuevas posibilidades de exportación; quizá, y mucho mejor, conquista de nuevo espacio vital en el este para ser germanizado sin restricciones”.

Llegaba el momento de poner en ejecución el programa elaborado en los años anteriores; aunque, en lo inmediato, se presentó ante los alemanes como el político que cumpliría sus promesas de terminar definitivamente con las limitaciones impuestas a Alemania en el Tratado de Versalles, para devolverle su grandeza perdida. Aparentaría ser un revisionista “normal” pero exitoso, para consolidar una posición de poder que le permitiera llevar adelante su ideología de fondo. De hecho, Hitler mantendría el equipo de política exterior de la República de Weimar, incluyendo al ministro de relaciones exteriores Konstantin Freiherr von Neurath. Pronunciaría discursos pacifistas, como aquel famoso ante el *Reichstag* el día 17 de mayo de 1933. En fin, se mostró como un político dispuesto a negociar y con el cual se podían alcanzar acuerdos.

Pero, al mismo tiempo, irá tomando una actitud amenazante, combinando la conciliación con actos de fuerza o, por lo menos, amenazando con el uso de la fuerza. Con una mano negociaba y con la otra daba el golpe. En la práctica, las características de su política exterior serán muy parecidas a las de la interior, moviéndose siempre al borde de la legalidad. Como ocurrió en su camino al poder, entre los años 1933 y 1939 Hitler no usó de la fuerza, no recurrió a la guerra para alcanzar sus objetivos, pero sí amenazó con el uso de ella. De esta manera lograría ocultar a sus enemigos sus intenciones últimas. Como también ocurrió en el ámbito de la política interior, sus rivales en el plano internacional no lo tomaron en serio; no captaron cuáles eran sus objetivos finales; lo siguieron en la negociación y fueron aceptando sus distintos actos de fuerza hasta que ya no les quedó más salida que la guerra mundial.

Dentro de las señales de “normalidad” con que se presentó en el concierto europeo puede señalarse, por ejemplo, el Concordato que ce-

lebró con el Vaticano el día 20 de julio de 1933, a través del cual la Iglesia buscaba salvaguardar sus posiciones frente a un régimen cuya doctrina –como en la práctica del gobierno pronto quedaría en evidencia– aparecía amenazante y pagana y abiertamente contrapuesta al catolicismo. Como acto de propaganda y ante el prestigio en el ámbito internacional de que gozaba la Iglesia, este acuerdo resultaba particularmente beneficioso para el régimen nazi. Además Hitler en el fondo sabía que, a la larga, no se obligaba a nada y que apenas se dieran las condiciones adecuadas podría arrasarlo con el catolicismo e imponer en todos los ámbitos sus consignas totalitarias. El Vaticano, por su parte, confiaba en que a través de la negociación podría proteger mejor la posición de la Iglesia en Alemania, apreciación en la que se engañaba lastimosamente. Muy luego se iniciarían las persecuciones y el Papa debería condenar al nazismo en la encíclica *Mit brennender Sorge* publicada en 1937. Su contenido sería leído en 11.500 parroquias a lo largo de Alemania para de inmediato ser confiscada por el gobierno y dar pábulo para nuevas persecuciones. La verdad es que la oposición radical de Hitler contra el cristianismo sólo se vería frenada, de momento, por su prudencia política: requería un cierto grado de tranquilidad interior para desarrollar su agresiva política exterior. Como en muchos otros ámbitos, también en el caso de la Iglesia debería esperarse el término de la guerra –y siempre que la Alemania nazi triunfara– para que el régimen arremetiera contra ella con todas sus fuerzas. Su destino era desaparecer, pues su doctrina chocaba de manera visceral con la cosmovisión nazi. Como ha señalado un historiador británico, éstos “despreciaban el cristianismo por sus raíces judaicas, su afeminamiento, su espiritualidad y su universalidad. Parecía una negación de la vida frente a su afirmación y movilizaba valores y sentimientos indeseables. El perdón no era para odiadores resentidos, ni la compasión de gran utilidad para gente que quería aplastar a los débiles. En una palabra, el cristianismo era una enfermedad del alma (...) El cristianismo consideraba transitoria toda la existencia terrenal, mientras que los nazis pretendían interpretar la vida eterna a través de una especie de Gran Cadena del Ser biológica. El individuo no era nada, pero el colectivo racial se mantendría a lo largo de eones. Eso es lo que probablemente quisiese decir Hitler cuando decía: “A la doctrina cristiana de la significación infinita del alma humana individual (...) yo opongo con gélida claridad la doctrina salvadora de la nada y la insig-

nificancia del ser humano individual y de su existencia continuada en la inmortalidad visible de la nación”.

Más significativa todavía para mostrar al mundo el espíritu pacifista de que estaba animado el nuevo Canciller, fue la celebración de un pacto de no agresión con Polonia el día 26 de enero de 1934. Debe recordarse que tras el Tratado de Versalles el Estado polaco había cortado en dos a Alemania y había absorbido sectores importantes de su territorio. Como consecuencia, las relaciones entre ambos países habían estado cargadas de tensión. Los alemanes temían que Polonia se aprovechara de su superioridad militar –Alemania contaba con un ejército de sólo 100.000 hombres– para atacarla en cualquier momento. Por tanto Polonia aparecía a los ojos de la mayoría de los alemanes, durante el periodo de entreguerras, como el enemigo más cercano y temible. De ahí la sorpresa que despertó, aun dentro de las mismas filas del nazismo, la decisión de Hitler de pactar con los polacos. Casi podía tachárselo de traidor. Pero Hitler veía aquí más lejos que la mayoría. Sin renunciar a los planes que tenía a mediano plazo para Europa oriental, donde se ubicaba el *Lebensraum* que ambicionaba, conseguía una serie de ventajas: se aseguraba de no sufrir ningún ataque en ese flanco cuando estaba por iniciar una política exterior agresiva; desarticulaba, en parte, el sistema francés de seguridad que se apoyaba en los pequeños países de esa zona de Europa; pero lo más importante es que hacía aparecer a Hitler como un político moderado en materia de relaciones exteriores, incluso si se lo comparaba con sus antecesores de la época de Weimar.

Otro gran éxito de Hitler y manifestación al mismo tiempo de “normalidad”, fue la victoria arrolladora obtenida por Alemania en el plebiscito que tuvo lugar en el Sarre el día 13 de enero de 1935. En el Tratado de Versalles se había hecho de este territorio alemán, limítrofe con Francia, una especie de estado autónomo, determinándose que después de 15 años su población decidiría si se integraba a Francia o a Alemania. El plebiscito en cuestión fue organizado y fiscalizado en todas sus etapas por representantes de la Liga de Naciones para asegurar la más absoluta transparencia. Y en ese marco, un 90,7% de los votantes se pronunció por el reintegro a Alemania. Lo notable de este resultado, más allá de la influencia que en él naturalmente tuvo el espíritu nacional de los votantes, es que no fuera un factor negativo el integrarse al Estado nazi. Esto es, Hitler ganaba un plebiscito en el cual no se lo podía acusar de

haber manipulado el resultado. Los éxitos que podía mostrar en estos primeros años de gobierno le estaban permitiendo ganarse incluso a sus antiguos opositores: en el Sarre tradicionalmente los partidos más fuertes habían sido el Centro católico y los comunistas.

Si los políticos con los cuales Hitler se enfrentaba en el plano internacional hubieran sido un poco más perspicaces, debían haber constatado que esas señales de “normalidad” habían ido acompañadas desde el comienzo por síntomas que apuntaban en la dirección contraria. En fecha tan temprana como octubre de 1933 la delegación alemana dejaba la conferencia de desarme iniciándose el rearme y, al mismo tiempo, Alemania se retiraba de la Liga de las Naciones. Hitler empezaba a romper con el sistema internacional en ámbitos en que sabía podía contar con un apoyo mayoritario dentro del pueblo alemán. Ya se ha señalado que hizo coincidir este hecho con el primer plebiscito celebrado durante su gobierno, en el que obtuvo un triunfo arrollador.

En la misma línea, durante el año 1934 intensificó la presión sobre Viena. Debe recordarse que por el Tratado de Saint Germain de 1919, celebrado entre las fuerzas de la *Entente* y el Imperio Austriaco una vez terminada la Primera Guerra Mundial, se dispuso la desintegración del antiguo imperio de los Habsburgo. Austria quedó reducida a un pequeño territorio en la zona alpina y danubiana donde se hablaba el idioma alemán. Más aún, se prohibió a los austriacos unirse a Alemania. La verdad es que ésa era en el fondo la aspiración de muchos de ellos una vez desaparecido su ancestral Imperio y pasaría a ser uno de los objetivos más queridos del “austriaco” Hitler. Era éste, además, un caso en que la justificación “pangermánica” se daba de la manera más plena.

Ya bajo la República de Weimar se habían dado pasos en esa dirección. En marzo de 1931 se empezó a negociar un acuerdo de unión aduanera entre los dos países de habla alemana, el que no prosperó ante el veto interpuesto por Francia. Pero, tras la subida de Hitler al poder, la situación cambió de manera radical. Mientras dentro de Austria los partidarios del *Anschluss* disminuían, la presión alemana fue adquiriendo ribetes cada vez más brutales. Para ello Hitler contaría con una quinta columna absolutamente fiel: el pequeño partido nazi austriaco. Su fuerza no era mucha, pero jugaba en su favor la división de sus rivales. En efecto, el gobierno del canceller Engelbert Dollfus

que había asumido en mayo de 1932 –a sus 39 años y con su metro y medio de estatura, fue a la vez el más joven y el más bajo de los jefes de gobierno europeos– era apoyado por apenas el 30% de la población (partidos cristiano social y campesino) y combatido encarnizadamente por los socialistas.

Desde comienzos del año 1933 el recién asumido gobierno de Adolfo Hitler empezó a presionar a Austria tanto desde dentro como desde fuera. Desde dentro, a través del partido nazi local y desde fuera por medio de una fuerte presión económica –cierre de fronteras y boicot– favorecido por la dependencia que en este ámbito tenía Austria de Alemania. Ante los crecientes problemas que afrontaba, Dollfus estableció una dictadura de hecho, proscribiendo a los partidos de oposición, nazis y socialistas. Podía contar para la aplicación de estas medidas de fuerza con el apoyo de Benito Mussolini, que quería hacer de Austria un bastión contra el expansionismo alemán y, al mismo tiempo, hacer del “Frente Patriótico” de Dollfus una especie de fascismo satélite. (Cosa que no consiguió pues Dollfus tendía a soluciones corporativas –al estilo del sistema portugués de Oliveira Salazar– inspiradas en los ideales de la Encíclica *Quadragesimo Anno* del año 1931, muy lejanas a los postulados del fascismo italiano.)

Ya el año 1934 los nazis austriacos lanzaban una campaña terrorista destinada a paralizar la economía y el turismo, llegando la situación al extremo cuando el día 25 de julio de 1934 protagonizaron un intento de golpe de estado en medio del cual fue asesinado el canciller Engelbert Dollfus. Esto mientras su esposa e hijas se encontraban en Italia invitadas por el *Duce*. Pero el *Putsch* fracasó: los vieneses no se plegaron a él, la milicia gubernamental permaneció dueña de la situación derrotando completamente a los rebeldes, de los cuales murieron 153 en combate o ejecutados y el resto de los activistas y dirigentes huyó a Alemania. Con rapidez fue nombrado un sucesor –Kurt von Schuschnigg– y, lo que resultaría más humillante para Hitler, no se atrevió a intervenir desde fuera al enterarse de que Benito Mussolini había hecho avanzar 4 divisiones de su ejército hasta el paso de El Brennero.

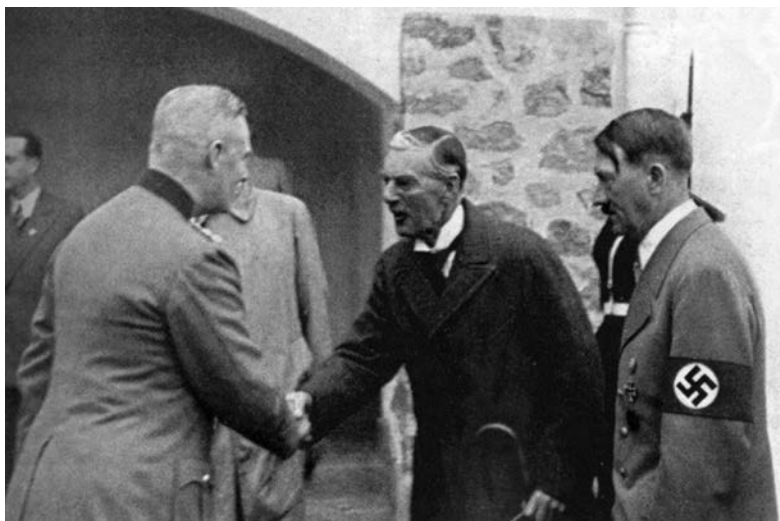
El desarrollo del fracasado intento de anexión deja en evidencia varias cosas. De partida, que todavía el año 1934 el *Duce* italiano se movía con absoluta libertad con respecto de Hitler, como para oponérsele, incluso recurriendo a la fuerza, cuando creía amenazada su esfera de

influencia. De hecho, tenía mucho más prestigio internacional que su homónimo alemán, el que a esas alturas sólo parecía su pálido imitador. Más importante todavía, quedaba demostrado que aún se estaba a tiempo de frenar los afanes expansionistas de Hitler si se actuaba contra él con decisión y energía, sin miedo... que es lo que no haría Occidente en los años siguientes. Otra consecuencia significativa de los acontecimientos recién reseñados es que Hitler sufrió una gran humillación; había fracasado en un aspecto importante de su política exterior.

Por último, y fundamental en la perspectiva de la línea argumentativa que estamos desarrollando, Hitler mostró a las claras el que terminaría por manifestarse como su método preferido en materia de política exterior: el de la violencia más extrema. Ya en 1934 sus rivales pudieron haber concluido que su faceta pacifista era sólo una mascarada sin contenido...; pero demorarían todavía 5 años en llegar a esa conclusión.

Como no había habido mayor oposición a sus aventuras en materia de política exterior –fuera de algunas protestas formales, el inicio del rearme no había traído mayores problemas para Alemania– no puede extrañar que el fin de semana del 16 de marzo de 1935 diera a conocer, otra vez contraviniendo la letra expresa del Tratado de Versalles, la introducción del servicio militar obligatorio. La verdad es que esto era algo que se veía venir pues venía a ser un complemento indispensable del rearme. En efecto, ya en diciembre de 1933 se había decidido aumentar el ejército de paz de los 100.000 autorizados a 300.000, mientras se empezaban a elaborar planes para una guerra en varios frentes. Para todo ello se necesitaban reclutas. Y también aviones, por lo que al mismo tiempo se daba el pase para la construcción de la *Luftwaffe*.

Otra vez la respuesta de Occidente sería blanda: alguna protesta verbal y la constitución luego –14 de abril de 1935– del Frente de Stressa por Inglaterra, Francia e Italia dirigido a frenar la política revisionista de Alemania. Pero incluso éste quedaría en parte superado por el acuerdo naval anglo-alemán del mes de junio. De acuerdo con éste la relación entre las flotas inglesa y alemana debía ser de 100 a 35, dándose una plena equiparidad en materia de submarinos. No hay que ser muy perspicaz para concluir que por esta vía Inglaterra estaba dando su pase al programa de rearme alemán. Por su parte Hitler, de momento, no cedía en nada pues todavía le quedaba un largo trecho para cubrir ese 35%.



El Primer Ministro británico, Neville Chamberlain, en presencia de Hitler, saluda al general Keitel.

Más todavía, el Frente de Stressa se vería torpedeado por uno de sus propios firmantes, Italia. En efecto, en octubre de 1935 Mussolini empezaba a concretar su sueño imperial iniciando la conquista de Abisinia. Se pasaba así al campo de las potencias revisionistas en materia de relaciones exteriores, lo que lo acercaba de hecho a Alemania. Al mismo tiempo se separaba de Inglaterra y Francia, máximas partidarias del *statu quo*. Por último, hacía aparecer como un sin sentido la existencia de la Liga de Naciones, incapaz de emprender nada en contrario y de asegurar la paz. Europa estaba entrando en la época de los golpes de fuerza, situación que Hitler sabría explotar con particular maestría.

En este sentido el año 1936 marcaría un giro decisivo en la política exterior europea. Sin que las potencias –salvo la Alemania nazi– se dieran cuenta de ello, la guerra estaba cada vez más cerca. La confianza de Hitler ante la falta de reacción y la blandura mostrada por sus rivales occidentales, garantes del Tratado de Versalles, ante su política de fuerza, lo llevó a iniciar el año 1936 con una acción particularmente riesgosa. De acuerdo con ese tratado Alemania había quedado obligada a desmilitarizar un amplio territorio junto al río Rin, en el límite con Francia. El objetivo obvio

había sido dar forma a un colchón protector que alejara la frontera gala de un posible nuevo zarpazo germánico. Pero, al mismo tiempo, para los alemanes había significado una gran humillación: algunas de las ciudades más importantes y características de Alemania parecían quedar con su soberanía limitada. En la perspectiva de Hitler, se agregaba a ello el que para desarrollar los planes de conquista en que estaba empeñado y que consideraban una guerra con Francia, el tener tropas en Renania resultaba fundamental. De esta forma, el día 7 de marzo de 1936 tropas alemanas ingresaban por primera vez desde el fin de la Primera Guerra Mundial en el territorio desmilitarizado de Renania, siendo recibidas en forma jubilosa por la población. Esta acción significaba no sólo un quiebre directo de normas expresas del Tratado de Versalles –los artículos 42 y 43– sino también el denunciar y dejar sin efecto un tratado celebrado voluntaria y libremente por Alemania, como lo era el de Locarno, por el que, en su momento, se buscó asegurar la estabilidad de su frontera occidental.



Tropas alemanas ingresan en la zona desmilitarizada de Renania.

Sin duda estamos en presencia de la acción más rupturista y riesgosa que Hitler había emprendido en materia de política exterior. Él mismo era muy consciente de ello. Las 48 horas que siguieron a la entrada de las tropas en la zona desmilitarizada habrían sido “los momentos más excitantes de mi vida”. Goebbels, por su parte, inmediatamente después de tomada la decisión correspondiente, anotaba en su diario: “Otra vez vivimos un momento crítico, pero sólo cabe actuar. ¡A los valientes pertenece el mundo! El que no arriesga no puede ganar nada... ¡Otra vez estamos haciendo historia!”. Parecían tahures que arriesgaban todo en una gran jugada que no era más que un *bluff*, confiados en el temor y la falta de decisión que veían reflejados en los ojos de sus rivales. No debemos olvidar que, recién iniciado su programa de rearme, Alemania no tenía ninguna posibilidad de enfrentar con éxito a franceses e ingleses si éstos decidían hacer respetar el derecho con la fuerza.

Frente a ello el pretexto que Hitler adujo para intervenir aparecía bastante feble: la ratificación por el Parlamento francés, a fines del mes de febrero, de un tratado con la Unión Soviética, que Alemania interpretaba como un quiebre del Tratado de Locarno. Pero Hitler había captado bien que dicho pacto, que implicaba integrar a la potencia comunista en el sistema de seguridad colectiva, no había caído bien ni en Inglaterra ni en Italia; incluso la misma población francesa lo había recibido con desconfianza. Así el líder nazi podía profitar de presentarse otra vez como el muro de contención frente al avance comunista. En fin, lo más importante es que Hitler demostró tener razón con su arriesgada jugada: ni en Francia –con un muy débil gobierno en ese momento– ni en Inglaterra, que de acuerdo con la doctrina del apaciguamiento consideraba la acción alemana como un derecho que le correspondía, hubo oposición.

Mientras tanto en Alemania la estrella de Hitler parecía brillar cada vez con más fuerza. Inmediatamente después de la entrada de la *Wehrmacht* en Renania tenía lugar un nuevo plebiscito en el cual el 98,8% de aprobación que alcanzó el gobierno –mas allá de la consideración de que éste tenía lugar en un contexto totalitario– sorprendió a los mismos líderes nazis. Joseph Goebbels anotaba en su diario: “El pueblo se ha levantado. El *Führer* ha unido a la nación. Nosotros no esperábamos algo así ni en nuestros más atrevidos sueños. Estamos todos como posesos. El *Führer* está concentrado y silencioso; se limita a poner sus manos sobre mis espaldas. Sus ojos están húmedos... Está extraordinariamente feliz”.

Para la mayoría de los alemanes –y en parte también para las principales potencias de Occidente– el nuevo golpe dado por Hitler en materia internacional se interpretaba sólo como un paso más en pos de alcanzar el gran objetivo que era la revisión definitiva del injusto Tratado de Versalles; colocar a Alemania en igual pie que el resto de los países europeos terminando con la discriminación. Nadie se imaginaba siquiera que para el Canciller del *Reich*, en cambio, era también un paso pero en una dirección muy distinta: la búsqueda del *Lebensraum* que necesitaba la raza aria.

Prueba palmaria de lo anterior la proporcionaría el Memorando para el Plan Cuatrienal (el *Vierjahresplan*) elaborado en el mes de agosto. En él, Hitler, luego de presentar la difícil situación en que se encontraba Alemania en el ámbito económico, sobre todo en lo que al abastecimiento de materias primas se refería, señalaba que este problema sólo podía solucionarse en forma definitiva a través de “la ampliación del espacio vital, esto es, de la base de materias primas y de sustento para nuestro pueblo”. El objetivo era alcanzar la autarquía económica y alimenticia. Y el Memorando concluía con las siguientes tajantes y definitivas afirmaciones: “1.- El Ejército alemán debe estar preparado para actuar en un plazo de 4 años. 2.- La economía alemana tiene que estar preparada para la guerra en un plazo de 4 años”. Preparación para la guerra en la cual, como se había dicho al inicio del documento, el enemigo principal lo sería la Rusia bolchevique.

La guerra se acercaba a pasos agigantados sin que la inmensa mayoría de los que iban a ser sus actores se diera cuenta cabal de la situación, pese a que ella ya había puesto su pie en Europa durante el año 1936. En efecto, en el mes de julio había estallado la Guerra Civil Española, conflicto que de alguna manera asoma como una especie de prólogo a la Segunda Guerra Mundial. Ella serviría de campo de prueba para los ejércitos que preparaban Mussolini y Hitler. Tropas alemanas e italianas dieron su apoyo a las fuerzas rebeldes del General Francisco Franco. El pretexto sería su común oposición al bolchevismo que pugnaba por conquistar una nueva posición de poder, ahora en el otro extremo de Europa, aunque en la práctica casi no había afinidad ideológica entre los circunstanciales aliados. Tanto las tropas alemanas participantes en la contienda, como el mismo Hitler, se repelarían en parte de esta intervención. Les parecía

haber estado luchando por el lado equivocado. Pero en lo inmediato, a Hitler el conflicto español le reportó una serie de tangibles ventajas. De partida pudo probar parte importante del nuevo armamento que las fábricas alemanas estaban produciendo en forma acelerada desde que asumió el poder. Podía, al mismo tiempo, seguir vendiendo su imagen antibolchevique, tan atractiva en muchos círculos de la burguesía europea que veía con terror los sucesos de la Unión Soviética. De una forma más general, el que hubiera guerra en Europa favorecía a Hitler en cuanto empezaba a preparar la mentalidad de los políticos europeos para las soluciones de fuerza y era un nuevo golpe al *statu quo* que sólo podía favorecer a las potencias inconformistas como lo era la Alemania nazi.

Quizá si la consecuencia más importante del conflicto que asolaría hasta el año 1939 a la península ibérica sería el que cimentaría el acercamiento que había empezado a producirse entre los dos principales caudillos de estilo fascista. Según vimos, hasta el año 1935 Mussolini todavía había sido capaz de seguir un curso propio. Gozaba hasta ese momento de un indiscutible prestigio europeo. Se reconocía que, como ningún otro antes que él, había sabido imponer el orden en Italia. Quizá sus métodos no se consideraban los mejores como para ser aplicados en países como Inglaterra o Francia; pero Italia era otra cosa, y requería una mano más dura. Mas este ambiente favorable al *Duce* comenzó a disiparse desde que hizo efectivas sus ambiciones imperiales. Italia, después de la aventura de Abisinia, se vio de alguna manera obligada a irse subiendo al carro alemán. En el mes de enero Mussolini ya aseguraba al embajador Ulrich von Hassell que Austria debía ser un satélite de Alemania y en junio las relaciones exteriores de Italia pasaban a quedar en manos de su yerno, el conde Galeazzo Ciano, partidario, a diferencia de sus antecesores, de un acercamiento con Alemania. Y ya el 1 de noviembre Mussolini proclamaba en Milán la constitución del Eje Roma-Berlín.

Paralelamente, y como otra manifestación del rápido avance hacia una posición de quiebre a la que se estaba moviendo Alemania, Joachim von Ribbentrop, el experto en relaciones exteriores del partido, actuaba cada vez más desembozadamente, desplazando en muchos ámbitos de singular importancia a los "barones" del Ministerio que Hitler había heredado de la República de Weimar. Fruto inmediato de sus gestiones sería la firma del Pacto *Antikomintern*, entre Alemania y Japón, el día 25 de noviembre, pacto al cual se uniría Italia un año

después. Obviamente se trataba de un tratado anticomunista que veía al enemigo en la Unión Soviética. Se prohibía a los firmantes celebrar cualquier tipo de acuerdo con Moscú. De ahí la sorpresa con que los japoneses recibirían en 1939 la firma del Pacto Nazi - Soviético, lo que los llevaría de inmediato a mejorar sus relaciones con los rusos. Otra vez, sin que muchos se percataran de lo que ocurría, se estaba constituyendo uno de los bloques de alianzas que se enfrentarían durante la próxima Guerra Mundial. Las tres potencias agresivas, aquellas que manifestaban su disconformidad con el actual orden internacional –no olvidemos que Japón ya se encontraba involucrado en una guerra en Manchuria desde 1931–, por primera vez hacían frente común, aunque fuera bajo una fórmula defensiva.

La actitud ofensiva y expansiva de la Alemania nazi era cada vez más evidente, pero Hitler seguía sin ser tomado en serio. Las democracias de occidente no se decidían a ponerle freno. De ahí que, como contrapartida, creciera casi hasta el infinito la confianza de Hitler en el sentido de creer que ellas siempre terminarían por ceder con tal de evitarse una guerra. Por eso su juego se irá haciendo cada vez más arriesgado. Perderá el sentido de las proporciones, hasta que su olfato político y sus instintos de jugador terminaran por llevarlo a la catástrofe.

De ahí que no pueda extrañar el que antes que terminara el año 1937 haya planteado a los comandantes en jefe de las distintas ramas de las fuerzas armadas la necesidad de llevar con rapidez a la práctica la doctrina explicitada en *Mi Lucha*. En efecto, según consta en el *Protocolo Hossbach*, dirigiéndose al ministro de defensa Werner von Blomberg, y a los comandantes en jefe del ejército, armada y aviación, Werner Fritsch, Erich Raeder y Hermann Goering y al ministro de relaciones exteriores Konstantin von Neurath, Hitler habría señalado que “para resolver el problema alemán sólo cabe una salida violenta” y a ésta debía llegarse rápido; a más tardar hacia 1943-1945.

Recién iniciado el año 1938 la posición de Hitler se vio robustecida a efectos de llevar adelante estos planes, luego que tras un par de turbios *affaires* perdieron sus puestos el ministro de defensa von Blomberg y el comandante en jefe del Ejército, Fritsch. El primero, viudo desde hacía 5 años, decidió casarse nuevamente, eligiendo una joven mujer de

extracción popular que resultó tener un dudoso pasado: pose para revistas pornográficas y hasta citaciones de la policía especializada en asuntos sexuales... Y Hitler pasó el bochorno de haber sido el testigo de la boda. En el caso Fritsch el escándalo pasó por acusaciones de homosexualidad... que resultaron ser falsas.

Hoy la impresión que queda es que si bien Hitler no tuvo parte en la preparación de estos escándalos y que incluso a él lo pusieron de momento en una posición difícil, supo, como siempre, sacar el máximo partido de los mismos. A partir del día 4 de febrero de 1938 asumía personalmente el mando supremo de la *Wehrmacht*, de tal forma que las fuerzas armadas quedaban todavía más sometidas de lo que ya lo estaban al *Führer* y Canciller del *Reich*, en las manos del cual serían un dócil instrumento para materializar sus planes expansivos.

Todos los antecedentes que se han ido señalando contribuían a dar forma a un ambiente favorable –a comienzos del año 1938– para que Hitler radicalizara su agresiva política exterior. Al respecto, lo primero que cabía era terminar con una tarea pendiente: el *Anschluss*. Desde el año anterior la relación entre los dos países de habla alemana se había ido haciendo cada vez más tensa. El Canciller austriaco, Kurt Schuschnigg no había respetado el acuerdo a que llegara con los alemanes en orden a integrar a su gobierno a la oposición “nacionalista”, lo que los nazis habían tomado como pretexto, tanto en Austria como en Alemania, para mostrarse cada vez más agresivos. Al mismo tiempo el interés económico de los alemanes en las materias primas austriacas se acrecentaba a medida que se aceleraba el rearme.

La presión alemana alcanzó su clímax el día 12 de febrero de 1938 cuando Hitler citó a su refugio alpino en Berchtesgaden al Canciller Schuschnigg. Se le hizo una demostración militar –desfile y presencia de numerosos generales condecorados– por la que, de manera indirecta, se le representó que Austria no tenía nada que hacer frente a la fuerza alemana, obligándolo a firmar un tratado que en la práctica terminaba con la soberanía del otrora gran imperio del Danubio. De acuerdo con éste Austria debía coordinar su política exterior con la de Alemania; Arthur Seyss-Inquart, el líder de los nazis austriacos, debía ser nombrado Ministro del Interior, su partido legalizado, y debían estrecharse las relaciones militares y económicas entre los dos países. La verdad es que la situación de los austriacos que se oponían al *Anschluss* era verdade-

ramente desesperada desde el momento que, a diferencia del año 1934, ahora ni siquiera contaban con el apoyo italiano.

Como última salida, el Canciller Schuschnigg llamó sorpresivamente a los austriacos el día 9 de marzo a un plebiscito –que debía celebrarse cuatro días después– para que fuera el mismo pueblo el que decidiera cuál debería ser la forma correcta de relación con los poderosos vecinos de la suástica. Esta decisión puso a Hitler bajo presión. Aduciendo que se habrían violado los acuerdos de Berchtesgaden ordenó el avance de las tropas alemanas, las que el día 12 de marzo de 1938 entraron pacíficamente en el territorio austriaco. No hubo resistencia y por lo tanto tampoco necesidad de disparar. Al contrario, la mayoría de la población –más allá de la visión que deja la conocida película *La novicia rebelde*– recibió a las tropas alemanas con evidentes muestras de júbilo.

Caía otra cláusula de los tratados de paz del año 1919; Alemania se anexaba un país completo sin disparar un tiro; las potencias occidentales no intervenían: Hitler había conseguido otra vez un gran triunfo en materia de política exterior. La popularidad del *Führer* estaba alcanzando sus cotas máximas: en el plebiscito celebrado inmediatamente tras la anexión, Hitler obtenía el 99% deseado. Los votos favorables llegaron de todos los sectores. Incluso la figura más importante del socialismo austriaco, Renner, votaría por el sí.

Ya el 13 de marzo se proclamaba la reunificación de la Marca Oriental con el *Reich*. En medio del júbilo pasarían casi desapercibidas las brutales persecuciones desatadas por las S.S. de Heinrich Himmler. La cosmopolita cultura austriaca desaparecía dentro de Alemania. Se pierde el mismo nombre de Austria, de cuyo territorio emergieron las provincias del Alto y del Bajo Danubio. Viena pasó a ser sólo la sede de un *Reichsstatthalter*.

Pero los políticos de Occidente, que seguían sin calar en profundidad al Canciller del *Reich*, se engañaban si creían que con éxitos tan contundentes como los recién reseñados Hitler se iba a conformar. Por el contrario, dentro de sus ambiciosos planes de expansión constituían sólo un acicate para acelerar la marcha. Y el próximo objetivo quedaba al alcance de la mano: Checoslovaquia. El pretexto que tenía Hitler para intervenir en los asuntos del Estado checo estaba dado por la existencia dentro de sus fronteras de tres millones y medio de alemanes. Éstos se ubicaban

en la zona de los *Sudeten*, territorio montañoso de Bohemia, en el límite con Alemania. Debe recordarse que Checoslovaquia era un Estado que había nacido recién tras la Primera Guerra Mundial, como consecuencia de la disolución del Imperio Austro-Húngaro tras la paz de Saint Germain. Era, además, el clásico ejemplo de vulneración del principio de autodeterminación de los pueblos –proclamado en los “14 puntos” del Presidente Wilson– por cuanto los checos, gracias a la habilidad negociadora mostrada por sus dirigentes máximos Masarik y Eduard Benesch, habían conseguido –incluso antes que terminara la guerra– el que se les concediera un estado propio al que se integrarían también los eslovacos y la minoría alemana. Esta situación inicial se había visto luego agravada por el hecho de que los checos habían practicado una política rígidamente centralista contra sus minorías nacionales. Dentro de ellas la alemana era particularmente importante, no tanto en cuanto a su cantidad como en cuanto a su calidad. En efecto, los alemanes habían formado siempre parte de la clase dirigente checa. Puede anotarse, por ejemplo, que la Universidad de Praga se fundó, en su momento, como una universidad alemana. Con todos estos antecedentes resultan comprensibles tanto los deseos de autodeterminación de los *Sudeten* como la resistencia checa: una separación de dicha minoría étnica comprometía de inmediato la existencia misma de su Estado.

Hitler, con el pretexto del “pangermanismo”, pero considerando sobre todo que el control de Checoslovaquia era un componente esencial de sus planes de dominio europeo y mundial, tanto pensando en la guerra definitiva con la Unión Soviética como en la más inmediata contra Francia, abrió el fuego el día 20 de febrero de 1938. En un discurso pronunciado incluso antes de que se resolviera la cuestión austriaca hablaba de los “10 millones” de alemanes que se encontrarían sometidos dentro de Checoslovaquia.

Siguiendo el modelo aplicado con tanto éxito en Austria, en el mes de marzo el jefe de los nazis dentro del territorio de los *Sudeten*, Konrad Henlein, recibía desde Berlín la orden de hacer exigencias siempre mayores al gobierno checo, de tal manera que éstas resultaran imposibles de ser cumplidas y así preparar un pretexto para la intervención.

El día 20 de mayo, ante la presión alemana y la circulación de falsos rumores en el sentido de que éstos concentraban tropas en la frontera, el gobierno checo ordenaba la movilización parcial de su ejército, mientras

que desde Londres y París se señalaba a los alemanes que un ataque podría desencadenar una guerra general. Todo ello hizo montar en cólera a Hitler, en cuanto le parecía que todos estos acontecimientos de alguna manera le acarreaban una pérdida de prestigio, lo que lo llevó a reforzar sus preparativos para un posible conflicto.

Vientos de guerra empezaban a soplar sobre Europa. Y la tensión aumentó cuando en Alemania se desata una agresiva campaña de prensa por la cual se acusaba a los checos de ser un portaaviones de la Unión Soviética en el centro de Europa. Otra vez Hitler trataba de presentarse como el defensor de Europa contra el avance comunista, encontrando así algún apoyo en los medios ingleses y franceses. Al mismo tiempo, y desde dentro de Checoslovaquia, se hacía sentir cada vez con más fuerza la presión de los nazis que en las elecciones comunales que se verificaron en el territorio de los *Sudeten* a comienzos del año 1938 obtenían un 90% de los votos. Ante lo extremo de la situación intervino como mediador Lord Runciman, cuya gestión era apoyada por una serie de artículos del *Times*. El político inglés, en pos de asegurar la paz, conseguiría que, en principio, el presidente Benesch llegara prácticamente a aceptar la autonomía para los *Sudeten*. De hecho, Gran Bretaña hizo saber a Alemania que estaba dispuesta a negociar el máximo de concesiones, siempre que se descartara de manera absoluta el uso de la fuerza. Pero Hitler, como consta en la orden respectiva dada a las fuerzas armadas, ya desde el 30 de mayo había tomado la decisión definitiva de deshacerse de Checoslovaquia por medio de una acción militar. La situación era tan crítica y seria y el Ejército se sentía tan poco preparado para una guerra de verdad como la que se veía venir, que algunos de sus más altos jefes, con participación de círculos diplomáticos, empezaron a dar forma a un movimiento de resistencia contra Hitler.

Durante uno de los famosos Días del Partido que se celebraban regularmente en la ciudad de Nüremberg –son conocidas las escenas de inmensas formaciones de camisas negras de las S.S., muchas veces con antorchas, que escuchaban al *Führer* que les hablaba desde las alturas de un inmenso escenario de rasgos helénicos– y apoyado en una serie de informaciones sensacionalistas de la prensa que relataban todo tipo de persecuciones contra la población alemana de los *Sudeten*, Hitler les prometió ayuda militar. Otra vez la situación se tornaba crítica. Tan es así que el Primer Ministro británico, Chamberlain, se subió por primera

vez en su vida a un avión y voló a Berchtesgaden el día 15 de septiembre para “apaciguar” al exaltado Canciller alemán. La fórmula para ello sería presionar a los checos para que cedieran el máximo –aun a costa de su dignidad– pensando con ello poder saciar el hambre expansiva hitleriana. De hecho, las conversaciones terminaron con el acuerdo de que se cediera a Alemania, por parte del gobierno checo, la totalidad del territorio de los *Sudeten*. Se estimaba, desde la perspectiva británica del *apaciguamiento*, que en justicia correspondía que todos los alemanes quedaran unidos en un solo Estado.

El peligro de guerra parecía alejarse, lo que indirectamente trajo como consecuencia el fracaso del golpe de estado que estaba preparando la resistencia militar a que antes hacíamos referencia. Pero el mismo Hitler se vio sorprendido por el logro obtenido y por la disposición a darle todo lo que quería que mostraba su contraparte inglesa. Pues, la verdad, es que los *Sudeten* eran sólo un pretexto en orden a apropiarse de la totalidad del territorio checoslovaco, su verdadero objetivo. De esta forma, cuando ambos líderes europeos se reunieron nuevamente el día 21 de septiembre, ahora en Bad Godesberg, Hitler sorprendió a su contraparte británica al exigir, apoyándose en supuestos actos de crueldad cometidos por los checos, la inmediata ocupación por parte de la *Wehrmacht* de la zona cedida en la cita anterior y, además, la solución de los otros problemas de minorías nacionales en Checoslovaquia.

Otra vez se estaba en un punto muerto; las negociaciones parecían fracasadas y el fantasma de la guerra empezaba a rondar en centro Europa. Pero Chamberlain insistía en el *apaciguamiento*, como lo expresaba a sus compatriotas el 27 de septiembre: “Qué horrible, fantástico e increíble es que estemos aquí cavando trincheras y probando máscaras antigás debido a una disputa en un país lejano entre gente de la que no sabemos nada”. Hitler, por su parte, asumió una actitud verbal cada vez más violenta, con ataques furibundos al presidente Benesch y a los checos, como se refleja, por ejemplo, en un discurso pronunciado el 26 de septiembre en el Palacio de los Deportes de Berlín en el que sus correligionarios del partido lo aclamaron sin restricción. Pero la mayoría del pueblo alemán que había dado todo su apoyo al *Führer* cuando éste alcanzaba éxitos internacionales clamorosos sin necesidad de disparar un tiro, no se entusiasmaba con la perspectiva de una guerra. Cuando, ese mismo día, como ya en otro lugar hemos señalado, Hitler hizo desfilar

por el centro de la capital del *Reich* una división motorizada del Ejército, para así preparar el clima bélico y entusiasmar a las masas, la recepción fue fría y temerosa.

Lo tenso del clima internacional imperante se evidenciaba en el hecho de que desde diversos sectores se impulsaron fórmulas de mediación, al más alto nivel. Mientras una propuesta pacificadora del Presidente norteamericano Franklin Delano Roosevelt era rechazada, se aceptó la mediación del *Duce*. En efecto, Mussolini, que, según hemos visto, gozaba todavía de un gran prestigio como estadista entre sus pares europeos, preocupado por la cercanía de una guerra para la que no se sentía preparado, se lanzó con decisión al ruedo para obtener que se reuniera la Conferencia de Munich. Nadie se imaginaba que ella pasaría a ser sinónimo de entreguismo y ejemplo paradigmático del absurdo a que conducía la política de *apaciguamiento* sostenida por Inglaterra y sus aliados. La conferencia tuvo lugar el día 29 de septiembre de 1938 y en ella participaron los líderes de las cuatro principales potencias europeas del momento: Adolfo Hitler, Benito Mussolini, Neville Chamberlain y por Francia Edouard Daladier. Sería la última vez que los europeos intentarían resolver sus problemas sin participación de la Unión Soviética y de Estados Unidos. En ella terminaron por aceptarse todas las exigencias de Hitler... a costa del Estado checoslovaco, cuya opinión casi no había contado. Esto pese a que era la única democracia operante en esa región de Europa. Tan profunda sería la humillación checa y el desengaño que sufrieron de parte de las potencias occidentales que, una vez terminada la Segunda Guerra Mundial, ciegamente, facilitarían su integración a la órbita soviética. En lo inmediato, el presidente Benesch se fue al exilio al ver cómo empezaba a desmoronarse la obra por la que venía luchando desde aquellos lejanos años en los que el objetivo era la desintegración del imperio de los Habsburgo: sin los *Sudeten* el resto de Checoslovaquia, desde un punto de vista militar, era prácticamente indefendible, ya que las montañas de Bohemia constituían su defensa natural.

Mientras tanto, los firmantes y los pueblos que representaban respiraban aliviados: creían –salvo Hitler– haber salvado la paz. Casi parece irónico recordar que el día 30 Chamberlain y Hitler firmaban una declaración en la cual, con gran optimismo, manifestaban el deseo de ambos pueblos de no enfrentarse nunca más en una guerra. Igual esperanza de

haber asegurado la paz manifestaba el Primer Ministro británico a su llegada a Londres, donde fue recibido como un verdadero héroe por la población. Muy distinto sería, en cambio, el veredicto de Winston Churchill: “Habéis aceptado la humillación para salvar la paz; conservaréis la humillación, pero tendréis la guerra”. Y a comienzos de octubre, citando el Apocalipsis, agregaba refiriéndose al Primer Ministro Neville Chamberlain: “Pesado has sido en balanza, y fuiste hallado falto”.

Al mismo tiempo, las tropas alemanas hacían su entrada en el territorio que se les había cedido, siendo recibidas, como era de esperar, con muestras de júbilo por la población. Y poco después tomaban su parte en el reparto Polonia –que, llevada de su ambición, parecía no darse cuenta de que estaba destinada a ser la próxima víctima del insaciable apetito expansivo alemán– y Hungría, que obtenía la cesión de un territorio poblado con más de un millón de habitantes. Incluso Rumania y Bulgaria, cuyos gobiernos sabían reconocer dónde estaba la fuerza, empezarían a orientar su política hacia Alemania.

Pero la desintegración de Checoslovaquia sólo estaba en sus comienzos. En octubre se reconocía la autonomía de Eslovaquia y el 11 de marzo de 1939 Hitler presionaba al líder del partido nacionalista eslovaco Jozef Tiso para que se separara de Praga, con la amenaza de que si no entregaría este territorio a Hungría. En la noche del 15 de marzo informaba al presidente checo Emil Hacha, citado a Berlín, que para asegurar la tranquilidad, el orden y la paz en ese sector de centro Europa tropas alemanas se encontraban marchando hacia Praga; en caso de resistencia el mariscal Goering amenazaba con la destrucción de la capital checa por la *Luftwaffe*. Checoslovaquia sería así ocupada sin necesidad de guerra y el 16 de marzo los alemanes proclamaban la constitución en ese territorio del Protectorado de Bohemia y Moravia.

Para Hitler era otro éxito espectacular: un nuevo país que Alemania se anexaba sin disparar un tiro. Pero ésta sería la última vez. Hitler había ido demasiado lejos. El error de Munich aparecía después de estos sucesos como humillantemente evidente: Occidente no podría seguir cediendo. A veces tiende a olvidarse que hasta la anexión de Checoslovaquia todavía existía alguna posibilidad de que las potencias occidentales se unieran con Alemania contra José Stalin, que seguía siendo un paria, completamente aislado, en el contexto europeo y mundial. Pero entre

los años 1938 y 1939 esta situación cambió radicalmente. La ocupación del resto de Checoslovaquia –un territorio habitado por personas que no hablaban el idioma alemán– por las tropas nazis dejó en evidencia que a Hitler no lo movía un ideal pangermánico, como tampoco era su objetivo terminar con la humillación de Versalles, sino que apuntaba a un proceso expansivo mucho mayor: la búsqueda de “espacio vital”.

Al mismo tiempo las potencias occidentales sufrían una muy fuerte impresión al tomar conocimiento del primer *progrom* importante contra los judíos, organizado en Alemania. Hasta el año 1938 el elemento antisemita, central en la ideología nazi, se había mantenido algo en sordina. Si bien habían ido entrando en vigencia, como luego veremos, una serie de normas discriminatorias contra los judíos, no se habían dado contra ellos mayores actos de violencia.

Esta situación cambió en forma radical luego que el día 7 de noviembre de 1938 sufriera un atentado, que terminaría por costarle la vida un par de días después, el secretario de la legación alemana en París, Ernst von Rath, por parte de un joven judío. De este hecho se culpó colectivamente al pueblo judío y, con ese pretexto, Joseph Goebbels, el Ministro de Propaganda del régimen, organizó violentas represalias en Alemania. Según consta en un informe del jefe del Servicio de Seguridad Reinhard Heydrich a Hermann Goering, en los disturbios que se iniciaron el 9 de noviembre murieron 36 judíos y un número similar quedó gravemente herido. Fueron saqueados y destruidos 7.500 negocios judíos y cerca de 250 sinagogas incendiadas o demolidas. Cerca de 30.000 judíos serían encarcelados por breves periodos en campos de concentración y sometidos a todo tipo de vejámenes. Por ejemplo, aquellos que fueron conducidos al campo de concentración de Sachsenhausen pudieron escuchar el siguiente discurso de parte de su comandante: “Estáis aquí para pagar el cobarde asesinato cometido por vuestro camarada racial polaco Grunspan. Debéis permanecer aquí como rehenes para que la judería mundial no realice más asesinatos. No estáis en un sanatorio sino en un crematorio. Han de obedecerse todas las órdenes de las S.S. Los S.S. tienen derecho a pegaros un tiro si quieren. Nuestros muchachos tienen muy buena puntería. Así que no vale de nada intentar escapar. El alambre espinoso que rodea el campo está electrificado. El que lo toque morirá instantáneamente. Se disparará contra todos los que intenten fugarse. Tenéis que trabajar

para pagar vuestros gastos de mantenimiento. Procuraremos haceros trabajar de firme para que bajéis esas barrigas”.

Estos hechos horrorizaron al mundo; parecía que Alemania había dejado de contarse entre los países civilizados. Lo confirmaría el mismo Hitler en un discurso ante el *Reichstag* el 30 de enero de 1939 cuando anunciaba la “aniquilación de la raza judía de Europa en caso que el judaísmo financiero internacional impulsara una nueva guerra mundial”, para agregar luego: “sobre el lema judío proletarios de todo el mundo uníos, triunfará este otro: creadores de todas las naciones reconoced a vuestro común enemigo”.

Hitler había perdido toda credibilidad ante occidente; había pasado a ser el “enemigo” a cuyas demasías debía ponerse freno recurriendo a todos los medios, incluso la fuerza.

La prueba para Inglaterra y Francia llegaría muy pronto. En efecto, el próximo candidato en los planes de Hitler ya estaba claro: Polonia. El pretexto para intervenir en dicho país saltaba a la vista desde la firma del Tratado de Versalles. Allí no sólo había vuelto a resurgir Polonia como Estado independiente, sino que para ello y, específicamente, para asegurarle la salida al mar, se había dividido Alemania en dos partes: Prusia Oriental quedaría separada del grueso del territorio alemán por el llamado “corredor polaco”, mientras que la ciudad de Danzig, situada en su interior y habitada mayoritariamente por alemanes, quedaría bajo el control de la Liga de Naciones. ¡Qué mejor pretexto para que Hitler presionara a los polacos!

Ya a fines de octubre de 1938, y antes de que se resolviera en forma definitiva la cuestión checoslovaca, el ministro de relaciones exteriores de Hitler, Joachim von Ribbentrop, había hecho una primera propuesta al gobierno polaco. De acuerdo con ella, Danzig debía reintegrarse al *Reich* alemán y debían construirse líneas férreas y autopistas que unieran Alemania con Prusia Oriental con estatuto de extraterritorialidad. Por su parte, Alemania se comprometía a garantizar los límites de Polonia.

Los polacos no podían aceptar estas condiciones si no querían transformarse en vasallos de la Alemania nazi. Pero al negarse a negociar se ganaban un terrible enemigo. ¡Parecía desesperada su situación, aislados entre Rusia y Alemania! El orgullo nacional polaco, tratando de pre-

servar su independencia a toda costa, estaba llegando a un corredor sin salida. El ministro de relaciones exteriores polaco, Joseph Beck, confiaba en poder neutralizar a sus dos temibles vecinos, enfrentándolos el uno al otro y contando con el apoyo de Occidente si la situación se complicaba. Por lo demás, sobrevaloraba la fuerza de sus tropas, lo que lo había llevado a ser más imprudente de lo que correspondía: al quedarse con un pedazo de Checoslovaquia había jugado con el lobo alemán hasta perderle el miedo. Le costaría caro.

La confianza polaca aumentó cuando el día 31 de marzo Gran Bretaña dio su conocida garantía a Polonia. Precipitó ésta, además del fiasco de Munich, el hecho de que Alemania había ocupado el 23 de marzo de 1939 el territorio de Memel, perteneciente a Lituania. En todo caso la garantía británica era muy especial. Puede decirse que no ponía fin a la política de *apaciguamiento*, como pudiera pensarse, desde el momento que no se refería a los límites de Polonia, sino que garantizaba su “integridad nacional” en caso de una agresión, dejando abierta la posibilidad de negociaciones. La garantía significaba también que Inglaterra se amarraba a los asuntos europeos de una manera que siempre había evitado: dependería de los polacos el que tuvieran que verse involucrados en una guerra europea. Quizá coadyuvó a su decisión el que valoraran más allá de lo debido la fuerza del ejército polaco, sobre todo en relación con el ruso, debilitado por las “purgas”, ordenadas y dirigidas por Stalin, que habían afectado a su oficialidad en los meses anteriores. Ya el 6 de abril se firmaba entre ambos países un tratado de alianza.

Estos hechos, que de alguna manera se interpretaban por Hitler como un intento inglés de rodear a Alemania, más la movilización decretada por el ejército polaco el día 23 de marzo, determinaron que el dictador nazi, ya en abril, diera la orden para iniciar los preparativos para el “Caso Blanco”, la invasión de Polonia. Según afirmaba en un discurso al alto mando del Ejército, “el objetivo no es Danzig. Se trata de la búsqueda de espacio vital en el este, así como de asegurar el aprovisionamiento de Alemania y de resolver el problema del Báltico”. Para ello se debía aislar a Polonia, pues no quería luchar al mismo tiempo con Inglaterra y Francia.

En este contexto, la actitud de la Unión Soviética adquiría particular importancia. Aunque no en forma tan rígida como en la antesala de la

Primera Guerra Mundial, Europa estaba empezando a quedar dividida en dos bloques de alianzas: Inglaterra y Francia por una parte y Alemania e Italia por la otra. La Rusia de Stalin quedaba como única alternativa para inclinar la balanza en favor de una o de otra.

La situación de la Unión Soviética no era de las mejores. Stalin no sólo se encontraba luchando con Japón en el extremo oriente de su gigantesco imperio, sino que también se sentía aislado del oeste luego que se lo excluyera de la conferencia de Munich. Sospechaba que Inglaterra y Francia querían enfrentarlo con Alemania, de tal forma que el día 3 de mayo el ministro de relaciones exteriores Maxim Litwinow, partidario de un acercamiento a occidente, era reemplazado por Vyacheslav Molotov.

Mientras tanto, por el lado de Alemania, más allá de las diferencias ideológicas de fondo, la línea de Rapallo (aquel tratado con los rusos que había servido de marco a Alemania para fabricar en ese territorio armas prohibidas por Versalles desde la década de los veinte) seguía contando con partidarios. Y a ello se unían las urgencias del momento.

En todo caso la iniciativa correspondió a los rusos, pues Alemania corría mucho más riesgos con la negociación. En efecto, a Stalin no le importaba que el mundo se enterara de su acercamiento a Alemania, desde el momento en que éste tenía por objeto evidente mejorar su posición negociadora con las potencias occidentales; en cambio, para Hitler, una indiscreción era mucho más riesgosa para su prestigio, basado en medida importante en el anticomunismo y para las relaciones con sus aliados en el Pacto *Antikomintern*, Italia y Japón. De ahí que los tanteos entre los dictadores totalitarios se iniciaron a través de funcionarios de tercera categoría teniendo como tema cuestiones económicas.

Ya en el mes de junio los rusos hacían saber a Alemania que estaban dispuestos a darles la preferencia, antes que a Inglaterra, en lo que a la celebración de un tratado se refería. Ello coincidía con el estancamiento en las negociaciones entre Alemania y Japón para la celebración de un tratado militar, por lo que Hitler y su ministro Ribbentrop empezaron a poner particular interés en las propuestas rusas. De esta forma, a partir de julio fueron los nazis los que empezaron a presionar con más fuerza en pos de la firma de un tratado referente a problemas políticos. Así hicieron saber a su contraparte rusa que más allá de las cosmovisiones diferentes que los separaban, se podían encontrar entre ellos importantes elementos en común. Sería el caso, por ejemplo, de su enemistad

hacia las democracias capitalistas de occidente. Más todavía, se ofrecía a la Unión Soviética un entendimiento sobre los mutuos intereses que tenían en Europa oriental: ¡se empezaba a preparar el terreno para el Protocolo Secreto! La guerra con Polonia se acercaba.



Caricatura relativa al pacto de no agresión nazi-soviético.

Pero mientras tanto, se negociaba a varias bandas. Así, sectores alemanes más conservadores dentro del gobierno, que no querían la guerra, habían impulsado el inicio de contactos con Inglaterra relativos a materias económicas, ámbito en el que ésta se mostraba dispuesta a seguir cediendo ante Alemania, mientras que una misión militar anglo-francesa –de muy bajo nivel para el gusto de Stalin– llegaba a Moscú el día 12 de agosto para negociar un tratado militar con los soviéticos. Ante ello Hitler se alarmó, pues, al mismo tiempo, fracasaban definitivamente sus intentos de celebrar una alianza militar con los japoneses. Éstos se encontraban demasiado complicados en su guerra con Rusia y presionados por británicos y norteamericanos, como para querer involucrarse en problemas europeos.

Ya el día 14 de agosto Ribbentrop se manifestaba dispuesto a viajar a Moscú para firmar un pacto de no agresión. Molotov recibió esta propuesta con interés, pero al mismo tiempo subrayó que era necesario preparar con calma las cosas e hizo por primera vez referencia a que al pacto debía agregarse un protocolo especial, lo que fue aceptado de inmediato por Ribbentrop. El día 20 de agosto, y ante la presión de Alemania que ya había puesto fecha a la invasión de Polonia (26 de agosto), el embajador alemán en Moscú fue llamado al Kremlin, donde se le entregó un borrador del tratado de no agresión y se aceptó que Ribbentrop concurriera a la capital rusa el 26 o 27 de agosto. Pero Hitler quería ir todavía más rápido, por lo que a través de un telegrama urgió a que el viaje se adelantara para el día 23, a lo que Stalin respondió afirmativamente. El acuerdo entre las dos potencias totalitarias era un hecho. La misión militar anglo-francesa debió retirarse. Inglaterra no podía ofrecer a Hitler lo que éste más quería, la desaparición de Polonia, ni menos acceder a las pretensiones rusas, lo que Hitler sí estaba en condiciones de hacer.

A última hora de la noche del día 23 de agosto de 1939 se firmaba por los respectivos ministros de relaciones exteriores Ribbentrop y Molotov, y en presencia de Stalin, el pacto de no agresión nazi-soviético. Lo más notable del acuerdo era, más allá de la neutralidad que mutuamente se aseguraban en caso de guerra con una tercera potencia, el protocolo secreto que lo acompañaba. Por él se establecían las zonas de interés en Europa Oriental entre ambas potencias. Finlandia, Estonia y Letonia debían quedar para la Unión Soviética y Lituania para Alemania, mientras que Polonia debía dividirse entre ambos países a lo largo de la línea de los ríos Narew, Weichsel y San. Se preanunciaba la cuarta partición de Polonia.

Siguiendo a Ernst Nolte, el notable y polémico historiador alemán, podemos decir que no cabía ninguna duda sobre lo que este pacto significaba. La Unión Soviética autorizaba la guerra de Alemania contra Polonia: era un pacto de guerra. Dicha guerra debía llevar a una determinación de esferas de influencia entre los firmantes: era un pacto de partición. El pacto no sólo dividía Polonia sino que sugería su desaparición: era un pacto de aniquilamiento.

Este sorpresivo pacto cambió radicalmente la situación mundial y europea: la alianza de la Unión Soviética y de la Alemania nazi conformaba un bloque de poder prácticamente invencible. Pero, al mismo tiempo, esta tan contradictoria alianza entre los mayores representan-

tes del antiliberalismo y del anticapitalismo hacía perder toda credibilidad a los grandes estados ideológicos. ¡Baste recordar el problema que se ocasionó a los comunistas chilenos, tradicionalmente tan fieles a Moscú, que se habían adherido a la política de frentes populares para luchar contra el fascismo y que ahora se enteraban por la prensa de que el demonio de ayer era su nuevo aliado! La vuelta de carnero que debieron darse y que caricaturizó Topaze sería común en el mundo comunista.

Pero, por lo menos, Stalin podía jugar con la idea de llevar al enfrentamiento a Hitler con las potencias occidentales, al mismo tiempo que había impedido la formación de una posible alianza –que hasta el último momento fue posible– entre sus rivales capitalistas.



El ministro de relaciones exteriores ruso W. Molotov firma el pacto de no agresión nazi-soviético de 23 de agosto de 1939. Atrás observan José Stalin y el ministro de relaciones exteriores alemán J. v. Ribbentrop.

Para Hitler, en cambio, el costo parecía más grave: perdía definitivamente toda credibilidad como máximo exponente del anticomunismo. Entre sus adherentes el pacto significó no sólo una total y desagradable sorpresa sino también un duro golpe. Con sombríos acentos anotaba en su *Diario* Alfred Rosenberg, uno de los ideólogos del partido: “tengo la sensación de que este pacto en algún momento se tomará venganza contra el

nacionalsocialismo". El mismo Hitler era consciente de haber celebrado "un tratado con Satán para expulsar al demonio".

Los 10 días que mediarían entre la firma del pacto y el estallido de la guerra serían particularmente críticos; de ellos dependería el curso futuro de la historia mundial. Para Hitler el fin inmediato del pacto había sido impedir una intervención de las potencias occidentales en favor de Polonia. Si conseguía ese objetivo la firma del tratado no le habría servido a Stalin para nada y estaría sólo frente al potencial alemán.

De hecho, Hitler, ante la decisión de cumplir con su palabra que mostraba Inglaterra, presionó hasta el final, ofreciendo a los ingleses una serie de compensaciones para que lo dejaran atacar Polonia, e incluso estuvo dispuesto a aplazar en algunos días el inicio de las operaciones, todo sin éxito. Más todavía, tras perder la paciencia Hitler, lo intentó uno de sus hombres de confianza, el mariscal Goering, ante el temor que le provocaba verse involucrado en una guerra. Pero ya se había llegado al límite.

A las 4.45 horas del día 1 de septiembre de 1939 las tropas alemanas comenzaban a cruzar la frontera polaca. El día 3 del mismo mes, y ante la negativa de Hitler de hacer retroceder sus tropas, Inglaterra y Francia declaraban la guerra a Alemania. Stalin le había ganado la apuesta a Hitler en cuanto a suponer que las potencias occidentales no volverían a ceder. El dictador ruso había conseguido hacer luchar entre sí a las potencias capitalistas, situación que podría llevarlo a un triunfo espectacular si intervenía una vez que éstas se desgastaran entre ellas. Hitler había fallado en la concreción de aquello que había sido una de las claves de su éxito en la política interna: destruir al enemigo revolucionario con ayuda de sus aliados conservadores para luego deshacerse de estos últimos. Se había cumplido la predicción del mariscal Foch cuando ya en 1919 había expresado que Versalles no era un verdadero tratado de paz sino "una tregua por veinte años".

Puede parecer un contrasentido, pero los mismos países que habían entregado Checoslovaquia, la única democracia de Europa oriental, se ponían ahora firmes en la defensa del autoritario y ambicioso régimen polaco... Firmeza que no se manifestaría al final del conflicto, cuando Polonia terminaría quedando dentro de la órbita soviética.

Aunque en ese momento nadie lo sabía, se estaba iniciando la Segunda Guerra Mundial.

11. *Blitzkrieg*

El objetivo de Hitler era derrotar a Polonia en una campaña rápida –una “guerra relámpago”– antes de que Francia e Inglaterra pudieran intervenir y desarrollar todo su poderío. De hecho, Hitler había confiado hasta el final en que las débiles democracias de occidente no cumplirían las promesas hechas a Polonia. No existía por parte de Alemania un plan estratégico general para enfrentar una guerra contra las grandes potencias europeas. Tampoco estaba preparada la *Wehrmacht* para una guerra de verdad. De hecho, contra un rival débil como Polonia debió concentrar el grueso de sus fuerzas desguarneciendo su frontera con Francia. La necesidad de resolver con rapidez el conflicto polaco tenía también una explicación económica. En efecto, pese a que Alemania desde 1936 había acelerado su programa de rearme, no tenía todavía una “economía de guerra” propiamente tal, pues Hitler trataba de cuidar que no se viera afectado el nivel de vida de la población alemana, lo que podría restarle popularidad a su régimen. Como señaló el general Thomas, responsable del abastecimiento del Ejército, en noviembre de 1939, “con radios, aspiradoras y aparatos de cocina no podremos nunca vencer a Inglaterra”.

Desde el punto de vista militar la idea era hacer avanzar profundamente en territorio polaco columnas blindadas con apoyo aéreo, las que debían rodear a las tropas enemigas ubicadas cerca de la frontera, para que luego dichas “bolsas” fueran aniquiladas o rendidas por la infantería. En todo caso durante la campaña de Polonia no se concretó todavía el concepto de *Blitzkrieg* que tanto impresionaría al mundo luego de la fulminante derrota de Francia el año siguiente. Los *Panzer* no actuaron todavía en forma autónoma a nivel operativo; lucharon sólo a nivel de División, como unidades tácticas.

El peor enemigo de Polonia, más allá de su desfasado ejército, el que, si bien fuerte en número, se mostraba muy débil en elementos fundamentales de la guerra moderna como vehículos motorizados, blindados y aviones –en forma paradigmática se suele representar lo anterior mostrando cargas de la caballería polaca contra los tanques del ejército invasor– era su situación estratégica. Tras las últimas conquistas de Hitler, el país se extendía a modo de lengua entre las mandíbulas alemanas: Prusia oriental en el norte y el Protectorado de Bohemia y Moravia en

el sur. Los polacos empeoraron todavía más las cosas al concentrar el grueso de sus fuerzas junto a la frontera, negándose a abandonar sus regiones industrializadas, facilitando el movimiento envolvente de las tropas invasoras.



Panzer alemanes claves en la “guerra relámpago”.

No puede extrañar así que, en menos de un mes, la guerra estuviera ya decidida. Esto sin contar todavía con el hecho de que el día 17 de septiembre, y sorprendidas por la rapidez del avance alemán, las tropas soviéticas empezaron a ocupar la parte que les correspondía, de acuerdo con el Pacto nazi-soviético, de Polonia oriental. Ante la opinión pública mundial, la explicación que para esta agresión dio la Unión Soviética sería que el estado polaco de hecho había dejado de existir, por lo que le correspondía proteger a las minorías ruso-blanca y ucraniana que se encontraban dentro de él. Esto facilitó el hecho sorprendente de que las potencias occidentales no declararan la guerra a Rusia: ya les complicaba estar en guerra con Alemania y no querían nuevos enemigos y con la explicación antedicha los rusos daban una cierta plausibilidad a su, objetivamente, ilógica decisión. Además podían argumentar que el pacto

celebrado en su momento con Polonia estaba dirigido a precaver un ataque alemán y no uno soviético.

Sea lo que fuere, el hecho es que atacada por dos frentes Polonia ya no tenía ninguna opción. El 27 de septiembre capitulaba Varsovia y el 6 de octubre la guerra llegaba a su fin. Polonia había recibido como ayuda sólo una declaración de guerra de sus aliados a uno de sus enemigos, pero ningún apoyo efectivo; había debido enfrentar sola una guerra contra dos potencias inmensamente superiores. Pese a su temprana y absoluta derrota los polacos harían un aporte fundamental para que, a la larga, Hitler fuera derrotado. Como recordaban dos expertos norteamericanos en historia militar, “gracias a la habilidad de sus espías y a una brillante labor matemática, habían logrado comprender el funcionamiento de la máquina de cifra *Enigma* de los alemanes. En el verano de 1939 pasaron estos conocimientos a sus nuevos aliados, los ingleses y los franceses. Basándose en esta información, los ingleses empezaron a preparar su sistema de descifre (cuyo nombre clave era *Ultra*) que contribuiría de manera decisiva a la victoria aliada en la segunda guerra mundial”.

¿Por qué no intervinieron Inglaterra y Francia? La responsabilidad de la respuesta a esta pregunta recae sobre todo en Francia, pues la posición insular de Inglaterra hacía casi imposible el que pudiera hacerse presente con la suficiente rapidez en el campo de batalla. El problema de Francia fue sobre todo mental: el pacifismo y la sensación de debilidad eran tan profundos en la población y en los medios de gobierno que ir a una guerra por un tema tan lejano espiritualmente como Polonia parecía carecer de sentido. Un lema popular en Francia durante esos días sería *Mourir pour Dantzig? - Non*. A ello se agregaba el hecho de que los militares franceses no estaban preparados mentalmente para una guerra ofensiva, rápida, de movimiento. Su imagen de cualquier contienda había quedado fijada en las inmóviles trincheras de la Primera Guerra Mundial; por eso ni se les ocurrió pudiera haber sido necesario dejar la Línea *Maginot* para pasar a la ofensiva. Más todavía, antes que tuviera tiempo para pensarlo, la campaña de Polonia había llegado a su fin.

Esta no intervención tuvo decisivas consecuencias. Haciendo un poco de ciencia-ficción histórica –o, como se llama hoy día, de historia contra factual– podemos afirmar que si el ejército francés hubiera hecho avanzar sus tropas hacia Berlín mientras el Ejército alemán avanzaba hacia Varsovia, la Segunda Guerra Mundial hubiera llegado a su fin an-

tes de empezar. La *Wehrmacht*, que se encontraba en una etapa inicial de su proceso de rearme, había tenido que concentrar prácticamente la totalidad de sus fuerzas en la frontera polaca, dejando sólo una muy débil pantalla de tropas de inferior calidad en su frontera con Francia. No es aventurado, por tanto, suponer que una embestida decidida de los franceses los hubiera podido llevar hasta la capital del naciente *Tercer Reich*.

Mientras tanto, Hitler seguía esperanzado en alcanzar la paz con los ingleses, para lo que haría los ofrecimientos correspondientes, los que, por supuesto, no incluían una retirada de Polonia. Más todavía, decidió presionar iniciando los preparativos para una ofensiva en occidente. Quizá pensaba que los ingleses se harían más sensatos si Francia era destruida. Pero al no obtener respuesta, ya a fines de octubre tomaba la decisión de llevar la guerra adelante contra sus dos rivales de Occidente. "El *Führer* ya no piensa más en la paz, anotaba Goebbels en su diario el día 24 de octubre. Él desea pasar por la espada a Inglaterra".

Una vez tomada la decisión de atacar a Francia el nerviosismo volvió a hacer presa de ciertos sectores de la oficialidad del ejército alemán, que no se creían todavía preparados como para enfrentar con éxito en una guerra a las potencias occidentales. Otra vez, como antes durante la crisis checoslovaca, empezó a conspirar contra Hitler el grupo de oposición que se movía en torno a Hans Oster y Wilhelm Canaris, altos oficiales del servicio de contraespionaje del Ejército alemán. Pero sus planes terminaron en un absoluto fracaso cuando el 8 de noviembre, y con independencia de lo que intentaban los generales, fracasó un atentado contra Hitler en la *Bürgerbräukeller* de Munich. Si bien la explosión de una bomba dejó allí un saldo de 8 muertos y 62 heridos, Hitler no sufrió ningún daño ya que había abandonado el lugar antes de lo presuestado. Nuevamente el líder nazi podría afirmar que la providencia velaba por él para que pudiera alcanzar sus fines.

En otro ámbito y como tendremos oportunidad de señalar en un capítulo especial más adelante, el comienzo de la guerra coincidió con una radicalización del régimen. La relativa normalidad interna que se había vivido entre 1933 y 1938 empezó a dejar paso a acciones criminales de cada vez mayor envergadura, que demostraban un desprecio absoluto por la vida humana y a través de las cuales se pretendía hacer realidad el monstruoso programa racial del nacionalsocialismo.

El decreto con que oficialmente se inició el programa de eutanasia masiva –al que se hará referencia más adelante–, firmado personalmente por Hitler, está datado el día 1 de septiembre de 1939, y fuera de Alemania, sería el pueblo polaco el primero que sufriría en carne propia lo que significaba el pasar a ser siervos de la raza aria. El territorio polaco se consideraba parte de ese “espacio vital” que Hitler ambicionaba. En efecto, mientras seguían adelante los preparativos para la ofensiva contra Francia, por orden de Hitler y a cargo de grupos especiales de las S.S. –los *Einsatzgruppen*–, y otras unidades de policía, se iniciaba la persecución de las clases dirigentes polacas y de los judíos. Tomando como pretexto el linchamiento de alrededor de 4.500 alemanes por parte de la población polaca, se empezó a practicar una política de deportaciones y de aniquilamiento. De acuerdo con listas preparadas con anterioridad serían llevados a campos de concentración médicos, empleados públicos, profesores, grandes propietarios, sacerdotes y comerciantes, lo que para la mayoría de ellos terminó significando la muerte. Por su parte, los judíos empezaron a ser concentrados en grandes *ghettos* como los de Varsovia, Cracovia y Lublín. El 1 de noviembre, y luego de visitar uno de estos *ghettos*, anotaba Goebbels en su diario: “Es indescriptible. Ya no se trata de hombres sino de animales. Por eso no se trata de una tarea humanitaria sino quirúrgica. Se necesita hacer aquí cortes muy radicales. De otra manera Europa sucumbirá ante la enfermedad judía”. Se buscaba también generar espacios para ser repoblados con sangre germánica. La violencia y los miles de muertos que serían el resultado de estas acciones sólo encontrarían oposición entre algunos valientes oficiales del Ejército. El coronel Stieff, por ejemplo, al constatar los grados extremos de crueldad a que se llegaría, afirmaba: “¡Me avergüenzo de ser alemán! Esa minoría que a través de asesinatos, saqueos y violencia sanguinaria mancha el nombre de Alemania, terminará por traer la perdición al pueblo alemán si no los detenemos pronto”.

Además el sufrimiento del pueblo polaco se intensificaría hasta límites extremos, desde el momento en que los soviéticos operaron en su zona de ocupación con grados de violencia similares al de sus aliados ocasionales. Las deportaciones masivas de población y la persecución de las clases dirigentes también estarían a la orden del día en el oriente de Polonia. El hecho más conocido sería la ejecución de 25.700 oficiales y civiles polacos fusilados en los bosques de Katyn y luego enterrados

en gigantescas fosas, las que serían más adelante descubiertas por los invasores alemanes.

Mientras tanto el inicio de la ofensiva en el oeste seguía aplazándose –al final serían 29 los aplazamientos–, fundamentalmente por las malas condiciones climáticas existentes, que impedían un cabal aprovechamiento del factor velocidad. Esta pausa durante la cual se vivió lo que se ha dado en llamar la “guerra en broma”, pues no dejaba de resultar curioso que entre septiembre de 1939 y el 10 de mayo de 1940 –fecha definitiva del ataque a Francia– no se disparara ningún tiro en la frontera y casi se viviera una actitud de camaradería entre los soldados de ambos bandos tras tan larga y pacífica convivencia, fue muy bien aprovechada por los alemanes. Por una parte, ella permitió cambiar radicalmente el timorato plan de operaciones dispuesto inicialmente por que llevaría a una victoria rápida, decisiva y completa, y se corrigieron los errores y fallas detectados durante la campaña de Polonia a través de un adiestramiento riguroso de las tropas. Por la otra, dio tiempo para que la marina lograra imponer su idea de tomar el control de los países escandinavos.

La invasión de Noruega y Dinamarca, antesala inmediata de la ofensiva contra Francia, estuvo marcada, en forma paradójica, por una carrera entre Inglaterra y Alemania que tenían planificadas operaciones casi simultáneas que involucraban dichos países: una para impedir que la economía nazi se hiciera con el control del hierro sueco, la otra para asegurárselo. Alemania, además, de acuerdo con las concepciones del comandante en jefe de la marina almirante Erich Raeder, buscaba asegurar las rutas del Atlántico y adquirir mejores bases submarinas y aéreas para enfrentar a Inglaterra.

Mientras Dinamarca se entregaría sin resistencia, a partir del 9 de abril las tropas alemanas empezaban a desembarcar en diversos puntos de la costa noruega, debiendo enfrentar no sólo la resistencia del ejército de ese país sino también la de la flota inglesa. La operación alemana, planificada y llevada a efecto fundamentalmente por la marina, corrió grandes riesgos, y estuvo muy cerca de terminar en un fracaso, desde el momento en que desafiaba en sus aguas a la muy superior flota inglesa. Sólo la sorpresa del golpe la hizo exitosa, pero a costa de ingentes pérdidas: frente al puerto noruego de Narvik perdería 10 de sus 14 destructores, 3 cruceros y 9 buques de transporte.



Bombarderos JU-87 Stuka, claves en la Blitzkrieg.

En todo caso, si bien esta nueva extensión del Tercer *Reich* le permitió mejorar su abastecimiento de algunas materias primas de particular importancia –controlando Noruega se pasaba a monopolizar la producción sueca de hierro, país que seguiría siendo neutral hasta el final de las hostilidades– el efecto estratégico de las conquistas se vio en cierta forma limitado, desde el momento en que los ingleses ocuparon poco después Islandia y las Islas Faroe.

Se había acabado el preámbulo y ahora sólo restaba entrar al acto principal: Francia, el enemigo histórico, debía ser la próxima víctima de Hitler.

Suele ocurrir que los países derrotados en una guerra sacan de ella las más valiosas enseñanzas. La humillación y el deseo de venganza los obligan a repensar lo que hicieron para asegurarse la obtención del éxito en una próxima oportunidad. Por su parte, los triunfadores creen haber encontrado la fórmula definitiva que debería asegurarles para siempre la supremacía. En estas apreciaciones generales está el secreto de la fulminante y sorpresiva victoria obtenida por el Ejército alemán sobre Francia en mayo de 1940.

El ejército francés no lograría desprenderse de los recuerdos de la Primera Guerra Mundial. De esta forma en su seno se impuso como doctrina el que la defensiva era la forma más fuerte de la guerra. Cualquier conflicto bélico futuro debía resolverse entre trincheras y fortificaciones. La pala y el hormigón armado encerrarían el secreto de la victoria. Los cuatro años de entierro e inmovilidad en el frente occidental francés habían dejado profundas huellas en el subconsciente de toda una generación de oficiales. Por eso, ante la renaciente amenaza alemana sólo se ensaya una respuesta: enterrarse en la formidable Línea *Maginot*, un complejo sistema de fortificaciones diseñado científicamente, inexpugnable para cualquier ataque frontal. Mientras tanto, el grueso de las fuerzas móviles debía ubicarse tras la frontera belga, previéndose una repetición del famoso Plan *Schlieffen*, con cuya ejecución Alemania –violando la neutralidad belga– había iniciado la Primera Guerra Mundial. No cabía siquiera en la imaginación del generalato francés la posibilidad de una guerra ofensiva ni de movimiento y mucho menos todavía se les ocurría pensar que el enfrentamiento armado entre dos grandes potencias pudiera definirse en forma rápida. Era tal el peso lapidario

que ejercía sobre ellos la experiencia de la guerra de trincheras –la horrible y gigantesca carnicería cuyo paradigma fue Verdún– que no podían captar las nuevas perspectivas que se abrieron para la estrategia militar en la última fase de ese conflicto.

A ello se sumaba una exagerada confianza en las bondades de su ejército, pese a que en el periodo de entreguerras había tenido una formación mucho menos concienzuda que el alemán. Todavía en el mes de julio de 1939, a menos de un año de la fulminante derrota que les infligiría la *Wehrmacht*, afirmaba el general Weygand: “El ejército francés es tan fuerte como nunca antes en la historia; posee un armamento de la más alta calidad, fortificaciones de primer rango, una gran moral y un fantástico alto mando. Ninguno de nosotros desea la guerra, pero si se nos obliga a alcanzar un nuevo triunfo, lo alcanzaremos”.

Pero si bien durante dos o tres años la oficialidad de prácticamente la totalidad de los ejércitos había dado un ejemplo completo de inoperancia, de ignorancia del arte que profesaban, mostrándose absolutamente incapaces de encontrar soluciones originales y creativas para enfrentar esa temible combinación defensiva constituida por las trincheras, las alambradas y las ametralladoras, cuando la Primera Guerra Mundial se acercaba a su fin esta situación e, terminarían por demostrar que la ofensiva también tenía sus armas. De hecho, la superioridad en ambos aspectos mostrada por las fuerzas de la *Entente* terminaría siendo una de las claves que explican la derrota del Imperio Alemán.

Pese a todo, originalmente, sus efectos no fueron tan devastadores como terminarían de serlo. Esto por dos razones. Por una parte, desde un punto de vista técnico, los aviones y tanques característicos de los campos de batalla de la Gran Guerra de 1914 a 1918 eran artilugios muy primitivos –los tanques se quedaban en pana en una proporción importante y los aviones casi parecían volantines– y disponían de una capacidad de fuego muy baja. Pero, por otra parte, de mucha mayor importancia sería el hecho de que sus ventajas se vieron reducidas por el mal aprovechamiento táctico que se hizo de ellos. En efecto, tanques y aviones se usaban en forma dispersa como apoyo para la infantería. Los primeros, en la práctica, como artillería móvil. Así su fuerza intrínseca resultaba muy disminuida.

Los tanques habían sido un invento de los ingleses, y fueron originalmente oficiales británicos los primeros en captar la forma correcta de

utilizar dichas armas. Los generales y luego conocidísimos historiadores militares Basil Liddell-Hart y J.F.C. Fuller, ya en la inmediata posguerra, plantearon que los tanques –para desarrollar el máximo de su capacidad– debían avanzar en masa y con una fuerte cobertura aérea. Su gran ventaja frente a la infantería y artillería tradicionales estaría, además de en su blindaje y armamento, en su velocidad. La novedad táctica consistía en hacer avanzar columnas de tanques en forma independiente de la infantería, romper con su fuerza de choque el frente enemigo para, luego, despreocupándose de la retaguardia y de las líneas de comunicación, avanzar rápidamente en dirección a los centros de mando y a los ejes estratégicos, logísticos y de comunicaciones del enemigo, dejándolo paralizado por medio de la sorpresa y la velocidad.

En forma paradójal, el país cuna del tanquismo desahució pronto a sus creativos teóricos de la guerra e incluso dejó de lado la producción de tanques. Tampoco el uso de las fuerzas blindadas despertó interés entre la mayor parte de los oficiales franceses. En cambio los derrotados y humillados alemanes, rumiando sus errores, asimilaron con rapidez y profundidad la importancia de las nuevas armas. Pese a que se les había prohibido su uso en el Tratado de Versalles, el acuerdo logrado en Rapallo con la Unión Soviética les permitió fabricar y experimentar con ese tipo de armamento en dicho país y sacar las conclusiones correctas sobre su uso. De esta forma, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, buena parte de la oficialidad de la *Wehrmacht* dominaba ya a cabalidad lo que terminaría por llamarse la “guerra relámpago” o *Blitzkrieg*.

Lo esencial de esta forma de guerra, inspirada en las tácticas de infiltración que habían desarrollado los alemanes en la fase final de la Primera Guerra Mundial, estaba en concentrar los blindados disponibles en grandes columnas, que actuarían en forma independiente de la infantería y apoyadas por la aviación –en esa faceta terminarían por hacerse famosos los *Junker JU 87 Stuka*– para romper el frente y avanzar raudamente hacia el interior del territorio enemigo. En el fondo, se trataba de usar la movilidad y rapidez como arma psicológica: no matar sino avanzar; no moverse para aniquilar al enemigo sino aterrorizarlo y aturdirlo, sembrando consternación, duda y confusión en la retaguardia, que los rumores habrían de ampliar de tal forma que se terminaría por producir un terrible pánico. A fin de cuentas se buscaba paralizar la capacidad de reacción tanto del mando como del gobierno enemigos,

teniendo conciencia de que este efecto iba en razón directa de la rapidez. Y éste fue precisamente el efecto que consiguieron los alemanes al atacar Francia en mayo de 1940.



El general Erich von Manstein junto a Hitler revisando unos planos de campaña.

Pero las cosas pudieron haber ocurrido de una manera muy distinta. En efecto, originalmente el Estado Mayor del Ejército alemán había elaborado un plan bastante convencional que se asimilaba mucho al Plan *Schlieffen* de la Primera Guerra Mundial y, por tanto, coincidía con las expectativas de los aliados. Con poca confianza en sus medios pensaban que era imposible derrotar a una potencia como Francia en forma rápida y decisiva, por lo que sólo aspiraban a ocupar el norte del país galo, tras cruzar Bélgica, para luego esperar los acontecimientos. La falta de ambición y de sorpresa en este plan hacían prever que se produjera un empate, como durante la guerra anterior, y, de paso, fracasaría la concepción estratégica global de Hitler para la cual era esencial obtener una decisión rápida para así poderse volver con libertad hacia el resto de sus enemigos y lanzarse luego a la conquista del espacio vital.

La suerte vino en ayuda de Hitler. Como antes hemos señalado, las malas condiciones climáticas imperantes a comienzos del año 1940 retrasaron el inicio de las operaciones, lo que posibilitó que el *Führer* tuviera conocimiento de un plan alternativo elaborado por el jefe de estado mayor del Grupo de Ejércitos A –uno de los que se preparaban para la invasión– general Erich von Manstein. Éste recogía las doctrinas tácticas sobre el uso de las fuerzas blindadas a que antes hemos hecho referencia y preveía el aniquilamiento completo del ejército francés en una rápida campaña. Hitler recibió a von Manstein el día 17 de febrero y de inmediato captó que los planteamientos de éste coincidían en forma plena con sus propias concepciones, por lo que, contra la voluntad de la mayoría del generalato y haciendo valer su poder contra los militares de una manera como no lo había hecho durante la campaña polaca, se decidió por la novedosa propuesta del que sería quizá si el más genial de sus generales. Esto aunque todavía era incapaz de dimensionar el carácter revolucionario del plan que estaba a punto de empezar a ejecutarse. Al recibir las noticias de la ruptura conseguida en Sedán, clave para el éxito de toda la operación, habría exclamado absolutamente sorprendido: “¡Es un milagro, un verdadero milagro!”. Tanto es así que el *Führer* y sectores del alto mando del Ejército se asustaron y quisieron detener el avance de las tropas que habían cruzado el río Mosa, creyendo que se les preparaba una trampa.

La esencia del plan Manstein radicaba en sorprender al enemigo respecto al punto de ruptura elegido para, a partir de allí, avanzar con un

máximo de velocidad y fuerza. Una penetración por Bélgica se descartaba tanto por su poca originalidad como por el hecho de que durante el periodo de entreguerras se habían construido sistemas de fortificaciones de gran envergadura en combinación con los canales existentes, tanto en dicho país como en Holanda. La parte sur del frente también se mostraba como inadecuada para alcanzar una rápida y decisiva ruptura, desde el momento en que estaba protegida por la formidable Línea *Maginot*. De ahí que se eligiera la zona central del frente, específicamente el territorio boscoso y semi montañoso de Las Ardenas, en el vértice de las fronteras francesa y belga, que se consideraba, en general, poco adecuado para el cruce de fuerzas motorizadas (de hecho, al iniciarse el avance se formaría en esa zona un “taco” de varias decenas de kilómetros de largo, que bien pudo haber aprovechado la aviación francesa para hacer abortar la ofensiva germana en sus inicios). Además, por esa misma razón, era un espacio que no alcanzaba a quedar protegido de forma plena por la Línea *Maginot*. El año 1934 el general Petain había afirmado: “El bosque de las Ardenas es impenetrable”. Mientras que su colega Gamelin, en referencia al gran río que se encontraba detrás de esa zona boscosa, afirmaba: “El Mosa es la mejor barrera antitanques de Europa”.

De acuerdo con el nuevo plan alemán, por esa zona debía penetrar una cuña de tanques que cruzaría el río Mosa entre Dinant y Sedán para seguir luego por Amiens hasta el Canal de la Mancha –objetivo situado a 256 kilómetros de distancia– encerrando a través de este movimiento de guadaña al grueso de las fuerzas aliadas que se encontraban detrás de la frontera belga. La segunda parte del plan contemplaba un giro hacia el sur, rodeando París, para avanzar luego hasta la frontera suiza, atacando por la retaguardia y haciendo en definitiva inútiles las fortificaciones fronterizas francesas. Claramente se trataba de un audaz plan de aniquilamiento que denotaba una plena asimilación y una absoluta confianza en las posibilidades estratégicas que brindaban las nuevas armas para la guerra de movimiento.

Finalmente la ofensiva se abrió el día 10 de mayo. Un ataque a través de Bélgica y Holanda en el cual se usaron fuerzas aerotransportadas –paracaidistas y planeadores– que cayeron detrás de las líneas enemigas y permitieron tomar con gran rapidez un sistema de defensa considerado prácticamente inexpugnable (por ejemplo, el Canal Alberto y el fuerte

de Eben Emael), logró distraer durante varios días la atención de los aliados del ataque principal de más al sur. Ya al quinto día de iniciada las operaciones se rendían los holandeses y la resistencia belga no fue mucho más larga.

Al mismo tiempo, de acuerdo con lo planeado, 2.500 tanques irrumpían por Las Ardenas, imprimiendo a sus operaciones una velocidad hasta entonces desconocida en la historia de las guerras. El factor tiempo terminaría por ser decisivo en la campaña que se iniciaba. Los comandantes franceses, acostumbrados a los lentos métodos de la gran guerra anterior, no estaban mentalmente preparados para marchar al paso de los *Panzer*, lo que terminó por paralizar sus movimientos. Ya el día 12 las avanzadas del Ejército alemán ocupaban la orilla izquierda del Mosa en las cercanías de Sedán —¡se había conseguido en un par de días la ruptura que no se logró en los cuatro años de la Primera Guerra Mundial!—, el 19 cruzaban el Canal del Norte y el día 20 las fuerzas blindadas del general Heinz Guderian llegaban al Canal de la Mancha dejando encerradas a las unidades anglofrancesas que luchaban junto a la frontera belga. La clave había estado en el hecho de que tras conseguir la ruptura en el Mosa, no se esperó a reforzar la cabeza de puente sino que Guderian dio la orden de irrumpir hacia el oeste con el máximo de velocidad y sin esperar refuerzos, aprovechando al máximo el relativo vacío de fuerzas francesas en esa zona y el desconcierto absoluto del alto mando enemigo. ¡En 11 días se habían recorrido 350 kilómetros!

Recién en ese momento los alemanes hicieron una pausa para ordenar sus líneas de comunicación y preparar sus fuerzas para llevar adelante la segunda parte del plan (algunos aducen que Hitler habría dado la orden de detenerse para posibilitar una digna salida de la guerra a Inglaterra). Esta detención permitió a los ingleses organizar una gigantesca operación de rescate. Miles de embarcaciones de todo tipo cruzaron el canal para rescatar desde las playas de Dunkerque a más de 300.000 soldados ingleses, los que, aunque desarmados y habiendo abandonado su armamento pesado, serían de inapreciable importancia para Inglaterra en las fases posteriores de la guerra.

Mientras tanto, con la moral por los suelos, los franceses organizaban una nueva línea de defensa en los ríos Somme y Aisne, la que se mostró muy feble como para detener el ataque alemán que se inició el día 5 de junio. De ahí que no puede extrañar que ya el día 7, y luego de

que las primeras columnas *Panzer* cruzaran el Sena, el general Weygand pidiera que se iniciaran negociaciones de paz. El día 14 los alemanes entraban en París y el día 25 de junio el gran héroe de la Primera Guerra Mundial, Mariscal Philippe Petain, firmaba el armisticio por el cual se ponía fin a las hostilidades. Como escenario los vencederos habían elegido el mismo vagón de ferrocarril en el cual en 1918 los vencidos representantes de la recién nacida república alemana habían tenido que capitular sin condiciones.

Desde la perspectiva germana, el grandioso triunfo sobre el tradicional enemigo francés llevó al cenit el prestigio de Adolfo Hitler. Hasta los más acérrimos enemigos del dictador totalitario no pudieron sustraerse a la sensación triunfal que embargaba a todos los alemanes. ¡Es que otra vez el contraste con el estancamiento de la Primera Guerra Mundial era demasiado evidente! Lo que no se había conseguido en 4 años y con millones de muertos era ahora realidad en un mes, y con un costo de sólo 27.000 muertos y 18.000 desaparecidos. La campaña de Francia haría también de Hitler un gran genio militar. Había sido la decisión tomada en el último momento, contra el parecer del alto mando del Ejército, en favor del plan Manstein, la clave del triunfo, por lo que a partir de ahora el peso del *Führer* en éste como en los demás ámbitos de la vida política se haría absolutamente irresistible.

Los franceses, por su parte, deberían sufrir la ocupación de parte de su país, mientras que en el resto y con el anciano héroe de Verdún –el Mariscal Petain– a la cabeza, se constituía un gobierno colaboracionista del régimen nazi, con capital en Vichy, reconociendo de alguna manera que la supremacía alemana era ya irreversible, pues, evidentemente, el desenlace de la campaña de Francia terminaba por romper el equilibrio europeo en favor de los triunfadores. La tendencia a acercarse a Alemania resultaba así plenamente explicable. Todos los países miraban hacia ella buscando obtener algún tipo de ventajas. Ello reforzado por el temor que ejercía la presión rusa en Europa Oriental, ya que Stalin, en la segunda mitad de junio de 1940 se anexó Besarabia, la Bucovina del norte, los países bálticos y ejercía una fuerte presión sobre Finlandia, país con el que se había enfrentado en una durísima guerra de invierno que había desnudado todas las debilidades del Ejército Rojo.

El único enemigo al que se enfrentaba ahora Alemania era Gran Bretaña. Comenzaba lo que su nuevo Primer Ministro Winston Churchill a la cabeza de un gobierno de unidad integrado por laboristas y conservadores –Chamberlain había caído junto con conocerse en Londres la noticia de la invasión de Bélgica y Holanda–, el gran opositor de la política de *apaciguamiento*, llamaría su “hora más gloriosa”.

Hitler, jubiloso con su triunfo, todavía creía posible alcanzar un entendimiento con los ingleses, sobre la base de reconocerles su imperio colonial a cambio del respeto del dominio alemán sobre el continente europeo. Un acuerdo, coincidiendo con los planes que había elaborado desde la década de los veinte, le dejaría cubierta las espaldas para ir en pos de su gran objetivo: la conquista del espacio vital en las inmensidades del este europeo. Al respecto, pronunció el día 19 de julio un muy esperado discurso ante el *Reichstag*. “El señor Churchill –diría en esa ocasión– debería creerme, por excepción esta vez si yo le hago la siguiente profecía: a través de la continuación de la guerra terminará por ser destruido un gran Imperio. Un Imperio que nunca ha sido mi pretensión ni siquiera dañar... En esta hora me siento obligado ante mi conciencia a hacer un último llamado a la razón a los ingleses. Yo creo que puedo hacer esto, pues yo no pido algo como vencido sino que apelo a la razón desde la perspectiva del triunfador. Yo no veo ninguna razón que me obligue a continuar la guerra”. Pero sólo necesitó esperar una hora para escuchar la respuesta negativa de los ingleses. “Nosotros continuaremos la guerra cueste lo que cueste”, diría lord Halifax, el ministro de relaciones exteriores inglés, en un discurso radiofónico.

De momento, como ya había ocurrido con respecto a Inglaterra durante las guerras napoleónicas, los enemigos se encontraban separados por el mar, dominado como siempre por los británicos. Estaba claro, más allá de la mayor o menor seriedad que hayan tenido los planes de invasión de Inglaterra –la operación *León Marino*–, que en esa dirección ya no era posible una *Blitzkrieg*. De ahí que, mientras su mente empezaba ya a dirigirse hacia el este, aceptara de momento la proposición del comandante en jefe de la *Luftwaffe*, mariscal Goering, para intentar doblegar a Inglaterra sólo por la vía aérea. El desarrollo posterior de la guerra demostraría hasta la saciedad que ni la invasión ni los bombardeos –piénsese que el desembarco en Normandía, con la inmensa superioridad técnica y material de que disponían los aliados sólo se pudo

intentar en 1944 y que los masivos bombardeos sobre las ciudades alemanas en la última fase de la guerra no lograron siquiera resquebrajar la voluntad de resistencia del pueblo alemán– tenían reales posibilidades de éxito.

La “Batalla de Inglaterra” se iniciaría, finalmente, el día 13 de agosto con el ataque de la *Luftwaffe* a las estaciones de radar ubicadas en la costa sur de las islas británicas, puertos, aeropuertos, fábricas de aviones y nudos de comunicaciones, como también centros industriales. Si bien dichos bombardeos, que se extendieron también a algunas de las principales ciudades británicas como Londres, provocaron un daño considerable, no lograron minar de manera efectiva la capacidad de resistencia británica. Más importante todavía es el hecho de que estuvo lejos de conseguirse uno de los objetivos principales de la operación, cual era la supremacía aérea sobre las islas británicas, requisito *sine qua non* para intentar con éxito la invasión de las mismas.



Las tropas alemanas cruzan el Arco de Triunfo en París, junio de 1940.

En el fondo, el fracaso alemán se explica porque la *Luftwaffe* no estaba preparada de ninguna manera para enfrentar un desafío como el que se le planteaba. Pero hay también una serie de factores más concretos que pueden considerarse. De partida, la superioridad británica en materia de radares. Las estaciones que los británicos mantenían en la costa sur de las islas les permitían alertar a sus formaciones de caza con la debida anticipación, de tal manera que el elemento sorpresa nunca lograba darse en las incursiones alemanas. Al contrario, eran los aviones alemanes los sorprendidos. También los ingleses iban tomando cada vez más ventaja en la guerra de inteligencia. Como constataban dos expertos historiadores militares británicos, “*Ultra*, en combinación con el análisis del movimiento de mensajes radiofónicos, dio a los ingleses una idea cada vez más exacta del orden de batalla alemán”. Además, si bien los *Messerschmidt ME 109* eran más veloces que sus similares británicos, los *Hurricane* y *Spitfire* con que se enfrentaban, éstos eran más maniobrables, tenían mayor autonomía de vuelo y estaban mejor armados. Por último podría agregarse el hecho de que la *Luftwaffe* fue variando permanentemente sus objetivos, lo que diluyó el efecto de sus ataques. Quizá de haberse concentrado en la destrucción de las estaciones de radar británicas y en los campos aéreos enemigos –dejando de lado el bombardeo indiscriminado de las ciudades– se hubiera tenido más posibilidades de alcanzar los objetivos buscados.

En definitiva, ya a fines de septiembre estaba claro que la *Batalla de Inglaterra* se estaba inclinando en favor de los ingleses y con ello desaparecía toda posibilidad de intentar con éxito la operación *León Marino*. Ya a partir de comienzos de 1941 no se hablaría más de ella y Alemania empezaría a mirar hacia el este.

12. El choque de los totalitarismos. Una guerra de dimensiones monstruosas

El 18 de diciembre de 1940 firmaba Hitler la orden N° 21 referida a la *Operación Barbarroja* por la cual se ordenaba el ataque a la Unión Soviética. “El Ejército alemán debe estar preparado para someter a la Unión Soviética en una rápida campaña, aun antes de terminar la guerra contra Inglaterra”, se decía allí. A diferencia de las campañas anteriores y ensoberbecidos por los éxitos alcanzados, los generales alemanes tenían ahora plena confianza en que alcanzarían sus objetivos en algunas semanas, juicio que, por lo demás, compartían los expertos de las potencias occidentales. Debe recordarse que en esos momentos todavía se tendía a estimar, por ejemplo, que era más poderoso el ejército italiano –impresionado el mundo por la figura de estadista y el énfasis en lo marcial del *Duce*– que el ruso. Éste seguía observándose con la óptica que daban las purgas, a través de las cuales José Stalin, recién en 1937, había terminado con la vida de la mayor parte de su oficialidad y de las dificultades que había tenido el Ejército Rojo en su guerra con Finlandia.

Luchar al mismo tiempo contra Gran Bretaña y la Unión Soviética en una guerra en dos frentes era algo que contradecía el programa de Hitler en materia de política exterior, pero tanto las motivaciones últimas de éste como las circunstancias concretas en que se desarrollaba la guerra a fines de 1940 lo obligaban a dar un nuevo paso hacia adelante.

Por una parte era claro que Inglaterra no aceptaba la alianza ofrecida por Alemania ni estaba dispuesta a abandonar la guerra. Mucho menos parecía cerca de estar vencida. Por la otra, el aliado soviético se mostraba cada vez más ambicioso. Molotov había estado en Berlín en noviembre de 1940, donde había exigido abiertamente Finlandia, Rumania, Bulgaria y la zona de los estrechos. Esto, en lo inmediato. Mientras que para la última fase de la guerra manifestaba su interés en Hungría, Yugoslavia, la parte occidental de Polonia y en obtener el control sobre las salidas del Mar Báltico: ¡prácticamente todo lo que conseguiría a fines de la Segunda Guerra Mundial! Era un precio excesivo para la mantención de la alianza.

Las motivaciones que impulsaban a Hitler a actuar y en las cuales se mezclaban el espacio vital y problemas actuales como el recién descrito,

aparecen muy bien recogidos en el *Diario* de Joseph Goebbels: “Tenemos que actuar, decía. Moscú quiere mantenerse fuera de la guerra hasta que Europa esté cansada y desangrada. Sólo en ese momento quiere actuar Stalin para bolchevizar y tomar el mando de Europa. Eso es lo que queremos impedir. Japón es nuestro aliado. También por ese lado es necesario actuar. Tokio no se metería nunca con Estados Unidos si tiene todavía intacta a Rusia a nuestras espaldas. También por esta razón debe caer Rusia. Lo único que quisiera Inglaterra es mantener a Rusia como esperanza para el futuro... Rusia nos atacará si nos mostramos débiles y entonces nos veríamos enfrentados a una guerra en dos frentes, la que nosotros impediremos a través de esta acción preventiva. Sólo entonces tendremos las espaldas libres...”. En todo caso, debe insistirse en que Hitler pretendía ejecutar su programa de siempre, por lo que la operación que se planeaba contra Rusia no tenía nada de “preventiva”. Si bien Stalin tenía claras intenciones ofensivas, probablemente no pensaba concretarlas antes de un par de años.

Según Andreas Hillgruber, el principal historiador que ha analizado los objetivos estratégicos perseguidos por Hitler durante la Segunda Guerra Mundial, los fines a alcanzar en la guerra del este serían los siguientes:

1. El exterminio de la capa dirigente “judeo bolchevique” de la Unión Soviética incluyendo sus bases biológicas, esto es, los millones de judíos de Europa Oriental.
2. Ganar espacio para ser colonizado por alemanes en las zonas más ricas de Rusia.
3. Diezmar a las masas eslavas y someterlas al dominio alemán bajo 4 Comisariatos Imperiales.
4. Constituir un gran bloque autárquico en la Europa continental bajo dominio alemán, aprovechando las inmensas reservas de alimentos y materias primas que se encontrarían en el este. Sería éste un supuesto esencial para que el Tercer *Reich* pudiera enfrentar con éxito a las potencias anglosajonas.

La ejecución de estos ambiciosos planes por parte de Hitler se vería retardada por la iniciativa que tomó Mussolini en los Balcanes. El *Duce* había entrado a la guerra cuando la campaña de Francia llegaba a su fin, sorprendido por la rapidez del éxito alemán, del cual quería ser parte, y

su ambición era hacer del Mediterráneo un lago italiano, el *Mare Nostrum*. Para ello pretendía llevar una guerra paralela a la de Hitler, siendo los Alpes la línea divisoria. Pero el ejército italiano, lo mismo que su líder, eran más apariencia que realidad, de tal forma que, más allá de algunos éxitos iniciales, pronto fueron derrotados por los ingleses, sufriendo importantes pérdidas, tanto en Somalia como en el norte de África y también en los primeros combates navales que tuvieron lugar en el mismo Mediterráneo (en estos enfrentamientos los italianos sólo serían exitosos a través del uso de fuerzas especiales, por ejemplo cuando, usando un pequeño submarino, lograron hacer volar en el puerto de Alejandría a dos de los principales acorazados que los ingleses tenían en ese teatro de operaciones).

Celoso, por último, de los éxitos nazis y sin dar noticia previa a su aliado, el día 28 de octubre de 1940 las tropas italianas iniciaban la invasión de Grecia desde sus posiciones en Albania, ofensiva que terminó en un absoluto descalabro. Los griegos contraatacaron con furia, haciendo retroceder a los italianos, con lo que a Mussolini no le quedó más que pedir ayuda a Hitler.

Éste se vio entonces obligado a centrar su atención en los Balcanes, iniciando negociaciones con los distintos gobiernos de esa zona. De esta forma se integraron al pacto de las tres potencias (Alemania, Italia, Japón) Hungría, Eslovaquia y Rumania –país este último donde el general Antonescu autorizó el ingreso de tropas alemanas y que era de particular importancia para el Tercer *Reich* por su producción de petróleo– y, con algo más de dificultad, Bulgaria recién en el mes de marzo de 1941. Al ingresar tropas alemanas, las fuerzas del mariscal List, en este último país, Inglaterra empezó a concentrar tropas en Grecia.

Sólo quedaba Yugoslavia. El 4 de marzo visitó a Hitler en el *Berghof* el príncipe regente Pablo, al que ofreció Salónica por sólo aliarse con Alemania, sin tener que participar militarmente en la guerra que se planeaba. Bajo estas condiciones los yugoeslavos firmaron en Viena el día 25 el tratado correspondiente. Pero inmediatamente estalló un golpe de estado en Belgrado dirigido por un grupo de oficiales bajo el liderato del general Simovic, siendo derrocado el príncipe Pablo y asumiendo en su reemplazo el rey Pedro II, de tan sólo 17 años. Más todavía, el nuevo régimen celebraba el día 5 de abril un pacto de no agresión con Stalin.

Estas circunstancias desencadenaron la campaña de los Balcanes, la operación *Marita*, la que se inició con un masivo bombardeo de Belgrado, alcanzando Hitler con ella un éxito rápido y completo. Ya el 17 de abril capitulaba el ejército yugoslavo y pocos días después el griego. La ceremonia de capitulación de Grecia debió repetirse, a petición de los italianos, pues no habían participado del acto original. La campaña terminó con el exitoso asalto a la isla de Creta por parte de los paracaidistas alemanes, en una operación sin parangón durante la Segunda Guerra Mundial. En todo caso los atacantes sufrieron fuertes pérdidas –a través de *Ultra* los defensores habían sido alertados con todo detalle del ataque que se preparaba–, que complicaron el uso de estas fuerzas en fases posteriores de la guerra.

El *Tercer Reich* seguía expandiéndose, lo que era una muestra de poder pero, al mismo tiempo, un elemento de debilidad por la gran cantidad de tropas que los nazis debían dejar en los países ocupados para controlarlos. Por ejemplo, en el caso yugoslavo, mientras en la zona de Croacia se constituyó un gobierno colaboracionista –el estado *Ustascha*– bajo Ante Pavelich, en el resto del territorio se constituyeron dos fuertes movimientos guerrilleros: los *Chetniks* del líder nacionalista serbio Draja Mihailovic y los partisanos comunistas de Tito, los que nunca pudieron ser controlados por las fuerzas de ocupación. Ello es lo que explica que en territorio serbio se alcanzaran muy luego cotas extremas de violencia. Se ejercería allí una brutal política de represión, en la que participó activamente la misma *Wehrmacht*, y que se dirigió en primer lugar contra los judíos. De hecho, ya en el otoño de 1941 había sido eliminada la mayor parte de los judíos varones de Serbia.

En lo inmediato y pensando en el objetivo principal que era la Unión Soviética, si bien Alemania tenía ahora seguras sus espaldas, el inicio de las operaciones se había retrasado en 6 semanas, lo que tendría graves consecuencias. Además el Grupo de Ejércitos del Sur, que debía operar en Ucrania, quedaría con sus fuerzas muy debilitadas.

Recién el día 22 de junio de 1941 las condiciones estaban dadas y el Ejército alemán, luego de desahuciar su tratado de alianza con Rusia, empezó a internarse en las inmensidades del territorio soviético. No se imaginaba Hitler siquiera que le esperaba un destino similar al de Napoleón, quien había intentado una aventura similar prácticamente en la misma fecha del año 1812.

Todas las fuentes están de acuerdo en señalar que Stalin fue tomado totalmente por sorpresa. Pese a que había recibido todo tipo de advertencias –la concentración del Ejército alemán en su frontera era un hecho difícil de ocultar– se cegó, confiando hasta el final en que se mantendría una alianza que le convenía tanto. De hecho, cuando las tropas alemanas empezaban a entrar en territorio soviético, todavía seguían circulando trenes a través de la frontera, en una y otra dirección, materializando el nutrido intercambio económico que había sido característico entre ambas potencias totalitarias en el último tiempo.

Por lo demás, la confianza de Stalin era tanta que no sólo las tropas rusas que debían enfrentar a Alemania no habían sido convenientemente alertadas, sino que se mantenían en posiciones poco preparadas, muy cerca de la frontera –de acuerdo con la doctrina militar soviética que propiciaba una defensa estratégica ofensiva–, lo que facilitaría el éxito de las primeras operaciones envolventes de los blindados alemanes.

Es éste también un argumento que sirve para rebatir a aquellos que, como algo se insinuaba en el párrafo del *Diario* de Goebbels citado más arriba, quieren justificar la Operación Barbarroja aduciendo que se habría tratado de una “guerra preventiva”. Si a la larga no cabe duda que Stalin pensaba avanzar hacia occidente, está también claro que no estaba preparado para intentarlo en fecha tan temprana. Parece ser, según se señala en algunas fuentes que han sido recién accesibles tras la desintegración de la URSS, que lo planeaba para algunos años más, cuando sus rivales occidentales se hubieran debilitado al máximo.

Las fuerzas alemanas que entraron en Rusia parecían imponentes, no sólo por la aureola triunfal de que venían precedidas sino también por su intrínseca potencia. Eran sobre 3 millones de soldados, 600 mil vehículos, 3.600 tanques, 7.100 piezas de artillería y 3.900 aviones los que iniciaban el ataque. Lo que probablemente los alemanes no consideraron era que también por el lado ruso el volumen de fuerzas implicado superaba con creces cuanto les había tocado enfrentar en los conflictos anteriores. En efecto, el ejército de paz ruso era de 4 millones 700 mil hombres, de los cuales dos millones 900 mil se encontraban dispuestos en el frente occidental frente a Alemania –menos preparados que los alemanes, pero que superaban a éstos en blindados y aviones–, mientras el resto protegía el extremo oriental de Rusia contra Japón. Pero, al poco tiempo, estaba en condiciones de movilizar más de 10 millones de

hombres, con lo que podían cubrirse fácilmente las enormes pérdidas iniciales.

Los objetivos militares que Hitler esperaba alcanzar con la operación *Barbarroja* eran muy ambiciosos. Fuera de destruir a las tropas enemigas los alemanes debían hacer avanzar a 3 Grupos de Ejército: el del norte en dirección a Leningrado, ciudad símbolo del régimen comunista y que facilitaba a Alemania el contacto con Finlandia; el del centro hacia Moscú, la capital enemiga; y el del sur que debía conquistar Ucrania y avanzar hasta la zona del Cáucaso para asegurar el abastecimiento de alimentos y de materias primas a Alemania. No se perseguía la ocupación de la totalidad del territorio ruso sino sólo el control de la Rusia europea hasta una línea que iba de Arcángel a Astrakán, donde se establecería una especie de *limes* contra los bárbaros asiáticos y a una distancia que haría imposible incursiones aéreas soviéticas sobre territorio alemán.

Las operaciones se iniciaron con éxitos espectaculares para las tropas invasoras. La táctica empleada era hacer entrar dos columnas de tanques paralelas y con una conveniente separación entre ellas, para luego hacerlas girar hacia el interior embolsando a las tropas enemigas cogidas en esa trampa. De esta forma en las primeras semanas y aprovechando el elemento sorpresa los alemanes tomaron cientos de miles de prisioneros y avanzaron profundamente hacia el interior del territorio ruso. Creían –ilusamente– que la guerra estaba ya definida. El general Franz Halder, jefe del estado mayor alemán, y uno de los mismos que había conspirado contra Hitler antes del inicio de las campañas anteriores por creer que Alemania no estaba preparada suficientemente para la guerra, anotaba en su diario con fecha 3 de julio: “No es aventurado decir que la campaña de Rusia ha sido ganada en 14 días y que pronto las restantes tareas de la guerra contra Inglaterra pasarán a ocupar el primer plano; fundamentalmente la ofensiva contra el Nilo y el Eufrates, desde Libia y quizá también aquella desde el Cáucaso hacia Irán”. Y al día siguiente afirmaba Hitler: “Yo procuro constantemente ponerme en el lugar del enemigo. En la práctica él ya tiene perdida esta guerra”. Tal era la confianza existente, que el 14 de julio Hitler daba la orden de poner el peso de la producción en la flota y en la fuerza aérea, armas fundamentales en la decisiva guerra que se avecinaba contra las potencias anglosajonas.

De hecho, el ejército invasor llegó hasta unos 32 kilómetros de Moscú, pero no consiguió conquistar ni la capital enemiga ni ninguno de los otros grandes objetivos que se habían planteado, y ya en diciembre de 1941 las tropas rusas iniciaban el contraataque quitando la iniciativa a las fuerzas invasoras y haciéndolas retroceder en durísimos combates desarrollados ya en plena época invernal. La *Blitzkrieg* contra Rusia, más allá del inmenso espacio ocupado y de los millones de prisioneros que se habían hecho, había terminado en un fracaso. ¿Por qué?

Las causas que al respecto pueden señalarse son múltiples. Pareciera que la cuestión de fondo está en la suficiencia con que los alemanes enfrentaron este desafío. Creían posible derrotar a una potencia de dimensiones gigantescas en una guerra relámpago como aquellas que habían practicado con éxito ante rivales de mucho menor envergadura y moviéndose en espacios reducidos. Sin embargo, como lo han experimentado todos los invasores que se han aventurado a desafiar al oso ruso, por ejemplo el ya citado Napoleón Bonaparte, Rusia puede neutralizar la velocidad con el espacio. Avances de cientos de kilómetros que en cualquier país de Europa occidental llevarían a un ejército hasta el centro mismo de las defensas enemigas, aquí apenas si afectan la zona fronteriza. Si a eso agregamos que para una campaña en que las fuerzas blindadas y motorizadas debían ser decisivas, las carreteras rusas eran escasas y de pésima calidad, lo mismo que las líneas de ferrocarril, las que además eran de trocha más ancha, podemos fácilmente imaginarnos como irían creciendo las dificultades de la *Wehrmacht*. Y lo peor es que las reservas enemigas parecían inagotables. Tras la debacle fronteriza de las primeras semanas, y una vez que Stalin superó en parte la especie de depresión en que cayó tras la sorpresa y los desastres militares, los rusos movilizaron sus enormes reservas humanas, trasladando incluso las fogueadas tropas siberianas que guarnecían la frontera con los japoneses. Al respecto debe recordarse que Japón, luego de tener enfrentamientos muy violentos con los soviéticos en Manchuria, había celebrado un tratado de neutralidad con éstos en abril de 1941 y, por su parte, los rusos habían recibido seguridades de parte del agente comunista Richard Sorge, quien curiosamente era el corresponsal del periódico nazi –el *Voelkische*

Beobachter— en Tokio, de que los japoneses no atacarían a Rusia por la espalda aprovechando la ofensiva alemana.

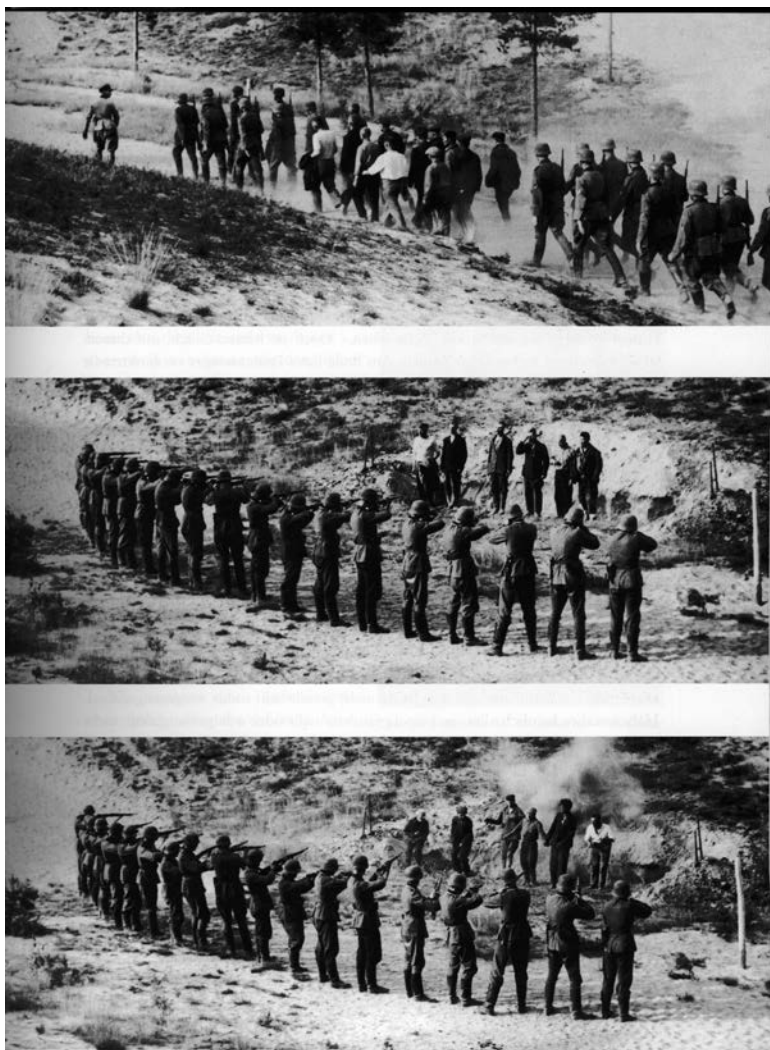
Otro problema tradicional que dificultaría la fase final del avance de las tropas alemanas sería el invierno ruso, el que siempre para las tropas invasoras se considera el más duro en mucho tiempo. Como se pensaba que la operación *Barbarroja* iba a estar liquidada en sólo algunas semanas, no se habían tomado providencias para la guerra de invierno, lo que generó inmensos e insolubles problemas a las fuerzas de Hitler. El frío era tanto que no sólo se congelaban los soldados, sino incluso el aceite de los motores y de las armas.

Podríamos agregar también la dispersión e inconmensurable ambición de la ofensiva alemana que, en vez de concentrarse en un punto para conseguir allí una victoria definitiva, por ejemplo Moscú, buscaba alcanzar varios objetivos disímiles y distantes al mismo tiempo, con lo que la fuerza de choque resultaba claramente diluida.

Cualquiera fuera la razón definitiva, el hecho es que en diciembre la ofensiva alemana había llegado a su fin. Tan es así, que la opinión de los generales alemanes era ordenar un retroceso de las tropas para acortar el frente. Pero Hitler se opuso con decisión a una medida semejante ordenando que las tropas se aferraran al terreno y no cedieran ni un centímetro del mismo. Al final esta medida salvó la situación. Los alemanes resistieron bien y el frente no se desmoronó ni se rompió pese a los embates de las fuerzas rusas y a las difíciles condiciones atmosféricas en que se daban los combates. A la distancia puede suponerse con bastante fundamento que un retroceso en esas condiciones pudo haber significado una verdadera debacle para la *Wehrmacht*. Pese a la derrota la figura de Hitler como genio militar salía fortalecida. La receta de nunca ceder terreno ni retroceder pasaría a ser su fórmula más socorrida en el resto de la guerra con los negativos efectos consiguientes.

Era un hecho que el soberbio sueño del Ejército alemán de obtener una victoria rápida y completa se había esfumado. Pero la guerra en el este no buscaba ser sólo una *Blitzkrieg*, como aquella que se había librado contra Francia, sino que llevaba aparejada la ejecución de un programa ideológico que era de la esencia de la doctrina nacionalsocialista. Las guerras contra las potencias occidentales fueron conflictos “normales” conducidos de acuerdo con los cánones tradicionales de la guerra, tal

como ella se practicaba a mediados del siglo XX; habría durante su desarrollo sufrimiento, dolor, muertos, heridos y prisioneros, como resulta inevitable cuando entran a mandar las armas, pero nada que fuera más allá de ello. En el este, en cambio, tendría lugar una guerra ideológica entre las dos grandes cosmovisiones totalitarias, por lo que los horrores y las dimensiones de crueldad que alcanzaría la contienda superarían todo lo que hasta ese momento había conocido la humanidad.



Ejecución en territorio ruso ocupado por los alemanes.

Desde la perspectiva de Hitler, la Unión Soviética no era sólo la base del poder de su peligroso enemigo, el “judeo-bolchevismo”, sino también el lugar donde debían concretarse sus sueños de un “espacio vital” abundante para que pudiera alcanzar su pleno desarrollo la sangre aria. De ahí que en Rusia, además de la victoria militar, se buscara diezmar a la población, y sobre todo a su clase dirigente, para permitir la ejecución de un gran programa de colonización que daría nacimiento a una sociedad nueva: especie de neofeudalismo con los señores arios a la cabeza de masas de siervos eslavos. En un discurso pronunciado por Heinrich Himmler, *Reichsführer* de las SS, a comienzos del año 1941, éste afirmaba que el objetivo de la campaña de Rusia era diezmar la población eslava en 30 millones. Mientras que por su parte el comandante en jefe de la *Luftwaffe* y dictador económico de Alemania, Hermann Goering, le señalaba en noviembre del año 1941 –ya en plena guerra–, al ministro de relaciones exteriores italiano, Conde Ciano: “dentro del próximo año morirán de hambre en Rusia entre 20 y 30 millones de personas”.

Como ya hemos señalado, esta nueva calidad de guerra, que podemos llamar de exterminio, había empezado a practicarse en Polonia, donde fueron eliminadas varias decenas de miles de miembros de las clases dirigentes; esto sin contar los judíos polacos, a los que haremos referencia más adelante al hablar del *holocausto*, que morirían por cientos de miles en los campos de exterminio, en los *ghettos* y en ejecuciones masivas. Según decía Himmler en mayo de 1940, “para la población no alemana del este la escuela más alta debe ser una escuela popular con cuatro cursos. El fin de esta escuela popular tiene que ser únicamente: contar hasta 500, escribir el nombre, la enseñanza de que es un mandamiento divino obedecer a los alemanes y ser honrado y aplicado. El leer me parece que no es necesario. Fuera de esta escuela no debe haber en el este ninguna más. La población de la Gobernación General (Polonia) estará formada necesariamente después de una consecuente aplicación de dichas medidas en el curso de los próximos diez años, por gente de un valor o nivel inferior. Esta población estará a disposición del pueblo alemán como pueblo de trabajo, para proporcionar anualmente trabajadores para tareas pesadas en Alemania”.

Por lo demás, con similar dureza actuaron los soviéticos en el sector de Polonia que ellos habían ocupado. Ya hemos hecho referencia a los alrededor de 27.500 prisioneros de guerra polacos, sobre todo oficiales

de ejército, que fueron ejecutados por orden de Stalin en Katyn y otros dos lugares de Rusia, crímenes que no fueron reconocidos sino hasta 1990. Hasta ese momento se atribuían también estas muertes a los nazis, los que habían descubierto las fosas comunes correspondientes al iniciar la operación *Barbarroja*.

Estas medidas se radicalizaron apenas las tropas alemanas empezaron a entrar en territorio ruso en junio de 1941. Desde el momento en que Hitler había sostenido que “en el este dureza es tranquilidad para el futuro”, estaba claro que dicha guerra sería conducida sin piedad y sin ningún tipo de limitaciones. El 30 de marzo de 1941 en un discurso ante 250 generales del ejército que se preparaba para la guerra en Rusia, Hitler señaló que “en esa lucha entre dos cosmovisiones el Ejército debía dejar de lado los principios de camaradería militar”, pues se trataba de “una lucha de aniquilamiento en la que no se debía conservar al enemigo”. Y esto lo refrendaba el general Wilhelm Keitel, jefe del alto mando de la *Wehrmacht* al señalar que ésta “no era una guerra de caballeros”.

Sobre esas bases se elaboraron las dos normas básicas sobre las cuales se construyó todo el sistema para diezmar sistemáticamente a la población de la Unión Soviética: el *Kriegsgerichtsbarkeitserlass* (decreto sobre los tribunales de guerra) y la *Kommissarbefehl* (orden sobre los comisarios de guerra).

La primera de estas normas establecía que civiles que atacaran a la *Wehrmacht* debían ser aniquilados sin piedad y cualquier elemento que resultara sospechoso debía ser ejecutado, bastando para ello la orden de un oficial. Por el contrario, crímenes de soldados alemanes a ciudadanos soviéticos no debían ser castigados si el autor esgrimía motivos políticos.

La segunda, que es muchísimo más conocida, exigía la ejecución inmediata de todos los comisarios políticos del Ejército Rojo que fueran detenidos. Esta norma se complementó, ya iniciada la guerra, con una orden de 17 de julio de 1941, acordada entre la división de prisioneros de guerra del alto mando de la *Wehrmacht* y Reinhard Heydrich, jefe del S.D. (*Sicherheitsdienst*), de acuerdo con la cual debían traspasarse a su servicio todos los prisioneros “políticamente inaceptables”. Bajo esa denominación debían entenderse “todos los funcionarios importantes del Estado y del partido”, como también todos los miembros de la inteligencia, comunistas fanáticos y judíos.

Con estas medidas el régimen nazi buscaba, además de los objetivos ideológicos ya descritos –el *lebensraum*–, asegurar su dominio sobre la Unión Soviética eliminando radicalmente cualquier potencial opositor a la ocupación alemana. Al mismo tiempo se consideraba que para ganar la guerra contra las potencias anglosajonas, sin poner en peligro la alimentación y la moral de la población de Alemania, se requería explotar sin piedad las reservas de alimentos y materias primas de Rusia, aunque eso significara la muerte por hambre de millones de personas. También de esa forma se alcanzaría la finalidad de ralea la población en el este.

Serían los *Einsatzgruppen* de las S.S., como volveremos a ver al hablar del exterminio de los judíos, los encargados de ejecutar el programa racial nazi. Se trataba de unidades especiales que acompañaban al ejército en su avance hacia las profundidades de la Unión Soviética, y que sembrarían la muerte en la retaguardia del territorio ocupado.

De los escalofrantes números que atestiguan los caracteres de esta despiadada guerra ideológica quizá si los más terribles son los que dicen relación con el tratamiento que se dio a los prisioneros de guerra rusos. Entre el 22 de junio de 1941 y el mes de febrero de 1945 cayeron en manos alemanas 5.734.528 soldados del Ejército Rojo. El primero de enero de 1945 había todavía 930.287 en prisión. Como máximo 1 millón fueron liberados para cooperar con el Ejército alemán. 500.000 huyeron o fueron liberados. Los restantes 3.300.000, o sea, un 57% del total, murieron o fueron ejecutados.

Para darse cuenta de que estas cifras fueron el resultado de la aplicación de un programa sistemático, y no casuales accidentes, basta comparlas con las de la mortalidad de los prisioneros hechos por Alemania en el frente occidental. Es así como de los 235.473 soldados ingleses y americanos que se encontraban en prisiones alemanas murieron 8.348, esto es el 3,5%. Las diferencias hablan por sí solas.

Los prisioneros de guerra rusos murieron de las más diversas formas. En general puede decirse que la causa de fondo fue el mal trato y las durísimas condiciones de vida que debieron soportar en los campos de prisioneros. En forma más precisa se puede constatar que, fuera de aquellos que fueron directamente ejecutados, la inmensa mayoría murió de distintas pestes, pero sobre todo de hambre y de frío y debido a la forma en que se los transportaba, normalmente caminando, expuestos al poco hospitalario clima de los extremos orientales de Europa. De

vuelta a Berlín, después de haber estado en Minsk, la capital de la Rusia Blanca, escribía el Director de la central de la Organización Todt al ministro para asuntos orientales Alfred Rosenberg, con fecha 10 de julio de 1941: “El campo de prisioneros en Minsk alberga en un espacio similar al de la Wilhelmplatz alrededor de 100.000 prisioneros de guerra y 40.000 civiles. Éstos se encuentran apretujados en ese pequeño espacio, casi sin poder moverse y obligados a hacer sus necesidades en el lugar en que se encuentran. Los prisioneros de guerra, cuyo problema de abastecimiento resulta casi insuperable, se encuentran sin recibir alimento desde hace 6 u 8 días. Viven en medio del hambre y de una apatía casi animal y sólo los mueve un instinto: conseguir algo de comer. Se pelean hasta la muerte entre ellos para conseguir un pedazo de pan. Frente a esto el único lenguaje que queda a las débiles fuerzas de guardia que prestan servicio día y noche es su arma de servicio, de la que hacen uso sin piedad”.

Estas atrocidades fueron las que hicieron imposible que las fuerzas invasoras alemanas pudieran aprovechar el descontento que, sobre todo entre las nacionalidades sometidas, existía contra la dictadura bolchevique. No debe olvidarse que el triunfo de los “rojos” contra los ejércitos “blancos” en la guerra civil que siguió al golpe de estado bolchevique de octubre de 1917 significó, al mismo tiempo, el triunfo de los rusos contra el resto de las nacionalidades del multinacional imperio de los zares. De esta forma ocurrió por ejemplo que los ucranianos, que habían luchado encarnizadamente por su independencia de la Unión Soviética y que, por lo tanto, de alguna manera podían hacerse la ilusión de ser liberados por las tropas de Hitler, se vieron rápidamente decepcionados y pasaron a luchar encarnizadamente en la guerra patriótica que encabezaba el mismo Stalin.

Éste, por lo demás, era consciente del peligro que estas minorías nacionales podían acarrearle en caso de guerra. De ahí que, apenas iniciada ésta, hiciera trasladar forzosamente a Siberia, en medio de condiciones terribles, a los alemanes del Volga y a ellos siguieron estonios, letonios y lituanos y, más adelante, los habitantes del Cáucaso, kalmucos, chechenios, tártaros de Crimea y otros. En total estas deportaciones afectaron a más de 2 millones de personas, de las cuales un tercio murió durante el traslado o en los primeros meses de “tratamiento” por la NKWD, sucesora de la famosa *Cheka*. Según decía Nikita Chruschow, el sucesor de

Stalin, una vez iniciado el proceso de desestalinización, no fueron deportados los ucranianos simplemente porque eran muchos. O sea, para estos pueblos era difícil distinguir si era mejor el sometimiento a Stalin o a Hitler.

Por lo demás, algo similar puede decirse de los prisioneros de guerra rusos. Para Stalin todos ellos eran traidores; debían considerarse como desertores malignos, cuyas familias debían ser detenidas. Consideraba que era mejor se hubieran suicidado antes que dejarse tomar prisioneros. Tan es así que, en general, los sobrevivientes que volvieron a Rusia después de la guerra fueron detenidos y llevados a campos de concentración. Habría que señalar, por último, y para seguir rubricando el hecho de que la guerra en el este tuvo dimensiones monstruosas por ambos bandos, que de los 3.155.000 soldados alemanes que cayeron en manos soviéticas murió más del 35% y que fueron muy pocos los que lograron volver a Alemania una vez terminada la guerra.

Debe agregarse, aunque resulta casi obvio decirlo después de lo que se ha señalado en páginas anteriores, que por las atrocidades cometidas por los invasores no se vieron afectados sólo los judíos y los prisioneros de guerra, sino la masa de la población de los territorios ocupados. De ellos unos 22 millones fueron obligados a trabajar para los alemanes dentro del mismo territorio ruso, la mayoría en faenas agrícolas, e incluso 2 millones ochocientos mil serían trasladados a Alemania. Demás está decir que todos fueron tratados con particular dureza quizá si con excepción del personal más calificado, al que se dio algunas facilidades.

De alguna manera todo esto formaba parte de un plan mucho más general que, como ya antes se ha dicho, había ido tomando forma en la mente de Hitler desde la década de los veinte. Ahora, en 1941, había empezado su ejecución. Este carácter “planificado” del “tratamiento” que se dio a la población de Europa Oriental se expresa en forma nítida en el llamado *Generalplan Ost* que tomó forma desde fines de 1941 dentro del aparato de las S.S. liderado por Heinrich Himmler. En él se contemplaba la colonización de Polonia, las repúblicas bálticas, Rusia Blanca, parte de Ucrania, Crimea y la región de Leningrado, con alrededor de 10 millones de “arios”, tomados de Alemania pero también de los países escandinavos y Holanda. De los 45 millones de habitantes que tenía el territorio a colonizar debían ser trasladados a Siberia o eliminados, como “racialmente indeseables”, unos 30 millones. El resto de la

población eslava que permaneciera en el territorio a colonizar debía ser germanizado y transformado en una especie de siervos de los nuevos señores.

Este plan, si bien se empezó a ejecutar y alcanzaron a darse masivos traslados de población en algunas de las zonas antes aludidas, no pudo avanzar con la celeridad que se hubiera querido, ni mucho menos llevarse hasta su fin, debido a que el resultado de la guerra fue siendo cada vez más adverso para Alemania. Incluso puede llegar a afirmarse, como algunos historiadores lo han hecho, que habría una estrecha relación entre éste y la llamada “solución final” del problema judío. No es casual que ambos programas se hayan iniciado en forma paralela.

13. La “solución final” del problema judío

El inicio de la guerra trajo consigo una clara radicalización del nacionalsocialismo. Aquellas facetas terroristas y delictuales del mismo, su desprecio absoluto de la vida humana y su núcleo duro racista, los que durante el proceso de ascenso al poder e incluso después de 1933 se habían mantenido en sordina, pasaron poco a poco a ocupar un lugar central, hasta llegar a ser el elemento más distintivo del sistema hitleriano. Ya se ha visto lo que ocurrió en Polonia y la forma cómo estaba siendo conducida la campaña de Rusia. Pero faltan todavía importantes elementos a considerar para que el cuadro quede completo, incluyendo el más extremo de todos, el exterminio de la población judía.

Paralelamente al inicio de la guerra y en una acción que la propaganda no había preparado y hasta hoy es poco conocida, comenzó una persecución contra los gitanos tanto en Alemania como en los demás pueblos ocupados de Europa. Se calcula que en el curso de dichas acciones de exterminio perecieron más de 500.000 personas. De los 25.000 gitanos que vivían en Alemania en 1939 sólo quedaban 5.000 en 1945.

Más representativo todavía del espíritu que animaba a los líderes nazis son los programas de higiene racial y de eugenesia que se pusieron en práctica con particular premura y radicalidad luego de la toma del poder. Ideas en este ámbito ya habían sido relativamente populares durante la República de Weimar –de hecho hubo una abundante literatura al respecto–, pero, sin duda, con el ascenso al poder de Hitler se inició una nueva era. Fritz Lenz, el máximo experto en higiene racial weimeriano, había reconocido ya que la gran ventaja del nacionalsocialismo estaba en que no reconocía ningún valor al individuo sino que se centraba en lo colectivo. Y los planes que pretendían ejecutar tanto él mismo como su colega socialdemócrata Alfred Grotjahn, eran gigantescos: Lenz calculaba que unos 12 millones de personas eran indignos para procrear, mientras que Grotjahn elevaba esta cifra hasta un tercio de la población alemana.

Fundamental en estas materias fue la promulgación, el primero de enero de 1934, de la *Ley sobre prevención de enfermedades hereditarias*. De acuerdo con ella se podía esterilizar, incluso por la fuerza, a cualquier portador de una enfermedad hereditaria. Uno de los autores del texto

legal, explicitando los fundamentos del mismo, afirmaba: “Pensemos nosotros que el sentido del derecho penal está en la eliminación o la exclusión. El criminal que daña la salud hereditaria o los componentes raciales más valiosos de su pueblo, merece la muerte”. Entre 1934 y 1939 esta normativa se fue aplicando de manera cada vez más extrema. Por una parte, se amplió constantemente el número de posibles víctimas y, por otra, se fueron introduciendo por ley medios cada vez más radicales para concretar los objetivos que en ella se disponían: castración obligatoria, esterilización con rayos X y aborto obligatorio por razones eugenésicas hasta el sexto mes de embarazo.

El antisemitismo también se integraría en las prácticas eugenésicas. Lenz alertaba ante el peligro de que se dieran “tipos disarmónicos tanto en lo espiritual como en lo corporal” a través de la “mezcla de razas”. Para que la raza aria pudiera afirmarse en su lucha con las otras razas debía cumplir con 2 condiciones: debía estar sana desde el punto de vista hereditario y proteger su sustancia de la infiltración del “parásito judío”.

Coincidiendo con el comienzo de la guerra, y en directa relación con los programas de higiene racial y eugenesia recién reseñados, se empezó a practicar la eutanasia en forma masiva. Como no ocurre para el caso de la llamada “solución final” del problema judío, se conserva a este respecto una orden escrita firmada por Hitler en virtud de la cual se señalaba que, bajo la dirección y responsabilidad de sus médicos personales –los doctores Brandt y Bouhler–, debía garantizarse una muerte de gracia a enfermos incurables o con taras hereditarias.

En todo caso, ya a comienzos del año 1939 se habían iniciado las primeras prácticas masivas de eutanasia con niños, dirigidas desde la Cancillería por el médico personal de Hitler Dr. Philipp Bouhler. Luego que un grupo de expertos comprobaba la enfermedad, los niños en cuestión eran llevados a alguno de los 30 establecimientos especiales establecidos al efecto, donde eran asesinados con inyecciones de morfina, scopolamin o luminal.

Ya a partir del mes de julio se empezaba a estructurar la organización para llevar adelante la eutanasia de adultos: se crearía todo un sistema burocrático-administrativo –integrado por más de 100 personas– con asesinas finalidades de ingeniería social. Correspondería en escala más pequeña a lo que fue en grande la eliminación de la raza judía: matanza

fría y administrativamente organizada de miles de personas por razones puramente ideológicas, y sin necesidad de probar culpabilidades determinadas o responsabilidades subjetivas. Su central estuvo en la Tiergartenstr-4, y ya en octubre se confiscaba el Palacio Grafeneck como primer centro de exterminio.

Para la selección de las víctimas se creó la *Reichsarbeitsgemeinschaft Heil - und Pflegeanstalten* ", la que enviaba a todos los sanatorios y hospitales un cuestionario o encuesta en el que debían incluirse todos los enfermos que padecieran "enfermedades seniles", "idiotismo" o locura de cualquier tipo, "los que estuvieren en hospitales 5 o más años en forma permanente", etc. Estos formularios eran devueltos a la *Reichsarbeitsgemeinschaft* y los médicos, en base sólo a esa información, decidían sobre la vida o la muerte de los encuestados. La lista de nombres así determinados pasaba a una sociedad de responsabilidad limitada –la *Gemeinnützige Kranken-Transport*– que se encargaba de trasladarlos a los establecimientos en los cuales se eliminaba a los seleccionados.

Aunque resulte fuerte decirlo, se discutió mucho dentro del sistema cuál sería la forma más efectiva para llevar adelante el exterminio de los enfermos. Finalmente se decidió usar gas y así se recurrió al CO. De ahí que los establecimientos correspondientes se estructuraron en base a una pieza para practicar exámenes, luego cámaras de gas bajo la forma de duchas, y anexa a ambas un crematorio para eliminar los cadáveres. Como hemos dicho antes, se afinaban las técnicas que luego se usarían para eliminar a la población judía.

El programa de eutanasia dirigido desde la Cancillería del *Führer* se desarrolló en dos "acciones". La T-4, durante la cual fueron eliminados 70.000 enfermos de todo tipo, que se extendió hasta el 24 de agosto de 1941, cuando Hitler dio la orden de ponerle término. Lo que no significó el fin definitivo de este tipo de acciones, pues, hasta el final de la guerra, serían eliminados 20.000 enfermos más a través de inyecciones o dejándolos morir de hambre. Luego está la "acción" 14f13 que afectó a por lo menos 20.000 "sicópatas", término que se interpretaba de una manera muy amplia, detenidos por la SS y la policía, llevados a campos de concentración para luego ser eliminados.

Con sorprendente frialdad para nosotros, anotaba Goebbels en su *Diario* con fecha 31 de enero de 1941: "se analiza con Bouhler el tema de la eliminación secreta de enfermos mentales. Ya han muerto 80.000 y

tienen que morir todavía 60.000. Es éste un trabajo duro pero necesario y tiene que ser hecho ahora. Bouhler es el hombre indicado para ello”.

Pese a las medidas de seguridad dispuestas, la población tomó pronto conocimiento de los hechos y por eso Hitler se vio obligado a ponerle fin. Debe recordarse, al respecto, que estas acciones, a diferencia del exterminio de la población judía que se concentró en el este, tenían lugar dentro de Alemania, por lo que resultaban mucho más difíciles de ocultar. Resultaba bastante sospechoso que en estas “clínicas” donde se practicaba la eutanasia terminaran muriendo todos los pacientes que a ellas ingresaban. A veces ocurría también que la administración se equivocaba y mandaba más de una urna con las cenizas a los parientes de la víctima. Finalmente el domingo 3 de agosto de 1941 el obispo de Münster Clement August Graf von Galen, en una valiente prédica, amenazó con presentar querellas por asesinato si no se ponía fin a dichas acciones. Al mismo tiempo el gobierno tomaba conocimiento de que los rumores sobre la eutanasia disminuían la confianza en el *Führer*. De ahí que, como ya adelantábamos, el 24 de agosto Hitler decidiera ponerle fin.

Por último, y ya cuando se encontraba en pleno desarrollo la campaña de Rusia, se llegaba al extremo: el llamado *holocausto* de los judíos europeos en los campos de exterminio, última y radical concreción de aquel antisemitismo que fue, desde muy temprano, uno de los componentes más importantes de la *Weltanschauung* de Adolfo Hitler.

La pregunta que siempre se plantea en estos casos es la del por qué el odio a los judíos. La verdad es que, al respecto, se pueden encontrar profundas raíces históricas. No sólo eso, sino que también hay que recordar que el antisemitismo no es algo propio de los nazis ni menos de la tradición alemana, sino un elemento común a la cultura europea manifestado con diferente intensidad en los distintos países y momentos históricos.

Debe recordarse que ya desde la Edad Media los judíos constituían en Europa un grupo absolutamente particularizado de la población. A partir de la destrucción de Jerusalén y de la “diáspora” los judíos pasaron a ser una nación sin territorio que se diseminó por el mundo. En Europa constituían el único grupo social que profesaba una religión que no era la cristiana, si excluimos aquellas zonas ocupadas por los musulmanes. Su imagen negativa empezó a constituirse a partir del hecho de que debían vivir con el estigma de haber sido los asesinos de nuestro Se-

ñor Jesucristo... aunque Él mismo, como María y José también lo eran. Vivían separados del resto de la población en barrios especiales, como minoría extranjera. Además se vieron obligados a desempeñar ciertos roles y actividades muy determinados. Como en esos años la Iglesia miraba con un cierto dejo crítico las actividades de tipo financiero y sobre todo el préstamo a interés, constitutivo del delito de usura, los judíos se fueron especializando en ese tipo de actividades y, más en general en el comercio y otras similares. Ello reforzado por el hecho de que, al mismo tiempo, se les prohibía la posesión de la tierra. Así tomó forma poco a poco esa figura un poco caricaturesca que hasta el día de hoy presenta al judío sobre todo como prestamista y usurero. Naturalmente el que presta después tiene que cobrar, y pagar con intereses un crédito nunca ha resultado algo muy agradable. De esta forma los judíos fueron concentrando el odio de ciertos sectores de la población cristiana y servían de cabeza de turco cada vez que se vivían épocas de escasez o de crisis económica.

Cuando, iniciándose la época moderna, estas limitaciones estamentales y religiosas pierden fuerza, para luego desaparecer, los judíos, por la especialización que han ido adquiriendo, se encontraban en una posición privilegiada para desempeñarse en el ámbito económico y cultural. Esto explica la sobreproporcionada representación que tendrán en ellos, constituyéndose éste en uno de los principales motivos del odio que le tendrán ciertos sectores de la población.

Desde la segunda mitad del siglo XIX la situación se complicó cuando a los tradicionales se agregaron nuevos motivos de odio. Entre ellos revisten particular importancia el nacionalismo exacerbado que hizo presa de la población de todos los estados europeos en las décadas que anteceden a la Primera Guerra Mundial, y un sentimiento anticapitalista que dominaba en los sectores sociales más afectados por las distintas crisis económicas que afectaron a occidente desde aquella de 1873. En ese ambiente se veía con particular preocupación y alarma la fuerte participación que tenían los judíos tanto en los movimientos liberales como en el socialista. Ya no serían sólo los explotadores sino, sobre todo, revolucionarios y conspiradores Naturalmente también los había conservadores, pero eso no se quería ver por los fanáticos.

En los sectores medio-bajos de la población, entre la pequeña burguesía, estos sentimientos se vieron reforzados por un resentimiento de

fondo, que terminó por atribuir al judío todos los males de la sociedad. La ideología antisemita se utilizaba entonces para desviar la atención de la realidad, de los concretos problemas económicos y sociales que afectaban a esos sectores de la población. En el cambio de siglo y en los territorios de habla alemana, por ejemplo, estas ideas se propagaron sobre todo entre el número creciente de los pequeños burgueses semi instruidos que habitaban en las ciudades y que se habían alejado de las religiones cristianas; de fondo protestante, nacionalistas y con una formación superior no terminada, predominaba entre ellos la frustración social y profesional así como un cierto antiintelectualismo.

El antisemitismo constituyó, por excelencia, un antimovimiento. Se caracterizaba al judío como portador o encarnación del capitalismo explotador, del socialismo marxista y del internacionalismo, y poco a poco fue tomando forma el mito de que actuarían al servicio de una conspiración mundial dirigida sea contra la nación o, cuando se impone una explicación racista, contra la raza. A configurar ese mito contribuyó de una manera notable una obra conocida como *Los protocolos de los sabios de Sión*. Se trata de un texto elaborado a fines del siglo XIX a partir de tratados antisemitas que circularon profusamente en torno al caso *Dreyfus*, la más conocida de las explosiones antisemitas en Francia. Es una falsificación –en la cual es probable haya tenido parte la policía secreta de los zares (la famosa *Ochrana*) que buscaba justificación para las persecuciones contra los judíos que tuvieron gran fuerza en esos años dentro del Imperio Ruso– que pretendía recoger una serie de decisiones tomadas por los líderes del judaísmo internacional reunidos para ello en un congreso. De acuerdo con su texto, los judíos se habrían propuesto como objetivo someter a todas las naciones en un gran imperio usando para ello todo tipo de medios, desde el apoyo a protestas obreras hasta la provocación de guerras. Publicados como libro por primera vez en Rusia en el año 1905, se transformarían en un gran éxito editorial y, como consecuencia, en un gran nutriente de las distintas corrientes antisemitas.

Desde una perspectiva más general, puede decirse, todavía, que el judío era asociado desde aquellos sectores de pequeña burguesía –comerciantes y artesanos– que estaban siendo desplazados por los grandes centros comerciales y los establecimientos industriales, con ciertas fuerzas representativas del progreso y de la modernización que destruían

las bases tradicionales de su mundo. Figuraban a la cabeza de grandes consorcios industriales y financieros, de cadenas de supermercados, y en otros ámbitos representativos de lo “moderno” como el teatro y otras artes.

Todos estos factores y tendencias que hacían que a fines del siglo XIX la corriente antisemita tuviera particular fuerza, sufrieron un nuevo impulso radicalizador cuando empezaron a difundirse y popularizarse las ciencias y pseudociencias ligadas a la antropología y la biología y el “darwinismo social”. El tradicional antisemitismo de base cultural y religioso fue reemplazado en ciertos sectores por uno de tipo racial: existía una raza judía que era la misma en cualquier lugar del mundo. Ése era el concreto y genérico enemigo al que los “arios” debían enfrentar. En ambientes dominados por esas ideas es donde tomó forma el odio al judío, que es central en la ideología nazi. Sobre esas bases era posible llegar a pensar en la posibilidad de su exterminio físico.

Otro elemento fundamental a considerar en este análisis es que ya en los años cuarenta de nuestro siglo, cuando tuvo lugar el “holocausto”, se hacía posible pensar en ejecutar algo tan monstruoso, porque existían algunos modelos muy concretos que le habían señalado a Hitler el camino. Las prácticas genocídicas no fueron una originalidad del nacional-socialismo; había ejemplos anteriores. Quizá si a este respecto el primer caso que se puede señalar es el del exterminio de cientos de miles de armenios por los turcos en la fase final de la Primera Guerra Mundial.

Pero el modelo de los modelos es el bolchevique. Bien se sabe que ya con Lenin y a partir de la creación de la *Cheka*, el objetivo declarado de los nuevos gobernantes de Rusia fue “exterminar a la burguesía como clase”. El enemigo en este caso no se definía racialmente sino desde el punto de vista social e ideológico. Cuando Hitler iniciaba la operación *Barbarroja* en el mes de junio de 1941, Lenin y Stalin habían asesinado o dejado morir ya a decenas de millones de habitantes de la Unión Soviética. Desde el comunismo de guerra con la inmensa hambruna que trajo por consecuencia, pasando por las ejecuciones de la *Cheka* –normalmente a través de un tiro en la nuca–, el exterminio de los *kulaks* y las gigantescas “hambrunas” derivadas de la colectivización forzada del campo, que sólo en el caso de Ucrania terminó con la muerte de por lo menos varios millones de personas, hasta las grandes “purgas” que tuvieron lugar inmediatamente antes del estallido de la guerra, las matanzas in-

dustriales para construir el “paraíso” comunista habían alcanzado dimensiones nunca antes conocidas en la historia de la humanidad.

Por eso no dejaba de tener razón Ernst Nolte, el gran historiador alemán, cuando en provocativa frase que daría origen al *Historikerstreit* –una violenta polémica que dividió en dos bandos a los historiadores y luego a los intelectuales y a la opinión pública alemana– afirmaba que el *Archipiélago Gulag* había precedido a Auschwitz y recién lo había hecho posible. Las matanzas de Hitler fueron de alguna manera una copia biológica del original social; copia que, por lo demás, no alcanzó a concluirse desde el momento en que la Alemania nazi terminó por ser derrotada en la Segunda Guerra Mundial. En un mundo dominado por Hitler resulta difícil imaginar las dimensiones definitivas que pudo haber alcanzado el proceso de exterminio de las razas consideradas inferiores. Pero al momento que Hitler conquistó el poder en enero de 1933 resultaba también difícil imaginar los extremos a que el régimen nazi llegaría en la aplicación de sus programas de “ingeniería social”.

De hecho, la ejecución práctica de lo que llegaría a llamarse “solución final” del problema judío se dio en varias fases o etapas. Naturalmente en sus orígenes se encuentra el temprano antisemitismo de Adolfo Hitler. De éste existen abundantísimos testimonios. Se pueden llenar páginas con citas al respecto contenidas en sus discursos y otro tipo de intervenciones que serían muy frecuentes en los comienzos de su carrera política. Al respecto basten un par de ejemplos. Según un informe de la policía, Hitler habría afirmado en una concentración pública el 6 de abril de 1920: “Nosotros no queremos ser antisemitas sentimentales, que sólo buscan generar un ambiente de *progrom*, sino que estamos poseídos de la decisión irreductible de atacar el mal en sus raíces y extirparlo por completo, aunque para ello tengamos que aliarnos con el demonio”.

En *Mi Lucha*, por su parte, en un pasaje muy decidor referido a la Primera Guerra Mundial y que en alguna medida preanunciaba lo que ocurriría durante la segunda, afirmaba el dictador nazi: “Si al comienzo de la guerra y durante la misma se hubiera aplicado gas venenoso a 12.000 o 15.000 de esos criminales hebreos, como han tenido que sufrirlo en el frente cientos de miles de nuestros mejores trabajadores de todas las clases sociales y profesiones, entonces no hubieran muerto en vano los millones de víctimas de la guerra”.

La primera fase de persecuciones, que se inició junto con la toma del poder –durante 1933 abandonaron Alemania cuarenta mil judíos–, y cuya primera manifestación externa fue el boicot contra los judíos organizado el 1º de abril de 1933, sobre todo con el fin de conformar a los sectores más extremos del partido, puede llamarse de discriminación; el objetivo era caracterizar a los judíos como un pueblo o raza enemiga, distinta de la alemana. El ejemplo más significativo en esta dirección está representado por las famosas *Leyes de Nüremberg* –nombre que recibieron al haber sido promulgadas en dicha ciudad, tradicional sede de los congresos del partido nazi–, en las cuales, por ejemplo, se prohibían tanto los matrimonios como el contacto sexual de alemanes con judíos. Pese a esa ley, y como ha señalado Michael Burleigh, “hemos de tener en cuenta que sólo un 7% de los matrimonios mixtos llegaron realmente a divorciarse, y que la institución del matrimonio demostró ser más fuerte que los intentos nazis de destruirla”. La discriminación también se manifestaría a través de una tendencia creciente a excluir a los judíos de la actividad económica, de la universidad, de la judicatura, del ejercicio de una serie de profesiones liberales, como también restringiendo hasta casi eliminar su derecho de propiedad.

Al mismo tiempo que se iba segregando a la población judía, los nazis los fueron empujando a dejar Alemania y Europa. Había un cierto acuerdo entre las distintas instancias ministeriales del gobierno de Hitler en el sentido de impulsar la emigración judía hacia Palestina, a esa sazón bajo control británico. En concreto, durante esta primera fase, más de la mitad de los judíos que habitaban en Alemania y Austria lograron abandonar estos países y así se salvaron de morir en los campos de exterminio que empezarían a funcionar una vez iniciada la guerra. Entre 1933 y 1941 de los 525.000 judíos que habitaban en Alemania habían salido 278.000; en el caso de Austria, y a partir del *Anschluss*, serían 120.000 de un total de 220.000 los que encontrarían su salvación en el extranjero. Ello aun cuando no sería fácil la inserción de esos judíos en el resto del mundo. Pese a que ya se sabía de las persecuciones y la discriminación que se daba en Alemania, los países occidentales se mostrarían muy renuentes a recibir emigrados judíos.

Naturalmente la emigración se hizo imposible en la práctica una vez que se inició la guerra. De hecho, se siguió pensando en alguna forma de “solución final” de tipo territorial, sea trasladando a la po-

blación judía a algunas zonas de Rusia e, incluso, a la lejana isla de Madagascar, en la costa oriental de África. Pero estos planes no pudieron concretarse.

Como se ve, en esta primera fase no hubo persecución física de la población judía; por lo menos no se dio en forma sistemática y propiciada por los organismos del Estado. Hubo sí actos esporádicos de violencia y hasta una gran persecución planificada y dirigida por la cúpula nazi como fue la llamada “noche de los cristales rotos”, a la que ya hemos hecho referencia, pero todavía nada que se acercara a lo que serían los extremos de los campos de exterminio.

Ello sin perjuicio de que, como se anunciaba en los textos de Hitler antes citados, era ésta una posibilidad que debía concretarse apenas se dieran las condiciones adecuadas. Por ejemplo, en fecha tan temprana como el año 1934 Reinhard Heydrich, al exponer a sus hombres cómo debían abordar el “problema judío”, ya había señalado: “La posibilidad de vivir de los judíos debe reducirse. Alemania debe ser para ellos un país sin futuro, en el que puede morir sin duda la generación más vieja residual, pero en la que no pueden vivir los jóvenes, de modo que el estímulo para emigrar sea intenso. Los métodos del “antisemitismo grosero” deben rechazarse. No se combate a las ratas con un revólver, sino más bien con veneno y gas”.

El inicio de una segunda fase se puede datar el año 1939. El día 30 de enero, unos meses antes de que se iniciara la guerra y frente a las cámaras del noticiero UFA, Hitler daba a conocer la más terrible y famosa de sus profecías: “En mi vida he sido muchas veces profeta y en la mayoría de los casos se han reído de mí. En la época de la lucha por el poder fue en primer lugar el judaísmo el que recibió con carcajadas mi profecía de que yo tomaría algún día la conducción del estado alemán y entonces, entre muchas otras cuestiones, daría también una solución al problema judío. Yo creo que esa risotada de los judíos alemanes a estas alturas ya se ha congelado en sus labios. Yo quiero ser nuevamente un profeta: si el judaísmo financiero internacional, dentro y fuera de Europa, consiguiera impulsar nuevamente a los pueblos a una guerra mundial, el resultado no será la bolchevización de la tierra y el triunfo del judaísmo, sino la aniquilación de la raza judía de Europa”. No fueron éstas unas palabras casuales, dichas al pasar y sin pensarlas, sino que representaban el íntimo

convencimiento de Hitler, que volvería a ellas de manera constante y serían muy conocidas para la mayoría del pueblo alemán.

El otro hito que marca el año 1939 es la firma por Hitler del documento con el que se daba inicio a un programa masivo de eutanasia, el que fue datado con la fecha del inicio de la Segunda Guerra Mundial. La guerra relámpago contra los enemigos de fuera se hacía coincidir con el inicio de la guerra relámpago contra aquel sector no deseado de la propia población. Como decía el Dr. Viktor Brack, uno de los médicos de la Cancillería del *Führer* a cargo del programa, en una reunión de trabajo que tuvo lugar el 3 de abril de 1940: “En numerosos centros hospitalarios de Alemania es posible encontrar un sinnúmero de enfermos incurables de distinto tipo, que no son de ninguna utilidad para la humanidad, que más bien son una carga que ocasiona una gran cantidad de gastos de mantenimiento, sin que exista la posibilidad de que alguna vez sanen y puedan volver a ser miembros útiles de la sociedad. Ellos vegetan como los animales, son asociales, vidas humanas sin valor; por otra parte tienen sus órganos sanos y por lo tanto la perspectiva de vivir muchos años. Ellos le quitan el sustento a otros hombres consumiendo a veces el doble o el triple que éstos. De ese tipo de criaturas debe ser protegido el resto. De tal forma que si hoy se toman medidas para conservar ese sector sano de la sociedad, tanto más necesario será deshacerse primero de esos seres, aunque sólo fuera para cuidar mejor al resto de los enfermos. El espacio disponible se requiere para todo tipo de fines”. Los hombres pasaban a ser materia disponible de acuerdo con su utilidad económica.

En este contexto, lo que se quiere destacar del programa de eutanasia es que existen estrechos contactos entre éste y los campos de exterminio. La experiencia acumulada en la ejecución de ese programa les proporcionó la certeza a los dirigentes nazis, ha señalado Götz Aly, “de que una matanza masiva, sistemáticamente planeada y organizada de acuerdo al principio de división del trabajo, era posible con la burocracia estatal y la población alemana. Esta experiencia tomada de la acción T 4 dio la seguridad de que esos medios de enmascaramiento no eran cuestionados sino que aceptados con agradecimiento y hasta esperados”.

Una nueva etapa en el proceso que culminaría con el intento de eliminar a la totalidad de los judíos europeos se iniciaría con la ocupación de Polonia. Se iniciaría aquí un proceso de persecución sistemática de la

población judía que incluiría ejecuciones y, sobre todo, deportaciones masivas. Y el destino de los deportados sería el *ghetto*, como los de Varsovia o Lodz, en los cuales, encerrados tras fuertes muros, los judíos vivirían hacinados y serían diezmados por el hambre y las pestes. La otra alternativa serían los campos de concentración –todavía no de exterminio–, ubicados también en su mayoría dentro de territorio polaco.

La penúltima fase del proceso empezó a desarrollarse al iniciarse la campaña de Rusia. Como en parte ya se ha visto, junto a las tropas que llevaban o pretendían llevar adelante una nueva *Blitzkrieg* a costa de los soviéticos, avanzaban unidades especiales de las S.S. –los tristemente célebres *Einsatzgruppen* de las SS y SD y otras unidades especiales de policía– que tenían por misión, entre otras, la de eliminar a todos los judíos que se encontraran en el territorio ocupado. El inicio de la guerra contra la Unión Soviética fue un paso decisivo en el proceso que culminaría en la “solución final”, desde el momento en que fue pensada como una guerra de exterminio en la que debía eliminarse a millones de sus habitantes, partiendo con los judíos. A partir del 22 de junio de 1941, si bien se seguiría concentrando a los judíos en *ghettos*, se empezarían a dar también ejecuciones masivas en las que las víctimas eran judíos varones en edad militar. A partir de los meses de agosto y septiembre es posible constatar una creciente radicalización en estas materias, cuando las acciones de exterminio se extendieron también a las mujeres y a los niños. Un nuevo salto hacia delante tuvo lugar en los meses de septiembre y octubre, al comenzar el exterminio de comunidades judías completas; se trataba ya de ir generando “zonas libres” de judíos.

Estas acciones están minuciosamente documentadas en las *Ereignismeldungen UdSSR* continuadas luego en las *Meldungen aus den besetzten Ostgebieten*, especie de boletines en que se consignaba la información sobre el trabajo realizado por los comandos de las S.S. De su análisis se concluye que en total terminaron por ser eliminados a través de dichas ejecuciones varios cientos de miles de judíos. La fórmula utilizada por los comandos era la de las ejecuciones: los judíos eran fusilados y depositados en fosas comunes. En algunos casos se trató de ejecuciones gigantescas. Un ejemplo puede ser aquella que tuvo lugar en Riga el

30 de noviembre de 1941 y en la cual murieron 10.600 personas, y otra la de Babi Jar, en las afueras de Kiev, en la cual entre los días 29 y 30 de septiembre de 1941 fueron asesinadas 33.771 personas.



Artífices del "holocausto". El jefe de las SS Heinrich Himmler (izq.) y su mano derecha Reinhard Heydrich.

En esa época el mismo Heinrich Himmler, máximo jefe de las S.S., tuvo la oportunidad de presenciar alguna de estas masacres, quedando tan afectado, que concluyó que la muerte por disparos de bala no era el método más humano... por lo menos para los ejecutores. De ahí que recomendará de inmediato la construcción de camiones con el tubo de escape hacia el interior para eliminar a los judíos mediante el CO, igual que se había practicado en los casos de eutanasia. Los primeros ensayos de esta nueva fórmula tuvieron lugar los días 16 y 18 de septiembre en Minsk y Mogilev.

La última etapa y, quizá, a estas alturas del siglo XX, la más conocida, es la cuasi industrial matanza masiva de judíos en los campos de exterminio como Auschwitz-Birkenau, Treblinka, Belzek y Sobibor.

En sorprendente contraste con el conocimiento universal y generalizado que se tiene de lo que propiamente se conoce como el “holocausto”, subsisten todavía, pese a ser de los hechos más investigados y de los que más se ha escrito dentro de la historia contemporánea, una serie de dudas sobre el origen de estos horribles acontecimientos.

Parece lógico pensar que la orden de exterminar a la población judía de Europa debió emanar del mismo dictador totalitario, Adolfo Hitler. Sin embargo, a diferencia del caso de la eutanasia, para éste no se ha encontrado ningún documento que acredite la autoría hitleriana; ninguna orden, firmada por Hitler, en la cual se ordene matar a toda la población judía. Tampoco existe ninguna prueba que acredite que haya impartido en algún momento una orden verbal a alguno de sus esbirros. Esto ha permitido que se elabore todo tipo de teorías al respecto. Por ejemplo, si nos vamos al caso más extremo, el de un autor conocido por sus provocativas tesis sobre el régimen nazi, el inglés David Irving, quien ha llegado a sostener que la “solución final” habría sido obra de Himmler y Heydrich y que Hitler no habría sabido nada de ella sino hasta el mes de octubre de 1943.

Hoy en día la controversia gira en torno a dos líneas interpretativas dominantes. Los “funcionalistas” sostienen que el *holocausto* no es consecuencia de una planificación de largo plazo de Hitler, sino que fue una perfecta improvisación, habiéndose llegado al conocido resultado por intervención de una serie de mandos medios dentro del sistema nazi, que en sintonía con la ideología racista del *Führer* presionaban desde el frente oriental para que se tomaran medidas más radicales. Por ejemplo, en el mes de julio de 1941, un funcionario a cargo del traslado de judíos con sede en la ciudad de Posen, escribía a Adolf Eichmann: “Este invierno existe el peligro de que los judíos no puedan ser totalmente alimentados. De ahí que sea necesario evaluar seriamente, si no es la solución más humana, eliminar a los judíos que no sean capaces de trabajar, a través de algún sistema que opere con rapidez. En todo caso eso sería más agradable que dejarlos morir de hambre”. Los “intencionalistas”, por su parte, insisten en la importancia de la cosmovisión hitleriana en la cual tuvo siempre un rol central el antisemitismo. Para estos últimos no hay duda de que Hitler impartió una orden verbal al respecto que lo hace el iniciador y responsable del exterminio en las cámaras de gas.

De acuerdo con lo que se ha dicho en páginas anteriores, parece mucho más convincente esta última posición. No parece siquiera imagi-

nable que una materia tan fundamental no haya sido decidida por la figura central del régimen nazi. En lo que no hay acuerdo, y es un tema que todavía se discute, es en determinar en qué momento Hitler habría dado la orden de eliminar a la totalidad de los judíos europeos. Una hipótesis sugerente que se ha planteado para resolver esta cuestión es la que la une con el desarrollo de la guerra; habría habido una directa relación entre la estrategia bélica y la *solución final*. El 12 de agosto todavía hablaba Hitler de la guerra contra Estados Unidos como ocurriendo en una época posterior a la derrota del ejército soviético. Pero apenas dos días después se daba a conocer la “Carta del Atlántico”, declaración conjunta del Primer Ministro británico Winston Churchill y del Presidente norteamericano Franklin D. Roosevelt, en la que anunciaban velarían en conjunto para que Hitler no ganara la guerra. Con ello parecía hacerse definitivamente imposible el plan del gobernante nazi de ir haciendo la guerra por etapas. Ahora se veía enfrentado a la “conspiración mundial judío-capitalista-bolchevique” y con ello la guerra necesariamente se alargaba: Rusia no estaba ni podía ser derrotada de inmediato. Más todavía, se hacía realidad su propia profecía del año 1939, y según ella debía pasarse a la alternativa radical. La posibilidad de conquistar el mundo se alejaba, pero sí podía ser realidad la otra parte de la misma profecía: el exterminio de los judíos.

Esto habría provocado un cambio radical de la estrategia alemana. El día 15 de agosto Hitler ordenó frenar el avance del Ejército del Centro hacia Moscú para desviarlo hacia el sur. Se buscaba priorizar la ocupación de aquellos territorios ricos en materias primas para poder así sostener una guerra de larga duración. El 19 de agosto, según el *Diario* de Goebbels, Hitler aceptaba que se identificara a todos los judíos alemanes con la estrella de David y se los empezara a deportar hacia el este. Como consecuencia de ello, fue necesario hacer espacio en los ya sobrepoblados *ghettos* de Polonia y Rusia para recibirlos, lo que daría lugar a una serie de ejecuciones masivas. El 24 de agosto Hitler ponía fin al programa de eutanasia, y sus especialistas, que ya habían eliminado con gas a decenas de miles de personas, podían ser destinados a objetivos todavía más terribles. El 3 de septiembre tenían lugar en Auschwitz las primeras pruebas con las cámaras de gas, y a mediados de octubre comenzaban a construirse los crematorios. El 15 de octubre dejaban Viena los primeros transportes llevando a 1.005 judíos. Tres días

después empezaban las deportaciones desde Berlín... y ya no pararían. Pocos días después señalaba Hitler en uno de sus famosos monólogos: "Si eliminamos esa peste judía, estaremos realizando para la humanidad una obra cuyo significado la gente allá afuera no logra ni siquiera imaginarse". En el mes de noviembre se esfumaron definitivamente las posibilidades de triunfo, con lo que el exterminio de los judíos pasaría a ser algo todavía más prioritario. De hecho, empezaban a ser ejecutados en Rusia parte de los judíos alemanes recién deportados, estaban en construcción los primeros campos de exterminio y Heydrich citaba a una serie de representantes de distintos ministerios a la *Conferencia de Wansee*. Finalmente coincidían casi exactamente el ataque japonés a Pearl Harbour, el fin de la ofensiva alemana a las puertas de Moscú, y la entrada en funciones del campo de exterminio de Chelmo.

De esta forma habría sido en el mes de diciembre de 1941, inmediatamente después de declarar la guerra a Estados Unidos, cuando Hitler dio el paso definitivo en cuanto a ordenar el exterminio de la totalidad de los judíos europeos. Clave nos parece una reunión que tuvo Hitler el 12 de diciembre con los *Gauleiter* –máximas autoridades territoriales del Partido– del *NSDAP*. Después de la reunión anotaba Joseph Goebbels en su *Diario*: "En relación con la cuestión judía el *Führer* está decidido a hacer tabla rasa. Él profetizó a los judíos que si ellos provocaban nuevamente una guerra mundial serían exterminados. Ésta no fue una mera frase. Ya estamos en la guerra mundial y por tanto la consecuencia tiene que ser la aniquilación de los judíos. Esta cuestión hay que considerarla sin ningún sentimentalismo. Nosotros no estamos aquí para compadecer a los judíos, sino sólo para tener compasión de nuestro propio pueblo alemán. Si el pueblo alemán ya ha sacrificado más de 160.000 hombres en el frente oriental, los causantes de este sangriento conflicto lo pagarán con su vida".

Los procedimientos, en concreto, empezaron a gestarse en una reunión citada por el jefe de la S.D. Reinhard Heydrich para el día 20 de enero de 1942 –sobre la cual también existe alguna controversia entre los historiadores– en la sede de la Comisión Internacional de la Policía Criminal en Berlín, que funcionaba en la calle Am Grossen Wansee, de ahí que se la conozca como la *Conferencia de Wansee*. Allí se sostendría –por representantes de alto nivel de los distintos ministerios involucrados, entre los cuales había 8 académicos con el grado de Doctor–, que la

evacuación hacia el este no había sido más que una medida provisoria en camino para llegar a la solución definitiva del problema judío. Según Heydrich, de los 11 millones de judíos que había en Europa algunos se emplearían en la construcción de grandes obras, lo que implicaba la muerte a través de trabajos forzados; gran parte, agregaba, “se eliminaría naturalmente en razón de su mal estado de salud”. Y en las frases medulares del acta de la reunión se señalaba: “Los restantes, teniendo en consideración que se tratará de los más resistentes, deberán ser tratados de la manera que corresponda, ya que constituirían una selección natural, que, en caso de quedar libres se podrían transformar en la semilla de un renacimiento judío. A través de la aplicación práctica de la solución final (*Endlösung*) Europa será rastrillada de occidente a oriente”. Así se hacían presentes las palabras que darían el nombre a toda la operación.

A partir de ese momento empezaron a rodar, desde todos los territorios ocupados por las fuerzas alemanas, trenes con judíos deportados que eran conducidos a los ya mencionados campos de exterminio, que constituyen quizá si la cara más terrible y conocida de las políticas criminales del régimen nazi. En números totales en estos centros de horror terminarían por ser asesinados cerca de 3 millones de judíos. En *Belzec* fueron ejecutados entre 500 y 600.000, en *Sobibor* 200.000, en *Treblinka* 900.000 y, finalmente, en el complejo *Auschwitz-Birkenau* cerca de 1.000.000. Sólo a efectos comparativos debe hacerse notar, en todo caso, que, en *Kolyma*, uno de los tantos campos de concentración de Stalin, murieron como consecuencia de trabajos forzados varios cientos de miles de personas.

El carácter cuasi industrial de las matanzas llevadas adelante por las S.S. en los campos de exterminio se puede ejemplificar muy bien con lo ocurrido en *Auschwitz-Birkenau*. Dejando de lado todo lo que significaba desde un punto de vista técnico y material, en medio de una guerra de las dimensiones de la que se estaba librando y en un momento en que la derrota ya empezaba a aparecer en el horizonte alemán, el traslado masivo de la población judía desde los diversos países ocupados hacia el este, ya el “tratamiento” dado a los judíos una vez llegados a *Auschwitz* supera todo lo imaginable. Antes de que entraran a funcionar las famosas cámaras de gas con sus respectivos crematorios, ya era grande la mortandad de judíos en *Auschwitz-Birkenau*. El hambre, el trabajo

forzado y las pestes, sobre todo el tifus, causaban estragos, agregándose a ello los primeros muertos por aplicación del *Zyklon B*, de tal manera que en los bosques que rodeaban el campo se iban acumulando grandes cantidades de cadáveres. De ahí que se los empezara a quemar, al aire libre, en inmensas y dantescas fogatas que ardían noche y día con un fuego rojo-amarillo durante dos meses (julio-agosto de 1942), cuyos destellos y humo se veían a gran distancia.

Ya a partir del mes de noviembre de 1941 empezó a experimentarse en Auschwitz con las cámaras de gas, para lo cual se probaron variados medios técnicos dentro de un proceso en el cual, además de la administración del campo y de los jerarcas de las S.S., participó una serie de firmas externas que competían por ganar las licitaciones para proveer al complejo de los materiales y soluciones más efectivas para los horrendos fines que allí se perseguían. Finalmente se aprobó el esquema definitivo, considerado el más eficiente, consistente en una edificación compartimentada de la siguiente manera: entrada, habitación para desnudar a los presos, cámara de gas disimulada bajo la forma de duchas, habitación para dejar los cadáveres y, finalmente, el lugar con los crematorios que debían reemplazar las grandes hogueras de los bosques de Birkenau.

En la práctica, una vez que llegaban los trenes con judíos a Auschwitz, se hacía una selección entre los deportados. Quienes estaban en condiciones de trabajar eran destinados al complejo industrial que operaba junto al campo de exterminio donde, literalmente, morirían trabajando. El resto, en cambio, sería sometido al “tratamiento especial”.

Un ejemplo concreto puede ser lo ocurrido con un grupo de 1.492 judíos que arribó en la noche del 13 al 14 de marzo de 1943. Se trataba de mujeres, niños y ancianos que llegaron a Auschwitz en un convoy proveniente del *ghetto* de Cracovia. Luego de hacerlos desnudar, se los hizo entrar en la cámara correspondiente donde 4 sujetos de las S.S. vaciaron a través de compartimentos similares a duchas 1,5 kilos de *Zyklon B* en forma de cristales, los que a los cerca de 30° de temperatura se transformaban en gas. Para las víctimas la muerte empezaba a llegar de inmediato produciéndose un tremendo pánico, que los guardias de las S.S. llamaban “lucha por la vida”. En un lapso de 5 minutos todos los afectados habían muerto. De inmediato se hacían funcionar durante 15 o 20 minutos unos extractores de aire que preparaban el terreno para el ingreso de los comandos especiales de las cámaras de gas. Éstos, en un

ambiente todavía tibio, procedían a cortar el pelo a las víctimas, retiraban las tapaduras de oro y cualquier objeto de valor que éstas tuvieran para luego trasladarlos a la habitación en la cual funcionaban los crematorios. La incineración de los 1.492 cadáveres duró dos días.

Era una realidad horripilante que supera todo lo imaginable. Sólo en la Rusia bolchevique se había llegado a un grado cercano de industrialización de la muerte.

14. La intervención norteamericana: el comienzo del fin

El último mes del año 1941 traería consigo cambios trascendentales en el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial. Más todavía: recién a partir de ese momento este título se corresponde plenamente con la realidad del conflicto que se había iniciado en 1939. En efecto, mientras las tropas alemanas que invadían Rusia fracasaban en su intento de conquistar Moscú y a duras penas lograban contener el contraataque soviético que se inició el día 5 de diciembre, dos días después, en el centro del océano Pacífico, una flota de portaaviones japoneses atacaba sorpresivamente Pearl Harbour, base de la flota de guerra norteamericana en ese sector del mundo: Estados Unidos entraba a la guerra.

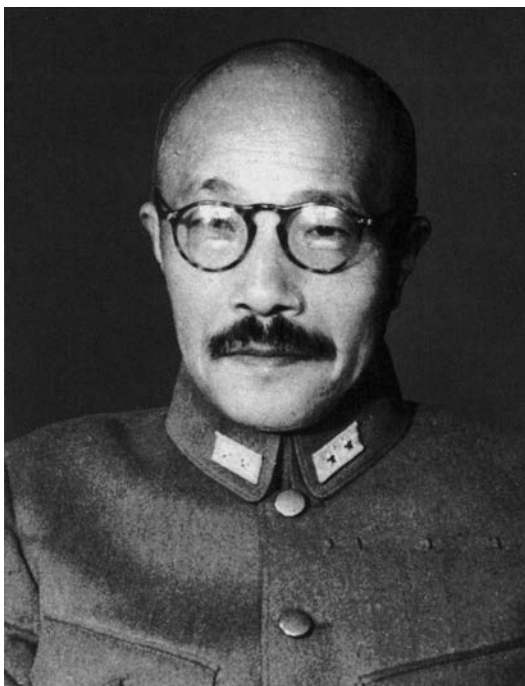
La verdad es que lo sorpresivo no fue tanto el hecho del ataque como el lugar elegido. Pearl Harbour era una base norteamericana importante, pero igualmente lo era la ubicada en las Islas Filipinas, que quedaba más al alcance de las bases de operaciones japonesas.

En cambio el ataque en sí mismo era esperado e incluso querido por Estados Unidos. Esperado porque las relaciones entre las dos potencias costeras del Pacífico habían llegado a un grado de tensión insostenible, agotándose hasta el último margen de negociación. Querida, porque de hecho los norteamericanos ya estaban fuertemente involucrados en la Guerra Mundial apoyando a Inglaterra y Francia y tampoco estaban dispuestos a tolerar por más tiempo el agresivo expansionismo japonés. Estaban seguros –entre otras cosas porque habían descifrado el código diplomático japonés (¡piénsese lo que significaría entender un mensaje en japonés y cifrado! De hecho para lograrlo se recurrió a los primeros computadores que entraron en funcionamiento en el mundo)– de que Japón ya había decidido iniciar la ofensiva, aunque no supieran con exactitud el punto elegido, pero no querían adelantarse al ataque mediante una operación preventiva, para evitar cargar con la responsabilidad de ser los agresores.

Debe recordarse que el gobierno japonés, en cierto sentido de una forma similar al nazi, creía que para su desarrollo le era imprescindible superar los estrechos y sobrepoblados marcos territoriales en que se desenvolvía: tendría un exceso de población y una carencia casi absoluta de materias primas por lo que debía salir a la conquista de nuevos

territorios. Bajo el lema “Asia para los asiáticos” (para los japoneses se trataba de una paráfrasis del “America para los americanos”, en realidad norteamericanos, del presidente Monroe) querían construir un Imperio cuyo núcleo estaría constituido por los territorios japonés y chino, poniendo fin a la presencia de las potencias coloniales occidentales.

Este concepto había empezado a concretarse en 1931 cuando los japoneses invadieron Manchuria, llegándose a partir de ahí a importantes choques con la URSS y a involucrarse en una guerra de conquista en la China de Chian Kai chek. El año 1933 Japón había dejado la Liga de Naciones y empezado a alinearse con Alemania e Italia –los países que estaban desafiando el *statu quo* a nivel mundial– relación que en parte se rompió luego del pacto Ribbentrop-Molotov.



El General Tojo, primer ministro del Japón durante la Segunda Guerra Mundial.

La recta decisiva en este proceso se alcanzó recién con el inicio de la Operación Barbarroja. A partir de ese día, 22 de junio de 1941, y hasta el 2 de julio, el gobierno japonés estuvo reunido en forma casi permanente. El problema a resolver era si debía perseverarse en la idea de una

expansión hacia el sur que incluyera todo el sector insular frente a las costas de China o si, en vista de la nueva situación, debía preferirse unirse a Alemania en su lucha contra la Unión Soviética. Naturalmente que, desde la perspectiva de Hitler, esto hubiera sido el ideal: enfrentar a Rusia en una guerra de dos frentes. Pero en favor de esta alternativa sólo estaba el ministro de relaciones exteriores Matzuoka; los jefes de la marina y del ejército, en cambio, insistían en un avance hacia el sur. La consigna era “conservar el norte, ir al sur”, confiando en que Estados Unidos no se arriesgaría a involucrarse en una guerra en gran escala contra Japón en momentos que sus aliados en el continente europeo estaban siendo arrasados por la *Wehrmacht*. Finalmente el día 2 de julio terminó por imponerse esta última postura. En lo inmediato se decidió ocupar el sur de la península Indochina y si frente a ello se tomaban contramedidas por Inglaterra o Estados Unidos, se estaba dispuesto a ir a la guerra.

El día 24 de julio las tropas japonesas comenzaron a ocupar el territorio en torno a Saigón y ya el 26 el presidente Roosevelt decretaba el embargo de todos los bienes japoneses en USA y la organización de un alto mando para el lejano oriente. Al mismo tiempo Gran Bretaña y sus dominios rompían sus relaciones comerciales con Japón y similar actitud tomarían en los días siguientes las Indias Orientales Holandesas. Esto significaba que la economía japonesa se veía privada, de inmediato, de materias primas tan esenciales como caucho y petróleo. Más todavía, su dependencia en estas materias era tal, que sólo le quedaban dos alternativas: o capitular o iniciar una guerra de agresión contra Estados Unidos y sus aliados.

En los meses siguientes se siguieron cada vez más tensas negociaciones con el gobierno norteamericano, las que culminaron con un cambio en la cúpula del gobierno japonés: el día 16 de octubre el general Tojo, líder de los expansionistas, asumía el poder y ya el día 5 de noviembre se decidía la guerra en caso de que los norteamericanos no respondieran favorablemente la última propuesta japonesa antes del día 25. Éstos planteaban estar dispuestos a renunciar a sus planes de expansión en el sudeste asiático a cambio de que Estados Unidos aceptara la ocupación de China. La respuesta americana del día 26 no aceptaba estas proposiciones, de tal forma que ya el 1º de diciembre, y presidido por el Emperador el gabinete japonés se decidía por la guerra: el 6 de diciembre

el presidente Roosevelt recibía una nota japonesa en respuesta a la suya del 26, por la que se anunciaba el fin de las negociaciones.

En las primeras horas del domingo 7 de diciembre de 1941 se iniciaban las hostilidades. Una escuadra integrada por 6 portaaviones comandada por el vicealmirante Nagumo que había zarpado desde las islas Kuriles el 25 de noviembre operando bajo absoluto silencio radial, en medio de una típica tormenta invernal y ubicándose, para aumentar la sorpresa, entre la costa norteamericana y las Islas Hawai, sería la encargada de dar el primer golpe. Desde ella despegarían los aviones que sorprendieron totalmente a la guarnición norteamericana hundiendo 5 acorazados, dañando otros tres como también tres cruceros y una serie de buques menores y más de la mitad de los aviones estacionados en la isla. Sólo se salvaron los tres portaviones con base en las islas y algunos cruceros que se encontraban en ejercicios en alta mar. Por otra parte la mayoría de los buques hundidos pudieron ser recuperados muy pronto. En forma paralela se iniciaban las operaciones en el sudeste asiático con la invasión de la península malaya (Singapur), las posesiones holandesas y las Filipinas, que eran los objetivos económicos clave.

A partir de este momento el plan elaborado por el alto mando japonés contemplaba un desarrollo en dos etapas. En la primera se pretendía ocupar Tailandia, a partir de las bases que ya se poseían en la Indochina francesa, la península Malaya y Singapur, así como las Filipinas, Hong Kong y las islas Guam y Wake. En la segunda, las Indias Orientales Holandesas, Birmania (para cortar el aprovisionamiento aliado a China y amenazar la India) y el archipiélago de las Bismarck para amenazar Australia. Con esto se constituiría un imperio autárquico lo suficientemente fuerte como para pasar a la defensiva. Nunca pretendieron los japoneses ir a una guerra de aniquilamiento contra los norteamericanos.

Debe considerarse, además, que una limitante de la ofensiva japonesa era el hecho de que para ella se contaba sólo con la marina y la fuerza aérea ya que el grueso del ejército se encontraba involucrado en la conquista de China. Allí habían obtenido una serie de triunfos y conquistado inmensos territorios, pero no lograban ganar la guerra. Como diría Mao Zedong a un oficial norteamericano que visitó su cuartel general: "China es como una jarra de cuatro litros que Japón intenta llenar con medio litro de líquido".

No ha faltado quien sostuviera que el presidente Franklin Delano Roosevelt estaba al tanto de la decisión japonesa de atacar Pearl Harbour y que habría guardado silencio para tener así un *casus belli* que le permitiera sacar definitivamente a Estados Unidos de la neutralidad y terminar con el pacifismo dominante en la población de su país. Esto no es verdad. Sí, en cambio, es efectivo que el Presidente norteamericano, desde que se planteó el desafío hitleriano, estaba pasando a la ofensiva desarrollando una dura política de contención que lo tenía, tanto en el Atlántico como en el Pacífico, al borde de la guerra.

De hecho, los japoneses le estaban dando la posibilidad de alcanzar los ambiciosos objetivos que se había planteado en materia de política exterior. Roosevelt aspiraba nada menos que a conseguir para Estados Unidos un dominio mundial indirecto sobre la base de difundir los principios liberales tanto en el ámbito político como en el económico. De ahí que, apenas asumir el mando, intentó terminar con el neutralismo y el espíritu aislacionista dominante en su país y prepararlo para hacer valer su indiscutible peso específico en la política mundial. Naturalmente que el giro decisivo tuvo lugar en el momento en que Alemania, luego de derrotar a Francia, alcanzó una indiscutible hegemonía en el continente europeo, mientras, en el Pacífico, la presión del Japón se hacía cada vez más fuerte.

En esa perspectiva se explica la resolución tomada por el Congreso norteamericano el 19 de julio de 1940, en el sentido de construir una gran flota bioceánica en el lapso de 6 años que le permitiera alcanzar una clara superioridad sobre sus posibles rivales tanto en el Atlántico como en el Pacífico. Al mismo tiempo se acordaba vender a Inglaterra la mitad de la producción norteamericana de aviones de combate.

Tras su reelección como Presidente de la República en noviembre de 1940, Roosevelt intensificó su política dirigida a transformar a Estados Unidos en “arsenal de la democracia”. Pilar de este concepto sería la aprobación por el Congreso norteamericano de la *Ley de préstamo y arriendo* de marzo de 1941 que autorizaba al Presidente para transferir material de guerra a cualquier país cuya defensa se estimara de vital importancia para Estados Unidos. Dicha normativa fue aprobada apenas Churchill hizo saber que Inglaterra ya no estaba en condiciones de seguir pagando las compras de armas que les hacía. De esta forma la nueva ley venía a prefigurar lo que terminaría siendo la *Alianza Atlántica*.

Más todavía, la marina estaounidense recibió órdenes de fiscalizar el movimiento de navíos alemanes e italianos dentro de la zona de seguridad americana y de dar a conocer esta información a los británicos. En el mes de julio de 1941, y luego de llegar a un acuerdo con el gobierno respectivo, efectivos de la marina norteamericana reemplazaron a los británicos en las bases que éstos tenían en Islandia, y Roosevelt justificó este paso en la necesidad de asegurar el envío de material de guerra a las islas británicas. De hecho, a partir de ese momento, navíos norteamericanos se encargaron de escoltar los convoyes que se dirigían a Inglaterra en el trayecto entre las costas americanas e Islandia. Con ello las posibilidades de que llegaran a darse enfrentamientos entre norteamericanos y alemanes pasaban a ser muy reales, desde el momento en que Islandia quedaba dentro de la zona de operaciones de los submarinos del almirante Karl Doenitz. El día 4 de septiembre de 1941, unas 200 millas al suroeste de la isla, se enfrentaron el destructor norteamericano *Greer* con el submarino *U 652*, aunque sin provocarse mayores daños. ¡Por primera vez se producía un intercambio de disparos entre norteamericanos y alemanes! Como consecuencia el presidente Roosevelt el día 11 dio a conocer públicamente su decisión de que la marina norteamericana debía disparar, sin esperar a ser atacada, a cualquier navío de las fuerzas del *Eje* que navegara en zonas que estaban bajo la protección de Estados Unidos. Al mismo tiempo los norteamericanos tomaban el comando operativo en el Atlántico occidental sobre todos los convoyes, aun aquellos que fueran escoltados por navíos ingleses, canadienses o franceses; puede decirse, sin temor a exagerar, que Estados Unidos estaban de hecho en estado de guerra, aunque no declarada, con Alemania.

Un nuevo enfrentamiento tuvo lugar el día 17 de octubre cuando el destructor norteamericano *Kearny*, actuando muy al interior del teatro de operaciones alemán y haciendo de escolta de un convoy británico, fue torpedeado por un submarino de la marina de guerra alemana. Más todavía, como consecuencia de esta operación murieron 11 marinos norteamericanos. ¡Eran las primeras pérdidas de vidas que sufría Estados Unidos en el curso de la Segunda Guerra Mundial! Roosevelt protestó enérgicamente y anunció la revisión de las leyes de neutralidad. El que el Congreso se allanara a una medida como ésta se vio favorecido por un nuevo enfrentamiento que tuvo lugar el último día de octubre cuando resultó hundido el destructor *Reuben James*, muriendo 115 de sus

ocupantes. De esta manera se autorizó que los mercantes americanos pudieran armarse y recalar –también cuando integraban algún convoy– en puertos de potencias en guerra– como era el caso de Gran Bretaña.

En fin, resulta evidente que, antes de la declaración alemana de guerra, Estados Unidos y Alemania se encontraban prácticamente en guerra. O, dicho de otra manera, que Estados Unidos estaba de hecho actuando como el más fiel aliado de Inglaterra –recuérdese además la reunión Churchill-Roosevelt de la que surgió la *Carta del Atlántico* de agosto de 1941– en la lucha de ésta contra Alemania.

En esta perspectiva resulta mucho más fácil de entender la –aparentemente– sorpresiva decisión de Hitler de declarar la guerra a Estados Unidos apenas tuvo noticias de que los japoneses habían bombardeado Pearl Harbour, pues no había un acuerdo previo al respecto entre Alemania y Japón. De hecho, y como contrapartida, los japoneses no declararon la guerra a la Unión Soviética. Contra lo que pudiera pensarse, en ningún momento las fuerzas del *Eje* coordinaron entre sí su esfuerzo bélico. Las guerras en Europa y en el Pacífico, desde su perspectiva, serían guerras paralelas, factor que no es de los de menor importancia para explicar la definitiva derrota de alemanes y japoneses. Más allá de estas elucubraciones, lo concreto es que Hitler de ninguna manera estaba obligado a declarar la guerra a Estados Unidos... y sin embargo lo hizo. Se echaba así encima un enemigo de la mayor envergadura, la mayor potencia industrial del mundo.

En todo caso, como bien sabemos, en los planes de Hitler se consideraba la guerra contra las potencias anglosajonas como parte final de su programa de expansión, aunque en un contexto distinto: ya conquistada y dominada Rusia y gozando, como consecuencia, de una situación de autarquía con el dominio del continente europeo. Pero las cosas se habían complicado y es en ese contexto en el que hay que ubicar la decisión de Hitler. De partida, y como hemos visto en detalle, las acciones desplegadas por los norteamericanos en el Atlántico en el transcurso del año 1941 habían provocado, de facto, un estado de guerra entre Estados Unidos y el Imperio Alemán. Después de algunos de los incidentes ya relatados, Hitler habría dicho a Ribbentrop: “Los americanos ya disparan sobre nosotros, por lo tanto ya estamos con ellos en estado de guerra. Ahora debemos sacar las consecuencias, si no Japón no nos lo

perdonará. Y dentro de poco, probablemente de inmediato, tendremos guerra con América, pues ése ha sido desde el comienzo el objetivo de Roosevelt". Está claro entonces que Hitler calculaba que a más tardar durante 1942 Estados Unidos entraría definitivamente a la guerra por el lado de Inglaterra. Por otra parte, hasta el último momento no podía descartarse que japoneses y norteamericanos llegaran a un acuerdo, lo que hubiera dejado enfrentada a Alemania en solitario con el coloso del otro lado del Atlántico.

Habría que agregar todavía el hecho de que desde fines de noviembre de 1941 estaba claro que Hitler había fracasado en su objetivo de aniquilar en una *Blitzkrieg* a los rusos.

En definitiva, en la cabeza del *Führer* debe haberse planteado el siguiente panorama a comienzos del mes de diciembre de 1941: su plan original había fracasado. La Unión Soviética no sería derrotada en 1941 y la situación económica se iba haciendo cada vez más difícil. Por otra parte la entrada abierta de Estados Unidos en la guerra aparecía como algo ya inevitable. Alemania no podría sobrevivir a una guerra total y definitiva llevada al mismo tiempo contra Rusia y Norteamérica; sí en cambio, pensaba Hitler, podía derrotarse todavía a la URSS con un ataque concentrado en 1942, pero para ello debía impedirse que las tropas norteamericanas se hicieran presentes en Europa, al mismo tiempo, con todo su potencial. Este fin podría alcanzarse con una guerra entre Estados Unidos y Japón en el Pacífico. Pero debía evitarse una total concentración de los norteamericanos en esa zona, lo que podría terminar con la salida casi inmediata de los japoneses de la guerra, antes de que Alemania hubiera vencido a Rusia. Y sólo se podría amarrar en Europa parte de las fuerzas norteamericanas si Alemania le declaraba la guerra. Dentro de esa constelación, pensaba Hitler, se podría terminar por vencer a la URSS y constituir así un sólido bloque continental, con el cual y tal como siempre había planeado, podía esperar sortear con éxito el desafío americano.

Pero éstos no serían más que sueños, con muy poco asidero en la realidad. Los fríos números relativos a la producción industrial en general y a la de material de guerra en particular demostraban que, desde el momento que Estados Unidos ponía en marcha su potencial bélico y que la Unión Soviética lejos de hundirse ante la invasión alemana potenciaba cada vez

más su esfuerzo militar, la derrota de las potencias del *Eje* tenía que darse por segura porque su potencial bélico combinado era muy inferior. Lo único que restaba por ver era cuánto iba a durar la guerra.

Quizá puede parecer algo exagerada esta afirmación, pero la verdad es que, en definitiva, fue la superioridad industrial, los mayores recursos materiales y el poderío naval lo que decidió la contienda. Los generales no influyeron tanto como pudiera creerse. En el mejor de los casos cabe decir de ellos que se mostraron competentes y supieron manejar las armas y utilizar las tropas bajo su mando de una manera muy superior a como lo habían hecho sus antecesores durante la Primera Guerra Mundial. En la práctica, la guerra en todos sus frentes se caracterizaría por desplazamientos tácticos y estratégicos de gran velocidad, sin que se repitiera el estancamiento de las operaciones en las trincheras con sus horribles secuelas de muertes, características del conflicto anterior.

Una manifestación muy concreta de lo agobiante que resultó la guerra para Alemania desde una perspectiva económica está en el hecho de que en fecha tan temprana como el 29 de noviembre de 1941 el ministro de armamentos de Hitler, Fritz Todt, quien moriría poco después en circunstancias bastante sospechosas, le había exigido que pusiera fin a la guerra ya que ésta estaba perdida desde el punto de vista de la producción industrial y de armas.

La importancia que se atribuye a las cuestiones materiales, de producción y de armamentos debe entenderse en el contexto de que la Segunda Guerra Mundial, de una forma todavía más marcada que la primera, fue una guerra total. Esto quiere decir que, a diferencia de las guerras del antiguo régimen que enfrentaban sólo a los ejércitos profesionales de los reyes, no afectando casi para nada a la población civil, a los buenos burgueses y campesinos que seguían viviendo como si no hubiera ninguna contienda, el conflicto en análisis involucró de manera completa y absoluta a la totalidad de los recursos de las naciones en guerra. Los ejércitos se enfrentaban en los diferentes frentes de batalla, en tierra, en el mar y en el aire, pero para sostener su lucha debía involucrarse por completo la población del país –inclusive las mujeres– y movilizar todos sus resortes materiales... Y también en retaguardia se sufriría directamente la guerra, por ejemplo a través de masivos bombardeos aéreos.

Llama la atención en todo caso que en la Alemania nazi, pese al carácter totalitario del régimen, Hitler tuvo grandes consideraciones con las

necesidades sociales de la población. Por ejemplo, el porcentaje de mujeres trabajadoras fue muy inferior al de otras potencias en guerra. Por otra parte, para conseguir ese objetivo, el régimen nazi explotaría de manera inmisericorde los territorios ocupados. Su población debería sobrevivir incluso con menos del mínimo de lo necesario y parte de ella sería obligada a trabajar para los nuevos señores arios. Y Goebbels apoyó buena parte de su propaganda durante esos años en los logros sociales del régimen. En un discurso del 10 de octubre de 1939 decía Hitler: “Nosotros hemos llevado adelante importantes planes en materia social con el fin de hacer desaparecer toda forma de diferencia de clases en la población alemana y despertar fuertemente la conciencia de pertenencia. Si se observan los resultados de esta formación social de los últimos años, nadie puede discutir que el camino tomado ha sido correcto y exitoso”. La más palpable demostración de que las palabras de Hitler eran una realidad y no mera propaganda está en el hecho de que durante todo el conflicto, y pese a que la presión sobre la población llegó a ser gigantesca, prácticamente no hubo problemas sociales: ni huelgas, ni protestas obreras pusieron en ningún momento en jaque el programa de producción nazi.

Luego de la derrota de Stalingrado la presión sobre la población civil en Alemania se haría cada vez más fuerte, llegando Goebbels a proclamar la “guerra total” a comienzos de 1943. “El pueblo está dispuesto a tomar sobre sí las mayores cargas y a sacrificarse al máximo, si ello es necesario para obtener el triunfo”, señalaría en el discurso con el que explicaba ese concepto. “Supuesto para ello es, continuaba, que las cargas se repartan en forma justa. El gobierno no puede tolerar que la mayor parte de la población soporte todo el peso de la guerra mientras un pequeño y pasivo sector intenta sustraerse de sus responsabilidades. Por ello las medidas que hemos tomado y que seguiremos tomando estarán imbuidas del espíritu de justicia nacionalsocialista. No tendremos ninguna consideración con condición social o profesión. Ricos y pobres, altos y bajos deben entregarse de la misma manera. En el momento más difícil de esta lucha decisiva, todos están obligados a cumplir sus obligaciones para con la nación, incluso por la fuerza si es necesario”.

Característico del conflicto que se estaba librando sería el hecho de que la guerra fue industrializada y la industria militarizada. Como nunca antes en la historia la ciencia y la técnica en materia militar serían de central

importancia. Todas las potencias sabían que en cualquier momento su rival podía estrenar algún arma secreta que decidiera el conflicto. Como consecuencia, los armamentos tuvieron una evolución vertiginosa. Las armas que se usaban recién iniciado el conflicto quedaron pronto obsoletas, para ser reemplazadas por otras de última generación contra las cuales las primeras no tenían ninguna oportunidad.

Más todavía, se inventó una serie de artefactos de guerra que terminaron por revolucionar ésta de raíz. Por ejemplo, de los aportes más espectaculares del conflicto en estas materias sería el radar, descubrimiento de científicos e ingenieros ingleses. Luego seguirían los aviones a reacción, en que fueron pioneros los alemanes, las espoletas magnéticas, los vehículos anfibios, claves en la lucha en el Pacífico y para el desembarco en Normandía, las armas teledirigidas, los cohetes, para culminar con la bomba atómica.

Las decisiones respecto a cómo debían utilizarse las nuevas tecnologías jugaron un papel importante en el desarrollo de las operaciones militares y en el resultado final del conflicto. Por ejemplo, si Hitler no se hubiera resistido a apoyar en forma decidida el desarrollo de las bombas V-2, quizá no habría tenido lugar el desembarco en Normandía, pues los puertos ingleses del Canal, donde se concentraban las tropas de desembarco, hubieran sido para ellas un blanco muy fácil de alcanzar. Si una serie de científicos europeos que huían de Hitler o Mussolini no hubieran convencido a los gobiernos de Inglaterra y Estados Unidos de lo importante que era destinar ingentes recursos para las investigaciones relacionadas con la energía atómica, que culminarían en la primera bomba de esa naturaleza, el desarrollo de la última fase de la guerra habría sido muy distinto. Debe recordarse que en el *Proyecto Manhattan*, que culminaría en la primera bomba atómica, trabajaron en el momento más álgido alrededor de 120.000 personas, entre ellos las máximas figuras de la física mundial. Los costos del proyecto llegaron a los dos billones de dólares y debe considerarse que, hasta el último momento, no se sabía con absoluta certeza si la teoría de la fusión atómica se podría transformar finalmente en una bomba.

Para Alemania hubiera resultado muchísimo más difícil reunir medios humanos y materiales de una envergadura similar, de ahí que perdieran la carrera por la bomba. Pero en ello incidieron también otros factores. Paradojalmente habían sido científicos alemanes los primeros

en comprobar que cuando se bombardeaba el uranio con neutrones se escindía en dos elementos diferentes, cada uno de los cuales tenía la mitad de su peso atómico y que durante el proceso ambos creaban energía y liberaban neutrones, que a su vez podían escindir otros átomos de uranio, desencadenándose un proceso en cadena que liberaría cantidades enormes de energía provocando una explosión de dimensiones nunca antes conocidas. Sin embargo, a partir de ahí, se hacía necesario resolver una serie de problemas de gran complejidad a los que los alemanes no supieron dar una respuesta adecuada. Por ejemplo, qué cantidad de uranio había que reunir para fabricar una bomba. Los científicos teutones cometieron al respecto un error de cálculo grave llegando a creer que se necesitarían cantidades enormes. Como los alemanes esperaban ganar la guerra rápidamente, la idea de un arma que requeriría varios años de grandes esfuerzos para quedar operativa les resultaba poco atractiva. De esta forma, si bien nunca se dejaron totalmente de lado las investigaciones en la materia, no se le asignaron al proyecto atómico los recursos suficientes. Por lo menos ya desde 1943 estaba claro que Alemania no tendría bomba atómica.

Más allá de todo lo que se refiere a la experimentación en materia armamentística, sobre todo en áreas de punta, lo realmente importante como para afirmar que desde 1942 la guerra estaba decidida desde el punto de vista material –sin desconocer la importancia de la conducción estratégica de la guerra por parte de los Aliados y de la inmensa superioridad que alcanzaron en materia de inteligencia–, dice relación con la producción masiva de armas. En este campo, rusos y americanos serían mucho más efectivos que los alemanes. Parte de la explicación, sin perjuicio de la superioridad industrial de que disfrutaban las que terminarían siendo las grandes superpotencias una vez que la guerra llegara a su fin, se encuentra en el hecho de que Alemania tendió a producir armas cada vez más sofisticadas y diversas en vez de concentrarse en tipos estándar más sencillos como hacían sus rivales. De hecho, recién a partir de 1942 empezaría a producir en serie en grandes cantidades. Por otra parte, en lo que se refiere al desarrollo científico y tecnológico, el racismo y la proscripción de los judíos también significarían una traba importante.

Por señalar sólo algunos datos y cifras: a fines del año 1942 la producción total de Estados Unidos superaba la de las tres potencias del

Eje juntas, llegando a doblarlas durante el año 1944. Como señala un autor americano, durante los años críticos de la *Batalla del Atlántico*, los Aliados perdieron 8,3 millones de toneladas de barcos en 1942 y 4 millones de toneladas en 1943, pero estas pérdidas serían rápidamente compensadas por la botadura de 16 millones de toneladas de nuevos buques mercantes en el mismo periodo. De hecho, en el ámbito de la construcción naval es donde los americanos alcanzarían uno de los logros industriales más decisivos de la guerra: se reduciría el tiempo para construir un mercante tipo de 9.000 toneladas de desplazamiento de 105 a 56 días.

El año 1944, mientras Alemania lograba producir 17.800 tanques, Rusia, su principal rival en tierra, alcanzaba una producción de 29.000, sin contar los 5.000 de Gran Bretaña y los 17.500 producidos por los norteamericanos en el mismo periodo. Más decidoras son todavía las cifras en lo que se refiere a la producción de aviones. Durante los dos últimos años del conflicto los Aliados produjeron un total de 252.460 aviones mientras las potencias del Eje sólo llegaban a producir 86.593. Aterrizando estas cifras puede considerarse que el propio *Día D* –desembarco en Normandía– los alemanes pudieron reunir sólo 319 aviones contra los 12.830 que apoyaban a las fuerzas de desembarco. A la larga la superioridad aérea de los aliados sería decisiva. Alemania se quedaba sin techo, lo que hacía imposible cualquier intento de defensa. Más todavía, con ello pasaría a ser un hecho el que la ciencia y la industria alemanas no tuvieran ninguna posibilidad de competir con éxito con los Aliados.

En definitiva, las fuerzas económicas y productivas alineadas en cada lado eran mucho más desproporcionadas que, por ejemplo, en la Primera Guerra Mundial. Dando alguna cifra global: la producción total de armamentos de las potencias del Eje en 1943 alcanzó los 18,3 mil millones de dólares mientras que los Aliados ese año producían el equivalente a 62,5 mil millones.

Pese a estas enormes diferencias técnicas y materiales que parecen decisivas, ¿pudo haber variado el curso de la guerra? ¿Puede pensarse un escenario en el cual Hitler y Alemania se hubieran quedado con la victoria? La historia es el ámbito de la libertad y está siempre abierta a todas las posibilidades, de tal forma que es posible imaginar un curso distinto para la Segunda Guerra Mundial. Siempre hubo posibilidades

de cambios y de desarrollos diferentes, pero creo se hace difícil encontrar alternativas que tuvieran como final el triunfo del *Tercer Reich*.

Haciendo un poco de historia-ficción –o de historia contrafactual, como se dice hoy día–, podríamos considerar, por ejemplo, que de haberse decidido los franceses a atacar de inmediato, apenas los alemanes iniciaron la invasión de Polonia, quizá la guerra hubiera abortado apenas empezar, pues la Alemania hitleriana, que todavía no culminaba sus preparativos militares, habría podido ser arrollada por el superior ejército francés.

En otro contexto, si después de la derrota de Francia Hitler hubiera perseverado en su alianza con Stalin para concentrarse en la lucha en el Mediterráneo y, en general, contra el Imperio Británico, la guerra pudo haber tenido un curso muy distinto. En la misma línea se podría agregar lo que hubiera pasado si los nazis se hubieran decidido a apoyar el anti colonialismo y el nacionalismo de los países árabes, y contactos hubo con las fuerzas rebeldes en Iran, Irak y otros países de la zona.

Una vez iniciada la invasión de la Unión Soviética la guerra pudo haber tomado un rumbo muy distinto de haberse concentrado los alemanes en un solo objetivo, por ejemplo Moscú, y sobre todo, de haberse presentado como los liberadores de las oprimidas minorías nacionales. Como no lo hicieron, los pueblos –piénsese en el caso de Ucrania– que inicialmente recibieron a los alemanes como liberadores terminaron luchando encarnizadamente contra los nazis que perseguían su exterminio físico o, por lo menos, someterlos en una especie de semi esclavitud incluso peor que la soviética. “De los dos feroces enemigos –escribe Solzhenitsin– nuestro pueblo escogió al que hablaba su idioma”.

Esto mismo indica que las fijaciones ideológicas de Hitler cerraban, de partida, cualquier otro derrotero pensable para la guerra. Hitler no era un político “normal”, de tal forma que en todos los ejemplos vistos, las salidas alternativas y, en principio más favorables para los intereses alemanes, se demuestran como absolutamente irreales desde la perspectiva de la *Weltanschauung* nacionalsocialista.

El momento culminante y decisivo de la guerra se alcanzó en la segunda mitad del año 1942. Entre el 4 y el 6 de junio de ese año la flota japonesa de portaaviones resultó definitivamente destruida en el combate naval de las Islas Midway. Sería ésta la primera batalla de la historia en la que ninguno

de los barcos combatientes llegó a avistar al enemigo y en donde éstos no dispararon ni un solo cañonazo: el resultado de la batalla fue decidido por la cobertura aérea. A partir de ese momento la iniciativa en el frente del Pacífico pasó en forma definitiva a manos de los norteamericanos, los que iniciaron una ofensiva imparable, saltando de isla en isla, en un avance no exento de dificultades ante el fanatismo mostrado por las tropas japonesas, que los llevaría poco a poco a ir estrechando el cerco en torno al Imperio del Sol Naciente.

El 30 de junio el exhausto ejército del general Erwin Rommel, el *Zorro del Desierto*, en su avance por el norte de África penetró en Egipto hasta menos de 100 kilómetros de Alejandría. Pero a esas alturas el *Afrika Korps* había sufrido un desgaste enorme. Más todavía: desde sus bases en la isla de Malta la aviación británica había cortado prácticamente las rutas de aprovisionamiento de los alemanes, de tal forma que sus reservas estaban reducidas al mínimo. Mientras tanto los británicos, y tal como sería característico en las operaciones de su nuevo comandante en jefe el general Bernard Montgomery, estaban preparando con toda parsimonia sus fuerzas, acumulando ingentes cantidades de material de guerra –sobre todo blindados– disponiéndose para frenar el avance alemán de manera decisiva. No puede extrañar así que entre el 23 de octubre y el 4 de noviembre el ejército de Rommel resultara completamente batido en la batalla de *El Alamein*. También en el norte de África la guerra cambiaba de curso.

Pero el giro decisivo del conflicto tuvo lugar en el principal de los frentes terrestres: el que enfrentaba a las dos potencias totalitarias en las inmensidades del territorio ruso. Después de su fracaso de 1941 ante Moscú, y ante la evidente debilidad de la *Wehrmacht*, Hitler decidió concentrar todas sus fuerzas en el frente sur. Esto es, se trataría de conquistar los más ricos territorios de la Unión Soviética para asegurar el abastecimiento de petróleo y otras materias primas de importancia estratégica, al mismo tiempo que se ocupaban los espacios considerados como más adecuados para instalar a familias germánicas que irían dando forma a la utopía racial nazi.

La ofensiva de verano alemana se inició con grandes éxitos; se conquistó Crimea y las tropas alemanas avanzaron profundamente hacia el este, pero todo a costa de un gran desgaste. Por su parte, los rusos, que ya habían aprendido la lección, evitaban las batallas decisivas para

evitar los embolsamientos que habían sufrido durante las campañas de 1941, haciendo retroceder a sus tropas antes de que fueran rodeadas, Cedían espacio, pero mantenían toda su fuerza. Frente a ello Hitler, ilusionado con los éxitos iniciales, cometería el error de dividir sus ya débiles unidades, cuyas líneas de comunicación eran cada vez más extensas y tenues. Una parte de ellas debería avanzar hacia las profundidades del Cáucaso mientras el resto tomaba la ruta hacia Stalingrado. Hacia el mes de septiembre, después de cruzar el Don, el Sexto Ejército llegaba al río Volga y empezaba a penetrar en los suburbios de la ciudad de Stalingrado.

Hitler se empecinó en la conquista de esta ciudad, la que, desde el punto de vista estratégico, no tenía mayor importancia, pero que a sus ojos aparecía dotada de un valor simbólico, al llevar el nombre de su enemigo. Como consecuencia de ello las tropas alemanas se involucraron en una lucha casa por casa, lo que las fue consumiendo. Perdían aquí las grandes ventajas que habían demostrado tener sobre los rusos en la guerra de movimiento. Ahora, en cambio, serían la tropas del Ejército Rojo las que se mostrarían más duchas en las habilidades de la guerra de posición y cuerpo a cuerpo. Mientras tanto dejaron desguarnecidos los flancos del saliente que formaba la ciudad. Y esta situación la aprovecharon de forma magistral los rusos, cuyos mandos habían aprendido muy bien la lección luego de las aplastantes derrotas sufridas al inicio de la contienda, los que pasaron al contraataque sobre los flancos del saliente que constituía la ciudad, arrojando a las tropas aliadas de Alemania y cercando en la ciudad al Sexto Ejército alemán del general Friedrich Paulus y algunas unidades rumanas; un total de 250.000 hombres. Finalmente, el 31 de enero de 1943, 90.000 soldados alemanes debieron rendirse a los rusos. De ellos sólo sobrevivirían algunos miles.

Era ésta, sin lugar a dudas, la derrota más grande que había sufrido el Ejército alemán en el curso de la guerra. La iniciativa, también en este frente, pasaría a manos de los rusos. La noticia cayó como una bomba entre la población alemana provocando un profundo *schock*, una gran conmoción. ¡Nunca en retaguardia el ánimo había estado tan bajo! Por primera vez el mito hitleriano se veía sacudido desde la misma base; se empezaba a dudar en la infalibilidad del *Führer*. El pueblo no había olvidado que sólo un par de meses antes Hitler les había asegurado que Stalingrado estaba a punto de caer. Precisamente como respuesta a esta

brusca caída del ánimo del pueblo alemán es que Goebbels anunció el inicio de la guerra total. Stalingrado debía transformarse en un medio de propaganda.

Los años malos que ahora se iniciaban trajeron también consigo una radicalización del régimen. Por ejemplo, en materias económicas el peso del Estado se hizo sentir cada vez con más fuerza y se empezó a hablar en forma abierta de la necesidad de socializar parte importante de la industria. Fue también el momento en que comenzó a concretarse la “solución final” del problema judío.

Pero, más allá de todo esto, resultaba evidente que la guerra estaba perdida para Alemania. La iniciativa había pasado a sus rivales, los que crecían en fuerza –tanto en lo humano como en lo material–, mientras Alemania se desangraba a pasos agigantados.

15. ¿Quién ganó la guerra? Hacia la formación de un nuevo orden mundial

Cuando comenzaba el año 1943 la guerra estaba prácticamente definida en favor de los Aliados. Sólo restaba determinar la forma a través de la cual se llegaría al final. En ese sentido pasaban a tener particular interés los acuerdos diplomáticos a los que llegarían las potencias de la coalición triunfante.

Ya en el mes de agosto de 1941 se había tomado una primera decisión de importancia cuando Roosevelt y Churchill, en la *Carta del Atlántico*, acordaron que, en caso que Estados Unidos se viera involucrado en la guerra, debía darse prioridad a la lucha contra Alemania, considerado el rival más peligroso. Esto quedó confirmado en la *Conferencia de Washington* celebrada a fines de 1941: el *Germany-First* pasaba a ser una realidad operativa. Eso es lo que explica el que la guerra terminara antes en Europa que en el Pacífico. Así se salvó Alemania de recibir las bombas atómicas que cayeron sobre suelo japonés.



Franklin D. Roosevelt y Winston S. Churchill leen un comunicado conjunto por el que se anuncia la Operación Antorcha, el desembarco Aliado en el norte de África.

Acuerdos importantes se tomaron también en el ámbito de la cooperación económica. En este sentido la economía norteamericana se puso al servicio del esfuerzo militar británico y, de una manera menos planificada y regulada, haría importantísimos aportes materiales a la Unión Soviética, los que resultaron clave para ésta, sobre todo durante el primer año de su guerra contra Alemania. Después los rusos serían capaces por sí mismos de producir inmensas cantidades de material bélico, superando la producción del régimen nazi. Es así como hasta el año 1945 los rusos recibieron de Norteamérica 13.000 tanques, 15.000 aviones, 427.000 camiones, 50.000 *jeeps*, más de dos millones de toneladas de acero y 420 mil toneladas de aluminio.

Debe recordarse que, en esos momentos, las tropas de Stalin soportaban casi en solitario el peso de la máquina de guerra alemana. Las fuerzas inglesas, mientras tanto, se enfrentaban a Alemania sólo en el norte de África, donde se movía un volumen muy inferior de fuerzas. De ahí que, ya desde la *Conferencia de Washington*, se empezara a discutir la posibilidad de efectuar un desembarco en la costa francesa del Canal para descargar la presión que estaba sufriendo el aliado soviético y, por supuesto, eran los rusos los que más insistían para que una operación de esa naturaleza se concretara con la mayor prontitud. Ya en marzo de 1942 los norteamericanos bajo la dirección del general Dwight Eisenhower empezaron a estudiar un plan de invasión que debía ejecutarse a comienzos de 1943, la llamada *Operación Bolero*.

Pero ésta nunca se concretó. En la 2ª *Conferencia de Washington* Churchill sugirió dar prioridad a un desembarco en el África del norte francesa para caer sobre las espaldas del ejército de Rommel que en esos momentos avanzaba hacia Egipto. Los norteamericanos terminaron por allanarse a este planteamiento: Eisenhower, recién nombrado jefe de las tropas americanas en Europa, se convenció de que Alemania era aún demasiado fuerte como para desafiarla en la Europa continental. Se impuso así la estrategia periférica de los ingleses y en el mes de noviembre de 1942 se producía el desembarco aliado en Casablanca y Orán. Pese a la resistencia que opusieron al mismo las tropas francesas de *Vichy*, la operación resultó plenamente exitosa y Hitler se vio obligado a enviar a África los refuerzos que en su momento negó a Rommel para evitar se produjera el colapso del frente africano.

Mientras tanto, en enero de 1943, Roosevelt y Churchill se reunían en la *Conferencia de Casablanca* (Marruecos) para determinar el futuro curso de las operaciones. Stalin se negó a asistir, lo que demuestra lo tensas que se encontraban en esos momentos las relaciones con el dictador ruso como consecuencia de la demora Aliada en abrir un segundo frente en Europa. En Casablanca se tomó una serie de decisiones que resultaron cruciales para el posterior curso de las hostilidades.

En el ámbito estrictamente militar debe destacarse, en primer lugar, el acuerdo en torno a intensificar la guerra antisubmarina en el Atlántico. En este ámbito, y tal cual ocurriera durante la Primera Guerra Mundial, la marina alemana estaba cosechando sus mayores éxitos. Precisamente en el mes de noviembre de 1942 los *U-Boote* alemanes lograban su récord de la guerra, al hundir 105 buques mercantes enemigos con un desplazamiento total de 650.000 toneladas. Pero ya en el mes de marzo del año siguiente empezaban a notarse los efectos de la decisión tomada en Casablanca aumentando el número de pérdidas de submarinos y reduciéndose en forma drástica el tonelaje de mercantes hundidos. Las razones de este cambio se explican, en lo fundamental, por el uso masivo del radar que empezaron a hacer los aviones aliados que patrullaban el Atlántico norte y quizá si más importante todavía, por el hecho de que lograron descifrar el código de comunicaciones que usaban los submarinos por medio del computador electrónico Colossus. También en el mar la balanza se inclinaría inmisericordemente en favor de los aliados. Los nuevos y sofisticados modelos de submarinos que Alemania lograría producir llegaron ya muy tarde para cambiar el curso de la contienda. Estaban lejanos los tiempos en que el U - 47 del comandante Joachim Priem había podido entrar y salir sin ser detectado de la base naval británica de Scapa Flow.

También se decidió en Casablanca intensificar la ofensiva aérea contra Alemania. A los bombardeos nocturnos de las ciudades alemanas que venían desarrollando los británicos se agregarían los masivos ataques diurnos de cerradas formaciones de “fortalezas volantes” americanas. El objetivo sería no sólo destruir determinados objetivos industriales y estratégicos, sino, sobre todo, minar la moral, la voluntad de resistencia de la población alemana y así acelerar el término de la guerra. En este caso y pese a su inaudita crueldad, a los altísimos grados de violencia y a

lo masivo de los ataques, éstos estuvieron lejos de alcanzar los objetivos propuestos. Salvo la producción de petróleo y las comunicaciones, la producción de bienes de guerra no se vio seriamente afectada, salvo en el año final del conflicto. De hecho, el *peak* de la producción alemana se alcanzó en medio de la devastación producida por estos bombardeos.

Tampoco se vería afectada de manera fundamental la voluntad de resistencia de la población pese a que como consecuencia de estos bombardeos indiscriminados murieron cerca de 500.000 personas. Ya a fines de 1944 habían sido destruidas 4/5 del total de ciudades alemanas con más de 100.000 habitantes. Todas las grandes ciudades germanas quedaron, en buena medida, reducidas a escombros. Fueron bombardeadas 131 ciudades. Algunas varias veces. El récord lo tuvo Berlín, que debió soportar 29 grandes ataques. 10 millones de personas debieron evacuar-se desde los centros urbanos al campo. Se destruyeron cuatro millones cien mil viviendas, el 20% del total de Alemania.

Por lo demás los bombardeos del general Arthur Harris –el cerebro detrás de esta forma de guerra– eran fríamente planificados y se irían perfeccionando las técnicas para provocar el máximo de daño posible. De esta forma se buscaba, por ejemplo, alcanzar una combinación óptima entre bombas explosivas e incendiarias. Estas últimas estaban destinadas a caer en el centro histórico de las ciudades constituidas por casas de madera separadas por estrechas callejuelas. Como resultado se producía un incendio gigantesco que no sólo destruía todo, sino que también consumía la totalidad del oxígeno del aire, de tal manera que la población que se había escondido en los sótanos para escapar del efecto de las bombas explosivas ahora moría asfixiada.

El ejemplo más representativo de estos ataques fue el bombardeo de la ciudad de Dresden los días 13 y 14 de febrero de 1945. Una vez que las tropas rusas comenzaron a penetrar en las provincias orientales de Alemania se habían reunido en dicha ciudad 950.000 personas, la mayoría huyendo de las tropas de Stalin. Pese a que se trataba de una ciudad sobrepoblada, abarrotada de civiles, fue objeto de dos oleadas de bombardeos. 772 *Lancaster* ingleses, enviados por el general Harris, dejaron caer sobre la ciudad alrededor de 2.650 toneladas de bombas, entre ellas 650.000 bombas incendiarias, en el interior de la ciudad. A los pocos minutos el centro de Dresden parecía una inmensa fogata. Y faltaba la aparición de 316 bombarderos americanos con sus 781 toneladas de explosivos.

Todavía se discute el número total de muertos que dejó como secuela este demencial bombardeo, pero se ha llegado a un cierto acuerdo en cuanto a que las víctimas habrían sido unas 35.000. Se habían superado los 30.000 de Hamburgo. Sin duda fue ésta la faceta más criminal en lo que a conducción de la guerra por parte de los aliados se refiere.

Otra decisión tomada en Casablanca, y que sería de ejecución inmediata, se refiere al avance hacia Túnez para luego cruzar el Mediterráneo y desembarcar en Sicilia. Al mismo tiempo se aplazaba una posible invasión de Francia para el año 1944. La verdad es que Churchill trató de convencer a sus aliados norteamericanos de la necesidad de concentrar fuerzas en el Mediterráneo para avanzar desde el sur contra Alemania, cortando el avance ruso hacia occidente (y, de paso, mejorar la posición de Inglaterra en una zona clave para la defensa de su imperio colonial) por ejemplo, a través de una penetración en los Balcanes. Pero los norteamericanos, guiados por consideraciones más pragmáticas y de corto plazo, tenían una visión distinta de la situación. Para ellos con su resistencia de los años 41 y 42 los rusos habían demostrado que podían seguir soportando, con éxito, el peso de la lucha contra Alemania. De esta forma se redujo de 215 a 89 el número de divisiones norteamericanas y el peso de la producción se trasladó a la marina y la aviación, claves en la lucha contra Japón. Se estaba prefigurando el destino definitivo de Europa oriental.

En lo inmediato, las tropas aliadas avanzando desde Marruecos y desde Egipto terminaron por rodear a los restos de las fuerzas alemanas del norte de África en Túnez, donde terminaron por rendirse 250.000 soldados alemanes e italianos que serían tomados prisioneros. Ya en el mes de julio, norteamericanos e ingleses desembarcaban en la costa sur de Sicilia para luego cruzar a Italia. ¡Los Aliados ponían otra vez pie en la Europa continental!

Ante estos embates el régimen fascista de Benito Mussolini, ya muy debilitado por los continuos reveses militares que sus tropas habían sufrido desde el inicio de la contienda, se derrumbó. El Gran Consejo Fascista le pidió la dimisión y el nuevo gobierno, dirigido por el Mariscal Pietro Badoglio empezó a negociar la salida de la guerra. Pero los alemanes, que ya esperaban una reacción como ésta, hicieron avanzar con rapidez sus tropas hacia el sur y tomaron el control de Italia. Mientras tanto Mussolini, que se encontraba prisionero, era rescatado

en una audaz operación por un comando alemán dirigido por el oficial de las S.S. Otto Skorzeny, para ser instalado en el norte de Italia a cargo de un gobierno títere conocido como la *República de Saló*. El primero de sus aliados y el líder que en los inicios de la carrera de Hitler le había servido como modelo, estaba terminado. Moriría linchado, sin pena ni gloria, al final de la guerra.

Desde el punto de vista estrictamente militar el avance por la península itálica resultó mucho más lento que lo presupuestado por el alto mando anglo-norteamericano. De hecho, la resistencia alemana en ese teatro de operaciones se mantendría prácticamente hasta el final de la contienda. Quedaba también demostrado que un avance por la complicada geografía balcánica no hubiera sido fácil.

Un último y no por eso menos importante acuerdo tomado en Casablanca sería el de exigir la “rendición incondicional” de Alemania, Italia y Japón. Esto significaba que no se negociaría con ellos. La guerra debía terminar con su derrota total y completa sin que cupiera ninguna solución intermedia. La razón de esta decisión parece haber estado en el hecho de que Roosevelt y Churchill querían dar a Stalin una señal de que bajo ninguna circunstancia pactarían con Hitler. Debe considerarse que la coalición antinazi vivía en esos momentos un periodo muy difícil. El líder bolchevique, ante el continuo aplazamiento del desembarco en la costa francesa, se sentía traicionado. De hecho, rehusó asistir a una ya pactada reunión con Roosevelt y retiró a sus embajadores en Washington y Londres. Llegó hasta el extremo de iniciar contactos con Alemania a través de Estocolmo, para alcanzar una paz por separado, sobre la base de los límites de 1914 y libertad de acción en la zona de los estrechos, pues temía que el desgaste que estaba sufriendo Rusia, casi en solitario, la dejaría a merced de los occidentales una vez que la guerra terminara. Por el lado alemán, la consecuencia de esta decisión fue el reforzar el sentimiento de que sólo cabía luchar con todas las fuerzas hasta el final. Dicho de otra manera, perdió sustento cualquier posibilidad de llegar a un acuerdo negociado que hubiera podido plantearse desde algún sector. De ahí que, incluso los más acérrimos opositores del nazismo, deberían enfrentar el dilema de seguir tolerando el criminal régimen de Hitler o dar un golpe de estado que dejaría inerte a su país en manos de sus enemigos, configurándose de alguna manera una traición.



Hitler y el Mariscal Goering tras el atentado del 20 de julio de 1944.

Esto ayuda a explicar la débil actuación que en general tuvieron los movimientos de resistencia contra Hitler durante toda la guerra. En la práctica el único intento serio por derribarlo del poder sería el famoso atentado del 20 de julio de 1944 planificado por un amplio espectro de conspiradores, pero en el que predominaban representantes de las antiguas elites –conservadores– y militares. La figura principal del complot sería el coronel Claus Graf Schenk von Stauffenberg. Éste, aprovechando que tenía acceso al cuartel general del *Führer*, logró ese día depositar a los pies del caudillo nazi su maletín con una bomba. Pero Hitler, protegido en parte por las fuertes bases de la mesa de operaciones sobre la que se discutían los planes sobre la conducción de la guerra, logró sobrevivir al atentado. El edificio quedó destruido y él mismo sufrió algunas heridas pero... seguía vivo. Con ello no hizo más que reforzarse su creencia de que era un elegido de la “providencia”. Stauffenberg y el

grupo principal de conspiradores fueron de inmediato ejecutados. Al mismo tiempo se detuvo a cerca de 200 personas relacionadas de alguna manera con la conspiración, los que fueron llevados al *Volksgerechtshof*, juzgados y luego colgados.

Por su parte, en lo personal, Hitler a partir de ese momento pasaría a lamentarse de no haber eliminado a las antiguas elites como había hecho Stalin a través de las purgas. El 24 de febrero de 1945, por ejemplo, hablando ante un grupo de funcionarios del partido, diría: “Liquidamos a la izquierda pero, lamentablemente, olvidamos dar un golpe similar contra la derecha”.



El Coronel Claus Graf Schenk von Stauffenberg, figura clave en el atentado contra Hitler de 20 de julio de 1944.

Tras Casablanca se aceleró el derrumbe de Alemania. No sólo en el mar, en el aire, en el norte de Africa y en Italia sus tropas se verían sobrepasadas, mientras que en el este el avance del Ejército Rojo se hizo incontenible. Por primera vez fracasaba en territorio ruso la ofensiva de verano de la *Wehrmacht*. Ésta había tenido un objetivo muy limitado:

conquistar el “saliente de Kursk” y destruir allí la mayor cantidad posible de tropas rusas para demostrar la superioridad de las tropas alemanas. Pero a esas alturas, *Ultra* permitía a los rusos conocer con detalle la planificación alemana, de tal forma que pudieron construir un gigantesco y sofisticadísimo sistema defensivo, concentrar una gran cantidad de efectivos –superarían a los alemanes en una relación de 3 a 1 tanto en hombres como en material–, e incluso determinar con exactitud el lugar y el momento exacto del ataque, para sorprender a sus enemigos con un feroz bombardeo una hora antes de que se iniciaran las operaciones. Con todo ello el ataque iniciado el 5 de julio de 1943, pese a conseguir avances importantes de hasta 20 o treinta kilómetros, no lograría romper las defensas rusas para avanzar hacia campo abierto, como había ocurrido en los veranos anteriores. La superioridad rusa era muy grande y los combates coincidirían con el desembarco aliado en Sicilia, por lo que los alemanes no podrían reforzar sus tropas. Además en las semanas siguientes el Ejército Rojo desencadenaría dos gigantescas ofensivas tanto al sur como al norte de Kursk. Si se considera el conjunto de todos estos combates a partir de la *Operación Ciudadela*, constituyen la batalla más grande de toda la Segunda Guerra Mundial. Pese a que durante ésta las pérdidas rusas serían cerca de 4 veces superiores a las alemanas y que la *Wehrmacht* había logrado evitar que los rusos lograran su objetivo que era llegar hasta Prusia Oriental, era evidente que ya nunca más recuperarían la iniciativa en el este. Ya en el mes de noviembre las tropas soviéticas reconquistaban Kiev, la capital de Ucrania, y empezaban a acercarse a la antigua frontera polaco-soviética. ¡Cuando en el mes de enero de 1944 el Ejército Rojo cruzaba la antigua frontera con Polonia todavía ningún soldado angloamericano había pisado territorio francés!

En esas circunstancias tendría lugar uno de los hitos más importantes en el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial: la *Conferencia de Teherán*, entre el 28 de noviembre y el 1 de diciembre de 1943, la primera reunión de los “tres grandes”, Roosevelt, Stalin y Churchill.

Hasta ese momento no se podía hablar de que existiera una real alianza entre las potencias occidentales y la URSS. Ya hemos visto la tensión que se vivía entre Rusia y su contraparte anglonorteamericana a propósito de la demora de éstos en abrir un segundo frente en Europa. Stalin jugaba con la idea de una paz por separado con Hitler.

(En febrero de 1942 había dicho que la Unión Soviética no pretendía “aniquilar al pueblo alemán ni hacer desaparecer a Alemania”. Y agregaba: “Los Hitler vienen y se van pero el pueblo alemán y su Estado permanecen”).

Y se sucedían otros puntos de conflicto. Por ejemplo, el caso polaco. Mientras los rusos mantenían viva su pretensión de quedarse después de la guerra con el territorio de Polonia oriental que habían conseguido de Alemania a través del pacto Ribbentrop-Molotov, el gobierno polaco en el exilio con sede en Londres naturalmente quería preservar la integridad de su Estado. Este problema se agravó todavía más cuando se descubrieron las fosas de Katyn. Otro motivo de fuertes roces surgiría de la capitulación de Italia. En este caso las potencias occidentales se mostraron decididas a negociar y fijar todo el nuevo marco político para el Mediterráneo sin intervención de la Unión Soviética. La consecuencia obvia sería otra vez la molestia de Stalin.

Pero ya a partir de mediados de 1943 los norteamericanos empezaron a mirar con otros ojos a su aliado ruso. El Estado Mayor de Estados Unidos llegó a la conclusión de que, tras la guerra, a Rusia le correspondería jugar un papel dominante en Europa por lo que convenía ganarse su amistad. Y a ello hay que agregar las ilusiones que se hacía Roosevelt respecto de Stalin en el sentido de que el régimen bolchevique habría sufrido una transformación radical con la guerra, acercándose a los valores democráticos occidentales.

Al mismo tiempo que se ablandaba el flanco de las relaciones con la URSS se endurecía aquel que parecía tan libre de conflictos como era el que ligaba a Estados Unidos con Gran Bretaña. En efecto, en el mismo mes de agosto de 1943 surgieron los primeros conflictos estratégicos serios entre ambas partes cuando en la *Conferencia de Quebec* los norteamericanos impusieron su criterio de dar prioridad a la invasión de Francia, como quería Stalin, sobre la proposición de Churchill que, como siempre, pretendía intensificar la guerra en el Mediterráneo.

Es en este contexto donde debe ubicarse Teherán: la balanza se empezaba a inclinar del lado ruso. Ya el lugar elegido es sintomático: una ciudad momentáneamente ocupada por las tropas soviéticas a la que el Presidente norteamericano, ya muy enfermo, se vio obligado a llegar en un vuelo con varias escalas a través de medio mundo. No extraña así que el destino de Europa tras la guerra quedara en la prác-

tica ya definido a través de los acuerdos a que llegaron las potencias en Teherán.

Punto central lo constituirían las cuestiones de límites en Europa Oriental (mientras los asuntos relativos a la estructura interna de los países de la zona quedaban abiertos, prefigurándose la solución de las “democracias populares” a que se llegaría tras la guerra en todos los territorios ocupados por las tropas soviéticas). Paradigmática será la decisión que se tomó respecto de Polonia. Este país, en cuya defensa Inglaterra y Francia se habían embarcado en una guerra que terminaría por ser mundial, debía correrse ahora hacia occidente, a costa de territorio alemán, para saciar el apetito de Stalin que quería también empujar hacia occidente la frontera rusa. Esto implicaría, además, la expulsión de millones de alemanes y la estrecha dependencia de Polonia respecto de la URSS. Adelantando hechos posteriores, debe recordarse que ya en agosto de 1944 las tropas rusas estaban a las puertas de Varsovia, la capital polaca, momento en que el ejército polaco dependiente del gobierno en el exilio se levantaba contra los alemanes. Los rusos en vez de apoyar esta revuelta esperaron que los alemanes los aniquilaran, para luego derrotar a los nazis, ocupar la ciudad e instalar un gobierno comunista: el gobierno polaco en el exilio, cuyas tropas habían apoyado el esfuerzo aliado en diversos frentes con heroicidad, se quedaba sin pan ni pedazo. Polonia repartida al inicio de la guerra entre los dos déspotas totalitarios, terminaba por quedar totalmente en las manos de Stalin.

En otro plano, se acordó también la división de Alemania, aunque en el momento no se determinara la forma exacta de esta partición. Ésta era una idea que circulaba desde muy antiguo entre los Aliados y que demuestra que la guerra que ellos llevaban adelante no se hacía sólo contra el nacionalsocialismo, contra Hitler y su régimen, sino contra Alemania misma y la tradición prusiana: se temía a un estado que desde fines del siglo anterior se había erguido como una potencia de primera envergadura, en lo económico y en lo militar, capaz de desafiar al mundo en dos guerras de dimensiones universales. En esa dirección apuntó, en su momento, el *Plan Morgenthau*, elaborado por el Ministro de Hacienda norteamericano, que pretendió transformar a Alemania, por el desmantelamiento de su industria, en un país agrícola y pastoril. Tomaba forma la división de Alemania, que terminó siendo en sólo dos partes

–oriental y occidental– y no en más porque, como veremos muy luego, tras la guerra se invirtieron los frentes y los occidentales, desengañados, debieron unirse contra Stalin.

Otra basa en favor del dominio comunista de Europa Oriental tras la guerra quedó determinada por la decisión que se tomó en favor de Josif Broz Tito y contra el general Mihailovic en Yugoslavia. En esta zona de los Balcanes la guerrilla había sido muy activa en su lucha contra la ocupación nazi. Junto al gobierno *Ustacha* que dominaba en Croacia, dos movimientos guerrilleros se enfrentaban entre sí y contra los alemanes: el comunista de Josif Broz Tito, y el encabezado por el ministro de defensa del gobierno yugoslavo en el exilio, general Mihailovic. La decisión en favor de Tito prefiguró aquí también su definitivo triunfo, que le permitió erguirse, tras la guerra, y apoyado en los méritos de haber alcanzado la liberación de su país desde dentro, como el líder indiscutido del mismo, de una manera tal que terminaría transformándose en un problema hasta para su mismo correligionario José Stalin.

Churchill, como lo venía haciendo desde hacía algunos meses, procuró insistir en su idea de llevar adelante importantes operaciones en el Mediterráneo, aun a costa de atrasar en un par de meses el desembarco en el norte de Francia. Para ello incluso planteaba la posibilidad de presionar a Turquía para que se decidiera a intervenir en el conflicto y declarar la guerra a las potencias del Eje, abriendo un flanco que permitiría, al mismo tiempo que asegurar los intereses británicos en el Mediterráneo, obstruir de alguna manera el avance soviético hacia el interior de Europa. Pero Roosevelt, por las razones ya señaladas y pensando además en la ayuda que podía prestarle Rusia en su lucha contra el Japón, siguió el parecer de su Estado Mayor y el de Stalin, prometiendo a éste un desembarco en el norte de Francia para mayo de 1944 y descartando cualquier operación en el sur de Europa, salvo alguna acción de distracción en el sur del país galo. El líder ruso se comprometía por su parte a apoyar dichas operaciones a través de una gran ofensiva en el frente del este. Quedaba así de alguna manera prefigurada cuál sería la situación de Europa una vez terminado el conflicto mundial: Stalin se había asegurado la posibilidad de penetrar profundamente en el occidente europeo, para quedarse incluso con parte del territorio alemán.

Por lo demás, de todo lo tratado en Teherán se enteraría Hitler a través de *Cicerón*, un servidor albanés del embajador británico, de los más famosos espías que actuaron durante la Segunda Guerra Mundial.

La guerra entraba en su fase final. Manifestación ostensible de ello sería el hecho de que ya el 6 de junio de 1944 se concretaba el desembarco en Normandía, el famoso *Día D*. La más grande armada de todos los tiempos, constituida por 5.400 buques y apoyada por 12.000 aviones cruzaba el Canal para llevar adelante una operación sin parangón en la historia tanto por el volumen de fuerzas involucradas como por los medios técnicos empleados. El lugar elegido –uno de los sectores más anchos del Canal– se mantenía relativamente desprotegido, pues la mayoría del alto mando alemán pensó siempre que el desembarco tendría lugar en el *Paso de Calais*. Esta circunstancia hizo posible que los ejércitos que asaltaban la “fortaleza europea” utilizando vehículos anfibios, muelles flotantes y otros artilugios creados expresamente para esta operación, pudieran no sólo establecerse en las playas sino también aferrarse a ellas y empezar a avanzar hacia el interior del territorio francés.

Clave resultó ser la superioridad absoluta de que gozaban los Aliados no sólo en el mar, sino también en materia de inteligencia, con todas las posibilidades que concedía *Ultra* para asegurar la sorpresa y adelantarse a cualquier iniciativa enemiga, y también en el aire, de tal forma que los contraataques que intentaron las fuerzas blindadas del Ejército alemán –ubicadas no junto a la costa, sino muy a retaguardia– se vieron frenadas en seco por fuertes bombardeos aéreos. Además estos contraataques se demoraron pues Hitler creyó hasta el final que la operación de Normandía era sólo una maniobra distractiva frente al ataque principal que tendría lugar en Calais.

Por lo demás Hitler no disponía de reservas importantes para frenar el avance de las fuerzas que dirigía el general Eisenhower pues Alemania estaba siendo presionada en todos los frentes. En efecto, el *Día D* coincidió con una gran ofensiva en Italia que llevaría a las tropas angloamericanas a ocupar Roma el día 4 de junio; el 15 de agosto se concretaba el desembarco en el sur de Francia; mientras que, en forma paralela, el ejército ruso avanzaba implacablemente en el este hasta llegar a fines de junio a la frontera de Prusia Oriental –¡la guerra se empezaba a librar sobre territorio alemán!– y penetrar en agosto en Rumania, abriéndose

camino hacia Bulgaria y Hungría. Ello después de que tras la *Operación Bagration*, iniciada en el aniversario de *Barbarroja*, había colapsado de manera absoluta el Ejército del Centro alemán. Hitler había pagado caro su decisión de mantener en el este una defensa rígida con tropas débiles y ubicadas en posiciones muy expuestas para así no ceder ningún metro de terreno a los rusos.

El *Día D* se transformaría en una de las batallas decisivas de la guerra. Hitler había confiado hasta el final en que sería capaz de hacer fracasar el desembarco Aliado, con lo que la guerra tomaría un nuevo curso. Pero ésta fue una ilusión que estuvo lejos de concretarse. Además ingleses y norteamericanos demostrarían ser rivales mucho mejor preparados que los rusos, por lo que la lucha contra éstos sería particularmente dura.

En todo caso la situación era en esos momentos tan favorable a los rusos, que Churchill haría todavía un último esfuerzo por salvar algo de Europa Oriental de las garras de Stalin en lo que se conoce como el *convenio sobre las esferas de influencia* de octubre de 1944. El anciano político conservador voló a Moscú y en forma bastante informal –se escribe sobre una servilleta– acordaron con Stalin que Rumania debía quedar en un 90% bajo influencia rusa y un 10% para los aliados; porcentajes inversos se darían en Grecia; en Yugoslavia y Hungría la partija sería 50 y 50% y en Bulgaria 75% para los soviéticos y 25% para los aliados: si Stalin ya ocupaba la mayoría de esos territorios –con excepción de Grecia– era ya muy poco lo que se podía hacer por ellos.

Mientras tanto, en el frente japonés, a partir de la conquista de Guadalcanal –febrero de 1943– el avance de los norteamericanos saltando de isla en isla se hizo incontenible, siguiendo dos líneas de penetración: una en el Pacífico central con dirección al Japón y la otra en el Pacífico sur en dirección a las Filipinas. Todo esto en un momento en que el dominio americano en el mar y en el aire cortaba completamente las comunicaciones de Japón con sus posesiones en el Asia sudoriental.

Dentro de esas circunstancias globales no puede extrañar que ya el 25 de agosto entrara en París, para liberar la ciudad, una división blindada francesa y, con ella, el general Charles de Gaulle.

La situación del Ejército alemán era tan crítica que se hace posible pensar que, como lo planteó el Mariscal Montgomery que tenía a su car-

go el flanco izquierdo del avance Aliado, si éstos hubieran presionado de inmediato con un ataque concentrado a través de Bélgica y Holanda para caer sobre el Ruhr, quizá la Alemania nazi se hubiera derrumbado mucho antes o, por lo menos, se hubiera ganado terreno a los rusos en la competencia por llegar a Berlín. Pero Eisenhower detuvo la marcha de las tropas aliadas en consideración sobre todo a los problemas de abastecimiento que las afectaban y a la preocupación por la seguridad de sus líneas de comunicación, estiradas en exceso por lo rápido que había sido su avance.

Estas vacilaciones de las fuerzas invasoras permitieron a Hitler estructurar un nuevo sistema defensivo y, más todavía, intentar un contraataque: la *ofensiva de las Ardenas*. Para ello el caudillo nazi, que a esas alturas ya tenía sobre las armas a niños de 16 años y hombres de hasta 60, concentró sus últimas reservas. El plan tenía objetivos fantásticos y absolutamente irreales: penetrar entre los ejércitos inglés y norteamericano aprovechando las diferencias que habría entre ellos, llegar hasta la costa en *Antwerpen* y aniquilar al enemigo que quedaría así aislado. Esto significaría un golpe moral muy fuerte con el que se iniciaría el derrumbe de la ofensiva aliada. En la práctica, aprovechando la sorpresa inicial el Ejército alemán consiguió importantes éxitos locales, pero apenas el cielo quedó libre de nubes y pudo hacerse efectiva la absoluta superioridad aérea angloamericana el avance se estancó y la ofensiva terminó en un absoluto fracaso. Con ello Alemania perdió sus últimas reservas y ya sólo le quedaría a su Ejército aferrarse al terreno como pudiera. Debe notarse además que este esfuerzo final se hizo contra el oeste y no contra Rusia. Con ello se demostraba otra vez que esa supuesta barrera contra el bolchevismo que Hitler había querido mostrar al mundo que era la Alemania nazi, no tenía ninguna realidad: ahora, definitivamente, Europa quedaba abierta al avance de las tropas de Stalin.

Éstas iniciaron su gran ofensiva de invierno el 12 de enero de 1945 y en apenas 3 semanas llegaban al río Oder. Ahora le tocaba sufrir a la población alemana. Entre 12 y 15 millones de fugitivos de las provincias orientales de Alemania huyeron despavoridos ante el avance de las hordas rusas que cometían todo tipo de crímenes; parecía tener lugar una nueva invasión de los bárbaros. Y razones tenían los rusos para buscar venganza

después de todo lo que habían sufrido desde los inicios de la invasión alemana. El odio acumulado por años se veía además reforzado por la sorpresa con que descubrían el bienestar y todas las comodidades de que gozaba la población alemana, como era común en la Europa occidental, frente a la escasez extrema, el primitivismo y todo tipo de privaciones a los que los había acostumbrado el régimen soviético.

La derrota era inminente, como el mismo Hitler lo reconocía al señalar a uno de sus íntimos el 18 de marzo que el pueblo alemán se había mostrado muy débil, por lo que el futuro pertenecía al pueblo del este.

Y la situación era igualmente desesperada para los japoneses en el Pacífico. En el mes de octubre de 1944 el general Mc Arthur había iniciado la ofensiva sobre las Islas Filipinas –dentro de la cual entre los días 22 y 25, en el combate naval de Leyte, resultó destruida la mayor parte de la flota japonesa– la que había concluido ya hacia el mes de febrero del año siguiente.

En medio de esas circunstancias tuvo lugar la próxima reunión de los tres grandes: entre los días 4 y 11 de febrero de 1945 se reunieron en Yalta, península de Crimea y, por ende, dentro del territorio ruso, Roosevelt, Churchill y Stalin.

Este último terminó triunfando en toda la línea. Y es que más allá de la ingenuidad de los norteamericanos, su posición negociadora resultaba ser inmejorable. De hecho, sus ejércitos ya estaban en posesión de toda Europa oriental, incluyendo parte de Alemania, y mostraban, en esta última fase de la guerra, una potencia formidable. Al mismo tiempo los norteamericanos esperaban que los soviéticos les ayudaran a terminar en forma más rápida la guerra que libraban en el Pacífico contra el Japón. Debe recordarse que, hasta ese momento, no había guerra entre estas grandes potencias del extremo oriente y si bien Japón parecía estar en las últimas y la victoria americana se acercaba a pasos agigantados, la resistencia nipona se hacía cada vez más fanática –recuérdese por ejemplo el recurso frecuente a los aviones suicidas, los famosos *Kamikases*– por lo que se temía que la conquista de las islas del archipiélago japonés podía ser particularmente costosa en vidas humanas.

De esta forma se acordó en Yalta que dentro de los tres meses que siguieran a la capitulación alemana Rusia le debía declarar la guerra a Japón. Como contrapartida se reconocía a la Unión Soviética una posición

preponderante en el Asia oriental. La República Popular de Mongolia seguiría siendo un satélite de la URSS. Ésta recuperaría también todo lo que había perdido luego de la guerra ruso-japonesa de 1904-1905: volvería a ser rusa la parte sur de la isla de Sajalin; la bahía de Dairén sería internacional y se le arrendaría Puerto Arturo, recibiendo además la administración de los ferrocarriles del oriente de China y de Manchuria. A ello habría que agregar las Islas Kuriles que se apresuró a ocupar la Unión Soviética cuando Japón ya había sido derrotado merced al empleo del armamento atómico.

La debilidad o ingenuidad de Estados Unidos se pondría particularmente de manifiesto en lo que se refiere a los acuerdos a que se llegó respecto de Europa oriental. En Polonia y Yugoslavia, ya bajo dominio comunista, debían establecerse gobiernos de coalición con participación tanto de los partidos marxistas como de los gobiernos en el exilio de esos países. Ello significaba que estos últimos dejaban de ser considerados como los representantes legítimos de sus respectivas naciones: el resultado previsible sería el que con gran rapidez terminaría por hacerse efectivo el dominio comunista. Se estableció también que en los países liberados del dominio nazi se aplicaría el principio de elecciones libres, esto es, debían primar fórmulas democráticas al estilo americano. Era ésta otra ilusión que, como todas, terminaría en el más profundo desengaño. Por su parte, Stalin aceptó la inclusión de Francia en el Consejo de Control Aliado para Alemania, aunque la zona francesa de administración se sacaría de las zonas inglesa y americana: el líder ruso no se desprendería de nada de lo que ya había obtenido.

Esta manifiesta debilidad de Occidente frente a las pretensiones de Stalin se manifiesta con un carácter paradigmático en el hecho de que entre los acuerdos de Yalta figuró la repatriación de todos los ciudadanos soviéticos que manifestaran su deseo de volver, así como el retorno forzoso de todos los que llevaron el uniforme alemán o hubieren colaborado con el enemigo. Para Stalin la ignorancia absoluta de lo que ocurría en el extranjero constituía un requisito esencial del “socialismo en un solo país”. De esta forma, cualquier ciudadano ruso en el extranjero resultaba sospechoso para el líder soviético. Y lo peor es que ingleses, estadounidenses y franceses fueron mucho más allá de los acuerdos de Yalta, anticipándose a los deseos de Stalin.

Al finalizar la guerra –como recuerda Francois Furet– eran alrededor de 5 millones las “personas desplazadas de origen soviético. De ellas, unas 500.000 habían servido en el Ejército alemán, a los que deben añadirse los que servían en el ejército de Vlasov. Luego están los prisioneros de guerra, los deportados y, en fin, aquellos que huyeron al oeste en la última fase de la guerra. De esos 5 millones de hombres, la mitad de los cuales se encontraba dentro del territorio ocupado por el Ejército Rojo, 3 millones doscientos mil fueron repatriados en el verano de 1945. Cerca de dos millones fueron tomados a su cargo por las potencias aliadas y casi todos fueron devueltos a la URSS entre 1945 y 1947, de grado o por la fuerza.

Así pudo ocurrir, tras la guerra, que junto a las tropas triunfantes se vieran también en la Unión Soviética, según recuerdan testigos presenciales, “otros convoyes, otros vagones cerrados, con ventanillas enrejadas, que también se llevaban a soldados soviéticos; de esos vagones para ganado no salían música ni cánticos. Nadie acudía a recibirlos a las estaciones. Día y noche rodaban. Los navíos atracaban en muelles desiertos, y los militares soviéticos, bajo buena escolta, ponían pie en su tierra natal: eran los ex prisioneros de los campos de concentración nazis; también figuraban aquellos que, de grado o por fuerza, habían ayudado o servido a los alemanes; y, por último, estaban aquellos otros que, sin haber vivido en la Rusia posrevolucionaria, habían sido considerados ciudadanos soviéticos por los aliados estadounidenses, británicos y franceses, y entregados a las autoridades soviéticas, es decir, a la arbitrariedad y no a la justicia”.

En concreto, dos millones de prisioneros, acusados casi todos ellos de traición y juzgados en forma sumaria, terminaron poblando los campamentos del *Gulag*, cuando no fueron condenados a muerte y ejecutados. Las consecuencias de *Yalta* no podían ser más ominosas.

Mientras se desarrollaban estas conferencias internacionales la guerra se acercaba rápidamente a su fin. Tras el fácil paso del Rin por Remagen en el mes de marzo, el avance de las tropas angloamericanas hacia el centro de Alemania se hizo incontenible. Berlín parecía estar al alcance de la mano. De ahí la presión de Churchill para que el ataque final se diera en el norte, haciendo avanzar al ejército de Montgomery hacia la capital enemiga. Eisenhower, en cambio, que consideraba Berlín como un mero accidente geográfico, creía más importante presionar hacia el sur para

evitar que Hitler se refugiara en su “fortaleza alpina”, la que en realidad nunca existió. Así, mientras británicos y norteamericanos permanecían en el norte detenidos junto al río Elba –sin perjuicio de que en el flanco sur hayan podido ocupar parte de Checoslovaquia (Viena, en cambio, fue liberada por el Ejército Rojo)– las tropas soviéticas desencadenaban el día 14 de abril su última ofensiva que los llevaría a conquistar Berlín el 2 de mayo de 1945.

Desde los primeros meses de 1945 era evidente que Alemania estaba derrotada. De ello, pese a su aislamiento y fanatismo, se daba cuenta también el mismo Hitler. ¿Cómo juzgaba el fracaso de su obra? ¿Qué pensaba ante la evidencia de la derrota? Algo de ello lo daría a conocer en el *Testamento Político* que dictaría a su último hombre de confianza, Martin Borman, una vez encerrado en el *Bunker* de la Cancillería. Particular importancia atribuiría al hecho de que no prosperaran sus planes de alianza con Inglaterra. Criticaría a Churchill el que éste hubiera seguido practicando la tradicional política británica de equilibrio de poder en Europa siendo que ella ya había sido sobrepasada por los hechos. “No se pueden simplemente copiar tesis exitosas de épocas pasadas. La realidad de hoy, que ha cambiado la cara del mundo, es la existencia de dos colosos, Estados Unidos de América y la Unión Soviética. La Inglaterra del gran Pitt pudo mantener el equilibrio de poder en el mundo, impidiendo el surgimiento de cualquier potencia hegemónica en Europa. La realidad del presente debería haber obligado a Churchill a aprobar la unidad de Europa para asegurar el equilibrio del poder político en el siglo xx”. Y la unión europea, pensaba Hitler, sólo podía tener lugar bajo supremacía alemana. “¡Yo soy para Europa la última posibilidad! La nueva Europa surgirá no de votaciones parlamentarias, como tampoco de discusiones y resoluciones, sino sólo de la fuerza”.

Según Hitler, su falla habría estado en no haber sabido reconocer el importante influjo judío sobre la dirigencia británica. Por otra parte, respecto a su aliado italiano, Hitler estimaba que sólo le había reportado problemas a Alemania. La aventura del *Duce* en Grecia habría retrasado fatalmente la invasión de Rusia y “sin la alianza con Italia, Alemania habría tenido la posibilidad de liberar a los pueblos islámicos dominados por Francia”.

También consideraba un error su intervención en la Guerra Civil española a favor de Franco. Ahora reconocía que el franquista “era un régi-

men de plutócratas explotadores” que se enriquecía a costa del pueblo. “Yo estoy seguro, señalaba, que entre los llamados rojos en España hay muy pocos comunistas. A nosotros se nos engañó, pues, de haber estado al tanto de la real situación española, nunca habría aceptado que nuestros aviones sirvieran para eliminar a las masas hambrientas y restablecer en sus privilegios medievales a la nobleza y a los curas españoles”.

Una causa central de su fracaso la encontraba Hitler al final de sus días en el hecho de que el *Tercer Reich* no había llevado adelante una consecuente política revolucionaria. Él había llegado al poder aliado a las antiguas elites burguesas –en el Ejército, en la administración pública, en la economía y en la diplomacia–, a las que debía, en su momento, haber reemplazado por nuevas elites. “Nuestros generales y diplomáticos son, con pocas excepciones, hombres del pasado, que llevan adelante la guerra y la política de una época ya superada”.

Por el lado de los éxitos, Hitler anotaba en su *Testamento Político* el haber erradicado el “absceso judío”. Él habría luchado a cara descubierta contra los judíos dándoles una última advertencia en el momento en que estalló la guerra. “Yo les advertí en forma clara que si ellos llevaban al mundo de nuevo a la guerra, esta vez no se les perdonaría la vida, que la plaga sería definitivamente eliminada”.

Cuando Hitler hacía estas reflexiones sobre lo que había sido su carrera política era ya un hombre enfermo que se acercaba rápidamente al final de sus días. Un oficial de Estado Mayor que después de varios años lo volvió a ver el día 25 de marzo de 1945, lo describía así: “Se arrastra con dificultad y pesadamente; carga el cuerpo hacia adelante y arrastra las piernas. Le falla el equilibrio; para avanzar 20 ó 30 metros debe apoyarse en las paredes o en quienes lo acompañan. Tiene los ojos inyectados de sangre y sólo usando gruesos lentes puede leer textos escritos con letras tres veces más grandes que lo normal con una máquina de escribir especial. Por la comisura de los labios le corre la saliva; un cuadro desolador y terrible”.

No están claras las causas que habían provocado una tal degradación en el dictador nazi. Algunos piensan que Hitler padecía del mal de Parkinson, pero no existe ninguna seguridad al respecto. Otros sostienen que la causa de todos sus males estaría en las altas dosis de medicamentos que, desde fechas muy tempranas, le habría suministrado su médico personal Theo Morell. Pero, sin duda, también el

componente psicológico jugó un papel muy importante. Las tensiones cada vez mayores durante una guerra que irremisiblemente se perdía, encerrado en condiciones de vida insalubres –sin ver la luz del día ni respirar aire puro– en el *Bunker* de la Cancillería, y sobre todo el peso del fracaso, conformaron una carga que su humanidad no pudo soportar.

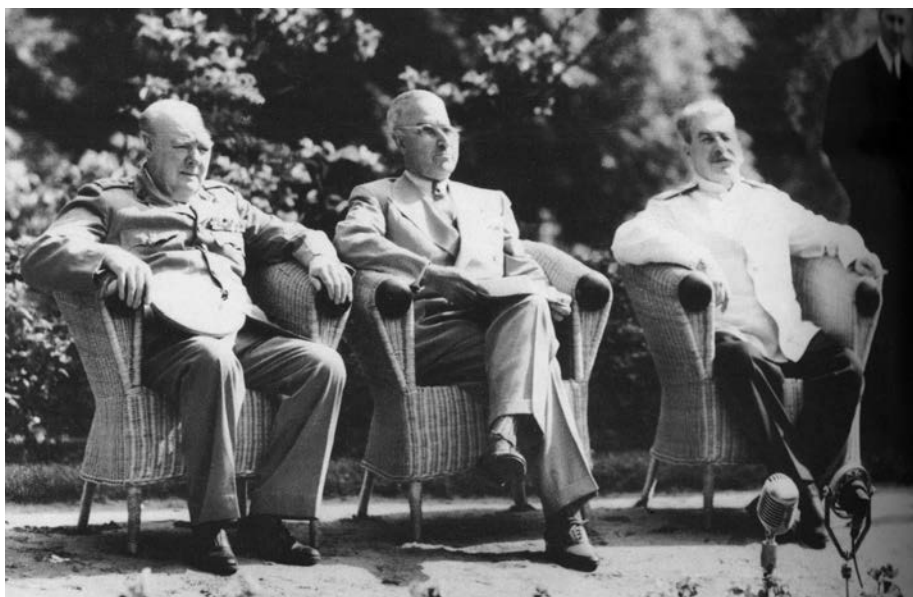
Las tropas rusas ya luchaban en las cercanías de la Cancillería cuando Hitler se suicidó. Era el mediodía del 30 de abril de 1945. Junto a él moría su amante y, desde el día anterior, esposa, Eva Braun. Ésta ingirió veneno mientras que Hitler se disparó un tiro en la sien derecha. Los cuerpos de ambos fueron llevados luego al jardín, rociados con bencina y quemados.

Por unos pocos días, hasta el definitivo final, lo sucedería en el poder el almirante Karl Dönitz. Ni Goering ni Himmler fueron considerados porque, pese a ser figuras de mayor tradición y peso en el partido, se habían visto involucrados en los últimos días en negociaciones de paz que no contaban con la autorización del *Führer*. Dönitz sólo trataría de ganar tiempo para salvar al mayor número posible de alemanes que venían huyendo del avance soviético. Pero la situación era absolutamente desesperada para sus fuerzas, de tal forma que ya el día 8 de mayo Alemania se veía obligada a firmar la capitulación total e incondicional en Berlín, en presencia del mariscal Georgij Zúkhov y del jefe del Estado Mayor de Eisenhower, teniente general Badell Smith.

La Segunda Guerra Mundial había terminado para Alemania. Sólo restaba que las potencias vencedoras se pusieran de acuerdo sobre su futuro y el de Europa, complementando las decisiones que ya se habían ido tomando en las principales conferencias de la guerra.

La última de ellas tendría lugar en *Potsdam* entre los días 7 de julio y 2 de agosto de 1945. La ya débil posición de occidente frente a Stalin se vería todavía reforzada durante ésta por el hecho de que el dictador ruso y su ministro de relaciones exteriores, Molotov, se verían enfrentados a contendientes nuevos y sin experiencia. Roosevelt había muerto a mediados de abril por lo que a *Potsdam* llegaría su sucesor, Harry Truman, acompañado de su nuevo ministro de asuntos exteriores Byrnes. Mientras que, sorpresivamente, durante el desarrollo de la conferencia, en las

elecciones que tuvieron lugar en Inglaterra, el Primer Ministro británico Winston Churchill era derrotado por el laborista Clement Attle, quien llegaría a la conferencia acompañado por su ministro Ernest Bevin. Allí se confirmaría el avance de Polonia hacia occidente –línea Oder-Neisse– y el que la Unión Soviética podía obtener reparaciones no sólo de su zona de ocupación en Alemania, sino también parte de las instalaciones industriales de las zonas ocupadas por Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia. De esta forma se consolidaba la división de Alemania, como también la de todo el continente: la *cortina de hierro* pasaba a ser una realidad.



Winston Churchill, Harry S. Truman y José Stalin en la conferencia de Postdam en agosto de 1945.

Sólo se logró frenar a Stalin en sus pretensiones de avanzar hacia el Mediterráneo y el Golfo Pérsico. No se aceptó por parte de las potencias occidentales los reclamos territoriales que haría a costa de Turquía, como tampoco sus pretensiones de pasar a controlar alguna de las ex colonias italianas. Por último se vieron obligados a abandonar Irán en 1946, que en su momento habían ocupado conjuntamente con los británicos. Todo esto demostraba, en el fondo, que en *Potsdam* sólo se estaban reconociendo las esferas de poder de cada uno de los nuevos bloques que dominaban el mundo tras la derrota de la Alemania nacional socialista.



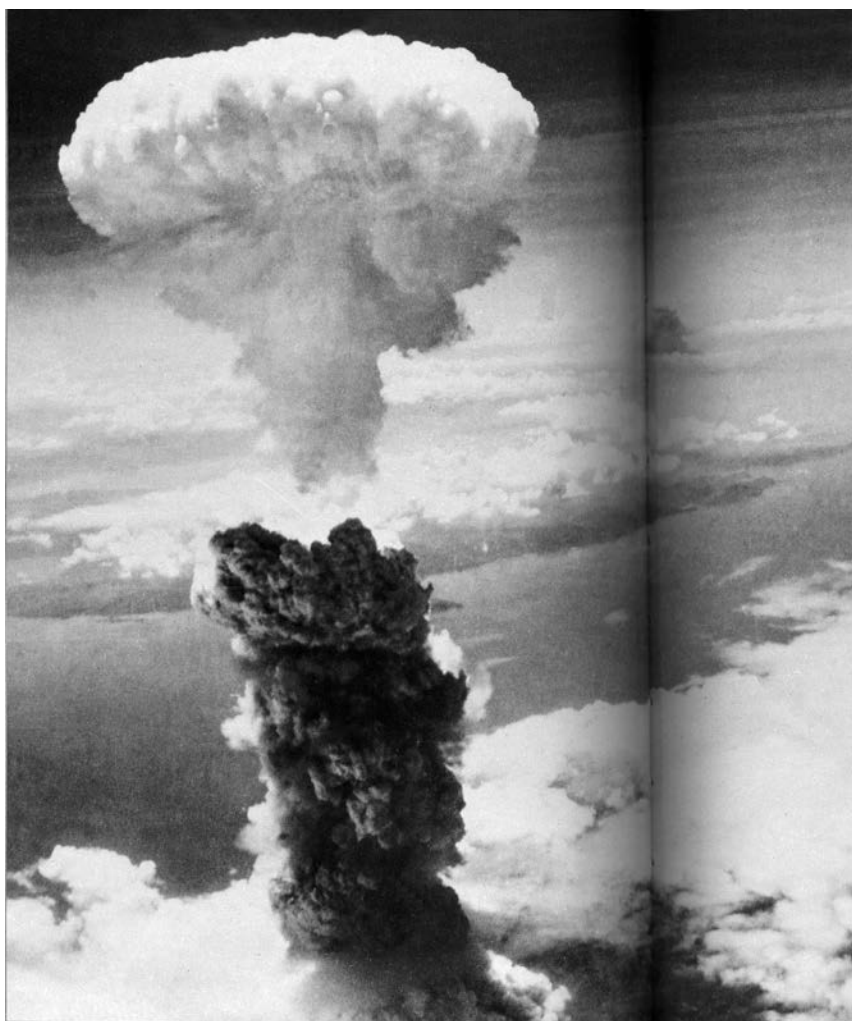
El día 1 de mayo de 1945 un soldado del Ejército Rojo hace ondear la bandera soviética sobre el Reichstag en ruinas, tras la capitulación de Berlín.



Hitler en el Berghof en 1944.

Terminaba recién la *Conferencia de Potsdam* cuando, desde el cielo, llegaba también a su fin la resistencia japonesa. El 6 de agosto de 1945 a las 8.15 hr un bombardero B-29, el *Enola Gay*, dejaba caer la primera bomba atómica –una bomba de uranio de cuatro toneladas y media bautizada como “Little Boy”– sobre la ciudad japonesa de Hiroshima. Había llegado el momento tan esperado por científicos, militares y sobre todo políticos norteamericanos. En pocos segundos la explosión y la ola de calor que la siguió transformó la ciudad en un verdadero infierno. El hongo atómico destruyó muros, incendió viviendas y mató o hirió a miles de personas. En una superficie de 13 kilómetros cuadrados no quedó nada en pie. De las 350.000 personas que al momento de la explosión habitaban la ciudad murieron, hasta fines de año, 140.000. Tres días después, el 9 de agosto le correspondería el turno al bombardero B - 29 *Bocks Car*, el que tenía como objetivo la ciudad de Kokura. En su interior llevaba la bomba de Plutonio *Fat Man*. La densa capa de nubes que la cubría salvó de la muerte a sus habitantes. El piloto cambió de curso para dirigirse ahora hacia Nagasaki, ciudad por la que había entrado la civilización occidental al Japón y que contaba con la mayor catedral católica del oriente asiático. A las 11.02 hr el avión dejó caer su carga mortal. Una cadena de cerros que recorre la ciudad limitó algo los efectos de la bomba. A pesar de ello murieron entre 60.000 y 70.000 habitantes de los 260.000 que tenía la ciudad. Si bien en número de víctimas estos bombardeos pueden ser comparados con el que sufrieron algunas ciudades alemanas e incluso la misma capital japonesa, Tokio, la diferencia estaba en que ahora el mismo efecto se había alcanzado no con miles sino con una sola bomba.

¿Por qué se decidieron los norteamericanos a usar esta arma terrible cuando la derrota definitiva de Japón aparecía como algo inevitable? Ya hemos dicho que la razón estuvo, en parte, en el hecho de que los norteamericanos temían que el asalto a las islas japonesas les iba a costar varios cientos de miles de vidas debido al fanatismo con que luchaban los japoneses, el que debía llegar al extremo en la defensa de sus tierras ancestrales. Pero también es probable que Truman haya pensado dar una clara demostración de su poder a la Unión Soviética en un momento en que había quedado en evidencia lo poco natural de una alianza que había tenido como única razón de ser el enemigo común.



Se inicia la era atómica. Hongo producido por la explosión de la bomba nuclear sobre Nagasaki, el 9 de agosto de 1945.

Antes de que los japoneses firmaran la rendición incondicional, el día 2 de septiembre de 1945 a bordo del acorazado *Missouri* en la bahía de Tokio, era un hecho que se estaba iniciando un nuevo conflicto mundial. Que no se transformara en guerra abierta sería también consecuencia del inmenso poder destructivo de aquellas armas atómicas que habían contribuido a acelerar el fin del conflicto.

Epílogo

Hitler con su expansiva política exterior había contribuido a empujar al mundo a una nueva guerra mundial. La Primera ya había provocado profundas y radicales transformaciones en el equilibrio de poder mundial, las que no quedarían en evidencia de inmediato sino recién ahora. Estados Unidos de Norteamérica pasaba a ser, a gran distancia, la primera potencia mundial, pero, durante un par de décadas, se retrajo sobre sí misma y sólo bajo Roosevelt y ante el desafío nazi-nipón se volcó hacia afuera para mostrar toda su fuerza. La Segunda Guerra Mundial la dejaría a la cabeza del mundo occidental desplazando definitivamente a Europa del lugar preponderante que había ocupado en el siglo XIX.

Inglaterra y Francia habían obtenido en 1918 un triunfo pírrico: la victoria las había dejado absolutamente desgastadas. Y aun cuando en apariencia siguieran mostrándose hacia afuera como las grandes potencias imperiales que habían sido durante el siglo anterior, el desafío hitleriano terminaría por ponerlas en su lugar: estaban superadas. Sólo sobrevivirían apoyadas en Estados Unidos y tendrían que ver desaparecer poco a poco sus inmensos imperios coloniales. En este campo, la humillación que les habían causado los japoneses frente a sus dominados había sido demasiado grande.

El colapso ruso durante la Primera Guerra Mundial había sido el terreno más apropiado para que se derrumbara el imperio de los zares y en medio de la anarquía reinante se hicieran con el poder los bolcheviques. El comunismo, encerrado en sí mismo bajo Stalin, había logrado consolidarse en lo interno y, en medio de los más terribles sufrimientos de su propia población, había transformado a Rusia en la militar e industrialmente poderosa Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Pero desde el punto de vista internacional aparecía como absolutamente aislada. Recién la Operación *Barbarroja* cambiaría de raíz esta situación arrojándola a los brazos de Inglaterra y Estados Unidos; la URSS se legitimaba ante occidente y lo seguiría haciendo al precio de la sangre de millones de sus soldados y de parte importante de la población civil, que soportarían durante mucho tiempo, casi en solitario, el embate de la *Wehrmacht* y de los teóricos raciales del nacionalsocialismo.

El fin de la Segunda Guerra Mundial la encontraría en cambio en plena expansión: ha conquistado toda la Europa Oriental incluyendo la mitad de Alemania y fuertes posiciones en Asia, las que puede justificar como precio por las víctimas que ha sufrido (más de 20 millones de muertos frente a los 650.000 angloamericanos fallecidos durante la contienda. En total durante la guerra murieron cerca de 60 millones de personas). Es más fuerte pero siguió en una posición precaria: el mundo comunista sería muchísimo más grande –e incluirá luego a China– pero debía enfrentar a Occidente, poseedor, durante algunos años, del monopolio atómico. Su fuerza sería más engañosa que real, como terminaría por demostrarlo su derrumbe estrepitoso, junto a todo su imperio, a fines de la década de los ochenta. Quizá, en su momento –es la duda que ahora surge– occidente pudo haber actuado con mayor fuerza y decisión.

Alemania y Japón eran los derrotados. Sus pretensiones imperiales, que en ambos casos se remontaban hasta el último tercio del siglo XIX, yacían definitivamente derrumbadas. Perdían territorios y el resto de aquél sería ocupado por el enemigo. Pero los salvó la *Guerra Fría*: bajo gobiernos democráticos se integrarían rápidamente a occidente para enfrentar a la Unión Soviética y volverían muy luego a ser fuertes –gracias a la calidad de sus reservas humanas– aunque ahora sólo en lo económico.

Recién en los noventa y tras la caída del *Muro de Berlín* nos encontramos en presencia de un nuevo escenario. La época de las guerras mundiales ha llegado a su fin.

Nota bibliográfica

Al comienzo de este trabajo hacíamos ver que la bibliografía existente al respecto hoy en día es prácticamente inabarcable. Dentro de ella sólo quisiéramos destacar algunas obras que nos parecen son de particular interés y calidad y que deben ser el punto de partida para cualquier intento de profundización sobre los temas tratados en este libro.

Entre las distintas biografías que se han escrito sobre Adolfo Hitler nos parece que la más lograda sigue siendo la de Joachim Fest, *Hitler. Una biografía*, cuya edición original se publicó en Berlín y Frankfurt en 1973 y la última en castellano en Barcelona el 2005. Todavía es un clásico la primera gran biografía que se escribió inmediatamente después de la guerra sobre el dictador nazi, *Hitler. Estudio de una tiranía*, de Allan Bullock, cuya primera edición en inglés es de 1952. El mismo autor ha publicado recientemente un nuevo y más ambicioso trabajo que toca el mismo tema *Hitler y Stalin. Vidas paralelas*, Barcelona, 1994, que tiene como novedad el elemento comparativo, pero que no recoge en forma plena los avances que ha tenido la investigación relativa al nacionalsocialismo en los últimos años. En el mismo estilo, pero más actualizada y con el inconveniente de forzar muchas veces el elemento comparativo, se publicó en Barcelona el 2006, *Dictadores: la Alemania de Hitler y la Unión Soviética de Stalin*, de Richard Overy. De las biografías más recientes y completas editadas en castellano se puede destacar la de la historiadora francesa Marlis Steinert, *Hitler*, Buenos Aires, 1996. Muy sugestivos, aunque –hasta donde sepamos– todavía no traducidos al castellano, son los trabajos de Rainer Zitelmann: *Hitler. Selbstverständnis eines Revolutionärs*, Stuttgart, 1989, y *Adolf Hitler. Eine politische Biographie*, Zürich, 1989. Consideraciones muy agudas se pueden encontrar en el ensayo de Sebastian Haffner, *Anotaciones sobre Hitler*, Barcelona, 2002. Para captar el ambiente de la toma del poder nacionalsocialista vale la pena leer las obras autobiográficas de Joachim Fest, *Yo no: el rechazo del nazismo como actitud moral*, Madrid, 2007 y de Sebastian Haffner, *Historia de un alemán*, Barcelona 2003.

De gran interés para conocer el ambiente en que se forjó la personalidad de Hitler durante los primeros años de su vida, antes de ser un político, es la investigación de Brigitte Hamann, *Hitlers Wien*, München, 1996.

La más reciente biografía sería sobre Hitler es la de Ian Kershaw, cuyo primer tomo, *Hitler 1889-1936*, ha sido publicado en Londres y Stuttgart en 1998, y el segundo, *Hitler 1936-1945*, en las mismas ciudades el año 2000 (en castellano, Barcelona, 2007). Es, sin duda, la más completa de las biografías existentes, desde el momento que ha podido aprovechar los importantes avances de la investigación sobre el tema en los últimos años. Pero no ha sabido captar a cabalidad al personaje biografiado. Ello se explica, en alguna medida, por haber sido escrita por un experto en historia social, que lo caracteriza por su tendencia a reducir la influencia personal de Hitler en el desarrollo del *Tercer Reich*. (Una tendencia similar es la que se nota en la obra en tres tomos de Richard Evans, sobre el *Tercer Reich* citada en la introducción).

Sobre el régimen nacionalsocialista en general se pueden destacar, dentro de las publicaciones traducidas al castellano, la de Karl Dietrich Bracher, uno de los más importantes y estudiosos investigadores sobre el tema, *La Dictadura Alemana*, Madrid, 1973, que es un magnífico resumen del desarrollo del régimen nazi desde sus raíces hasta su colapso. Klaus Hildebrand en su *El Tercer Reich*, Madrid, 1988, hace una apretada síntesis dividida en tres partes: el estado de la cuestión, las principales controversias y disputas interpretativas en torno a Hitler y el nacionalsocialismo, las fuentes y la bibliografía (la última edición alemana actualizada es del año 2003). Es un libro básico para cualquiera que quiera iniciarse en el estudio de ese periodo de la historia de Alemania. De gran interés nos parece también la obra de Michael Burleigh, *El Tercer Reich. Una nueva historia*, Madrid, 2002. Desde otra perspectiva, también es un aporte el libro de George Mosse, *La cultura nazi*, Barcelona, 1973.

Respecto a la política exterior de Alemania, hoy día resulta imprescindible la obra de Klaus Hildebrand, *Das vergangene Reich. Deutsche Aussenpolitik von Bismarck bis Hitler*, Stuttgart, 1996.

Un sentido distinto a los anteriores tiene la obra de Ernst Nolte *La guerra civil europea 1917-1945: nacionalsocialismo y bolchevismo*, México, 1994. Se trata de un trabajo provocativo que parte de la tesis de que el Gulag precedió a Auschwitz y éste fue una exagerada respuesta a aquél. Su publicación en Alemania dio lugar al llamado *Historikerstreit* que divide y enfrenta hasta hoy al mundo cultural alemán. Es una obra profunda y de carácter interpretativo que requiere, para su cabal com-

prensión, de algunos conocimientos previos tanto en materia de bolchevismo como de nacionalsocialismo.

La controversia en cuestión se ha visto reactualizada por dos obras referentes a los regímenes totalitarios comunistas, que tienen en común el aceptar la legitimidad de la comparación con el nacionalsocialismo alemán. Se trata de *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*, de Francois Furet, México, 1995 y de *El libro negro del comunismo. Crímenes, terror y represión*, de Stéphane Courtois (Ed.), Madrid, 1998.

Respecto al fascismo en general, continúa siendo un clásico la primera gran investigación de Ernst Nolte *El fascismo en su época. La Acción Francesa. El Fascismo italiano. El Nacionalsocialismo*, escrita en un estilo relativamente difícil. Hoy día, y con una perspectiva más amplia desde el punto de vista geográfico, resulta muy recomendable la obra de Stanley G. Payne, *Historia del fascismo*, Barcelona, 1995.

Siendo el antisemitismo y su radical y última consecuencia, el holocausto de los judíos europeos, una de las cuestiones claves para entender el nazismo, la bibliografía relativa al mismo es abundantísima. Un clásico al respecto es el libro de Raul Hilberg, *La destrucción de los judíos europeos*, Madrid, 2005. También lo es Adam, U.D., *Judenpolitik im Dritten Reich*, Düsseldorf, 1972. Otras obras de interés son los dos tomos monumentales de Saul Friedländer, *El Tercer Reich y los judíos (1933-1939) los años de persecución* y *El Tercer Reich y los judíos (1939-1945) los años de exterminio*, Barcelona, 2009; la reciente biografía del líder máximo de la S.S., *Heinrich Himmler. Biografía*, de Peter Longerich, Barcelona 2009; muy sugestivos y provocativos son los libros de Götz Aly, sobre todo su clásico, escrito en conjunto con Susanne Heym, *Vordenker der Vernichtung. Auschwitz und die deutschen Pläne für eine neue europäische Ordnung*, Frankfurt/M., 1993; también es ya un clásico el de Christopher R. Browning, *Ordinary Men: Reserve Police Battalion 101 and the Final Solution in Poland*, New York, 1992 y Phillippe Burrin, *Hitler und die Juden. Die Entscheidung für den Völkermord*, Frankfurt, 1993.

Las principales controversias historiográficas en relación con el fenómeno nazi y el fascismo en general se pueden estudiar –además de en la parte correspondiente del libro de Hildebrand ya citado–, en G. Schreiber, *Hitler. Interpretationen 1923-1983*, Darmstadt, 1984; Ernst Nolte, *Streitpunkte. Heutige und künftige Kontroversen um den Nationalsozialis-*

mus, Frankfurt, 1994 y de Renzo Felice, *El fascismo. Sus interpretaciones*, Buenos Aires, 1976.

Respecto a la Segunda Guerra Mundial, un buen resumen desde una perspectiva norteamericana son los dos tomos de Gerhard Weinberg, *Un mundo en armas: la Segunda Guerra Mundial, una visión de conjunto*, Barcelona 1995. Más reciente, conciso y fácil de leer es el libro de Williamson Murray y Allan R. Millet, *La guerra que había que ganar. Historia de la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, 2005. Para el desarrollo militar de la guerra sigue siendo interesante, pese a su antigüedad, la obra de Sir Basil Liddell Hart, *Historia de la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, 1972. También desde una perspectiva inglesa, Martin Gilbert, *La Segunda Guerra Mundial*, Madrid, 2005. Una muy buena síntesis por un historiador alemán es la de Lothar Gruchmann, *Totaler Krieg. Vom Blitzkrieg zur bedingungslosen Kapitulation*, München, 1991. Más reciente y actualizada es la obra de Rolf-Dieter Müller, *Der Zweite Weltkrieg 1939-1945*, Stuttgart, 2004. Para temas específicos de la guerra son de particular interés, y están muy bien escritos, los libros de Karl-Heinz Frieser, *Blitzkrieg-Legende. Das Westfeldzug 1940*, München, 1996 y Antony Beevor, *Stalingrado*, Barcelona, 2008.

Un análisis muy profundo y centrado en las ideas y debates estratégicos puede encontrarse en la obra de Andreas Hillgruber, quizá si el más importante de los historiadores alemanes en estas materias, *La Segunda Guerra Mundial 1939 - 1945: objetivos de guerra y estrategia de las grandes potencias*, Madrid, 1995.

Particularmente motivante nos parece la recopilación de artículos sobre algunas de las cuestiones más discutidas del conflicto que ha editado Wolfgang Michalka, *Der Zweite Weltkrieg. Analysen - Grundzüge - Forschungsbilanz*, München, 1995.

